LA CIUDAD DE LAS ESFERAS



SALVADOR BAYARRI

La Ciudad de las Esferas

SALVADOR BAYARRI

ISBN: 149092986X
ISBN–13: 978-1490929866

Para Víctor,
por no dejarme olvidar la fantasía.

INDICE

PRÓLOGO

Todos tenemos un primer recuerdo. En el mío estoy asomado sobre la baranda de la ciudad y miro con angustia hacia el enorme vacío, alargando mi brazo para atrapar a un hombre que cae, agitando inútilmente unas alas de pájaro que sangran por varias heridas. Pero está ya demasiado lejos de mí y no puedo alcanzarlo.

Conozco a ese hombre que cae. Lloro por él pero no recuerdo quién es: el nombre se ha borrado de mi memoria. Sus ojos tristes me lanzan una última mirada como si quisiera darme ánimos y mi mano intenta agarrarlo una vez más, pero no lo alcanza. Parece flotar en el viento durante un segundo y luego las alas se rompen y su cuerpo se hunde hacia el fondo blanco, alejándose de la ciudad para siempre.

Sueño muchas veces con ese hombre descendiendo hacia las nubes, tantas veces que no sé si realmente sucedió. Quizás se trata de mi propio miedo al vacío, que me persigue en las pesadillas, o tal vez sea una premonición del futuro.


SOBRE LAS NUBES

I

Vikatee era nuestro pequeño mundo. Kooni, el chico más rápido del distrito, tardaba cuatro minutos en cruzar la ciudad de proa a popa haciendo temblar el suelo de bambe del nivel comunal. A él no parecía molestarle el aire tenue y frío que quemaba mi garganta durante las competiciones. Kooni hubiera podido dar la vuelta completa a toda la baranda sin pararse a descansar.

Sabíamos que existían lugares más allá de Vikatee, pero no pensábamos mucho en ellos. El resto del universo estaba lejos y era siempre igual. Muy por debajo de nosotros se deslizaba el manto de nubes. A veces en los ratos aburridos que trascurrían entre el colegio y los turnos de tareas observábamos desde la borda las formas caprichosas y los movimientos pausados de las nubes. Nos hipnotizaban sus cambios. Tan pronto marchaban apiñadas en grandes rebaños peludos como se estiraban en telas transparentes suspendidas a diferentes alturas. Seguíamos las variaciones de colores y sombras, y nos imaginábamos que los cúmulos se abrían como coliflores ascendiendo para tragarnos y hundirnos en el fuego de Peklon. Pero las nubes nunca subían tan alto. Siempre nos dejaban seguir nuestro camino como si fuéramos un pájaro sin valor.

La profesora Freya insistía en que no debíamos preocuparnos por las nubes, ya que Vikatee se mantenía a una altura suficiente gracias al trabajo de los custodios y a nuestro estricto cumplimiento de las normas de conservación. Intentaba recordar sus palabras tranquilizadoras cuando miraba con respeto hacia las formas que nos espiaban desde abajo. En ocasiones las nubes parecían aclararse y buscábamos un hueco entre las capas, una milagrosa abertura que nos permitiera ver a los monstruos que vivían en el Peklon, el Reino de los Perdidos, y discutíamos sobre los horrores ocultos en el abismo y si sería posible sobrevivir a ellos para robar a los demonios los tesoros que sin duda ocultaban. Tarde o temprano una patrulla de vigilantes sorprendía nuestros juegos y nos enviaban lejos de la baranda con gritos y algún bastonazo para los rezagados.

Por encima de nosotros, en el extremo opuesto del universo, quedaba el cielo y su ciclo interminable. Azul durante el día, negro punteado de luces por las noches y rosado cuando el sol salía o se ponía. Las nubes reflejaban los colores

de la atmósfera durante el amanecer y el ocaso, como si ambos quisieran mezclarse, pero el azul y el negro del cielo siempre ganaban al final.

El universo contenía muchos misterios que no comprendíamos. La profesora Pradesh nos explicaba que la superficie blanca y gris sobre la que viajábamos eternamente era en realidad una gigantesca esfera y que los puntos luminosos del cielo, las estrellas, estaban mucho más lejos que las nubes y debían ser tan grandes y calientes como el sol que nos iluminaba. Para complicar las cosas todavía más, había algunas estrellas que se movían, a veces despacio y otras veces con rapidez. Incluso aparecían o desaparecían de un día para otro. La profesora Pradesh no sabía por qué sucedía así.

Mi amigo Nilome vivía obsesionado con las estrellas. Cuando teníamos tareas de noche en los cultivos, mirábamos juntos las luces que parpadeaban colgadas del fondo negro y nos preguntábamos si algún día podríamos subir a visitarlas. Nilome había hecho un mapa de todos los puntos y sacaba a cada rato el papiro de su abrigo para apuntar en él los movimientos de las luces que se desplazaban, a pesar de que sus manos temblaban de frío cuando se quitaba los guantes de trabajo.

Sabíamos por la Crónica y las historias que el Superior contaba durante el Servicio en el Arqueón que los Constructores habían creado Vikatee hacía muchos años, trayendo desde su mundo celestial el Metal que formaba el esqueleto, los mástiles y los tensores que daban forma a los cuatro niveles de la ciudad. Los Creadores habían traído también las semillas de todos los seres vivos, desde la planta de bambe cuyos tallos formaban los pisos y paredes, hasta las cabras y conejos que comíamos los días de fiesta, pasando por todas las verduras, frutas, cereales, legumbres, hierbas para los tejidos, papiro y el resto de vegetales cuyos nombres y propiedades aprendíamos obedientemente en clase.

Al escuchar la historia de la creación en la Crónica me preguntaba si los pájaros que atrapábamos con los lazos escondidos en los cultivos también habían sido traídos por los Constructores, pues no había ninguna mención de ellos en el texto. Quizás hubieran llegado volando desde algún otro lugar. Y sobre todo me preguntaba cómo los Constructores nos habían traído a nosotros. El Superior repetía con frecuencia que éramos hijos de los Creadores, pero no en la misma forma en que lo éramos de nuestros padres, sino como las plantas son hijas del Sol que les da su energía. Para mí no quedaba muy claro, pero así era como lo explicaba. En cuanto a la razón por la que los Constructores habían creado Vikatee, en la Crónica se decía que debíamos prosperar y elevarnos sobre

nuestros orígenes para escapar del abismo de Peklon y alcanzar algún día el mundo de los cielos. Según el Superior y los custodios nuestra vida era una especie de prueba que debíamos superar día a día para ser dignos del regreso de los Constructores, que nos observaban continuamente para comprobar si estábamos preparados para el momento en que vendrían y nos llevarían a su mundo.

En la pandilla estábamos convencidos de que los custodios sabían muchas más cosas de las que nos contaban, y que conocían el significado oculto tras las historias de la Crónica. ¿Por qué si no se llamaban a sí mismos los 'guardianes de la verdad'? A través de Darjiv, cuyo padre era custodio, sabíamos que tenían prohibido revelar ciertos secretos reservados a los que eran admitidos en la orden.

–Eso son tonterías –comentaba Koel, al que le fastidiaba que cualquiera fuera considerado más importante que él–. Los únicos secretos que tienen son cuándo bajar a limpiar las letrinas y cómo desatascar los tanques de reciclaje.

Todos reíamos imaginando sucios y malolientes a los vanidosos custodios. Pero me preguntaba por qué, si solo bajaban a fregar tuberías pringosas, eran los únicos que tenían permitida la entrada al nivel prohibido. Tenía que haber alguna razón.

Al principio fue un día de Lectura como todos los demás. Llegué al Servicio con mi madre y mi hermana, entrando por la amplia entrada del Arqueón junto con el resto de la gente de la ciudad. Nos sentamos en nuestro banco de costumbre y escuchamos pacientemente los discursos del Superior Dombrir y las lecturas de pasajes escogidos de la Crónica, a los que no presté mucha atención. Localicé con la mirada a Koel y Nilome, sentados con sus familias, soportando el aburrimiento de la larga ceremonia. Hasta que no pasáramos la Selección no se nos permitiría sentarnos juntos, en la parte reservada a los solteros. Junto a una de las columnas que sostenían la bóveda encontré también a Darjiv, ayudando a su padre Jared en la celebración, llevando velas y moviendo los pesados espejos que enfocaban la luz de las ventanas sobre el pedestal de la Crónica cuando comenzaban las lecturas.

Tal como habíamos acordado, al terminar el Servicio me escapé de la vigilancia de mi madre. No fue difícil en la confusión de la salida. Cuando llegué al rincón, Nilome y Koel ya estaban allí; el primero bajo y delgado, mirando nerviosamente a todos lados, el segundo más alto y robusto que yo, aparentando

la confianza del jefe de pandilla. Me pregunté, demasiado tarde, por qué Koel había insistido en reunirnos allí mismo, dentro del salón del Arqueón. Por suerte, aunque los asistentes pasaban junto a nosotros, no podían vernos escondidos entre las sombras. Entonces Koel nos hizo una seña y desapareció por una puerta del fondo. Le seguí automáticamente, antes de darme cuenta… ¡estábamos entrando en las habitaciones reservadas del Arqueón! Nilome me miró como si yo pudiera explicarle lo que estábamos haciendo.

–¿Dónde vas? –llamé a Koel. Iba por delante de nosotros, cruzando un pasillo adornado con tapices.

–¡Shhh! –me hizo callar, sin detenerse.

Espero que todos los custodios estén aún en el salón –pensé con angustia.

Llegamos hasta una estancia enorme decorada con tallas de bambe que representaban extrañas figuras y animales. Koel se atrevió a sentarse en uno de los sillones cubiertos con piel de cabra, sonriendo por su hazaña. Nilome descubrió un inmenso tapiz colgando de una de las paredes y se puso a estudiarlo. Yo estaba demasiado nervioso para pensar en otra cosa que no fuera la terrible posibilidad de que nos pillaran allí dentro.

–¡Es un mapa de Vikatee! –anunció Nilome, con ojos abiertos como un pájaro–. Fijaos, están dibujados los cuatro niveles por separado y… qué raro, hay otro dibujo debajo, con círculos y líneas numeradas… como si fuera otro nivel.

Le ignoré. Otra cosa había llamado mi atención. En un mueble incrustado en una de las paredes se alineaban una veintena de libros. En lugar de estar tumbados sobre un pedestal, como la Crónica en la sala de los sermones, los habían colocado verticalmente uno al lado del otro. Tenían tamaños y colores ligeramente diferentes, como si no se hubieran puesto de acuerdo al fabricarlos.

Comencé a sudar bajo el abrigo. Sin pensarlo, alargué mi brazo y saqué con cuidado uno de los volúmenes. Era pesado, como un gran tronco de bambe. Lo abrí por el medio y vi una página escrita con una letra inclinada, en tinta azul, y un diagrama de círculos y rayas cruzadas con letras, parecido a los esquemas que la profesora Pradesh dibujaba al explicar geometría. Comencé a leer el texto, pero de repente un golpe seco rompió el tenso silencio. El último libro de la fila se había volcado. Me sobresalté tanto que se me cayó el grueso tomo que tenía entre las manos, estampándose contra las tablas del suelo. ¡Vaya estruendo! Los tres salimos corriendo del salón como si nos persiguieran los demonios, temiendo que apareciera de un momento a otro un ejército de custodios mientras

nuestras piernas volaban por el pasillo.

–¡Deprisa, Nilome! –le grité para que no se quedara atrás.

Oímos voces y pasos detrás de nosotros, pero afortunadamente conseguimos regresar al salón central del Arqueón sin ser descubiertos. Koel cerró la puerta de un empujón y salimos jadeando al patio junto a los últimos rezagados del servicio.

–¡Por un pelo! –rio Nilome.

–Espero que no nos hayan visto –comenté.

–No será gracias al jaleo que has armado –me regañó Koel–. La próxima vez entraré solo.

Era una amenaza fingida. La única razón por la que Koel se arriesgaba a hacer estas tonterías era para poder contar después sus hazañas, y nos necesitaba como testigos para que le creyeran. Iba a contestarle, pero vi que mi madre me miraba con mala cara desde la fuente de la plaza, luchando con la pequeña Mian, que intentaba escapar de sus brazos. Me despedí de mis amigos con un gesto urgente y corrí hacia ellas.

–Te he dicho mil veces que no te vayas después del sermón –mi madre me miró como si no tuviera arreglo–. Tienes que cuidar a Mian mientras limpio el alojamiento, no puedo ocuparme de todo.

De camino a nuestro sector pensé en los libros del Arqueón. Quizás en ellos se encontrasen los secretos que los custodios nos ocultaban, las respuestas a todas las preguntas que nos hacíamos. Pero no me imaginaba regresando allí para averiguarlo. Era demasiado arriesgado.

II

Al día siguiente había casi olvidado ya nuestra pequeña aventura, pero el temor a que nos descubrieran seguía agazapado en algún lugar de mi mente.

El profesor Birker comenzó la clase de lengua. Armado con su nariz de gancho, su largo pelo gris y sus gafas de cristal –un objeto muy raro en Vikatee–, la figura encorvada del profesor colgaba sobre nuestras cabezas como un ave de presa, dispuesto a lanzarnos un picotazo a la menor provocación. Como de

costumbre, tras escribir una larga frase en la pizarra recitó un largo discurso sobre la estructura y el significado de las partes de aquella oración. Debía llevar toda su vida repitiendo las mismas explicaciones palabra por palabra, pues al cabo de un rato estaba tan poco interesado en la frase como nosotros. ¿Qué necesidad teníamos de estudiar nuestro propio idioma, si lo hablábamos perfectamente? ¿Y para qué debíamos aprender a escribir lo que decíamos? ¿Para luego borrarlo de las pizarras y papiros? Los libros ya estaban escritos y nadie se dedicaba a hacer más. El viejo profesor parecía especializarse en unos conocimientos que no tenían ninguna utilidad.

Birker hizo una pausa. Sus largas cejas se levantaron pensativamente. Miré a Nilome, expectante. Comenzaba la parte interesante de la clase, cuando el viejo empezaba a divagar, a contar recuerdos e historias que iba hilando según sus caprichos. Cuando flaqueaba, le lanzábamos cualquier pregunta que se nos ocurriera, tratando de que la clase se alargara hasta su fin antes de que Birker pudiera regresar a la gramática.

Esta vez parecía perdido entre sus pensamientos, rascando su barba canosa durante unos segundos, hasta que sus pesadas cejas descendieron de nuevo hacia nosotros. Entonces metió una mano en el bolsillo interior de su abrigo de lana, tan gastado que había perdido su color, pero en lugar de extraer el pañuelo con el que siempre limpiaba sus gafas, sacó una pequeña caja. No, no era una caja. ¡Era un libro! Su aspecto no era muy diferente a los que había visto en el Arqueón, cubierto con una piel seca y descolorida, pero más pequeño que los pesados volúmenes de los custodios.

–Seguro que habéis visto uno de estos –el viejo fijó sus ojos en mí a través de las gruesas gafas, haciendo que me sobresaltara.

No podía ser que lo supiera. Intenté disimular mi temor.

–¿No es así, Nadiroz?

Salté un palmo en el aire cuando el viejo pronunció mi nombre. Instintivamente, lancé un vistazo a Nilome. También él miraba petrificado al viejo. Birker se acercó a mí como un halcón a la caza de un conejillo.

–Sí, es… es un libro –conseguí decir–. Es como la Crónica. Todos la hemos visto.

–Claro –su boca arrugada se abrió en una ligera sonrisa de victoria–. Pero la Crónica no es el único libro que hay en Vikatee –seguía interrogándome con sus ojos de cuervo–. Aunque es, ciertamente, el más importante. Sin embargo, en algún tiempo hubo miles, quizás millones, de libros…

El viejo no había dicho nada de nuestra incursión en el Arqueón. Me relajé. Millones de libros, qué absurda fantasía. Birker se refería con frecuencia a las supuestas maravillas de los tiempos remotos: máquinas poderosas, edificios altísimos y animales fantásticos. Por mi parte no podía imaginar que la ciudad hubiera estado alguna vez cargada con el peso muerto de miles de libros. Y si había sido así, ¿dónde estaban ahora?

–¿Se refiere al mundo de los Constructores, profesor? –Nilome no pudo resistir la tentación de preguntar. Los Creadores y las luces del cielo eran sus temas favoritos.

–Bien, sin duda los Constructores eran una civilización enormemente superior a la nuestra y debieron codificar sus amplios conocimientos en un sistema de escritura, si bien es probable que utilizaran soportes más eficientes que estas hojas de papiro –levantó el libro–. Lo que sabemos con seguridad es que su alfabeto era diferente al nuestro… hmm… si es que se trataba efectivamente de un alfabeto.

Su entusiasmo se apagó un tanto al observar la expresión perdida de nuestros rostros.

–Supongo que han visto la Insignia –añadió, enigmáticamente.

Todos conocíamos la Insignia de la Ciudad, un bloque de metal tan alto como dos de nosotros que se alzaba junto a la borda de popa. Había pasado por allí muchas veces con la pandilla, cuando nos alejábamos del distrito para hablar de nuestras cosas sin que nos molestaran los pequeños. La explicación oficial sobre la Insignia era que se trataba de un talismán de buena suerte dejado por los Constructores para proteger a Vikatee. Recordé que en la superficie del oscuro bloque habían talladas unas pequeñas figuras.

–¿Quiere decir que esos dibujos de la Insignia son las letras de los Constructores? –fue mi turno de preguntar.

–Es una buena suposición –el viejo parecía divertirse manteniéndonos en vilo–. Ya se sabe que todo autor desea dejar una marca en su obra, una firma o un mensaje, y es probable que los Constructores hicieran lo mismo. Quizás algún día la Insignia nos sirva para descifrar el lenguaje perdido de nuestros Creadores.

El anciano nos miró por encima de sus lentes, y se dio cuenta de que todavía tenía en sus manos el pequeño libro

–Bien, dejémonos de hipótesis por hoy. Ya que he traído este raro volumen, les leeré unos párrafos… a ver si se despiertan.

El libro resultó ser una historia, la descripción de una interminable batalla

entre dos bandas de guerreros, armados con espadas y escudos, flechas y carruajes tirados por extraños animales de nombre desconocido. Uno de los grupos se refugiaba en la ciudad de altas murallas donde vivía, mientras el otro ejército les atacaba desde fuera. Ambos bandos tenían sus valientes héroes que luchaban y morían con coraje. Había también dioses, que se ponían del lado de unos y otros. Era un buen relato pero resultaba difícil seguirlo, pues no comprendíamos la mitad de las palabras; hablaban de la ‘orilla del mar’ y de las ‘duras piedras’… no tenía mucho sentido.

Al terminar la clase salimos al patio de juego. Siendo veteranos del último año, raramente utilizábamos los ejercitadores que divertían a los más pequeños. Solamente practicábamos con las bolas de fenton antes de los campeonatos, o en caso de extremo aburrimiento. La mayor parte del tiempo nos limitábamos a charlar de pie en un rincón, contando chismes o burlándonos de unos u otros.

Un grupo de chicas nos observó disimuladamente desde la esquina opuesta, junto al mástil. Mi mirada se cruzó un momento con los ojos oscuros de Jilai, la más seria de todas. Ella se volvió hacia su amiga Kora y le dijo algo. Su largo pelo negro asomaba por debajo de su gorro de lana, movido por el viento que bajaba desde los cultivos.

Koel rompió el hechizo, obligándome a apartar la vista. Su voz ya no era la del valiente jefe de la pandilla, sino la de un niño asustado.

–¿Creéis que el viejo Birker lo sabe? ¿Cómo se ha enterado?

–Estáis locos… colaros en las habitaciones del Arqueón –dijo Darjiv, su cara apenas visible bajo la capucha–. Mi padre me ha advertido mil veces que es muy peligroso meterse en asuntos de los custodios.

–¿Qué podrían hacernos? –preguntó Nilome, nervioso.

–Recordad cuando pillaron a aquel chico cogiendo dulces en el seminario –susurró Darjiv–. Nadie supo nada de él durante una estación, y cuando volvió…

–No le pasó nada –interrumpí. Darjiv me enfurecía, siempre metiendo miedo por cualquier cosa.

–Pues su hermana me dijo que lloraba por la noche, y que tenía manchas rojas por todo el cuerpo –insistió el hijo del custodio.

–Sería una alergia –dijo Nilome, y como siempre era difícil saber si hablaba en serio.

Nos sentamos en el muro junto a la plantación de cañas de bambe, aún caliente por la luz de la mañana. Ahora estaba en sombra y podíamos hablar sin que nos molestaran los rayos de sol.

–Recordad también que mi padre dijo que tuviéramos cuidado con Birker, porque es amigo del Superior. A veces se ven en secreto.

El padre de Darjiv era una fuente inagotable de información, aunque yo sospechaba que muchas de sus supuestas revelaciones eran invenciones de Darjiv para darse importancia.

–Entonces seguro que Dombrir le ha contado que alguien entró en el Arqueón y tiró esos libros por el suelo –dedujo Koel.

–Fue solamente un libro –protesté.

–Olvidaos del maldito libro –cortó Nilome–. Si supieran quién ha sido ya estaríamos castigados.

–Supongo que todavía no están seguros –explicó Darjiv–. Tenemos que ir con cuidado.

–Mejor no se lo contamos a nadie –dije mirando a Koel.

–Qué tontería, nadie se chivaría de nosotros a los custodios –protestó.

–¡Dejadlo ya! –gritó Nilome. Nos quedamos mirándole, extrañados. El pequeño de la pandilla estaba muy serio–. Había algo más importante en la sala del Arqueón, ese mapa que colgaba en la pared.

–Un dibujo de los niveles –recordé vagamente el tapiz que Nilome había estado mirando.

–Sí, era fácil reconocer los planos de los cuatro niveles, pero había otro rectángulo dibujado junto a ellos. Dentro de él solamente había unos pequeños círculos repartidos por toda la ciudad y unidos por líneas. Algunos de los círculos estaban pintados de rojo.

–¿Cuántos había? –pregunté.

–No sé… unos veinte. No me puse a contarlos.

–Podrían ser los mástiles –señalé el enorme poste de metal que se levantaba por encima de las cabezas de las chicas, que nos miraban con curiosidad.

–Sí, ya se me había ocurrido –contestó Nilome, ufano.

–¡Pero qué decís! Los mástiles son largos como troncos, no tienen forma de círculo –intervino Koel.

Miré con incredulidad a Nilome. No valía la pena explicárselo a Koel, que no era precisamente un genio de la geometría.

–Sean lo que sean los círculos, están por debajo del nivel cuatro –afirmó Nilome con seguridad–. Los planos del tapiz estaban ordenados por altura.

Contuvimos la respiración. El nivel cuatro. Un lugar oculto, una fuente inagotable para nuestros sueños y fantasías de imposibles aventuras. Los planos superiores de la ciudad no tenían mucho interés comparados con ese piso enigmático al que no podíamos bajar.

El nivel de los cultivos era el más alto, el que recibía la luz directa del sol. Algunas plantas de gran altura, como los bambes maduros, crecían desde el nivel dos, pero eran la excepción, porque en este segundo nivel estaban las escuelas y talleres, y las calles donde paseábamos protegidos de la radiación luminosa y las ráfagas de viento helado. Todo el nivel comunal estaba rodeado por la baranda que marcaba los límites de la ciudad. Más abajo, el nivel tres alojaba las cocinas y comedores, las viviendas comunitarias para los jóvenes solteros y los alojamientos familiares como el que ocupábamos mi madre, Mian y yo.

Y sosteniendo todo eso estaba el nivel cuatro. La profesora Freya nos había contado que allí, bajo nuestros alojamientos, se ocultaba la parte más importante de la ciudad, su corazón, sus pulmones y su sistema circulatorio. En los tanques, filtros y conductos del piso prohibido se reciclaban los líquidos, se extraía la energía de los restos orgánicos y se generaba calor que subía por los tubos de calefacción. La profesora dedicaba largas horas a detallar cada uno de estos procesos, pero nunca los habíamos visto en persona ni conocíamos las máquinas que los realizaban. Solamente los custodios entraban allí abajo, y únicamente ellos sabían cómo funcionaba todo en realidad. Era su misión. Por supuesto, interrogábamos a Darjiv sobre los detalles del trabajo de su padre pero Jared, que tantos secretos parecía revelar a su hijo, mantenía la boca cerrada sobre lo que hacía allí abajo exactamente.

–Deberíamos intentar otra vez abrir la trampilla –sugirió Koel, más dispuesto a la acción que a pensar en sus consecuencias.

Lo decía porque unos días atrás, al terminar el turno nocturno en los cultivos, habíamos seguido a escondidas a varios custodios que bajaban por el comedor del distrito, vacío a esas horas. Tras atravesar las desiertas cocinas en el nivel tres, les habíamos visto entrar por una portezuela abierta en el suelo, que habían cerrado inmediatamente. Esperamos unos minutos con nuestras cabezas pegadas a la dura cubierta, oyendo cómo se alejaban por el nivel prohibido. Durante un rato buscamos una forma de abrir la trampilla, pero no encontramos nada que pareciera una cerradura. Darjiv había lloriqueado de miedo cuando le contamos nuestro intento, y ahora en el patio estaba otra vez muerto de miedo ante la idea.

–Me vais a meter en un lío. Si nos encuentran ahí abajo, ¿a quién pensáis que

echarán la culpa? Y ni siquiera se os ocurra ir a vosotros solos. Pensarán que he espiado a mi padre para ayudaros y perderé mi derecho a ser custodio.

–En ese caso, es mejor que no te juntes más con nosotros –sentenció Koel, pateando una astilla desprendida del suelo–. No queremos poner en peligro tu brillante carrera.

–Vamos, dejadlo –me interpuse entre los dos–. Algún día encontraremos una forma de ir allá abajo.

–¿Allá abajo? –la aguda voz de Kora sonó muy cerca de mí. Absortos en nuestra discusión, no nos habíamos dado cuenta de que Jilai y su amiga se habían acercado a nosotros.

–¿Por qué peleáis? –añadió la chica.

–Cosas nuestras –respondió Koel, retrocediendo ante Kora.

–¿Qué queréis? Estamos ocupados –gruñó Nilome.

Kora miró a Jilai, dándole la señal para intervenir.

–Vamos a ir esta tarde de paseo hasta la popa –dijo Jilai, adornando la frase con una sonrisa.

¡Nos están invitando! –tragué saliva–. Obviamente, habían estado planeándolo desde su rincón. Querían enterarse de nuestros secretos.

–La popa está muy lejos –observó Koel.

Qué tontería –pensé–. Nosotros habíamos ido decenas de veces.

–Queremos ver otra vez la Insignia –explicó Jilai, dando un paso lentamente hacia mí–. A lo mejor podemos descifrarla.

–¿Habéis creído al viejo pájaro? –se burló Darjiv–. Está más chiflado que una cabra lechera. Le gusta inventarse esas patrañas.

–A mí me gustaría también ver esas letras –añadí, buscando el apoyo de los demás.

–Esta tarde no puedo –negó Koel con determinación–, tengo entrenamiento para las carreras.

–¿Es que piensas ganar a Kooni? –se burló Kora.

–Kooni ha pasado ya a juveniles, y de todas formas ahora soy más rápido que él.

–Bueno, ¿venís o no? –insistió Jilai.

–Ya os he dicho que no puedo –cortó Koel.

Nilome estaba tan decepcionado como yo. Le encantaban los misterios y los acertijos. Las chicas nos miraban expectantes, pero no podíamos ir sin Koel.

Además, Nilome y yo teníamos turno de noche y caminar hasta la popa para volver antes de la cena sería un fastidio teniendo que trabajar después. Aun así, no me hubiera importado pasar un rato con Jilai.

–Vaya, es una pena –Kora no parecía tan frustrada como nosotros–. Pensaba que os gustaba investigar.

Los cuatro chicos nos miramos, dolidos. Por supuesto que nos gustaba investigar, pero no para compartirlo con las chicas.

–Os vimos ayer, después del sermón –Jilai rio traviesamente.

–Deberíais tener más cuidado –Kora torció sus delgados labios en una mueca de desaprobación.

–¿A quién se lo habéis contado? –Darjiv estaba aterrorizado.

–Oh, a nadie… todavía.

–Esta mañana nos preguntó la directora Gohana –añadió Jilai con un temblor en su voz.

–¡Es nuestra palabra contra la vuestra! –Koel se había enfadado. Odiaba que intentaran controlarle.

En ese momento sonaron los tubos de llamada. Teníamos que volver a clase, pero no podíamos dejar así las cosas.

–¡Vamos! –nos gritó Koel, marchándose–. Que se chiven, si se atreven.

Qué estúpido era. Aguardé un par de segundos, hasta que Darjiv se fue tras él. Sabía que podía contar con la curiosidad de Nilome para que me acompañara. Iríamos él y yo solos.

–Esperadnos esta tarde en la popa –susurré a Kora y Jilai.

Antes de que respondieran, agarré a Nilome de la manga y corrimos los dos hacia la entrada.

III

–Sácalo –dijo Kora con brusquedad cuando nos sentamos en el banco, junto a la valla que rodeaba la Insignia.

Obediente, Jilai desabrochó los cierres de su abrigo y sacó un corto tubo que desplegó ante nuestros ojos. ¡Un papiro! Ante nuestras expresiones de asombro,

Kora nos contó que su hermano trabajaba en el taller de textiles vegetales y le había regalado el pequeño rollo. Según ella, nadie se daría cuenta de que faltaba porque era un trozo defectuoso que habían descartado para el reciclaje. Nilome torció su boca con escepticismo. El material de los talleres era cuidadosamente pesado y catalogado. Las reglas de conservación lo exigían. En fin, imaginé que los custodios tenían formas de arreglarlo si los pesos no cuadraban, como cuando Koel se empeñaba en hacer pis fuera del colector de orina. Decía que se negaba a beber su propio meado reciclado y que bastaba con recoger un poco más de lluvia para llenar los depósitos de agua.

Pero me sorprendió que las chicas se atrevieran a llevar consigo la prueba de un delito. Nos habían dicho muchas veces que estaba prohibido usar el papiro fuera de la escuela.

Observados por uno de los grandes mástiles metálicos de la ciudad, que parecía vigilar desde su centro el jardín de la plaza, discutimos cuál sería la mejor manera de copiar las marcas de la Insignia. Podíamos verlas con la luz reflejada en su superficie: varias filas de garabatos que recorrían la parte inferior del gran bloque de metal oscuro. De alguna manera, habían conseguido grabar esas marcas en el durísimo material. Sugerí a los demás que yo podía dibujarlas sobre el papiro con el carbón de escritura, pero Nilome no estaba conforme.

–Si te equivocas al copiarlos nunca podríamos entenderlos.

–Tienes que calcarlos, poner el papiro encima del metal y apretar fuerte con el carbón –propuso Jilai. Era una chica lista. Además de guapa.

Asentí, tomando el papiro de sus finas manos, y esperé a que la plaza de popa estuviera despejada de visitantes. Un minuto después solo quedaba una pareja de jóvenes sentados en otro banco, ocupados en sus propios asuntos. Me decidí. Di un par de rápidos pasos y salté la valla, acurrucándome junto a la Insignia. Pasé la mano por su superficie fría y suave, sintiendo las pequeñas muescas de los dibujos. Sin duda había sido obra de los Constructores. Nadie en la ciudad hubiera sido capaz de hacer siquiera una raya en ese duro metal. A no ser que los custodios tuvieran herramientas que desconocíamos.

Extendí el papiro sobre el texto, teniendo cuidado para cubrirlo todo. Presioné con mi mano izquierda en la parte de arriba para evitar que se moviera, mientras con la derecha fui encontrando las hendiduras de los dibujos y marcándolas sobre el papiro con el carboncillo, mirando de reojo a Jilai, que me observaba con una mezcla de excitación y temor.

–¡Vigilantes! –la voz de Nilome sonó ahogada.

Los gorros rojos de la patrulla asomaron por uno de los corredores que desembocaban en la plaza. Maldije mi suerte. No había tiempo para volver al banco. Se acercaban. Estaban mirando a otro lado. No me habían visto todavía. Solo tenía una opción. Me deslicé rodeando la Insignia para esconderme tras ella. El problema era que el bloque metálico estaba justo al lado de la borda, sin baranda de protección.

Mis pies se quedaron a un paso del vacío. Miré solo una vez hacia las nubes pintadas con el color del atardecer, y el vértigo estuvo a punto de enviarme directo a los monstruos del abismo. Me aferré con una mano al bloque de metal mientras sujetaba con la otra el papiro que ondeaba ruidosamente con el viento. Pasó una eternidad. No podía moverme en el estrecho espacio y tampoco me atrevía a asomarme por el borde de la Insignia. Mis piernas iban perdiendo sus fuerzas y temí que acabaría por resbalar fuera del piso. Pero cuando el mareo comenzaba a vencerme apareció una mano cogiéndome del antebrazo con fuerza. Era Jilai, que me ayudó a salir de trampa en la que me había metido y me acompañó de vuelta al banco.

Me senté sobre los tablones para evitar los temblores de mis piernas. Los vigilantes se habían marchado para continuar con su ronda de inspección. Suspiré y mostré a los tres mi botín: un papiro con borrones negros entre los que destacaban curiosos guarismos que según el viejo Birker podrían tener un significado.

El resto de la tarde fue divertido. Hicimos bromas sobre el viejo profesor, sobre la ineptitud de los vigilantes y sobre nuestro propio pánico. Habíamos planeado y ejecutado una absurda aventura y habíamos sobrevivido a ella. Iluminados por las primeras luces de gas, examinamos los dibujos del papiro y propusimos tontas teorías sobre lo que podría estar escrito y sobre las intenciones de los Constructores al poner allí la Insignia.

Lo único que resultaba decepcionante en nuestra hazaña era la necesidad de guardar silencio. Lo juramos uniendo nuestras manos. No contaríamos a nadie lo que habíamos hecho ni lo que teníamos en nuestro poder. Y mucho menos a los cobardes de Koel y Darjiv.

Así nació el Club de la Insignia. Al día siguiente volvimos a vernos por la tarde. Kora trajo más trozos de tela robada por su hermano y nos entretuvimos haciendo copias del papiro para los cuatro. Cada uno soñábamos con ser el primero en descifrarlo. El club presentaría la traducción a Birker y seríamos

famosos en toda la ciudad. Kora deseaba con todo su corazón ser popular y admirada. Era su objetivo. Los demás teníamos bastante con divertirnos encontrándonos a escondidas de nuestras pandillas, fisgoneando, interpretando a nuestra manera la Crónica –lo que ponía a Kora muy incómoda–, e intentando olvidar que la Selección pronto nos llevaría a una vida de adultos en la que ya no tendríamos tiempo para fantasías.

Solíamos reunirnos las tardes que no teníamos turno de trabajo, caminando hasta la plaza de popa, lejos de los chicos y chicas de nuestro distrito. Allí, no lejos de la Insignia, habíamos encontrando un rincón tras los baños públicos, donde revisábamos nuestras notas a salvo de miradas curiosas.

Pronto hicimos algunos descubrimientos que nos animaron a continuar. El texto estaba formado por seiscientos treinta y cuatro símbolos, pero en realidad se trataba de repeticiones de treinta y dos dibujos básicos. Esto reforzaba la idea de que utilizaba un lenguaje similar al nuestro, basado en un alfabeto. También parecía obvio que los autores escribían de arriba a abajo, pues las letras se organizaban en catorce columnas que coincidían en su parte superior pero tenían diferente longitud hacia abajo. La primera columna contenía cuarenta y un símbolos, la segunda treinta y ocho, y así seguían sin ninguna regla aparente.

Lo que no entendíamos al principio era cómo podían las letras formar palabras, pues no había separaciones entre ellas. Pero una tarde Nilome se decidió a saltar la valla él mismo para inspeccionar la Insignia y descubrió que había pequeñas marcas sobre algunas de las letras. Suponiendo que las rayitas indicaban el comienzo o el final de las palabras encontramos varias secuencias de letras que se repetían en el texto. Hicimos una lista con todas ellas, las que estaban solo una vez y las que aparecían varias veces. A nuestro pesar, nos sirvieron las lecciones del viejo Birker. En la lista había tres palabras de dos letras, repetidas varias veces; tenían que ser artículos o pronombres. También notamos que muchos de los grupos terminaban con las mismas parejas de letras.

Estos hallazgos alimentaron nuestros sueños. Por unos días nos sentimos capaces de descifrar el significado del mensaje, y parecía que de un momento a otro el sentido del texto se revelaría ante nosotros. Pero pronto nos dimos cuenta de que no era posible avanzar más. Teníamos solamente un montón de palabras desconocidas que se encadenaban según reglas que tampoco comprendíamos. Tampoco teníamos la menor idea de cuál era el tema del mensaje. ¿Qué habrían querido decir los Constructores? Debía ser algo importante para que se tomaran la molestia de grabarlo en un enorme bloque y colocarlo en un lugar tan obvio de la ciudad. Pero si era tan importante, ¿por qué no habían dejado instrucciones

para descifrarlo? Por las noches, a solas en mi litera, les pedía a los Creadores que me desvelaran sus palabras, pero no respondieron a mis llamadas de ayuda.

–Estamos atascados –me rendí a la evidencia.

Kora desvió los ojos a un lado.

–De todas formas, la verdad, ya estaba un poco aburrida de tantas letras –confesó–. Pronto van a comenzar los campeonatos y tengo que volver a los entrenamientos de salto.

Eso sería perfecto –pensé con esperanza–. Kora podía marcharse a entrenar con Koel. Así me dejarían trabajar en paz con Jilai y Nilome. Pero lo cierto es que, con Kora o sin ella, el Club de la Insignia no sobreviviría si no encontrábamos alguna pista para continuar la investigación.

–Podríamos hablar con Birker –propuse, buscando desesperadamente una solución–. Si alguien puede ayudarnos es él.

–Eso es una locura –Kora agitó sus manos, como si quisiera apartar la idea.

–Debe conocer más libros como el que trajo a clase –pensé en voz alta–. A lo mejor tiene alguno escrito en el idioma de los Constructores.

–Ni soñarlo, no voy a poner en peligro mi selección –atajó Kora–. ¿Pensáis contarle al viejo que hemos estado saltando la valla de la Insignia y cogiendo papiros de la fábrica?

–Es verdad –añadió Nilome–. Darjiv dijo que era amigo del Superior, y que debíamos tener cuidado con él.

Me enfurecí. ¿De qué lado estaba el pequeñajo?

–No tenemos por qué contarle lo que hemos hecho –expliqué–, solo decirle que estamos interesados en los libros.

–No sé, eso de que sacara ese libro en clase… quizás fuera una trampa –Jilai se volvió hacia mí, haciendo flotar su melena negra.

–Sí, es posible –acepté, agachando la cabeza.

Caminamos de regreso en silencio hasta la Plaza de la Cosecha, donde siempre nos separábamos para que no nos vieran juntos por el distrito. Las lámparas de gas iluminaban débilmente bajo el entramado de los cultivos, pero al salir al espacio abierto de la Plaza recibimos la luz de las estrellas, brillando imperturbables. Estaba triste. Sin pistas que seguir, sin un misterio que resolver, el Club se desharía. Volveríamos a las aburridas discusiones sobre las clases y las competiciones, y a las pesadas tareas de los campos. Nos volveríamos como

los demás, pensando solamente en la Selección y las puntuaciones de fenton.

–Nilome, contémosles lo que vimos en el Arqueón –decidí.

–Koel nos matará.

–Nos vieron entrar, perono nos han delatado. Podemos confiar en ellas.

Las chicas nos miraban con curiosidad.

–¿Qué visteis dentro? –Kora saltaba de impaciencia.

Nilome me dio permiso levantando sus cejas con resignación. En los siguientes minutos les hablamos a nuestras amigas de la improvisada incursión por los pasillos del Arqueón, del hallazgo del gran salón y de los libros que habían delatado nuestra presencia. Pero lo que hizo que sus ojos brillaran de emoción fue la descripción del mapa que había visto Nilome.

–¿En serio estaba dibujado el cuarto nivel? –Jilai nos interrogó con seriedad.

–Sí, cada nivel tenía su propio plano, pero los círculos estaban en otro nivel, más abajo del cuarto –explicó Nilome.

–Ah… así que era de eso de lo que hablabais en el patio –rio Kora.

–¿Cuándo? –pregunté confuso.

–Cuando os sorprendimos hace unos días. Dijisteis algo sobre ir ‘allá abajo’.

Les confiamos entonces lo que sabíamos sobre la trampilla que los custodios habían usado para bajar al nivel prohibido y nuestra absurda idea de utilizarla para averiguar qué había aún más abajo, qué representaban los extraños círculos del mapa marcados de rojo. Viendo lo interesadas que estaban las chicas, supe que habíamos encontrado la manera de continuar con el Club.

–Koel y Darjiv no se atreven a bajar –las tenté–. El problema es que no sabemos cómo abrir esas trampillas.

–Pero, ¿qué podrían ser los círculos? –se preguntó Kora, mostrando su propio temor–. No creo que sea nada interesante: depósitos, generadores, máquinas llenas de porquería…

Negué con la cabeza, empeñado en convencerlas.

–Los círculos deben ser los mástiles, eso lo tenemos claro. Pero están esas marcas rojas colocadas en algunos de ellos. Tiene que haber alguna razón importante si las han dibujado en un tapiz del Arqueón.

–Eran lo único pintado de rojo en todo el tapiz –añadió Nilome, sorprendido él mismo.

Miré a Jilai con esperanza. Parecía dudar, observando cómo Kora se movía nerviosamente de un lado a otro.

–Vamos a llegar tarde –protestó la chica.

–Contémosles nuestro secreto, Kora –le pidió Jilai–. Ellos nos han dicho los suyos.

Su amiga se quedó quieta y la miró fijamente, como si no pudiera creer lo que oía.

–No, no, no –sacudió la cabeza como una loca–. Lo juraste. Te lo enseñé con esa condición. Recuerda que fue mi madre… ¡tú no tienes derecho!

–Está bien, está bien, tranquila –Jilai le puso una mano en el hombro.

Kora se calmó, pero el pánico aún se transparentaba en sus ojos.

–Olvidaos de todo –nos dijo de repente–. ¡Olvidaos de nosotras!

Entonces cogió a Jilai de la mano y la arrastró hacia el corredor que se adentraba en el distrito. Nilome y yo nos miramos, decepcionados e intrigados. ¿Cuál sería el secreto que Kora tanto temía confesar?

IV

Llegué muy tarde al alojamiento, sin poder esconderme de mi madre en la pequeña sala que servía de comedor, cocina, salón y dormitorio infantil. Mian vino corriendo al verme, llevando una de sus muñecas en la mano. Mi madre preparaba la cena entre suspiros, el inevitable guiso de brotes de bambe con queso de cabra.

–Llegas tarde –me reprendió sin mucha energía–. ¿No tienes turno esta noche?

–Sí, madre.

Mian me alcanzó la muñeca que le había tallado en un trozo seco de madera de bambe. Me había costado mucho encontrárselo.

–¡Nadir, juega conmigo! ¡La princesa Shilan está prisionera otra vez!

–Ay, Mian, ahora no… estoy cansado.

Mi madre me miró de reojo, frunciendo el ceño.

–¿Cansado de perder el tiempo con tus amigos? Anda, ayúdala a recoger, que la cena está casi lista.

Desanimado, callé y fui con Mian. Rescaté de un manotazo a la princesa Shilan de las garras de los demonios voladores y la llevé a su palacio de cartón reciclado.

–Ya está rescatada. Anda, vamos a recoger.

–No, no –refunfuñó la pequeña–, tienes que hacer el príncipe con el águila voladora.

–¡Dioses, qué ganas tengo de irme de aquí! –exploté. No debí haberlo hecho, pero la ruptura del Club me había dejado de mal humor. Me arrepentí cuando vi la cara asustada de Mian, pero era demasiado tarde.

–Te marcharás pronto, Nadir –gritó mi madre como respuesta–, pero el vigilante del comedor juvenil no será tan clemente como yo. Si tu padre estuviera aquí… –suspiró de nuevo, y de pronto tiró la espátula contra la pared, manchándola de salsa.

Sí, todo sería diferente si mi padre estuviera aquí –pensé–. Lo peor no era solamente que no estuviera, sino que su recuerdo se había ido borrando de mi memoria y nadie estaba dispuesto a contarme cómo era él, lo que hacía, y qué le había sucedido exactamente. Sabía que se llamaba Gawhan y poco más. De los escasos comentarios de mi madre podía deducir que era muy inteligente, y también que era un idiota, que se portaba como un perfecto padre pero actuaba como un irresponsable. Nunca conseguí que me explicara el porqué de esos adjetivos.

Y, por supuesto, sabía que mi padre había muerto. Según mi madre, todo había sido por su propia culpa, pero a mí no me interesaba la culpabilidad, sino lo que le había sucedido. ¿Fue por un accidente, por una enfermedad o por una pelea? No quería decirme más, se escondía en su pena y –eso me parecía– tenía miedo de hablar.

En una ocasión le pregunté a Darjiv. Como su padre Jared debía tener la misma edad que Gawhan y aparentemente sabía todo lo que pasaba en la ciudad, era probable que conociera la historia. Si Darjiv no había mentido en esa ocasión al contármelo, la respuesta del custodio había sido extraña: “solamente dile a Nadir que siga otro camino”. Buen consejo, si me hubiera explicado cuál era el sendero equivocado que había tomado mi padre.

No me importaba ya. Tan solo faltaba una estación para que viviera en los alojamientos juveniles, y sería como si ninguno de nosotros tuviera padre.

V

La tarea de la noche me tranquilizó. A pesar del frío cortante que se colaba a través del abrigo, el gorro y los guantes de piel, el silencio y la calma de las estrellas me hicieron olvidar por un rato el fracaso del Club, la discusión con mi madre y los malditos secretos de la ciudad, pequeños en comparación con los misterios del cielo nocturno.

El trabajo en los cultivos se realizaba sobre todo por las noches, ya que los rayos directos del sol podían producirnos quemaduras, incluso cegarnos. Se suponía que los días de turno nocturno debíamos dormir por la tarde, pero nadie seguía esta recomendación, por lo que el sueño acumulado nos hacía soñar despiertos y dormitar en las clases de la mañana siguiente, ayudados por las soporíferas lecciones.

–¡Otra vez vainas! –gruñó Nilome a unos pasos de mí. Tenía razones para quejarse. El esfuerzo de arrancar los duros tallos siempre nos agotaba y, a pesar de los guantes, nos producía ampollas que nos fastidiaban durante varios días.

Envuelto en su abrigo de noche y su gorro marrón, Nilome tenía el mismo aspecto que cualquier otro chico de Vikatee, pero era fácil distinguirlo por su ligera cojera y la voz áspera que le había dejado una infección de garganta cuando era pequeño.

–No te preocupes, encontraremos la forma de bajar –me dijo un rato después, ya sin aliento.

–No me preocupa, Nilome. Mejor olvidarlo. Kora tiene razón.

Nilome me miró incrédulo y luego levantó la vista al cielo como hacía cada minuto.

–¡Luces nuevas! –gritó. Otros recogedores nos miraron con fastidio–. ¡Por el gran cuervo ciego! –continuó mi amigo sin inmutarse.

–¡Cállate, tonto, que te van a oír! –contuve la risa. Teníamos suerte de que no hubiera ningún vigilante nocturno en nuestro campo. No les gustaba que la gente chillara por la noche.

–¡Mira… pero mira allí! –empujó mi barbilla hacia arriba–. Han aparecido de

repente –balbuceó mientras yo buscaba en el firmamento–. Exacto… es la fuente primaria –sacó su mapa del cielo con manos temblorosas–, pero ¡madre mía! nunca habían aparecido tantas luces a la vez. ¡Y mira qué penachos, qué maravilla de colores!

Por fin localicé sobre la proa los puntos luminosos que hacían gritar a mi amigo. Dejaban tras de sí tenues líneas brillantes mientras se movían como insectos alrededor de una flor, convergiendo hacia un gran punto anaranjado. La verdad es que nunca había visto nada igual. Nilome escribió a toda prisa en el reverso de su mapa.

–¡Tienen que estar muy cerca para moverse así de rápido! –exclamó sin hacer caso a mis advertencias.

–¡Eh, vosotros! –Loron, un tipo enorme que llevaba el capazo de recogida, levantó su puño hacia nosotros–. ¡Callaos antes de que avise a un vigilante!

Hice un gesto a Nilome para que mantuviera la boca cerrada, pero aún pude oír sus exclamaciones ahogadas durante un rato, mientras los penachos de las luces se fueron apagando al unirse con el brillante punto naranja.

A medianoche regresamos al nivel comunal, quitándonos los guantes de piel para masajear nuestras manos doloridas.

–Mañana no tengo turno de noche, Nadir, pero subiré a seguir las luces. Algo está pasando ahí arriba.

Aún en la oscuridad podía adivinar su expresión de chiflado.

–Nilome, estoy cansado, de verdad. Quizás es bueno que nos separemos… el Club, quiero decir.

No respondió. Sabía que no iba a abandonar su obsesión, pero yo tenía que comenzar a pensar en otras cosas. Pronto comenzaría la Selección y teníamos que prepararnos para decidir sobre nuestro futuro, un porvenir real como adultos. De repente la advertencia del custodio Jared tuvo sentido: intentar seguir otro camino. Nuestras fantasías y juegos no nos llevaban a ninguna parte, o a lo peor nos ganarían el castigo de trabajar para siempre como vigilantes o limpiando la porquería de los animales.

¿Qué quería yo entonces? ¿Ser un custodio? Quizás. Sería la única forma de conseguir las explicaciones que deseaba. Pero si daba ese paso perdería el contacto con mis amigos. Tendría que someterme a las reglas de silencio y la doctrina de obediencia: hacer todo lo que me dijera el odioso Superior Dombrir

y otros estúpidos como Jared. Los veía en los servicios y de camino a sus enigmáticas ocupaciones, siempre mirando por encima a los demás como si no mereciéramos un segundo de su atención. No quería ser un custodio. Antes trabajaría en cualquier taller, haciendo algo manual. Me gustaría hacer papiros, muebles, o reparar las mil cosas que se estropeaban en la ciudad. Eso no estaría tan mal. Podría seguir charlando y fantaseando con mis amigos tanto como quisiera.

Esa noche tuve de nuevo la pesadilla. El hombre estaba de pie en un imposible equilibrio sobre la baranda, mirando hacia afuera, hacia el horizonte. Yo venía por detrás volando –¿volando?– y le daba unas alas largas y fuertes que él unía a su espalda. Sonriéndome, daba un elegante salto sobre la borda y comenzaba a deslizarse majestuosamente por el aire como un pájaro jugando con el viento. Pero entonces el Superior Dombrir alargaba sus brazos y le arrancaba las plumas en pleno vuelo. El hombre me miraba con pena y caía, hundiéndose hacia las nubes, agitando impotente los brazos. El Superior se volvía hacia mí, persiguiéndome por un laberinto de corredores. Yo encontraba la trampilla que bajaba al nivel cuatro y me lanzaba dentro, corriendo por la oscuridad llena de viscosos tentáculos de suciedad, presintiendo la presencia de mil monstruos que trataban de atraparme. Al frente aparecía un agujero luminoso y me metía por él para escapar, cayendo de nuevo, una y otra vez, descubriendo que había un quinto nivel, un sexto… infinitos niveles cada vez más tenebrosos y estrechos.

Me desperté y abrí rápidamente los ojos para disipar el sueño y el miedo. La claridad rosada de la mañana se filtraba por el tragaluz del techo. Mian dormía abrazada a su almohada, respirando plácidamente, pero yo todavía notaba el pulso acelerado en las venas de mi cuello. ¿Qué significaban esos sueños?

Por la mañana, todavía somnoliento, busqué a los chicos en el patio de la escuela. En nuestro rincón de siempre estaban Koel, Darjiv y Bekin, otro chico del equipo de competición. Me vieron venir y Koel dijo algo a Darjiv, que se rio exageradamente.

–Si es Nadir en persona, el señor de los misterios –continuó con sus carcajadas.

–Cierra la boca, miedica –respondí furioso–. ¿O quieres que me pase a otro equipo de fenton?

Darjiv miró a Koel, inseguro. Éste me miró con dureza.

–Dejémonos ya de tonterías. Tenemos que comenzar los entrenamientos en serio. He visto a los tipos del distrito Este y están muy preparados. Así que no tenemos tiempo para paseos con chicas.

Asentí. El entrenamiento me mantendría ocupado, sin pensar en el maldito Club y las niñerías de Jilai y Kora. Pero me pregunté qué haría ahora Nilome. No quería dejarlo solo. Se metería en algún lío.

–Nilome puede medir y tomarnos los tiempos, es bueno con eso –se me ocurrió.

–Bueno. Mientras no intente darle a las bolas… –aceptó Koel, riendo con desprecio.

Forcé una sonrisa. ¿Qué se creía Koel? Aunque no pudiera correr ni saltar tan bien, Nilome era mil veces más inteligente que él. En realidad, cualquiera lo era. Por alguna razón pensé entonces en Jilai, y por una curiosa coincidencia me di cuenta de que estaba enfrente de nosotros, sentada junto al mástil con Kora y otras chicas. No me miraba, pero estaba seguro de que, de alguna manera, me estaba viendo. Seguí sus movimientos por el rabillo del ojo hasta que volvimos a la clase. Hubiera querido decirle algo, saber qué pensaba sobre nuestra última conversación, explicarle que no me importaba si no podían contarnos ese secreto que tanto asustaba a Kora. Pero el patio de juegos no era el lugar adecuado para hablar a solas.

Fue una larga mañana. Apenas conseguía mantenerme despierto en la última clase. Me perdí algo que la profesora Freya explicaba sobre el ciclo de la sal, hasta que un cambio en su voz me sobresaltó.

–Así que ya sabéis porqué tenemos que reciclar nuestra orina, aunque no parezca muy higiénico –sonrió observando nuestras muecas. Miré de reojo a Koel, pero no se dio por enterado. Él seguiría haciendo pis donde le pareciera.

–De hecho –la profesora amplió su perfecta sonrisa–, los excrementos de los pájaros son prácticamente nuestra única fuente externa de sal.

La clase respondió con un coro de fingidos vómitos.

–Pero, ¿de dónde vienen los pájaros, profesora? –dijo la inocente voz de Nilome.

–Pues… viven en la atmósfera, se sostienen con el viento, ya los habéis visto. Nosotros construimos nidos en los mástiles para que puedan anidar, se reproduzcan y nos dejen sus preciosos restos –se detuvo un segundo, observando

nuestra reacción, y entonces miró el reloj de agua en la esquina–. De acuerdo, chicos, es suficiente por hoy.

Nilome frunció el ceño. También yo me habría hecho más preguntas sobre los pájaros si hubiera estado menos adormilado, pero me limité a guardar mis cosas en el pupitre y tambalearme hacia la salida con los demás.

–¿Problemas de sueño, Nadir? –me sorprendió la profesora.

–Ah… sí, disculpe, no he dormido bien esta noche.

–Pues tienes que ponerte en forma para el fenton, ¡contamos contigo! –sonrió, imitando un movimiento de boleo.

–Claro –le respondí sorprendido por su interés.

Noté que Jilai estaba todavía recogiendo en la primera fila. La profesora se le acercó y le dijo algo. Jilai asintió, fue hacia la pizarra y comenzó a limpiarla. Era mi oportunidad para hablar con ella, pero Koel y otros chicos aún no habían salido. Y la profesora no se había movido de su mesa, recogiendo el modelo de reciclador de sal. Notarían si me quedaba. Resignado, continué hacia la salida, espiando los graciosos movimientos de Jilai mientras utilizaba el borrador y… vi que estaba escribiendo algo en la pizarra: “Atardecer PrE”. Siguió limpiando por otro lado, y entonces se volvió un instante para mirarme. Me guiñó un ojo y luego se giró para borrar el mensaje que había escrito. Salí del aula aturdido y con el corazón saltando de emoción. “Al atardecer en la esquina de Proa con Estribor”. Tenía que pensar una buena excusa para marcharme pronto del entrenamiento.

Esa tarde el viento era más gélido que nunca. Extendí las orejeras de mi gorro para que el cálido plumón me cubriera la cara. Aun así mi respiración dejaba una nube de vapor mientras caminaba hacia PrE. La verdad, no recordaba haber estado allí nunca, y si había estado desde luego no recordaba que hubiera nada interesante. Por un momento temí perderme siguiendo los corredores laterales del nivel comunal. Eran todos tan parecidos. Llegué a una intersección y me fijé en las marcas del pavimento: “Pr” hacia adelante, “E” hacia la derecha. Seguí hacia estribor. Tras unos cuantos cruces más llegué sin problemas a la esquina de la ciudad, tras pasar antes junto a uno de los mástiles.

Como siempre sucedía junto a la borda, la cubierta de los cultivos había desaparecido sobre mi cabeza, pero el sol anaranjado, ya cerca del horizonte, no ofrecía suficiente calor contra el viento que cortaba como un hielo afilado. La

baranda junto a la esquina estaba oculta por un tupido parapeto de cipreses, así que me acerqué allí para protegerme del vendaval, descubriendo una figura oscura sentada en el suelo.

–Hola –dijo levantando su cabeza, totalmente tapada.

–Hola, Jilai –respondí, sorprendido. La invitación era real, no había sido mi imaginación. Me senté junto a ella, frotando mis brazos.

–Todavía tienes cara de sueño.

–No he podido dormir después de comer, tenía que ir al entrenamiento. Menos mal que esta noche no tengo turno.

No dijimos nada durante un segundo.

–Por cierto, anoche vimos extraños movimientos en el cielo –dije. Quizás a Jilai le interesara. Parecía ser muy curiosa.

–¿También investigas las estrellas? –respondió, temblando de frío.

–Con Nilome, él las observa todas las noches. Pero dice que no todas son estrellas. Algunas se mueven muy rápido. Yo también las he visto. Dejan detrás rastros de colores.

Tras otra incómoda pausa, Jilai se arrastró hasta la base misma de los cipreses. La seguí junto a los troncos. El viento era menos fuerte allí y se decidió a abrir su gorro. Su voz sonó ahora más clara.

–Siento no poder contarte nada sobre la entrada al nivel cuatro. Se lo prometí a Kora.

–No importa. Es mejor así –intenté sonar maduro y responsable–. Imagina si nos pillaran ahí abajo.

–Pero aunque no te lo diga… tú podrías adivinar cómo entrar. Eres inteligente –sus ojos lanzaron un fulgor extraño a través de la abertura de la capucha.

¿Era un desafío? Su rostro me decía que sí. Quería que le siguiera el juego. Bien, no debía ser tan complicado, quizás se trataba de algo obvio. Para empezar, si existía esa entrada que decían conocer, no podía ser una trampilla porque nosotros ya les habíamos hablado de ellas. Además, Darjiv se había enterado por fin, a través de su padre, obviamente, de que se abrían con unos códigos imposibles de adivinar, incluso para alguien tan 'inteligente' como yo –sonreí.

–Puedo intentarlo –acepté–. ¿No me das alguna pista?

–Ya tienes las pistas que necesitas –contestó Jilai, juguetona.

Bien. Pensé en las alternativas. Bajo el suelo de los apartamentos, hecho de tablas de madera alisadas, se podía ver que el techo del nivel cuatro estaba formado por una malla de metal, aparentemente irrompible.

–Habéis encontrado un agujero en la red de metal, en el apartamento de Kora –probé mi suerte, recordando que Kora, o su madre, habían sido las descubridoras.

–Ja, ja. ¡Nooo! –Jilai estaba disfrutando.

De acuerdo. Si no había roturas y las trampillas no contaban… aún había otras aberturas en la malla metálica. Los mástiles. Seguro que bajaban hasta el fondo del nivel cuatro y para eso tenían que atravesar el techo. Los grandes troncos de metal negro sujetaban los niveles superiores con sus cables tensores. Estaban a la vista de todos. La pista que necesitaba. Sonreí de nuevo.

–Los mástiles. Son huecos. Habéis encontrado una abertura para bajar por ellos –propuse, palmoteando con mis manos.

–No, no es eso –esta vez Jilai no rio. Parecía intrigada por mi idea.

–Vale. Dame un intento más.

Tenía las pistas que necesitaba, había dicho ella. ¿Algo que habíamos hablado en el Club? ¿Un comentario en clase? ¿Cómo podía saberlo? Tenía que ser algo bastante obvio. Le di vueltas a la cabeza sin llegar a ningún resultado. Jilai me miraba impaciente, pero también divirtiéndose con mi sufrimiento.

¿Cómo llegar hasta el nivel prohibido? Podría existir otra forma de hacerlo sin atravesar la malla. Claro. Pero para eso habría que salir por fuera de la baranda y bajar descolgándose de alguna forma desde un nivel superior. Si las paredes exteriores del piso cuatro no estaban cerradas o tenía algún tipo de ventanas… No podía ser tan sencillo. A pesar de la prohibición, los chicos de la escuela habíamos mirado infinidad de veces sobre la borda, estirando nuestros cuellos sin conseguir ver nada que asomara por debajo. El nivel cuatro estaba retirado hacia dentro, igual que los cultivos. Siguiendo el hilo de mis pensamientos, miré hacia la borda de proa y luego a la de estribor. Ambas se juntaban justo detrás de la barrera de cipreses que se levantaba a nuestra espalda. No había nada especial allí, nada diferente a cualquier otro sitio de Vikatee, excepto la esquina misma.

Jilai me había citado aquí. La pista que necesitaba tenía que estar a la vista. Lancé una mirada desafiante a Jilai y me volví. Los troncos de los árboles estaban suficientemente separados para poder pasar entre ellos. Me tumbé y arrastré mi cuerpo sobre el suelo sucio. El gorro se me enganchó en una rama

baja, pero lo recuperé de un manotazo mientras me levantaba ya al otro lado sobre mis piernas ateridas de frío.

Me alcé sobre la borda, luchando contra la ventisca que me empujaba contra el parapeto de los cipreses. Nadie podía verme desde la ciudad. Ante mí tenía solamente el cielo y las nubes del ocaso. A salvo de cualquier mirada, incliné mi cuerpo hacia afuera. Y vi algo, justo debajo. Una estrecha plataforma de metal.

–Vaya, descubriste nuestro secreto –confesó Jilai, apareciendo a mi lado.

VI

Al día siguiente Nilome me esperaba en la entrada de la escuela. Me hubiera gustado contárselo todo. Nos hubiera podido ayudar con sus ideas. Era listo, atrevido para lo que le interesaba, y hubiera dado cualquier cosa por saber cómo bajar al nivel cuatro y averiguar qué eran sus malditos círculos rojos. Pero Jilai había sido clara.

–No se lo cuentes a nadie –me había amenazado, más seria que nunca–. Sobre todo a tus amigos.

Así que tenía que morderme los labios. Por suerte, a Nilome nunca le faltaban temas de conversación.

–¿Dónde te metiste ayer? Koel y Maike estaban muy cabreados.

–Tuve que marcharme pronto. Me… me hice daño en la mano.

–Oh, por favor, no me digas que no podrás jugar. Koel te matará. Sin ti perderemos el fenton y sacaremos menos puntos en los cuatro hoyos. Tienes la mejor puntería.

–Tranquilo, estoy mejor. Es que llevaba demasiado tiempo sin practicar tan duro. Vamos adentro.

–¿Pero vendrás esta tarde a entrenar?

–Que sí, hombre.

Olvidé añadir que tendría que escabullirme de nuevo antes de terminar las sesiones. Nos mezclamos con el resto de alumnos ruidosos y entramos en clase. Nilome me siguió hasta el pupitre. ¿Qué quería ahora?

–Subí anoche –sus ojos brillaron.

Sabía que se refería al nivel de cultivos. Los campos debían estar casi desiertos, gracias a que los turnos de noche se habían suspendido por los campeonatos. Nilome habría podido observar las estrellas a sus anchas.

–Siguen apareciendo más luces con colas –susurró a mi oído–. Se acercan a ese punto brillante y luego se apagan.

–¿Siempre se juntan en el mismo punto?

–Sí, una gran estrella naranja. Bueno, no una estrella, porque también se mueve muy rápido. He calculado que da una vuelta completa al planeta en unas cuatro horas.

La profesora Pradesh explicaba que las estrellas no se movían, sino que era nuestro planeta el que giraba, y también la ciudad iba dando vueltas flotando sobre la esfera gigante de las nubes. Por otra parte, Nilome tenía la teoría de que las luces que se movían en el cielo también giraban alrededor del planeta, más cerca que las estrellas. Había intentado demostrármelo dibujando en su papiro de clase, pero la verdad es que no le había entendido. Eran demasiadas cosas girando.

–¿Y entonces, qué supones que es ese punto? –dije, resignado a soportar sus tonterías.

–Debe ser un planeta o algo muy pesado. Imagino que ha entrado en una zona del cielo donde hay meteoritos y al pasar cerca de ellos los atrae hacia sí, desintegrándolos en su atmósfera.

–¿Como las estrellas fugaces?

–Sí. Pradesh explicó que la cola luminosa se debe a que se van quemando al rozar nuestro aire.

–Pues parece una buena explicación. Tendrías que contárselo a la profesora; quizás ella sepa cómo comprobarlo.

En ese momento Koel y Darjiv entraron en la clase con caras de enfado. Enseguida me vieron y se dirigieron hacia donde estábamos.

–Pero hay algo que no entiendo –continuó Nilome.

–¿De qué se trata? –quería parecer ocupado mientras los otros se acercaban.

–Pues… es que a veces aparecen luces que se alejan del punto brillante. No pueden ser meteoritos.

–¡Nadir, que el Demonio de Fuego te lleve al infierno! –fue el saludo de Koel–. El comité de competiciones ha dicho que si te vuelves a perder otro entrenamiento ¡te descalifican! –su puño, a un palmo de mi nariz, estaba rojo de

furia.

–¡Me hice daño en la mano!

–¡Pues si te haces daño te quedas hasta que hagan el recuento!

–Ya estoy mejor –protesté.

Por suerte el viejo Birker había llegado y estaba ya junto a la pizarra, mirándonos por encima de sus lentes. Vi que había cogido el borrador y estaba a punto de tirárnoslo a la cabeza. No sería la primera vez. Lo señalé a los muchachos.

–¡El viejo! –susurró Darjiv.

Todos salieron zumbando hacia sus pupitres. Birker bajó el borrador, lentamente.

Esta vez me matarán –pensé con angustia mientras corría hacia PrE–. Le había dicho al tipo del comité que mi madre me había mandado un recado para que fuera a cuidar de mi hermana pequeña. El hombre gruñó e hizo una marca en su papiro. Esperaba que eso me salvara de la expulsión, pero seguro que no me ahorraría el puño de Koel. No le había dicho a nuestro capitán que me marchaba.

Jilai me regañó por llegar tarde pero fue comprensiva cuando le conté la razón. Abrí mi bolsa de fenton y le mostré la cuerda que había trenzado anoche con tiras hechas con el cuero de una manta vieja. Mi madre también me matará si se entera –me dije.

–Hay que hacer unos nudos grandes cada dos pies, para que podamos subir luego –me indicó.

Hice lo que sugería Jilai y luego pasamos arrastrándonos con la bolsa bajo los cipreses. Até la cuerda al tronco que quedaba justo frente a la esquina. El viento era suave, así que los dos habíamos bajado nuestros gorros y podíamos vernos las caras.

–¿Estás segura?

Jilai inclinó su cabeza. Los dos estábamos decididos. Y muertos de miedo. Observé bien el pequeño trecho visible de la plataforma que asomaba más abajo, extendiéndose hacia el vacío sobre el fondo deslizante de las nubes. Estaba hecha del mismo metal negro que formaba otras estructuras de Vikatee, el material sagrado e indestructible de los Constructores. La plataforma estaba rodeada por varias anillas gruesas y una corta barandilla. Más abajo solamente quedaba el infierno blanco del Peklon.

–Bajamos, echamos un vistazo y… ya veremos –dije tontamente.

Con mucho cuidado, pasé una pierna sobre la baranda de bambe pulido y luego la otra, sujetando la cuerda entre mis muslos cruzados. Soltando la soga con precaución, fui bajando muy despacio pegado a la pared del nivel tres de alojamientos. Pronto el rostro de Jilai quedó a unos pasos por encima de mí.

–Casi estás. Un poco hacia allá –señaló.

Solté con cuidado más cuerda. El cuero se me clavaba en las manos. Mis ampollas no iban a curar, y entonces seguro que no podría participar en el fenton. Por todos los demonios. Descuidándome, perdí el apoyo de la pared y quedé flotando entre los dos niveles. Comencé a girar, sin nada a que agarrarme. Asustado, probé a bajar un pie y por fin toqué el metal de la plataforma. El giro se detuvo. Estaba abajo. En el piso prohibido.

Sonreí pensando en Nilome. Esperaba poder contárselo algún día. Como suponíamos, el nivel en sí comenzaba unos pasos más adentro. Sus paredes externas eran como las de cualquier otro muro de la ciudad: duras tablas fabricadas con bambe verde aplanado al calor del fuego, con rendijas abiertas de trecho en trecho para dejar entrar la luz. Las paredes que venían desde los lados de proa y de estribor se encontraban formando un arco, y en medio de éste había una abertura en la que terminaba la pasarela sobre la que me encontraba. No debía temer que se rompiera, pues colgaba de varios tensores metálicos enganchados al suelo del nivel tres. Qué extraño era estar allí, en el final de la ciudad, sin nada más que me sujetara. Tenía la sensación de que en cualquier momento podía atravesar este último suelo de metal y caer al abismo. Entonces descubriría el aspecto que tenía la ciudad desde abajo –pensé absurdamente.

Iba a gritarle a Jilai que había visto la entrada, pero temí que alguien me oyera, así que le hice un gesto para indicarle que iba a acercarme hacia dentro. Ella asintió, nerviosa. Cuando avancé un par de pasos por la plataforma dejé de verla. Tampoco mi amiga podía verme. No importaba. Explorar la puerta del nivel prohibido no me llevaría más de unos segundos.

Un minuto más tarde, Jilai estaba conmigo junto a la puerta, su cara morena colorada del esfuerzo y la emoción.

–Ves, solo está cerrada con un simple pasador –le mostré–. No pensaron que nadie pudiera entrar por aquí.

–O es que esperan visitas de fuera. ¿Has visto las anillas de metal de la pasarela? –señaló–. Parecen pensadas para atar algo.

–No tengo idea de qué podrá ser –alcé mis hombros.

Moví el pestillo y abrí lentamente la puerta, que giró sin esfuerzo dejando ver una rendija oscura y silenciosa como la entrada de una madriguera. Jilai apretó los labios con determinación, decidida a pasar. Vamos –me dije a mí mismo–, no es momento para echarse atrás.

–Cuidado con hacer ruido –susurré–, puede haber custodios trabajando.

Empujé un poco más la puerta, lo suficiente para poder atravesar la entrada. Al cabo de unos segundos de cruzar al interior comenzamos a ver racimos de tuberías que corrían pegadas al techo y las paredes, juntándose o dividiéndose en conductos de diferente grosor que entraban en grandes depósitos de madera reverdecida por los hongos. Mi nariz se arrugó ante el olor a humedad y putrefacción.

–Vaya peste –confirmó Jilai.

Las tripas de la ciudad. Visto desde aquí el trabajo de los custodios no parecía tan interesante. Más bien podría considerarse como una condena.

Los conductos se prolongaban en todas direcciones como serpientes interminables, entrecruzándose en un laberinto de túneles mal iluminados. En un instante se me quitaron las ganas de continuar.

–¿Qué hacemos? –pregunté a Jilai. Solo con llegar hasta aquí teníamos una fantástica historia que contar. ¡La entrada secreta al cuarto nivel! –me imaginaba las caras de admiración y envidia–. Si es que algún día Jilai me liberaba de mi promesa de silencio.

–Vamos a entrar un poco –dijo Jilai, para mi sorpresa–, hasta que se ponga el sol.

Dudaba que fuéramos a notar la puesta del sol desde aquí dentro, pues la oscuridad ya era casi total. Pero callé y me tapé la nariz, pensando en qué posibles misterios podían ocultarse en esas cloacas.

Al llegar al primer cruce de pasillos me di cuenta de que íbamos a perder de vista la salida por la que habíamos venido y los pasadizos eran cada vez más oscuros.

–Por aquí debe estar el apartamento de Kora –Jilai indicó la callejuela de la izquierda, hacia popa. Sin dudarlo, entró por el corredor y un par de intersecciones más adelante giró a la derecha. La seguí mientras intentaba mantener un mapa en mi cabeza, pero a medida que nos adentrábamos en el laberinto empecé a perder la orientación.

–Hmm, por aquí –sugirió Jilai.

En el siguiente corredor se quedó parada, mirando al techo durante unos instantes, y luego bajó su cabeza hacia el suelo. De un bolsillo sacó algo y encendió una llama.

–He traído fósforos y una vela –anunció, y se puso a buscar bajo la luz entre las maderas del pavimento.

Fósforos, velas… nuestra lista de delitos se alarga –suspiré.

–¿Estás buscando algo? –pregunté extrañado.

–Verás… debería habértelo contado antes –la vela iluminó una mueca de arrepentimiento en sus labios–. Cuando estaba en el apartamento de Kora, bueno… le enseñé un anillo que me había regalado mi madre y… se me cayó al suelo, por una rendija entre la madera. Lo levantamos todo para buscarlo, pero…

Me quedé parado en la penumbra, mi rostro caliente como si me hubieran pegado un par de bofetadas. Jilai me había utilizado. Necesitaba a alguien que la acompañara a buscar su anillo. Eso era todo. La cobarde de su amiga Kora no se atrevía, y yo había caído en la trampa como un tonto.

–Tiene que estar por aquí cerca –continuó mirando con la luz.

–¡Me voy! No me voy a quedar para buscar un estúpido anillo.

–¡Perdona, lo siento! –cogió mi mano–. Tenía que habértelo dicho. Es un anillo especial de mi familia, no puedo perderlo.

Jilai se quedó mirándome y comenzó a sollozar, haciendo temblar la débil llama de su vela.

–¡Por el gran cuervo ciego…! –apreté los dientes–. ¡Busquémoslo rápido y salgamos de aquí!

Increíblemente, encontramos el anillo en un par de largos minutos. Era bonito, hecho de un vidrio amarillento con pequeñas piezas azuladas.

–¡Qué bien, no se ha roto! ¡Gracias! –me abrazó, rozando mi mejilla con la suya. Disfruté en silencio de mi recompensa.

–Anda, vamos –me separé–, pronto comenzará a oscurecer.

Regresamos por un corredor diferente, apagando la vela y buscando la proa por donde llegaban los últimos rayos de luz. El pasillo se estrechaba, aprisionado entre grandes tanques y máquinas grasientas. A través de las sucias paredes oíamos los sonidos fantasmagóricos de los líquidos y el burbujeo de los gases. Caminé más deprisa sin preocuparme por Jilai. Ella tenía lo que quería. De pronto, nos encontramos con una forma pulida que cruzaba el nivel de arriba a abajo.

–Un mástil –reconocí–. Debe ser el que vi junto a PrE.

El cilindro metálico era un poco más ancho que en los niveles superiores, tan grueso que no hubiéramos podido rodearlo entre cuatro de nosotros. Algo resaltaba en su suave superficie negra, un rectángulo que brillaba como una brasa ardiente en la sombra del corredor. Acercándome, vi que era un mosaico de pequeños cuadrados con brillantes símbolos.

–¿Nadir? –Jilai se impacientaba más adelante.

–Mira –apunté al mástil–, las mismas letras de la Insignia.

Esto atrajo su curiosidad.

–Los Constructores también escribieron aquí –deduje–. ¿Por qué lo harían?

En cada una de las ocho pequeñas piezas pegadas al mástil había, trazada con luz, una de las letras a las que habíamos dedicado tantas horas. Una nueva pista para el Club de la Insignia –sonreí–. Los ocho símbolos tenían un aspecto similar, hechos de trazos sencillos. Busqué alrededor del cilindro, pero no vi nada más hasta que miré hacia abajo. Junto a la base del mástil había una rendija circular de unos tres pies de anchura por la que se filtraba un hilo de luz. No era una tapa de madera como la de las trampillas. Estaba tallada sobre el suelo de metal desnudo,

¡Los círculos rojos del mapa! Mi corazón se aceleró. El misterio de Nilome estaba resuelto: los círculos eran mástiles con puertas redondas, puertas que llevaban aún más abajo…

–No son letras, ¡son números! –gritó Jilai, olvidando mi advertencia sobre el ruido–. ¿Recuerdas la clase de matemáticas sobre sistemas de numeración? Es posible que los Constructores solamente utilicen ocho dígitos diferentes. Mira, ves… este primero es un solo trazo, el segundo son dos trazos que se juntan, éste tres… cuatro… y así todos.

Todavía pensando en el mapa, tardé un momento en comprender lo que me explicaba Jilai. Ocho dígitos. El panel del mástil es una cerradura de combinación con un código, como las claves de las trampillas. Si se pulsaban los números correctos, la puerta del suelo se abriría. Se lo conté a Jilai.

–Quizás algún día descubramos la combinación y bajemos –rio, entusiasmada con su descubrimiento.

Asentí, recordando algo más que Nilome había dicho sobre el mapa, que los puntos rojos debían estar por debajo del nivel cuatro. Por tanto, no representaban estas puertas circulares sino algo más, algo muy importante y secreto escondido tras ellas, bajo el vientre de la ciudad.

Jilai se volvió para marcharse, pero mis ojos no se despegaban de la abertura circular. ¿Cuál sería la combinación de dígitos? Si la habían decidido los Constructores, no habría cambiado desde hacía mil años. Debían haberla dejado escrita en algún lugar, posiblemente en un libro como el que Birker nos había mostrado. Un libro de instrucciones para los custodios.

–Anda, vamos ya –me llamó Jilai–. Está anocheciendo.

La ignoré. Mi cabeza funcionaba a toda velocidad, alimentada por mi excitación. Había recordado algo más. Me palpé el bolsillo interior de mi abrigo. Todavía lo llevaba allí. Mi copia del texto de la Insignia.

–Enciende otra vez la vela –le pedí.

–¿Qué vas a hacer?

–En la Insignia hay escrito un número.

A la luz de la vela, comprobé que en toda la secuencia de letras solamente aparecían una vez números como los del panel. Una secuencia de seis dígitos.

–¿Vas a probarlo? –Jilai se movía de un lado a otro.

¿Qué sucedía si la trampilla se abría? –me pregunté–. Era posible que avisara a los custodios. En la Crónica había pasajes que el Superior leía con voz de trueno; historias sobre "puertas que no debían abrirse" y "destapar la caja de todos los males". Temblé por un segundo. Quizás de la abertura saldría un enorme monstruo hambriento encerrado durante mil años. Pero no tenía sentido.

–Voy a probar. Pero si quieres marcharte te doy un minuto para que salgas.

Jilai frunció los labios, como si la hubiera ofendido.

–Probemos –dijo.

Sosteniendo el papiro, fui pulsando los seis dígitos sobre el panel. Cada vez que apretaba un símbolo el rectángulo brillaba durante un segundo. Cuando terminé la secuencia no hubo ningún cambio, ningún sonido. Supuse que mi razonamiento estaba equivocado. Obviamente, los Constructores no habrían dejado la combinación grabada a la vista de todos. Pero un fuerte golpe bajo nuestros pies nos hizo dar un salto. Nos apartamos de la trampilla circular. Oímos un ruido extraño, metal deslizándose contra metal. La puerta se abrió, dejando salir un círculo de fuego.

La ceguera fue temporal. La luz anaranjada del atardecer dejó de herirnos cuando nuestros ojos se acostumbraron a ella. Pude ver entonces el inmenso espacio que se abría bajo nuestros pies, y me tambaleé de vértigo. Una cosa era

saber que la ciudad flotaba sobre el vacío, que nada la sostenía, y otra verlo directamente con mis ojos. Tuve que sentarme junto al agujero para no perder el equilibrio. A pesar de ello, la curiosidad me obligó a mirar de nuevo hacia el abismo.

Ocultando las nubes rojizas, el colosal mástil que pasaba a nuestro lado se extendía hasta convertirse en un delgado hilo en la lejanía. Fue sorprendente descubrir que el cilindro era mucho más largo por debajo de la ciudad que por encima de ella, pero aún más extraño fue ver que servía de soporte para una gigantesca tela que se hinchaba con el impulso del viento. Dominando mi mareo, me incliné sobre la abertura para encontrar el final del enorme lienzo, viendo que los extremos de la tela estaban sujetos por cables a otro de los mástiles, que a su vez sostenía su propia lámina ondulante. Vikatee se sostenía sobre un bosque de descomunales sábanas sujetas por troncos metálicos.

–¡La madre de los dioses! –exclamó Jilai– ¡vaya panorama!

Sin duda, estábamos viendo la prodigiosa obra de los dioses –reflexioné maravillado–. Solamente los propios Constructores, seres de poderes sobrehumanos, habrían podido montar las imponentes alas verticales y sujetarlas a nuestra ciudad. Éramos unos privilegiados al poder admirar su increíble creación, oculta a los ojos de los demás.

Pero las sorpresas no habían terminado. Quería ver qué se escondía justo debajo, así que me tumbé sobre el piso y dejé colgar mi cabeza a través de la abertura, hasta que mis ojos salieron al otro lado. Mi vista se llenó inmediatamente de centelleantes chispas de color. En el tramo del mástil que se empotraba en el suelo metálico de la ciudad, estaba incrustada una enorme esfera, como si un gigante hubiera hundido una pelota de fenton de seis pies de anchura en un bloque de manteca. La superficie de la bola estaba formada por una miríada de luces que cambiaban de lugar y color más rápido de lo que mi ojo podía seguir, como si todas las estrellas del cielo hubieran formado una enorme pompa, como una nube de luciérnagas bailando hipnóticamente.

Desde donde estaba, a un paso de distancia, podía sentir la energía de la esfera contra la piel de mi cara. El fulgor que irradiaba solamente se ocultaba en los lugares donde unos tentáculos oscuros la abrazaban como raíces sujetándola al cuerpo del mástil. Vi que un poco más arriba de la esfera, casi tocando el suelo, había otro panel de control sobre el tronco metálico, similar al que había abierto la trampilla.

Ahora sí había encontrado los círculos rojos del mapa. Estaba completamente

seguro. Por primera vez tuve miedo de verdad. Era consciente de que había visto algo que no debía saber. En ese momento tuve la certeza de que las esferas bajo nuestra ciudad eran diferentes a todas las demás cosas del universo, algo muy especial cuyo conocimiento debía estar reservado a muy pocos. Y estuve seguro de que iba a pagar por ello si me descubrían.

El temor y mi peligrosa postura cabeza abajo habían acelerado mi corazón y empapado mis manos de sudor. Así que cuando Jilai gritó repentinamente de miedo y tiró de mi brazo, el sobresalto hizo que mis dedos resbalaran sobre el metal. Mi brazo escapó de la débil presa de Jilai y me vi cayendo al vacío, mi cuerpo girando en el aire mientras las piernas perdían contacto con el suelo. Agité mis brazos por simple desesperación. Todo sucedió muy rápido y al mismo tiempo muy lentamente. En un instante mis pies estaban saliendo por la trampilla. Un momento después mis vísceras notaron la náusea de la ingravidez. Un instante más, estaba cayendo hacia el infierno. En las siguientes décimas de segundo noté un contacto en la palma de mi mano. Mis dedos se aferraron a algo. Y un momento más tarde mi cuerpo golpeaba el cilindro de metal.

Había agarrado una de las negras ramificaciones que rodeaban la esfera de luz pero mi mano sudorosa comenzó a deslizarse de nuevo sobre el metal caliente y resbaladizo. Caería de nuevo. Me esperaban las nubes de Peklon, como al desconocido en mis pesadillas. Con amargura, pensé que en realidad lo que había soñado tantas veces era mi propio futuro, mi propia muerte.

O quizás no. Una mano fuerte agarró mi muñeca y tiró con tanta fuerza que el hombro casi se me salió del sitio. La manaza arrastró mi cuerpo hacia arriba, extrayéndome del vacío para derribarme sobre el suelo metálico del nivel prohibido. Estaba de nuevo en la segura oscuridad. Alcé la vista mareado y sin aliento.

Ante mí flotaba un círculo de brillo verdeazulado. En su superficie metálica había grabados varios símbolos del alfabeto de los Constructores, igual que en los paneles pegados al mástil. La visión del extraño objeto no duró mucho, pues la recia mano que me había rescatado de mi caída cogió el círculo, que colgaba de una cinta de cuero, y lo escondió rápidamente entre las ropas de su dueño. Al ver la cara de mi salvador retrocedí asustado. Lo que temía se había hecho realidad. Había reconocido la barba cuadrada de Jared, el padre de Darjiv. Uno de los custodios.

VII

Esperábamos en una sala pequeña y sin muebles, iluminada por un candelabro y decorada con una pintura de flores y frutas. Miré hacia Jilai, sentada en otra silla, bastante separada de la mía. No levantó su cabeza. Fuera de la habitación cerrada se oían voces lejanas de los custodios pero era imposible entender qué decían, si estaban hablando de nosotros.

Todavía se me revolvía el estómago reviviendo los últimos minutos. Sin dejar que me recuperara de la impresión de la caída, Jared me había empujado por los pasillos, iluminando el camino con la brillante luz azulada que salía de su casco. El padre de Darjiv era al mismo tiempo mi rescatador y mi guardián. Estaba tan aturdido que no se me ocurrió pedirle que nos dejara marchar. Hubiera podido inventar alguna excusa, aunque seguramente no hubiera servido de nada. Me pregunté si el custodio contaría a su hijo Darjiv lo que habíamos hecho o pasaría a formar parte de su colección de secretos.

Giré mi cabeza hacia atrás. Dos custodios escoltaban a Jilai. La cara de mi amiga estaba envuelta en sombras. Quería verla, averiguar cómo se sentía, pero ninguno de nosotros rompió el silencio agobiante del nivel prohibido. Avanzamos un largo rato, pasando por una zona iluminada por lámparas de gas, donde pesadas máquinas removían tanques cenagosos y aplastaban masas verdosas, vigiladas por un grupo de custodios. Noté en varias ocasiones la presencia de escalerillas que subían hacia el nivel tres, posiblemente para salir a las trampillas de acceso. ¿Por qué no subíamos por una de ellas?

Comencé a temer lo peor. No regresaríamos, no veríamos ya a nuestras familias. Nos harían desaparecer sin más, metiéndonos en alguna de las fétidas cubetas de reciclaje para que alimentáramos los ciclos químicos de la ciudad. No podían permitir que contáramos a nadie lo que habíamos visto. Especialmente yo. Jilai no había llegado a ver la extraña esfera de energía.

–¿Dónde vamos? –me atreví al fin a preguntar.

Me ignoraron y continuaron caminando. Unos minutos después llegamos a una verdadera escalera con peldaños, cerrada por un portalón de metal. Jared giró unos discos para abrir la verja y subimos un nivel hasta lo que parecía un

alojamiento comunal, pero diferente a los que había visto hasta entonces. Había dormitorios individuales, salas grandes con mesas alargadas y un gran comedor en el que un hombre colocaba lujosos platos y vasos de vidrio sobre una gran mesa circular. No podía fijarme en los detalles, pues Jared golpeaba mi coronilla con sus nudillos cuando me detenía. Así llegamos hasta la pequeña habitación donde ahora esperábamos aterrados.

–Estamos en el Arqueón –dije en voz alta.

Jilai se movió en su silla, abatida.

–¿Qué vamos a contarles? –le pregunté. Su silencio me hacía sentir mal. Hubiera preferido que me gritara.

–Diremos la verdad –habló por fin–. Que queríamos recuperar mi anillo.

No tuvimos tiempo para más charla. Unos pasos rotundos se acercaban por el corredor. La puerta se abrió a un lado y apareció una alta figura a contraluz. El hombre entró en la habitación con movimientos pausados, vestido con un pesado manto bordado con hilos de añil y lino amarillo. Su imponente estatura se alzó sobre nosotros. Jilai ahogó un gemido. El nudo en mi estómago se apretó hasta dolerme. Nunca había visto al Superior Dombrir tan cerca. Su rostro parecía tallado en madera seca y su barba gris era tiesa y afilada como un cuchillo. Su voz, que retumbaba majestuosamente en los sermones, sonó ahora dura y áspera.

–Nadiroz Glemen… –tuve que bajar mis ojos ante su mirada–, y Jilazaar Lavelín…

Paseó frente a nosotros masajeando sus sienes, como hacía mi madre cuando le dolía la cabeza.

–Tenéis que ser conscientes del grave pecado que habéis cometido contra las Reglas de la Ciudad –nos volvió a mirar, con profundas arrugas en su despejada frente–. No creo que os deis cuenta de cuán grande es la gravedad de vuestros actos. ¿Por qué hicisteis algo así? ¿Por qué violasteis la protección de las zonas sagradas?

–Para… para recuperar un anillo –me atreví.

–Un anillo antiguo de mi familia –Jilai extendió su mano.

El Superior miró brevemente la joya, cuando oímos una llamada en la puerta. El líder se alzó con un suspiro de fastidio y abrió. Tras unas palabras que no alcancé a entender, cogió algo que alguien le entregó. Cerrando de nuevo la puerta, levantó en su mano un objeto: la cuerda que yo había trenzado con trozos de cuero. Dombrir la examinó con disgusto.

–Otra violación de las reglas –gruñó–, romper un tejido para usos no autorizados.

Suspiré, derrotado. Podían presentar la cuerda como prueba de un estúpido juego infantil que había terminado mal. Los pobres y tontos niños se habían caído al vacío al intentar bajar por donde no debían –contarían para explicar nuestra desaparición–. No dirían que había sido en PrE, claro, por si a alguien se le ocurría seguir nuestros pasos. Cualquier lugar de la borda valdría. ¿Por qué habíamos hecho esa locura? –se preguntaría la gente–. Quién sabe lo que pasó por sus alocadas mentes –imaginé la desagradable voz de Jared contestando–. Mis terribles pensamientos giraban como un remolino, no podía concentrarme en lo que debía decir a Dombrir.

–Si ya habíais encontrado el anillo, ¿por qué abristeis entonces el accesador? –gruñó el Superior.

El viejo esperó un segundo nuestra contestación, pero se dio cuenta de que no le entendíamos. Sus arrugas se endurecieron todavía más.

–El acceso circular del nivel de servicio, ¿por qué lo abristeis?

No tenía contestación para eso. Para contarle la verdad tendría que comenzar por nuestra visita al salón del Arqueón, hablarle del mapa que habíamos visto… y eso comprometería a toda la pandilla. Debía intentar convencerle de que había sido una simple travesura infantil.

–Enséñale el papiro –me dijo Jilai.

¿Quería Jilai que confesara aún más delitos; robar papiros, saltar la verja de la plaza de popa? Saqué el papiro y se lo tendí al Superior, que lo observó detenidamente. Se me había ocurrido una idea para cambiar ligeramente la verdad.

–El Sagrado Texto de la Insignia –lo reconoció.

–El profesor Birker nos había hablado de otros lenguajes –comencé–. Pensamos que quizás podríamos entender el texto, y cuando bajamos al nivel cuatro para coger el anillo –insistí en ello–, vimos ese panel en el mástil con las letras.

–Las mismas que había en la Insignia –me apoyó Jilai.

–Probamos con esa secuencia –señalé los seis dígitos en el papiro– y la trampilla se abrió sola.

El Superior quedó en silencio, quieto como una estatua. Entonces sus arrugas se relajaron un poco. Casi me pareció ver una leve sonrisa.

–La curiosidad –pronunció la palabra con desdén–, la tentación del

conocimiento, el hambre insaciable de saber más. Una poderosa fuerza de nuestra naturaleza, sí. Es poderosa, y peligrosa, porque con frecuencia nos lleva hacia donde no pensábamos ir. El conocimiento nos adentra en lugares comprometidos y resbaladizos, al igual que esa trampilla que casi te lleva de cabeza al infierno –alargó su mano hacía mí como un demonio del Peklon.

El Superior hizo una pausa dramática, como en sus sermones, y luego se giró hacia mí, utilizando toda la potencia de su voz de trueno.

–¿Qué viste allí, Nadiroz?

–Vi… las nubes, y grandes telas que colgaban de los mástiles.

–¿Qué más?

La esfera –sabía que me preguntaba por ella–, diferente a todo lo que había en el mundo, como si no perteneciera a él, radiando energía como un sol vivo.

–Nada más –mentí–, me resbalé y el custodio Jared me sacó.

El Superior me examinó. Traté de sostener su mirada, de convencerle que no escondía nada.

–Así fue. Te salvó la vida –asintió.

Dio unos pasos más. Estaba pensando. Recé en silencio a los Constructores y les pedí perdón por mi atrevimiento. Les prometí que, si me permitían vivir, de ahora en adelante dejaría en paz sus secretos. A no ser que ellos quisieran revelarlos, claro. Miré de nuevo a Dombrir. Ya no parecía tan enfadado. Quizás nos salváramos después de todo. Cuando volvió a hablar, su voz era más sosegada.

–¿Alguien más sabe que habéis bajado?

–No –contestamos los dos a la vez. Esta vez no mentíamos.

De nuevo, el poderoso custodio nos escudriñó durante unos segundos como si pudiera entrar en nuestras mentes.

–Las Reglas no son prohibiciones arbitrarias, hijos míos. Fueron escritas en la Crónica por buenas razones, y por ello las repetimos y las comentamos en los servicios. El castigo por su incumplimiento debe ser severo porque nuestra supervivencia depende de ellas. Por otro lado… sois todavía unos niños, muy inteligentes y con excesiva curiosidad. Aún podéis llegar a ser excelentes ciudadanos.

El nudo en mi estómago se relajó un poco y pude respirar mejor.

–Pero tenéis que aprender la lección. Primero, no podréis hablar con nadie de lo que ha sucedido. Desde luego, no con vuestros amigos, y tampoco con

vuestras familias o con los profesores. Ni siquiera debéis hablar de ello con otros custodios. Si lo hacéis, habréis tomado una decisión, ya no como niños sino como adultos, y pagaréis muy duramente –su dedo huesudo nos amenazó–. En segundo lugar, es vuestro último año de colegio, y lo que resta de curso lo pasaréis en escuelas de diferentes distritos. Si alguien os pregunta por el cambio, diréis que cometisteis una falta grave y que la Custodia os ha prohibido hablar de ello. Pensarán cosas horribles, sí, pero aguantareis en silencio. Será parte de vuestro castigo. Y en tercer lugar, recibiréis una asignación de tareas adicionales hasta que llegue la Selección. No tendréis tiempo para las competiciones ni para ver a nadie por las tardes. Eso mantendrá vuestra mente y vuestro cuerpo ocupados en asuntos más productivos.

El Superior calló, observándonos severamente, dejando que el peso del castigo cayera sobre nosotros. Me perdería las competiciones. Era un fastidio, pero al menos ahora tenía una buena excusa. Aunque los de la pandilla me odiarían de todas formas. Y no podría contarles la verdad. Tampoco podría ver a Jilai… No era la muerte que esperaba, pero se le acercaba bastante.

–Hemos sido generosos con vosotros –continuó Dombrir, retirándose hacia el fondo–, pero si algo vuelve a suceder… haremos una rápida Selección con vosotros, y no os gustará el resultado.

El Superior fijó una vez más su dura vista en nosotros, pero me había dado cuenta de que en parte era un gesto teatral. El viejo no había querido hacernos daño, sino asustarnos para que en adelante nos portáramos bien. Pero estaba claro que no quería más problemas. No tendríamos una segunda oportunidad.

El viejo custodio abrió la puerta y vimos un par de custodios jóvenes que esperaban fuera. Dombrir siguió explicando, más tranquilo.

–Os daremos instrucciones selladas para vuestros padres y nosotros mismos comunicaremos las órdenes adecuadas a las escuelas. Eso es todo... Jilazaar, puedes marcharte.

Ella se marchó con los jóvenes custodios. Me pregunté con tristeza si volvería a verla, pero no me atreví a despedirme. Cuando levanté la cabeza de nuevo, el Superior había cerrado la puerta. Estábamos solos, él y yo.

Dombrir levantó la silla donde se había sentado Jilai y la puso delante de mí. Su cuerpo de gigante se dobló lentamente hasta caer sobre ella, como si le pesara el manto bordado.

–¿Qué sabes de tu padre, Nadiroz?

La pregunta me pilló de improviso. ¿Qué tenía que ver mi padre en esto?

–No sé nada. Es decir, sé que murió, pero… mi madre nunca me cuenta nada de él.

–Bien. Eso tiene una explicación muy sencilla –la cara del líder se endureció de nuevo–. Tu padre también violó las Reglas. En su caso el delito era todavía más grave, teniendo en cuenta que era un miembro de la Custodia.

¿Mi padre era un custodio? –me quedé pasmado– ¿Por qué nadie me lo había contado?

–Tu madre, sus amigos y sus colegas recibieron órdenes de no hablar sobre él, igual que vosotros dos las habéis recibido hoy.

–Pero… ¿qué hizo?

–Era un hombre inteligente y curioso, como tú. A pesar de nuestras advertencias buscó un conocimiento que iba contra las Reglas.

Comprendí. Estaba usando a mi padre para que, como me había sugerido Jared a través de Darjiv, yo no siguiera el mal camino. No pude evitar preguntarme qué misterios había investigado mi padre. Siendo un custodio, Gawhan sabría muchas cosas de las que nosotros no teníamos ni idea. Pero tenía que morderme la lengua. Dombrir consideraría cualquier pregunta como otra muestra de excesiva curiosidad. Sin embargo, había una cuestión que no podía evitar. Dombrir tenía que entenderlo. Era mi padre.

–¿Cómo murió? –dije.

El Superior suspiró con calma. La duda asomaba en su rostro.

–Nadie le mató, Nadiroz. Te lo aseguro sobre el Amor de los Constructores –levantó su mano en señal de juramento–. Como te he dicho, Gawhan sucumbió a su curiosidad. Intentó algo… demasiado arriesgado. Nosotros no llegamos a tiempo. Desapareció.

Bajó por un momento la mirada, y luego se levantó de la silla.

–La historia no tiene que repetirse, Nadiroz. Haz bien las tareas que vamos a encomendarte y prepárate para tu Selección. Demuestra que eres capaz de respetar el bien de la Ciudad y dominar tus impulsos. Si lo haces, podrás entrar aquí dentro –apuntó al suelo– y tu sed de conocimiento será satisfecha en la fuente adecuada.

Mientras salimos por la puerta el Superior apoyó ligeramente su mano sobre mi espalda. Ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta nuestro alojamiento. En mi mente solo había lugar para una idea. Mi padre había desaparecido por una extraña razón, por algo que había intentado averiguar. Y en Vikatee solamente

hay una forma de desaparecer: cayendo al vacío hasta ser tragado por el Peklon. Mi padre había terminado en el Infierno. Y yo había estado a punto de seguirle esta tarde.

Aquella misma noche, tumbado en mi litera, oyendo los sollozos de mi madre tras leer el papiro que le había entregado, algunas piezas del rompecabezas encajaron. Mi primer recuerdo, la pesadilla del hombre cayendo al vacío. Tenía que ser mi padre.

VIII

Todos me miraban, pero nadie hablaba. Por mí, perfecto. Yo tampoco quería hablar con ellos. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. ¿Qué había hecho mi padre? La pregunta me perseguía. Pensándolo ahora a la luz del día, sin el Superior, me parecía increíble que se hubiera matado él solo. Quizás había sufrido un accidente, herido por una de las máquinas que manejaban los custodios. Pero Dombrir había dicho que Gawhan ‘desapareció’. ¿Trabajaba él bajo el nivel cuatro? ¿Conocía la existencia de las brillantes esferas de energía? ¿Sabía cuál era su propósito? Si el Superior lo había insinuado, debía ser cierto. Mi padre había caído al vacío.

Portándome bien y cumpliendo estrictamente las normas quizás fuera seleccionado como custodio. Entonces sabría lo que ellos sabían, los mismos secretos que conocía mi padre. Tenía derecho a investigar sobre él. Ninguna regla podía prohibírmelo.

En el descanso todos andaban por el patio emocionados comentando los resultados de los últimos entrenamientos. Koel, Darjiv y Maike lanzaban miradas asesinas en dirección a mí. Hervían de curiosidad y también de miedo. Sabían que debía haber hecho algo terrible y se morían de ganas por averiguarlo, pero no querían inmiscuirse en asuntos de los custodios. Por cierto, ¿cómo se habían enterado de mi castigo? ¿Habría sido a través del padre de Darjiv, o habrían circulado instrucciones en el colegio para que nadie me dirigiera la palabra? Qué más me daba. La única persona con la que quería hablar no estaba en el patio ni volvería a estarlo. Jilai estaría a partir de hoy cumpliendo su castigo en otra escuela. Por lo menos podría encontrar nuevas amigas, chicas que

no sospecharían que había cometido una falta grave. Quizás por esa razón los custodios me habían dejado en el mismo distrito, para que sufriera mi humillación ante todo el colegio.

Kora se acercó hacia mí, cruzando el patio a grandes pasos.

–Os está bien empleados a los dos, por mentirosos –me atacó con su aguda voz y se volvió inmediatamente para regresar con su pandilla de chicas, mordiéndose los labios. Ella y Nilome eran los únicos que podían imaginar nuestro delito, pero sabían que no debían hablar de ello.

Apoyé la espalda contra el muro intentando ignorar a todos, pero mis pensamientos volvían a Jilai una y otra vez. Me había engañado para recuperar su anillo, sí, pero eso hacía que la admirara todavía más. Era atrevida. Había confiado en mí para que la ayudase. Eso significaba algo. No podía dejar de repasar cada minuto de nuestra aventura. Recordaba constantemente los oscuros y malolientes pasillos, y sobre todo seguía viva en mi mente la impresionante vista desde la trampilla circular, el vacío sin medida sobre el que flotábamos sujetos por esas tenues alas de tela. Por supuesto siempre había sabido que la ciudad volaba a gran altura sobre las nubes, pero por alguna razón siempre me imaginaba una base sólida bajo el último nivel. Esa imagen había desaparecido para siempre. Había visto con mis propios ojos que Vikatee no se apoyaba sobre nada, que era frágil como un pájaro a merced del viento. Notaba ahora mismo el vértigo que había sentido al mirar por la abertura circular, sentía como si la ciudad entera pudiera desplomarse y caer al Peklon en cualquier momento. Mis piernas flaquearon. El patio entero pareció dar vueltas por unos momentos.

Por suerte, sonó la señal de llamada y la agitación del regreso a las clases me devolvió a la realidad. Esperé a que todos dejaran el patio. No tenía ganas de cruzarme con nadie y recibir estúpidos comentarios por el pasillo. Pero cuando me dirigí al arco de entrada, vi que Nilome estaba allí esperándome. Sus manos temblaron al hacerme un gesto para que me acercara.

–Nadir, ¿qué ha pasado? ¿Qué habéis hecho? Koel dice que te marchaste a escondidas del entrenamiento para ir a ver a Jilai.

Me di cuenta de que la imaginación de mis compañeros habría inventado toda clase de absurdos rumores.

–Malpensados. No hicimos nada de eso –contesté secamente–. Pero no puedo hablar, órdenes de los custodios.

–Ya, bueno, pero podemos hablar de otras cosas, ¿no?

Nilome tenía más miedo de quedarse sin audiencia para sus fantasías que de

los castigos de los custodios.

–Supongo –admití.

Debía tener cuidado con Nilome. Mientras caminábamos hacia clase me sentí vigilado por mil ojos y oídos dispuestos a delatarme. ¿Habían sido advertidos los profesores para que escucharan lo que yo decía? ¿Se chivarían los alumnos de cualquier cosa que yo dijera?

–Nadir, las luces se… –comenzó Nilome, impaciente.

–Por el Amor de los… ¿es que no tienes otra cosa que hacer que mirar a todas horas las malditas luces? –estallé.

–¡Creo que están bajando! –bajó el volumen de su voz ronca.

–¿Cómo lo sabes?

–Ahora salen del punto de reunión naranja y se mueven hacia el planeta, volviéndose más brillantes hasta que desaparecen detrás del horizonte. Y otras luces hacen el recorrido inverso, o son las mismas que regresan desde el planeta.

–Si fuera así, alguien más se habría dado cuenta, ¿no? –respondí, cansado–. Seguro que los custodios saben perfectamente qué son esas luces y se encargan de vigilarlas para que todo vaya bien. Deja ya de preocuparte por ellas.

–No me preocupo –fue su tímida respuesta.

Por una vez me alegré de regresar al aula. La profesora Freya entró enseguida y desplegó un enorme papiro sobre la pizarra, un complicado diagrama lleno de flechas y círculos. Le encantaban esos diagramas.

–Como os hemos comentado muchas veces, los ciclos son la verdadera ley de la Ciudad –comenzó inmediatamente, moviendo sus elegantes brazos con energía –. Es vuestro último año antes de ser seleccionados, y sea cual sea vuestra ocupación, formaréis parte activa en muchos de estos ciclos. Nuestra supervivencia depende de que los conozcamos, los respetemos, los midamos y los mantengamos dentro de sus límites de tolerancia. La mayoría de las reglas que seguimos a lo largo de nuestra vida, desde que nacemos gracias a los permisos de la Custodia hasta que depositamos a los muertos en las cubas de biomasa, todo tiene como objetivo la preservación de los ciclos. Los Constructores, benditos sean, no dejaron nada al azar. Sin esas reglas y la vigilancia de los custodios estaríamos condenados en muy poco tiempo. Un exceso o una falta de peso podría desplazar la ciudad hacia el vacío helado del espacio o hacia el abismo de fuego, y la escasez de un solo elemento en nuestra alimentación puede significar la enfermedad, el hambre o el sacrificio de algunos mayores antes de que llegue su momento planificado. Vosotros sois afortunados

de no haber vivido todavía un período de crisis, pero los ha habido en el pasado, y han sido muy dolorosos –sus ojos se cerraron un instante como si reviviera un difícil recuerdo.

La última clase del día estaba a cargo del viejo Birker. Como era habitual, el huraño profesor había escrito una frase absurda para después trocearla en partes y lanzarse a sus extrañas divagaciones. Hoy nadie en el aula parecía interesado en interrumpirle. Imaginé que todos estaban pensando en los entrenamientos, la formación de los equipos y las próximas eliminatorias. Todos menos yo, que intentaba mantener los ojos abiertos a pesar del sueño perdido en una larga y difícil noche. De vez en cuando Birker levantaba sus pesadas gafas y entrecerraba los párpados para localizarme. Por suerte, hasta ahora no me había hecho ninguna pregunta. También él parecía estar pensando en otras cosas, o al igual que mis compañeros me había condenado a una callada desaprobación. Por ello me sobresaltó cuando al acabar la clase oí su voz.

–Nadiroz, no se vaya.

Me quedé de pie mientras los demás salían de clase mirándome como si esta fuera la última vez que me iban a ver vivo. Birker esperaba en su mesa, absorto en uno de sus papiros. En un minuto estuvimos solos, pero el viejo seguía ignorándome.

–Profesor, ¿quiere hablar conmigo?

Birker reparó en mí. Se ajustó otra vez las gafas.

–Siéntese.

La silla chirrió contra el suelo cuando me desplomé sobre ella.

–Hijo, no sé lo que ha hecho, pero ha debido meter bien la pata. Y quieren que sufra por ello, quieren que le entre bien en la mollera –la yema de su dedo arrugado me apretó en la frente.

–Lo he comprendido, señor. Le dije al Sup… les dije que no volvería a pasar.

–Tiene que prometérmelo, jovenzuelo.

–Lo prometo, señor.

La mirada gélida del viejo me asustaba. Mi temblor empeoró cuando me hizo levantar, tan bruscamente como me había hecho sentarme, y me señaló la puerta lateral, la que usaban los profesores.

–Tengo un trabajo para usted –me informó.

–¿Un trabajo? –repetí antes de comprender lo que pasaba. Dombrir había

explicado que se nos castigaría con unas tareas adicionales. Y como Darjiv había dicho más de una vez, el viejo Birker era gran amigo del Superior. Vaya mala suerte. Hubiera preferido la tortura física a tener que trabajar para el viejo loco.

Bajamos por una escalera empinada hasta el nivel de alojamientos, encontrando una puerta maciza que nos cerraba el paso. Birker sacó algo de su bolsillo y lo metió en una ranura. La puerta se abrió al empujar con su mano, mostrando una densa oscuridad que olía a moho y madera. El miedo me asaltó de nuevo. Aquello se parecía demasiado al nivel prohibido.

Pero una vez dentro descubrí que estaba en un lugar muy diferente. Me había sentado en un taburete junto a una larga mesa mientras Birker encendía las lámparas de gas.

–Las velas sueltan demasiado humo, los ennegrece –me explicó.

Estábamos rodeados de libros, inundados por ellos, estanterías que cubrían las paredes de arriba abajo, montones de libros sobre baúles de bambe verde y seguramente en su interior, y más libros apilados sobre las dos mesas. Su colores cambiaban del amarillento al marrón sucio pasando por diferentes tonos de ocres y naranjas. Había de todos los tamaños. Al final de la habitación se abría un estrecho pasillo sin iluminación que quizás llevaba a otras salas con más libros. Nunca hubiera imaginado que existían tantos. El viejo no había mentido cuando dijo que en algún tiempo habían existido miles de estos volúmenes.

–Estamos en la Biblioteca de la Ciudad –anunció con aire de importancia–, aunque la mayoría de sus habitantes no la han visto nunca –reconoció–. Quítese el abrigo, Nadiroz. Los libros nos aíslan del frío.

Hice lo que me sugería, agradecido. El cubículo desprendía un calor rancio y pegajoso.

–Aquí pasará las tardes a partir de ahora.

Tragué saliva. Iba a pasar horas encerrado en este calabozo.

–¿Todos los días, señor? Tengo que cuidar de mi hermana.

–No se preocupe –me cortó–. Está todo arreglado.

Birker se relajó. Era evidente que se sentía tan a gusto en este agujero como una lagartija refugiada en su grieta. Se trataba de su propio mundo, donde podía estar a solas con sus amados libros.

–Debe ayudarme aquí, será su trabajo. Mis ojos ya no ven bien, incluso con las gafas. Hay mucho que hacer: limpiar los lomos, reparar los estantes… y copiar los libros más antiguos antes de que se borren. La tinta se va disipando con el tiempo.

Abrí con cuidado uno de los tomos que se amontonaban sobre la mesa. El papiro del interior se había vuelto tan oscuro como la cubierta de cuero y las letras apenas eran legibles.

–En ese montón están los que hay que copiar –asintió inclinando su rostro alargado.

–¿Quiere que le ayude con ellos? –me preguntaba qué contendrían los antiguos volúmenes.

–Primero tendrías que mejorar mucho tu caligrafía –objetó el viejo.

Le conté a mi madre que iba a pasar las tardes en la biblioteca, sobre todo para que no se preocupara por mi ausencia. Pareció aliviada al escucharme.

–Gracias a los dioses, Nadir. Es un milagro que te den otra oportunidad. Por favor, por favor –insistió con nerviosismo–, haz caso al profesor Birker. Es un buen hombre.

–Claro, madre.

Me quedé intrigado por su comentario sobre el viejo. Más tarde, durante la cena, aproveché un momento de calma.

–Madre, ¿Birker fue profesor tuyo en la escuela?

Levantó su mirada. Sus ojos tardaron un segundo en enfocarse en mí.

–¿En la escuela? No, yo vivía en el distrito Sur.

–¿Cómo lo conoces, entonces?

–Ah. He hablado con él algunas veces. Verás… hace unos años, bueno, al desaparecer tu padre y quedarnos solos… –las palabras le salían con dificultad–, supongo que os lo habrán explicado en clase, no es normal en la ciudad que una mujer esté sola, y cuando eso sucede los custodios intentan encontrar un hombre soltero o viudo que la… acompañe.

Me quedé de piedra. ¿El viejo había intentado casarse con mi madre?

–Pero la verdad, yo no quería comenzar con un nuevo marido. Hubiera sido… extraño.

–Pero el profesor Birker…

Mi madre me observó, esperando el resto de mi frase. Entonces se rio, dejándome aún más preocupado. Hacía demasiado tiempo que no oía ese sonido.

–¡Por supuesto que no, es demasiado mayor para mí, tonto! No se trataba de eso. Lo que pasó es que el profesor vino a verme para comentar el asunto conmigo. Al parecer, el Superior lo había enviado como alguien neutral para

pedir mi opinión. El profesor fue muy amable, me habló de Viman, un viudo del distrito Sur, sólo cinco años mayor que yo. Me contó que su mujer había muerto hacía dos años de una enfermedad y que él era un buen hombre que podía ayudarme a cuidar de mis hijos.

–¿Y tú no…?

–Lo vi una vez, por cortesía. La verdad es que era un buen hombre, pero no… no me imaginaba tener que vivir cada día con él. El profesor Birker fue comprensivo, incluso creo que compartía mi opinión al respecto, y me ayudó a convencer a los custodios. Desde entonces quizás haya venido a visitarnos un par de veces, interesándose por nosotros e intentando convencerme de que aún estaba a tiempo para… vivir con alguien más.

Recordé vagamente haber visto al viejo un día en nuestro alojamiento, era cierto, pero entonces no le había prestado ninguna atención. Había supuesto que se trataba de algún asunto de la escuela. Jamás hubiera imaginado que el viejo se dedicaba a emparejar maridos y esposas.

El trabajo en la biblioteca no resultó pesado. Lo peor era estar encerrado tres horas cada tarde en el apestoso cubículo sin poder correr libremente por el nivel comunal, sin compartir tontas fantasías con mis amigos y sin ver a Jilai. Me perdí las competiciones. Sabía por Nilome que el equipo de Koel y Maike había ganado un primer y un segundo puesto. No estaba mal, pero por supuesto me culparon a mí de que los resultados no fueran mejores.

El viejo Birker no hacía nada especial allí abajo. Se limitaba a sentarse muy cerca de una lámpara de gas para leer los libros. A veces me contaba algunas cosas sacadas de sus lecturas, historias que yo no entendía, que me parecían mucho más absurdas que las imaginadas aventuras de nuestra pandilla. Cuando no leía, el viejo se levantaba de su silla carcomida y corregía mi forma de limpiar los volúmenes, me enseñaba a encuadernar los papiros nuevos o me reñía por mi burda escritura. Los días que se encontraba de buen ánimo y su vista funcionaba bien, se dedicaba a copiar laboriosamente alguno de los libros apilados en la mesa.

Una tarde recibimos una visita. Llegó por la estrecha puerta del fondo. Era un tipo bajito y grueso que caminaba de forma rara, como si saltara de una pierna a otra. Su barba también era extraña, pequeña y corta como un cepillo. Me sonaba haberlo visto atendiendo los servicios. Su forma redondeada no dejaba de

observarme desde la entrada. Estaba muy sorprendido de verme allí.

–Tranquilo, Gum, es sólo mi aprendiz. No muerde –le dijo el viejo, moviendo su mano para que pasara–. Este es Gum –me lo presentó–, especialista en preparación de alimentos.

–Hola –saludé con cautela.

El visitante traía un libro que dejó en la mesa.

–¿Qué tal fue? –le preguntó el viejo.

–Interesante. Aparecen menciones a algunos guisos, pero no conseguí identificar la mayoría de los ingredientes. Aun así pude sacar buenas ideas para probar nuevas recetas.

–Estupendo, me alegro. ¿Quieres llevarte otro?

–¿Por qué no? ¿Alguna recomendación especial?

–Espera… –el viejo se acercó a una estantería–. En esta historia dan la vuelta completa a un planeta y visitan muchos lugares… –el viejo se detuvo de repente, tapándose la boca. El hombre gordo me miró con cara de susto y luego se volvió hacia Birker con reproche.

–Oh, mi lengua traviesa –se excusó–. Bueno, llévatelo.

El hombre de la cara redonda se marchó con su nuevo libro, echándome una última mirada con desconfianza. Birker deambuló un rato mientras yo seguía limpiando. Luego pareció recordar algo y tomó un cajón de la estantería lleno de pequeños papiros ordenados. Buscó uno y lo sacó. Al ponerlo sobre la mesa vi que tenía escrita una lista de nombres y que Birker añadía otro al final. Después de guardar el papiro, sacó otro del mismo cajón y le puso una marca.

–Uso estas fichas para recordar quién tiene cada libro –explicó al ver que le observaba–. Ah, por cierto, tendré que enseñarte el sistema de indexación. Uf, aún tienes mucho que aprender.

Ya me había hablado antes de ese sistema. Cada libro llevaba marcados varios números en el lomo con los que el ‘bibliotecario’ –Birker se refería a sí mismo con ese nombre– podía encontrar rápidamente los volúmenes en los estantes. Vi que cada ‘ficha’ tenía uno de esos números en su parte superior.

–Un buen tipo, Gum –mascculló–. Le hicieron custodio porque es un genio de la cocina –rio–. A nuestros guardianes les gusta una buena comida como a cualquiera.

–Los libros… ¿sólo pueden leerlos los custodios? –me aventuré.

–Hmm… no estoy seguro de cuáles son las reglas al respecto. Ciertamente, no las hay en la Crónica. Para ser franco, creo que la Crónica no menciona los libros en absoluto. Sin embargo, en la práctica los custodios son los únicos que consultan la Biblioteca porque son quienes la conocen. Le he comentado a Dombrir varias veces que sería buena idea tener varias copias de los libros en las escuelas. Aunque la mayoría de ellos no se entienden, hay algunos que podrían utilizarse en lengua, geometría, química y otras asignaturas. Pero él enseguida me viene con eso del secreto y con que los libros confundirían a los chicos –me miró entonces a través de sus cristales como si hubiera dicho algo indebido–. Disculpa si hablo con esta familiaridad del Superior. Estudiamos juntos, Dombrir y yo, y para mí siempre será mi compañero de clase –rio mostrando los huecos de su dentadura–. Si yo contara las cosas que hicimos entonces… ahora somos ya un par de carcamales.

–¿Le pidió él que trabajara yo aquí?

–Eh… creo que no debo responder a eso. El secreto, ya sabes.

–Ah, vale. Y a usted, ¿por qué no le hicieron custodio?

Birker se encogió de hombros.

–Me gustaban demasiado los libros. Pensaba que dedicando todo mi tiempo a ellos podría descifrarlos. Esa idea me obsesionaba, y me atraía más que todos esos importantísimos mandatos que los Constructores dejaron a los custodios: arreglar las máquinas, medir los niveles de agua, mantener el rumbo de la Ciudad, ¡banalidades! De todas formas, debo decir que me consideran casi como un custodio. El bibliotecario tiene acceso a información privilegiada, por decirlo así –me guiñó un ojo–. En realidad Dombrir tiene razón, en estos libros hay muchos datos que pueden malinterpretarse. Sí… hablan de otros planetas, otras épocas, y describen máquinas con poderes mágicos, pero he llegado a la conclusión de que simplemente debemos considerarlos como un divertido rompecabezas que nos dejaron los Constructores para nuestro entretenimiento, nada más que eso. No hay que tomárselos muy en serio. Ese fue mi error. Y ahora, fíjate, no sé mucho más de lo que sabía al entrar en esta cueva, salvo un montón de nombres sin sentido. Vaya, ya estoy hablando demasiado como siempre.

–¿Y hay aquí libros escritos en el idioma de los Constructores?

–Ah, sí. Hay algunos en esos anaqueles –señaló hacia un lado–. Pero nadie sabe si es realmente la lengua de los dioses, es solamente una hipótesis. Desde luego que utilizan un tipo de letra y sistemas de puntuación y numeración

diferentes a los nuestros, pero podría tratarse de alguna otra raza que existió en el pasado lejano.

–Lo que me pregunto, profesor, es porqué los Constructores dejaron todos esos libros en la Ciudad, si son tan difíciles de entender.

Birker me observó con algo parecido al respeto.

–Bien pensado, Nadir. Yo mismo me he hecho muchas veces esa pregunta. Como he dicho, después de muchos años me inclino a pensar que se trata simplemente de un juguete pensado para nuestro entretenimiento, un rompecabezas. Es posible que quisieran ponernos a prueba. Podría ser.

Se había hecho tarde y Birker hizo que me marchara. En el camino de regreso pensé en lo que había visto y oído durante la visita del custodio gordinflón, y en lo que había comentado después el anciano profesor. Sin darse cuenta, el viejo bibliotecario me iba abriendo las puertas a cosas que antes ignoraba. El Superior Dombrir había cometido un error si pensaba que encerrándome en ese sótano iba a conseguir que mi curiosidad se apagara. Todo lo contrario.

La tarde siguiente hice un interesante descubrimiento. Birker había salido. Lo hacía casi todos los días y tardaba unos diez minutos en volver. Un tiempo muy corto para dedicarlo a arreglar matrimonios –pensaba yo, intrigado–. En todo caso, su ausencia me permitía curiosear por la biblioteca; abrir algunos libros y ojear entre sus páginas, especialmente cuando había ilustraciones en ellas. Esta vez, en cambio, se me ocurrió echar un vistazo a las fichas de préstamo. Bajé el cajón, bastante pesado, y lo puse sobre la mesa. Debía contener al menos mil fichas. Saqué una al azar. Debajo del número de referencia estaba escrito el título: "Viaje a la Luna Verde”, y luego el nombre del autor y otros datos que no comprendí. Debajo del todo había una lista de nombres y fechas. Según ella hacía ya tres años que un tal Logar Jinde había leído este libro y desde entonces nadie lo había sacado de su lugar, acumulando polvo hasta que le llegaba su turno de que lo limpiara.

Leí unas cuantas fichas más del cajón, al azar. Algunos de los nombres me resultaban familiares. Todos pertenecían a custodios, pero no vi a Jared ni al Superior Dombrir entre ellos. Me imaginé que sus ocupaciones los mantenían alejados de la biblioteca. Comencé a pasar las fichas más rápido, pensando que el viejo no tardaría en volver, cuando una chispa brilló por un instante en mi cabeza. Había visto algo. Mi mente había respondido de forma refleja, como

cuando la mano se retira del fuego. Volví hacia atrás con cuidado, repasando las últimas fichas. El tiempo pasaba. Birker estaría aquí en un momento y tenía que devolver el cajón a su lugar. Sólo unas cuantas más… Entonces lo vi. No había sido una alucinación: allí estaba. Gawhan Glemen, el nombre de mi padre. No pude ver más. Oí pasos en la escalera y solté el pequeño papiro. Levanté el pesado cajón apresuradamente y lo dejé sobre el estante justo cuando el viejo entraba. Absorto en sus pensamientos, Birker no notó nada.

Respiré con alivio al sentarme. Unos minutos después, mis pulsaciones habían bajado lo suficiente como para preguntarle.

–Profesor, mi padre… ¿venía por la biblioteca?

Birker levantó su rostro del libro que estaba copiando.

–¿Tu padre? Ah… Gawhan, sí. Hace algunos años venía con cierta frecuencia, podría decirse. Hasta le pregunté una vez si estaba interesado en ser bibliotecario. Qué curioso, había olvidado eso completamente. Increíble cómo se van las cosas de la cabeza.

–¿Qué tipo de libros leía?

–Déjame ver… podría consultar las fichas, claro –echó un vistazo hacia el cajón–, pero hay demasiadas. Creo recordar que me pedía que le buscara libros sobre pájaros. Pude encontrar algunos, incluso con dibujos. Sabes, ese es un serio problema, podemos copiar los textos pero las ilustraciones, ah, esa es otra historia, son mucho más difíciles. Un esquema geométrico es posible, pero reproducir un pájaro… después de varias copias ni siquiera se parece al original. Mi antecesor el profesor Rolfian era un excelente dibujante, intentó ser lo más fiel posible para preservar…

El viejo siguió con sus recuerdos, pero yo ya estaba perdido en mis propios pensamientos. ¿Mi padre leía sobre pájaros? ¿Qué podía significar eso? Me vino a la cabeza que alguien –¿Nilome?– había preguntado a la profesora Freya de dónde venían los pájaros. Entonces comprendí lo que me había estado molestando calladamente en algún lugar de mi mente. Si todas las aves nacían en Vikatee, no podrían darnos nada que no hubieran tomado antes de la ciudad o del aire, ni sal, ni magnesio, ni azufre, nada de nada. Según la profesora, eran los que aportaban algunos de esos elementos. Por tanto, los pájaros debían venir de otro lugar. Mi padre era custodio y debía saber todo sobre los ciclos, quizás tenía alguna pista sobre el origen de las aves. Mi atención regresó entonces a Birker, porque acababa de decir algo.

–… se empeñó en llevarse ese libro para copiarlo. Dijo que era muy

importante, pero nunca me lo devolvió.

–¿Mi padre? ¿No devolvió un libro?

–¿No me estás escuchando? –protestó el viejo–. Se lo llevó al Arqueón con la excusa de ayudarme haciendo una copia. Me pareció bien, claro, porque me ahorraba trabajo, pero luego repasando las fichas lo eché en falta. Después de la desaparición de Gawhan pregunté a Dombrir si lo habían encontrado entre sus cosas, pero me aseguró que no había ningún libro en su habitación. Una lástima, perder así uno de nuestros tesoros.

Me costó tres días encontrar la ficha del libro perdido. Esperaba con impaciencia a que Birker saliera a dar su paseo, rebuscaba con prisa el cajón de fichas y lo dejaba en su lugar justo a tiempo para que el viejo profesor no se diera cuenta. Por fin, al tercer día de búsqueda, cuando ya escuchaba los pasos de las botas raídas en los escalones, vi de nuevo el nombre de mi padre. Era el último en la lista de lectores y la ficha no tenía la marca de devolución. Guardé el trozo de papiro en mi pantalón y levanté el cajón, temblando tanto que casi se me resbaló al suelo. Cuando Birker entró en la biblioteca simulé limpiar el polvo en el estante de arriba. El anciano me miró con ojos ausentes sin decir una palabra.

Después de la cena ayudé a mi madre a limpiar y puse el pijama a Mian, rogando que por una vez se durmiera pronto. Por suerte estaba cansada de corretear todo el día y no tardó mucho en caer rendida en su pequeña cama. Mi madre se sentó bajo la lámpara para continuar con la ropa que estaba tejiendo, así que me retiré a mi rincón sin ser molestado y saqué del bolsillo la ficha de la biblioteca. El título del libro era “Sobre los principios del vuelo”, escrito por un tal P. Satlonam. Lo que había dicho Birker era cierto, mi padre había estado leyendo sobre las aves voladoras.

Miré a mi alrededor. ¿Era posible que mi padre lo hubiera traído a nuestro cubículo y que siguiera escondido aquí mismo? En el pequeño apartamento apenas había sitio para guardar nada, entre los juguetes de Mian, el armario de ropa, la cocina y las camas plegables. Mi madre lo habría encontrado hace ya tiempo durante la obligatoria revisión periódica para las campañas de reciclaje.

Guardé la ficha en mi abrigo, en el mismo bolsillo donde había estado el texto de la Insignia. Dombrir se había quedado con el papiro, pero eso no me haría olvidar el misterio de esa extraña escritura. Con el tiempo quizás los libros de la biblioteca me ayudaran a descifrarlo, aunque si Birker no lo había

conseguido, no debía ser tan fácil. Así que volví a pensar en el enigma que tenía más a mano, el libro de mi padre: “Sobre los principios del vuelo”. ¿Se referiría la palabra ‘principio’ al inicio del vuelo, o a las reglas que debían seguirse para volar? Imposible saberlo sin encontrar el perdido volumen. Pensé entonces que Vikatee también volaba por el aire como los pájaros; no tenía alas a los lados, pero las enormes telas que había visto colgando de los mástiles allá abajo se parecían mucho. ¿Sería eso lo que investigaba mi padre? Si eran las telas las que hacían volar a la ciudad, él como custodio debía saberlo. La profesora Freya nos había explicado que la fuerza de la gravedad nos empujaba a todos hacia el centro del planeta, y por tanto algo tenía que sostenernos empujando en la dirección opuesta. El piso metálico de Vikatee evitaba que sus habitantes cayéramos al Peklon, y las alas bajo el nivel prohibido debían sustentar en el aire toda la ciudad, parecía lógico. ¿Qué era lo que investigaba mi padre, entonces? Quizás no había ningún secreto oculto y simplemente le gustara estudiar a los pájaros, igual que a Nilome le interesaban las estrellas. No tenía que obsesionarme con ello.

Pero mis sueños de esa noche se llenaron otra vez de confusas visiones. En el mundo sin lógica de las pesadillas, el suelo de la biblioteca se rompía como un papiro mojado y yo caía a través de él, rompiendo un nivel tras otro hasta terminar enganchado a las alas colgantes de la ciudad, que se rasgaban bajo mis manos. Pero el que caía no era yo, sino el hombre que aparecía siempre en mis sueños, esta vez transformado en mi padre. Me miraba con cara amable y asustada mientras descendía, hasta que unas alas negras enormes le crecían en la espalda y le hacían ascender de nuevo muy alto, casi llegando al sol, cuyos rayos quemaban como el fuego. Yo estaba aterrorizado y por alguna razón le gritaba: “¡Cuidado con las esferas, padre, las esferas!”.

IX

Por suerte al día siguiente se celebraba la Fiesta de la Cosecha y pude dormitar por la mañana mientras mi madre y Mian iban a participar en la ritual recogida de los frutos de guáncamo. Por desgracia, el festivo significaba también

que teníamos Servicio en el Arqueón y mi madre me obligó a asistir a mediodía con ella y la pequeña.

–No creo que tu castigo incluya perderte los Servicios –insistió.

Eso no sería un castigo, madre –pensé fastidiado.

Al llegar frente al gran edificio del Arqueón, un escalofrío me recorrió la espalda. En mi última visita había entrado con Koel y Nilome en las habitaciones prohibidas de los custodios y Nilome había visto el mapa de los niveles mientras yo dejaba caer torpemente un libro del salón. Parecía haber pasado una eternidad, pero en realidad hacía tan solo unos días de la travesura que me había metido en tantos problemas. Era curioso que hasta ese día yo no hubiera visto más libros que la Crónica, y ahora pasaba las tardes encerrado entre ellos.

Las familias de toda la ciudad caminábamos hacia el templo por los corredores principales, como hormigas hacia su hormiguero. Todos vestíamos con la ropa de tonos claros reservada para las ocasiones formales. Distinguí a algunos de mis compañeros, entre ellos a Nilome cojeando junto a sus padres. Entramos en la amplia sala de ceremonias y nos acomodamos cerca de la pared ovalada. Mian se dedicó a juguetear tranquila con su muñeca mientras yo observaba el rito. Cientos de velas ardían en los masivos candelabros, cubriéndonos de cálida luz amarillenta. Los cilindros de bambe que cubrían toda una sección del curvado muro se llenaron poco a poco con una música sosegada y grave que hacía vibrar nuestros vientres, haciéndonos sentir pequeños y temerosos. Observé a los custodios que operaban el tubarmonio, perfectamente coordinados. Me hubiera encantado poder tocar así, pero el curso pasado me habían retirado de la clase de interpretación por mi falta de talento para los instrumentos. Sacándome de mis lamentos, el golpeteo rítmico de una marimba y un toque de trompetas anunciaron el inicio del Servicio.

El Superior y siete acólitos entraron desde el fondo vestidos con amplias capas. Tras los ritos de agradecimiento al agua, la tierra y el aire, y los saludos a las seis direcciones del universo, Dombrir se acercó al pedestal que sostenía el viejo ejemplar de la Crónica. Miró al millar de ciudadanos que le rodeábamos en anillos concéntricos y comenzó a leer con su voz retumbando como la de un gigante furioso.

–Y los Constructores convocaron con su Amor a las fuerzas secretas de la Naturaleza y les dieron Forma para que sostuvieran Vikatee a salvo del maligno Peklon. Sobre las Formas construyeron la Ciudad y la dotaron de todas las semillas de la vida para que los creyentes pudieran hacerlas crecer, cosecharlas y

prosperar hasta el momento de la Salvación, en el que las Sagradas Formas se revelarían de nuevo.

El Superior explicó entonces el mensaje de los Constructores, su regalo para que prosperáramos con las semillas que ellos habían creado. Y –nos advirtió– no teníamos que entender que hablaban únicamente del cultivo de las plantas y los frutos, de la crianza de los animales que nos proporcionaban carne, vestido y leche, sino que debíamos pensar que era un mandato para cuidar y cosechar las semillas que los dioses habían plantado en nuestro interior como conservadores de la Ciudad y creyentes en su divina obra. Solamente cuando esas semillas hubieran madurado y dado sus frutos sería el momento de la gran cosecha de la Salvación, el gran día en que los Constructores regresarían para revelarnos su forma y la recompensa para los que habíamos aceptado la sagrada misión y habíamos cumplido con nuestro deber. A continuación aclaró que, al igual que sucedía con el cuidado de los cultivos, teníamos que trabajar cada día para el crecimiento de nuestra semilla interior, alimentándola con el amor por la Ciudad y por nuestros conciudadanos, respetando las pequeñas y las grandes reglas y preparando nuestros corazones para el gozo del reencuentro con los Constructores. Incluso los que morían en el camino conseguían su pequeño fruto al dar ejemplo a los que quedábamos, una contribución que se acumulaba generación tras generación hasta que un día llegara la hora de la gran cosecha definitiva, de la recompensa por toda nuestra inversión de amor y fe.

Las palabras hipnóticas del Superior habían llenado nuestros corazones de la esperanza de ese gran día. La música del tubarmonio volvió acompañada de la marcha rítmica de las marimbas, representando –me había explicado mi madre– los pasos de los ciudadanos que día a día iban sumando a la cosecha con su virtud y persistencia.

Pensé en las palabras que Dombrir había leído. Las había oído en otras ocasiones, pero nunca me había fijado realmente en lo que decían. Se mencionaban unas Formas Sagradas que sostenían la ciudad y que volverían a revelarse el día de la Salvación. ¡Mi idea era correcta! Las grandes telas bajo el nivel prohibido eran las que sostenían a Vikatee sobre las nubes del infierno, eran las Formas Sagradas que mencionaba la Crónica. Al abrir la trampilla y mirarlas habíamos desobedecido las órdenes de los mismos Constructores para que estuvieran ocultas. No era extraño que nos hubieran castigado. ¿Era posible que las Formas debieran ser escondidas hasta de los mismos custodios? ¿Sería ese el secreto que había violado mi padre?

El Servicio terminó con la bendición de los frutos de guáncamo recogidos ese mismo día, seguida por el canto final de los custodios mientras desalojábamos la gran sala. A mi alrededor veía rostros felices por el trabajo realizado, caras llenas de esperanza saliendo a la deslumbrante luz del patio. Mis ánimos eran muy diferentes. Me sentía colgar al borde del precipicio, atraído hacia el brillo de un secreto que parecía cada vez más cerca pero que se alejaba un poco a cada paso, como si quisiera que lo siguiera para atraerme hacia una trampa. Tenía que ignorar la tentación, volver la cabeza ante la engañosa luz que me atraía y dejar de hacerme preguntas que no llevaban a ninguna parte. Mi padre había muerto. No había nada que yo pudiera hacer. Había interesantes misterios encerrados en la ciudad pero debía dejar de pensar en ellos o me volvería tan loco como Nilome.

Avancé como un sonámbulo hacia la salida y solo cuando estábamos cerca del portal vi por un pasillo lateral a Jilai, acercándose con su familia. El corazón me dio un vuelco. Me preguntaba cada día qué habría sido de mi amiga, si estaría bien, si me echaba de menos… Quería hablar con ella, contarle mi trabajo en la biblioteca y las cosas que había averiguado sobre mi padre. Pero por otra parte temía una conversación con ella. El Arqueón, bajo la mirada vigilante de los custodios, era el lugar menos indicado para romper la prohibición de hablar entre nosotros. No quería meterla otra vez en un aprieto. Además, quizás esta fuera la razón más poderosa, me daba vergüenza haberla abandonado desde el momento de nuestro castigo, me daba cuenta ahora de que debía haber intentado encontrarla para ver cómo estaba.

Escapé de la situación aprovechando un descuido de mi madre para mezclarme con el río de personas y desviarme luego hacia el fondo oscuro de la gran sala, donde sería difícil que alguien me viera. Esperaría allí un rato con la espalda contra el muro. El gran salón estaba ya casi vacío. Los custodios andaban recogiendo los restos de la ceremonia y los instrumentos musicales. Entonces noté una puerta abierta junto a mí. Asustado, reconocí la misma entrada que habíamos utilizado para meternos en las habitaciones privadas del Arqueón. ¡La estantería con los libros! –qué tonto había sido por no pensar en ello antes–. ¡El libro que leía mi padre debía estar en el salón del templo junto a los demás! Por eso no lo habían encontrado en su habitación. Gawhan debió llevarlo al salón para leerlo allí, o para ocultarlo a la vista de todos.

No fue una decisión consciente. Sin saber cómo, me encontré al otro lado de la puerta, caminando rápida y silenciosamente, cruzando los corredores que recordaba haber visto antes. Enseguida llegué a la entrada del salón, una gran

puerta labrada que ahora estaba entornada. Me adelanté aguantando la respiración, acercándome a la abertura de la puerta, para averiguar si la magnífica estancia estaba ocupada. Una lejana voz en mi conciencia me advertía de que estaba cometiendo un disparate, de que esta vez no habría compasión para mí, pero la posibilidad de descubrir la verdad sobre mi padre ahogó toda precaución, y en mi excitación no me di cuenta de que alguien se aproximaba a mí por detrás. La mano puesta sobre mi hombro me hizo saltar de la impresión, y me asusté aún más al descubrir que se trataba de Jilai.

–¡Estás loco! –dijo, controlando el volumen de su voz.

Me había seguido. Estaba tan chiflada como yo.

–Estoy buscando un libro de mi padre. Márchate.

Huyendo de Jilai, abrí la puerta del salón y entré. No había nadie. Corrí hasta el estante de los libros y comencé a repasar los títulos. Jilai estaba a mi lado otra vez.

–¡Vámonos! –me apremió–. Si nos pillan…

–Espera, solo un minuto.

Los títulos no coincidían. Volví a revisar los nombres de los volúmenes. Nada sobre principios del vuelo, ni sobre pájaros. Oí el ritmo seco de unos pasos acercándose por el corredor. Me giré frenético. Jilai había tenido el buen juicio de volver a entornar la puerta, pero no tardarían en entrar y descubrirnos. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos lanzamos los dos detrás de un largo sofá, bajo un ventanal tapado con cortinas. Escuchamos cómo varias personas entraban en el gran salón. Una de ellas se acercaba al sofá… más y más cerca. Se sentó en él, justo delante de nosotros.

–Y ahora… ¿a qué se debe esta reunión urgente? Ni siquiera he tenido tiempo de cambiarme.

La voz profunda del Superior Dombrir era inconfundible. Miré los ojos de Jilai asomando sobre mis rodillas y recé en silencio para que no se nos escapara ningún ruido. Noté su pecho apoyado incómodamente sobre mis piernas. En otras circunstancias eso me hubiera hecho feliz.

–Mis disculpas, Superior –una voz más joven–. Se trata de una emergencia, seguramente no es inmediata pero debía informarle cuanto antes.

–Hable, mantenedor, no se ande con rodeos –reconocí ahora la voz de Jared, y por alguna razón recordé el extraño medallón que había visto colgando de su cuello cuando me sacó de la trampilla.

–La grieta junto a PrB, señor… está creciendo –dijo el joven con angustia.

Al oír esto el Superior se levantó inmediatamente, haciendo crujir el sofá y poniéndonos en alerta.

–¿Cuánto?

–Calculamos un dedo por día.

–¿Y las demás?

–La fisura de PoE sigue más o menos igual. Las otras cuatro, las pequeñas, parecen avanzar más despacio. Hemos colocado más refuerzos en todas, pero… el bambe endurecido no puede competir con el metal.

–Ya lo sé mantenedor, no necesita recordarme lo obvio –respondió Dombrir, también asustado–. ¿Cuánto tiempo?

–Una estación. Es posible que sea menos si el proceso se acelera.

¿Una estación? Miré a Jilai, boquiabierto. De repente todas nuestras tontas preocupaciones se habían esfumado. La ciudad se estaba rompiendo.

–¿Podríamos intentar una fractura controlada, como se hizo con el mástil de arriba? –propuso Jared.

–No me gustaría repetir aquello –terció Dombrir–. Casi rompimos el Arqueón.

–Sería muy peligroso –confirmó el joven mantenedor–. Los trozos serían demasiado grandes y… perderíamos algunas de las Formas.

Un pesado silencio se hizo en el salón. Una vez más, Jilai y yo tuvimos que hacer un esfuerzo para apagar nuestra respiración y permanecer inmóviles.

–Después de todo, el maldito Gawhan tenía razón –afirmó Dombrir con rabia, paseando lentamente–. El fin de Vikatee está cercano. La vieja estructura de metal no resiste más.

–¿Qué propones, que intentemos construir sus máquinas voladoras? –dijo Jared con tono burlón.

–Ni siquiera tenemos esa opción. Gawhan se llevó con él sus diseños.

–¿Y la máquina que construyó? –el joven parecía interesado.

–Quizás todavía está revoloteando por las nubes.

Las bromas de Jared sobre mi padre hacían que me hirviera la sangre. Al menos, el misterio de sus investigaciones estaba resuelto. Mi padre se había dado cuenta hacía tiempo de que la ciudad se acercaba a su fin y había estudiado la posibilidad de escapar de ella volando, con una máquina que de alguna forma imitaba a los pájaros. La idea debió parecer una blasfemia a los demás custodios: abandonar el cuidado de la ciudad, la misión encomendada por los

Constructores, antes de su regreso el día de la Salvación.

–Olvidémonos de Gawhan y las máquinas voladoras –sugirió Dombrir–. No podemos volver atrás el tiempo. Existieran o no, tenemos que buscar otra solución.

Jilai y yo sudábamos por la tensión y el calor de nuestros cuerpos apretados tras el sofá de piel. Estaba deseando que los custodios se marcharan. Pensé que iba a estallar de la tensión, intentando aceptar las revelaciones sobre mi padre y asimilar al mismo tiempo que nuestro mundo estaba condenado a desaparecer en poco tiempo.

–Debemos crear puentes de bambe reforzado por encima de las grietas, conectándolos a las vigas metálicas de ambos lados –Dombrir hablaba con convicción.

–Hacer eso… es posible desde luego, aunque no sabemos si aguantarán en el caso de que la base de metal se fracture –el joven mantenedor no parecía tan seguro como el anciano líder–. El problema más inmediato será el peso, señor. Si utilizamos la próxima cosecha de bambe para el refuerzo en lugar de la renovación de los tramos deteriorados, la masa total de la ciudad aumentará.

–Podemos reutilizar algunos tramos no imprescindibles –sugirió Jared.

–Debilitaríamos la estructura en otras secciones –negó el joven.

–Tenemos que seguir el protocolo previsto para estos casos, no hay otra forma –sentenció Dombrir muy serio–. Habrá que reducir la población; rebajaremos la edad máxima y eliminaremos los excedentes asociados, alimentos, líquidos, textiles y demás.

Todos callaron ahora. Jilai y yo nos miramos a través del tenso silencio. Habíamos estudiado en clase los protocolos de emergencia y sabíamos lo que significaban. Reducir la edad máxima suponía la muerte para los más ancianos de Vikatee. No sólo la muerte, sino el lanzamiento de sus cuerpos al vacío para disminuir el peso que soportaba la ciudad.

–Dorek, prepare el plan, mañana lo presentaré al consejo –ordenó Dombrir.

–Sí, señor –respondió el joven.

El mantenedor dejó el salón. Oímos sus pasos rápidos alejarse por el corredor. Jared y el Superior se habían quedado solos. Con nosotros escuchando tras el sofá.

–Dombrir, no puedes abandonarnos en una crisis así –se quejó el padre de Darjiv.

–Tonterías, nadie es imprescindible. Las reglas son iguales para todos.

–Pero tú eres nuestro guía. ¿En quién confiarán los ciudadanos si descubren el peligro?

–Yo era más joven que tú cuando fui llamado, Jared. No debes asustarte. Harás lo que sea más conveniente. Estoy seguro de ti.

–Quizás no debiéramos alarmarnos tanto –la voz de Jared era ahora un susurro que dejaba traslucir su temor–. ¿Recuerdas lo que dijo el hermano Lombar, el astrónomo? Las estrellas móviles están multiplicándose y aproximándose cada vez más. Podrían ser los Constructores.

Nilome no alucinaba sobre las luces: los custodios también habían detectado sus movimientos. Escuché con más atención todavía.

–No lo creo.

–¿Por qué no? Es obvio –insistió Jared–. Saben que la ciudad está en peligro y están viniendo para rescatarnos. Somos sus protegidos, no pueden abandonarnos en una situación así.

–Según Lombar están descendiendo en diferentes lugares del planeta.

–Estarán buscándonos.

–Jared, la Crónica es clara. El momento de la Salvación llegará cuando nos hayamos perfeccionado, cuando recojamos nuestra cosecha.

–¿Por qué no ahora? Esta crisis demostrará que estamos preparados, que hemos conseguido sobrevivir más que el duro metal que ellos dejaron. Esta debe ser la prueba, si hemos vivido hasta ahora es porque somos dignos…

La discusión se fue alejando de nosotros y pronto nos dimos cuenta de que Dombrir y Jared habían dejado el salón para continuar su discusión en otro lugar. El impacto de lo que habíamos oído nos había dejado paralizados y sin habla. Tardamos un minuto en movernos, desentumeciendo nuestras piernas dormidas.

–Vámonos, Nadir.

Seguí a Jilai, confuso. El libro sobre el vuelo ya no importaba. Había averiguado mucho más de lo que pretendía. Dombrir tenía razón. El ansia de conocimiento me había llevado a un lugar donde preferiría no haber entrado.

Mientras salía, miré una vez más el mapa que había causado todo este embrollo, el tapiz con los planos de los niveles colgando con su complejo bordado de colores. Ahora esa obra milenaria, el lugar donde habíamos vivido durante generaciones, el mundo creado por los dioses, se estaba rompiendo

como una galleta de cereales. Repasé de un vistazo los puntos rojos que tanto habían interesado a Nilome y localicé la esfera de energía que había visto cerca de PrE. Allí estaba. Había otras doce más repartidas en un patrón geométrico por la superficie de Vikatee. Una de ellas estaba justo en el centro de la ciudad, debajo mismo del Arqueón.

–¡Nadir! –Jilai me regañó con sus ojos negrísimos.

Caminé hacia la puerta. Había algo en el mapa, algo que no cuadraba. Seguí ausente a Jilai hasta la plaza frente al Arqueón. Mis sensaciones estaban adormecidas. Veía todo a través de un cristal borroso, sin importarme ya si nos descubrían o no. Si no hubiera sido por mi amiga nunca hubiera salido del templo, quizás me habría perdido por sus pasillos hasta que me encontraran los custodios.

El patio estaba desierto, alumbrado por una luz irreal. Nuestras familias se habían cansado de esperarnos tras el Servicio –imaginé.

Tras dejar a Jilai en la Plaza del Sol camino de mi alojamiento, el mapa con los mástiles se formó por sí solo en mi mente y reconocí lo que tenía de extraño. Mostraba una esfera en el centro del Arqueón, en la mitad misma de la ciudad. Sin embargo, como cualquiera podía ver, no existía ningún mástil saliendo del Arqueón. El techo del edificio era tan plano como un campo de cultivo. Claro… recordé la conversación en el salón. Habían mencionado la rotura de ese mástil sobre el templo, hacía años, otro síntoma de que el metal de la ciudad se resquebrajaba. Habían tenido que derribarlo para evitar que cayera en cualquier momento, y el Arqueón se había quedado sin el mástil que lo coronaba. Aunque el resto debía seguir en su sitio, oculto bajo el tejado.

X

Qué extrañas cadenas forman nuestras vidas. Cómo un suceso puede dar lugar a otro y crecer hasta tener consecuencias inesperadas. Reviviendo esos días tengo la sensación de haber sido atrapado por una secuencia de casualidades que conspiraban para llevarme hacia un destino ya escrito. De no haberse dado una de esas coincidencias, de haberse producido antes o después, yo no estaría aquí para contar la historia. Al mismo tiempo, por increíble que parezca, sé que no

había alternativa, que sucedió lo que tenía que suceder, igual que la bola lanzada por un experto jugador de fenton se ciñe a las formas del trazado hasta entrar en el orificio final.

Nilome no vino a la escuela. Estaba deseando contarle lo que Jared había dicho acerca de las luces. Quizás él tuviera alguna una idea sobre cómo las luces podrían acudir a nuestro rescate. ¿Se trataría de otras ciudades capaces de volar por el cielo? Por otra parte, dudaba en revelar a mi amigo la amenaza que pesaba sobre todos nosotros. Nilome comenzaría a elaborar sus propios planes alocados para salvar la ciudad y querría convencer a todos de que los pusieran en marcha. Así que estuve callado todo el día, pensando qué hacer.

Birker también estuvo silencioso y pensativo durante su clase. Nos mandó componer una redacción sobre el ciclo de la vida y la muerte. Un tema habitual en nuestra educación; cómo el final de unos sustentaba la vida de los otros y el sacrificio de los mayores dejaba el relevo a los jóvenes. Sugirió que nos inspiráramos en el sermón que había dado ayer el Superior con motivo de la Fiesta de la Cosecha. Para ahorrar papiro teníamos que realizar toda la composición de memoria, pero hoy no me resultaba fácil concentrarme. Mientras pensaba en frases apropiadas me fijaba de reojo en el anciano profesor. Su espalda estaba más encorvada que nunca. Parecía estar envejeciendo más rápidamente, como la ciudad. Al mirarle comprendí de repente la razón: en el plan de emergencia para reducir el peso de la ciudad, el viejo profesor debía sacrificarse al igual que su amigo Dombrir. El Superior debía haberle transmitido ya las malas noticias.

–Tenemos mucho trabajo por hacer, joven Nadiroz –me comunicó en la biblioteca–. Hubiera deseado tener más tiempo. Apenas estás preparado, pero la prisa siempre se impone…

Esa tarde me explicó el programa de entrenamiento intensivo que seguiríamos en los próximos días: clasificación numérica, preparación de las tintas, caligrafía en los dos lenguajes e ilustración básica. A partir de hoy yo asumiría todas las tareas, bajo su supervisión. A mitad de la tarde apareció otro custodio para devolver un libro y Birker me explicó cómo actualizar las fichas para anotar los cambios. Luego acompañamos al visitante por la puerta del fondo y bajamos con él las escaleras que llevaban al nivel cuatro. Como había imaginado, una gran puerta de madera cerraba el paso al nivel prohibido.

–Tú no debes entrar ahí –la voz rasposa del viejo sonó en la penumbra

después de que se marchara el custodio–. Te perderías en el laberinto de pasadizos. Pero en ocasiones la puerta se atasca y tendrás que abrirla. Tienes que utilizar esto.

La mano huesuda se apoyó sobre un panel de la pared, revelando un hueco del que Birker extrajo una curiosa talla de madera.

–Es una llave. La metes aquí, en esta ranura –me la indicó– y empujas hacia dentro y luego hacia la derecha. Luego no hay más que apoyarse en la puerta.

Cerró de nuevo la entrada y me hizo repetir el proceso para estar seguro de que podía hacerlo por mí mismo.

–Espero no olvidarme nada –suspiró mientras subíamos–. Hay tantos pequeños detalles.

Me reí en silencio. Si hubiera conocido esta entrada hace unos días hubiera podido utilizarla para acceder fácilmente al nivel prohibido, en lugar de descolgarme por una cuerda de nudos.

El resto de la jornada en la biblioteca lo pasé probando a escribir las letras de los Constructores. No se me daba nada mal, pensé con orgullo. Era un sistema de escritura sencillo y rápido, una vez te acostumbrabas a seguir los trazos en el orden correcto. Ojalá nuestros creadores nos lo hubieran enseñado. Mientras trazaba las líneas onduladas en el papiro pensé que sería muy raro que los custodios aceptaran a un jovenzuelo como yo para sustituir a Birker al frente de la biblioteca. Con toda seguridad sería un trabajo temporal hasta que llegara mi Selección y escogieran un nuevo bibliotecario. Aunque tras unos días de ayudar al viejo, la verdad es que no me hubiera importado dedicarme en el futuro a limpiar, fichar y copiar libros. No había sido tan terrible como imaginaba al principio. Cuidar los viejos volúmenes me dejaría tiempo de sobra para entretenerme, leyendo e intentando descifrar los tomos descoloridos. Encontraría la forma de volver a ver a Jilai de vez en cuando y quizás incluso nos permitieran más adelante trabajar juntos. Recordé abruptamente que mis fantasías no tenían sentido, puesto que la ciudad dejaría pronto de existir y todos moriríamos, Jilai, mis amigos, mi familia… Con seguridad, lo que menos importaba a los custodios en este momento era elegir a un bibliotecario y vigilar las travesuras de unos críos.

Cuando iba a salir, desanimado por negras visiones, el viejo me llamó.

–Ah, Nadir… se había olvidado, qué cabeza la mía: mañana no iré a clase ni tampoco tendrás trabajo en la biblioteca. Tengo cosas que resolver –añadió

sombrío.

–Entonces, ¿nos vemos en dos días?

–Sí, en dos días. Si el Amor de los Constructores lo quiere –arqueó sus cejas.

Esta vez la habitual fórmula de despedida sonó más sincera que nunca.

Al día siguiente pude por fin hablar con Nilome. Mi amigo había estado enfermo o al menos eso pensaba su madre, que lo llevaba al médico en cuanto mostraba el más pequeño síntoma de cualquier enfermedad.

Sin revelarle que Jilai y yo habíamos entrado de nuevo en el Arqueón, le dije que por casualidad habíamos espiado una conversación entre Dombrir y otros custodios tras el Servicio, y le repetí los comentarios sobre las luces.

–¡Lo sabía! Sabía que algo estaba pasando en el cielo –exclamó feliz.

–¿Pero qué pueden ser?

–Ni idea. Si pueden bajar y subir al planeta es que pueden viajar por el aire y por el espacio, cada luz tiene que ser un gran animal volador o una ciudad que puede subir hasta allá arriba.

–Jared cree que se trata de los Constructores, que vienen a salvarnos.

–Pensaba que eso de la salvación era solo una historia.

–Hombre, lo pone en la Crónica: los creadores tienen que regresar para la Cosecha de la Salvación. Si construyeron Vikatee es porque deben tener enormes máquinas voladoras con las que nos trajeron aquí, ya sabes, el metal, las semillas y todo eso. Seguramente son máquinas tan grandes que podrán llevarnos a todos.

Pensaba en voz alta, agarrándome a la esperanza de que después de todo consiguiéramos evitar la muerte. Nilome no sabía que la ciudad se estaba rompiendo, así que no tenía la misma urgencia que yo para creer en la Salvación. Quizás inspirado por la desesperación de creer en algo recordé entonces las anillas que Jilai y yo habíamos visto pegadas a la pasarela de entrada al nivel prohibido. ¡Esas anillas podían servir para sujetar una máquina voladora! Las debieron utilizar al construir la ciudad y las habían dejado para volver a usarlas el día en que regresaran.

–¡Estoy seguro, Nilome! ¡Son máquinas voladoras! –aullé de contento, provocando miradas de los otros chicos del patio.

Dudé si debía revelar más cosas a mi amigo. Él tenía tanto derecho como yo a conocer la verdad, pero no quería asustarle y provocar un pánico masivo en

Vikatee. Aun así, podía decirle algo.

–Todo esto es muy secreto, no puedes contárselo a nadie –le advertí–. Si se enteran los custodios nos matarán a los dos. Lo digo en serio.

Nilome afirmó con su cabeza, impaciente.

–He descubierto cosas sobre mi padre, por mi trabajo en la biblioteca. Leía libros sobre los pájaros y sobre cómo hacen para poder volar. Además, construyó él mismo una máquina voladora y… sospecho que cayó al vacío mientras la probaba.

–¡Madre mía! –los ojos de Nilome se agrandaron.

–Dombrir y Jared hablaron de la máquina voladora que mi padre quería construir. Ellos se lo prohibieron, pero él debió fabricarla en secreto.

–Pero si las luces son máquinas voladoras de los Constructores… serán máquinas sagradas. No creo que se puedan construir…

–Dombrir no creía que las luces fueran los Constructores. Pero ¿quiénes podrían ser si no?

La señal de llamada interrumpió nuestras divagaciones en el patio. Los demás chicos nos ignoraron mientras nos acercábamos al arco de entrada. Antes de cruzarlo, Nilome tuvo una inspiración.

–Oye, ¿y si tu padre escondió una de esas máquinas que había construido?

–No creo que construyera más de una. Supongo que hizo una para probar sus ideas, y la máquina falló.

En mi sueño las alas siempre se rompían, tarde o temprano.

–No creo que tu padre fuera tan loco como para tirarse al vacío sin más, sin saber antes que la máquina funcionaba. Estoy seguro de que la había probado antes, saltando desde el tejado del Arqueón o algo así. Si lo hizo de noche seguro que no le vieron.

–O quizás le descubrieron por eso –imaginé.

–Antes de lanzarse por la borda debió intentarlo con diferentes diseños hasta que encontró uno que volaba bien.

–Entonces, ¿qué hacemos?

–Tenemos que buscarlas –sonrió mientras entrábamos en el pasillo de la escuela.

–Estás chiflado. Si existieran otras, los custodios las habrían encontrado.

–Quizás estén escondidas en el nivel prohibido.

–Pero…

Me detuve justo a tiempo. Había estado a punto de revelar a Nilome que Jilai y yo habíamos estado allí. No podía hacerlo. No me importaba desobedecer a los custodios por mí mismo, pero si le contaba a Nilome que habíamos entrado en el nivel cuatro, acabaría por hablarle también de la trampilla circular, los mástiles bajo la ciudad y las esferas de fulgurante luz, y por mucho que deseara compartir esos secretos, no quería ser responsable del castigo que los custodios impondrían a mi amigo si se enteraban. Ya me sentía bastante culpable por Jilai… y por el sufrimiento que había causado a mi madre.

Pero la idea de Nilome no era descabellada. Mi padre podría haber fabricado máquinas de prueba. Pero si esas máquinas existían, no imaginaba cómo podrían esconderse en el nivel cuatro. Allí solo había un montón de cubetas de reciclaje, tuberías y pasillos malolientes atravesados por los mástiles de metal.

Pensándolo bien… había un posible escondite. En realidad, era bastante obvio. Mi padre era un custodio.

–Nilome, tienes que hacerme un favor. Necesito pasar un mensaje a Jilai para vernos esta tarde.

–¿Para algo… personal?

–No, no es… o sea, no la quiero ver por eso.

–Entonces le llevaré el mensaje. Pero con una condición. Yo también quiero estar en la reunión.

Me rendí. Nilome era demasiado listo. Bien, si quería meterse en líos ese era su problema. Además podía resultarnos de mucha ayuda en nuestra nueva misión.

Era fantástico pasear fuera del aire fétido de la biblioteca, disfrutando del tiempo cálido y tranquilo. Hacía tiempo que no tenía una tarde libre. Me hubiera gustado ver a Jilai a solas, pero Nilome no se alejaba de mí desde la última clase. Caminando juntos bajo los cultivos, viendo el esplendor de las matas llenas de frutos maduros en los emparrados, parecía ridículo pensar que todo pudiera desaparecer por culpa de unas grietas. Pero el miedo de los tres custodios en el salón del Arqueón era real. No habían fingido su terror. Si había alguna posibilidad de encontrar una máquina voladora, debíamos intentarlo. Dombrir y los demás no podrían negarse a utilizarla para salvar a los habitantes de la ciudad. Fabricaríamos muchas copias, máquinas voladoras para que todos escapáramos del desastre. Mi padre se convertiría en el héroe que merecía ser, en lugar de estar condenado al olvido; y mi pobre madre estaría ahora orgullosa de

él, y de mí por haberme arriesgado a saltarme las normas. Podría vencer su tristeza y contarme por fin historias de Gawhan y las cosas que había hecho. Hasta Koel y Maike me perdonarían por haber abandonado el equipo. Nada de eso importaría si conseguíamos salvar la ciudad.

Animado por estos pensamientos llegué con Nilome a la plaza de popa. Nos sentamos en un banco, no lejos de la Insignia. El gran bloque de metal parecía mirarnos burlándose de nuestros intentos por descifrar su mensaje. Mientras esperábamos, cruzaron la plaza un grupo de operarios camino de sus talleres y una pareja de vigilantes ociosos. Jilai apareció en unos minutos. Aunque hoy no hacía frío, se tapaba la cara con su gorro.

–Espero que sea importante –dijo sin saludarnos–. Me he escapado del turno de reciclaje. No sé cuánto tiempo podrán cubrirme.

–Será rápido –la tranquilicé.

–¿Qué le has contado? –Jilai miró hacia Nilome con suspicacia.

–Todo –prefería que mi amigo pensara eso–, lo que oímos a los custodios fuera del Arqueón… sobre las luces del cielo y las máquinas voladoras que quería construir mi padre.

–Yo sabía lo de las luces desde hace tiempo –presumió Nilome–. Siempre las observo por las noches y es cierto que…

–¿Por qué querías verme? –le cortó Jilai.

–Queremos encontrar una máquina voladora que construyó mi padre –la miré, esperando su apoyo.

–Pero Nadir… ya oíste lo que dijeron, tu padre debió caer al probarla.

–A lo mejor tenía más de una.

–Además, no entiendo dónde quería ir volando. Ahí no hay nada –señaló con su mano hacia el infinito panorama de las nubes más allá de la baranda–. Solo está el abismo del Peklon.

–No lo sé –confesé–. No había pensado en ello.

Busqué una forma de convencerla. Le podía decir que encontrar la máquina era nuestra única posibilidad para salvarnos del desastre, del fin de la ciudad, pero Nilome estaba escuchándonos. Si mi entrometido amigo no hubiera venido todo habría sido más fácil. En fin, era culpa mía por haberle involucrado.

–Creemos que las luces del cielo son en realidad máquinas voladoras. Es posible que nos estén buscando. Si tuviéramos una forma de llegar hasta ellas

podríamos avisarles… –esperé que Jilai lo entendiera.

–¡Podremos subir al cielo! –a Nilome le entusiasmó mi ocurrencia.

Jilai reflexionó un segundo.

–Vale, estaría bien encontrar una máquina voladora –admitió–. Pero no tenemos ni idea de dónde podría estar, si es que existe.

–Yo tengo una idea –sonreí.

Les conté cuál era el lugar.

–Oh, estás chalado. No podemos ir ahí –protestó Jilai.

–¿Qué más pueden hacernos? No tenemos mucho tiempo.

Nilome me miraba, sin comprender la urgencia. Su lado temeroso luchaba contra sus ganas de meterse en una nueva aventura.

–No tienen que pillarnos, por favor –suplicó Jilai, cediendo al fin–. Mis padres me matarían, sin esperar a los custodios.

Hicimos planes para la noche siguiente, antes de que comenzaran los turnos nocturnos del siguiente ciclo de cultivos. Nilome y yo nos ocuparíamos de las cuerdas. En los campos de tomates estaban montando los nuevos armazones y podíamos encontrar allí el cordel de cáñamo. Trenzándolo un par de veces tendríamos unas sogas muy resistentes. Por su parte Jilai tenía que conseguir velas y tarros de vidrio para llevarlas sin que nos cayera encima la cera caliente.

Acordamos el lugar exacto y la hora del encuentro. Jilai quiso marcharse sola por otro camino y nos despedimos de ella. Las piernas nos temblaban de excitación. Mientras regresábamos hacia la proa fuimos comprobando los lugares por los que podíamos subir más tarde hasta los almacenes de herramientas. Teníamos mucho que hacer.

Durante la cena observé el rostro serio de mi madre al servirnos la tortilla de brotes. No quería decepcionarla. Si nos descubrían de nuevo, sabía que ella se echaría la culpa a sí misma, creería que había fracasado al no hacer de mí un buen ciudadano. Sentí deseos de abrazarla y decirle que todo iba a ir bien, contarle lo que había descubierto acerca de mi padre; un genio adelantado a su tiempo que nos hubiera podido salvar si los custodios no lo hubieran silenciado. Pero no le dije nada. Encontraría la máquina voladora y lo demostraría todo. Mi madre estaría orgullosa. Su sufrimiento se terminaría. Ya no tendríamos nada de que avergonzarnos.

XI

Los tres dábamos pequeños saltos sin levantar los pies del suelo, intentando calentarnos en la noche helada. Ligeros ruidos nos llegaban atravesando el suelo desde el nivel de alojamientos. El resto era solo silencio y frío. Nilome sacó una de las cuerdas. Froté mis manos enguantadas para calentarlas y poder cogerla con firmeza. Tras trenzar las largas sogas de cáñamo me ardía la piel, reblandecida por el trabajo en la biblioteca.

Até un trozo de madera al extremo de la cuerda y la lancé hacia arriba, haciéndola pasar sobre el tronco que unía la pared del edificio con el borde de los cultivos. La madera cayó tirando de la soga, que se quedó columpiando en el aire. Perfecto. Solté más cuerda para que cayera hasta nuestra altura. Ante la mirada nerviosa de Jilai y Nilome, puse un pie sobre cada lado del palo.

–Ahora tenéis que estirar del otro extremo para levantarme –les pasé la cuerda.

–¿Estás seguro? –Jilai observaba con recelo el tronco que sujetaba la soga más arriba.

–No perdamos el tiempo –insistí.

Entre los dos pudieron izarme hasta el tronco que hacía de viga y de allí pasé fácilmente al techo del edificio. El Arqueón otra vez –miré la gran construcción bajo mis pies–. Su piso superior era el único que sobresalía por encima de los cultivos. Una vez más estábamos entrando a escondidas en el sagrado templo para arrancarle sus secretos.

–Venga, súbeme –llamó Jilai desde abajo.

–¿Y yo qué? –se quejó Nilome.

–Te subiremos luego –explicó ella.

–No se os ocurra dejarme aquí.

–Que no –insistió la chica, haciéndome un gesto para que tirara.

Esta fue la parte más difícil, subir el peso de Jilai haciendo que la cuerda se deslizase sobre la viga. La fuerza de mis brazos no era suficiente. Me ayudé con mis piernas, dando pasos hacia atrás sobre el techo, pero la tensión de la soga

hacía que mis zapatos resbalaran sobre el barniz de la madera. Por fin vi con alivio las manos de Jilai aparecer sobre el saliente. Recogí la cuerda para acercarme a ella y ayudarla a ponerse de pie.

–Ya está –solté su mano lentamente–. Ahora Nilome.

–¿No sería mejor que se quedara abajo a vigilar?

–Podrían verle fácilmente –objeté–. Además, montará un escándalo si no le subimos.

Esta vez Jilai me ayudó a estirar de la soga, pero Nilome no lo ponía fácil, balanceándose de un lado a otro. Por el Amor de… que no golpee la pared con sus botas –pedí–. Finalmente conseguimos alzarlo sobre el techo y recogí la cuerda antes de que algún vigilante pasara por los alrededores.

–Bueno, estamos arriba –suspiré.

Era una forma de hablar. No habíamos llegado todavía a nuestro objetivo: el piso que se levantaba en el centro del Arqueón, el lugar más alto de la ciudad. Les hice una señal a los otros para acercarnos a su base. Caminábamos cuidadosamente sobre el entramado de tablas. Recé para que el silbido del viento cubriera nuestros pasos.

–Pisad sobre las vigas –les aconsejé por seguridad.

Subir al último piso fue más fácil de lo que esperaba, no tuvimos más que utilizar la escalerilla que encontramos pegada por el lado de proa. Igual que antes, subí el primero. Al pisar cada escalón temía oír una voz ordenándome que me detuviera. Recordaba una y otra vez el rudo rescate de Jared en el nivel prohibido, su desprecio al empujarme por los corredores. No quería volver a pasar por eso.

Uno tras otro nos quedamos boquiabiertos al ponernos de pie sobre el piso superior. Desde esa altura veíamos toda la ciudad a nuestro alrededor; un mosaico de campos cultivados y huecos por los que surgía el débil resplandor de los pisos inferiores, un rompecabezas iluminado por la luz de las estrellas y unas pocas lámparas de gas. Era el espectáculo más impresionante que habíamos presenciado en nuestras vidas. Emocionado, me daba cuenta de que de nuevo había conseguido divisar lo que muy pocos habían visto. El panorama bajo el nivel cuatro era sobrecogedor, pero la visión de todo nuestro mundo desde arriba era mucho más bella. Nos miramos y sonreímos orgullosos de nuestra hazaña.

–Eh, ¡mirad! –Nilome apuntó al cielo.

Por encima de nuestras cabezas la vista del firmamento era imponente. Sin puntos de referencia, daba la sensación de que estuviéramos flotando en medio

del espacio. Me sentí un poco mareado.

–Allí –repitió Nilome.

Había miedo en su voz. Seguí la dirección de su brazo extendido pero solo vi las estrellas de siempre. Ah… –noté ahora a qué se refería–, un racimo de luces móviles dejaba tras de sí largas estelas paralelas de color amarillo brillante.

–Vienen hacia aquí –Nilome estaba petrificado.

–¿Qué pasa? –preguntó Jilai confusa.

–Las luces que comentaron los custodios –le señalé–. Parece que se mueven. No es la primera vez, no pasa nada.

–Ese patrón de movimiento es nuevo –advirtió Nilome, temblando–. La longitud de las estelas y el hecho de que apuntan en la misma dirección… las naves vienen hacia nosotros.

–Vale, vale, mejor veamos qué hay aquí al lado –le interrumpí, tirando de su abrigo.

El piso superior no tenía más que una docena de pasos de lado a lado. En el centro se levantaba una cúpula de unos diez pies.

–¿Ahí dentro? –Jilai no estaba muy convencida.

–Estamos justo en el centro del Arqueón –miré alrededor para cerciorarme–. Según el mapa, el mástil roto debe estar ahí mismo. Nilome pensó que este era el mejor lugar para que mi padre ensayara sus vuelos, por la noche cuando nadie le viera, así que tenía que esconder por aquí sus máquinas.

Me volví esperando un comentario de Nilome pero mi amigo estaba embobado mirando el cielo. Sería mejor ignorarle. Me acerqué a la cúpula y la golpeé ligeramente con los nudillos. Estaba hecha de pasta de madera cocida, el mismo material ligero y resistente que se utilizaba en los muebles.

–A ver si podemos levantarla –le pedí a Jilai.

Metimos nuestras manos bajo el borde de la bóveda y tiramos hacia arriba a mi señal, pero la pesada cubierta no se movió. Maldije en voz baja. Era posible que la hubiera pegado con argamasa.

–¡Más fuerte! –grité.

Esta vez la cúpula cedió, despegándose de la suciedad acumulada en su borde.

–¡Nilome, ayúdanos a darle la vuelta! –le llamé, sosteniendo con dificultad la pesada cubierta.

Nos costó unos segundos que nuestro amigo dejara de observar las luces y

entendiera lo que queríamos. Entre los tres comenzamos a volcar poco a poco la cúpula sobre uno de sus lados, dejando al descubierto un gran agujero redondo que se hundía a través del edificio. Concentré todos mis deseos en el interior de la hueca concha, imaginando que en ese falso techo estaba realmente escondido el invento de mi padre. Quería que fuera cierto, que había podido leer su mente a través del tiempo para hallar el tesoro oculto.

Cuando ya la habíamos apoyado sobre un lado, la cúpula se nos escapó de las manos y rodó sin control por el techo elevado, quedando su hueco hacia arriba como media cáscara de huevo. Me acerqué ansioso. Había visto algo entre las sombras. Jilai se acercó deprisa, encendiendo una de las velas. Pero el cuenco estaba vacío. Las manchas de humedad en su superficie me habían engañado. Caminé de vuelta hacia el pozo que la cúpula había estado cubriendo, impaciente por inspeccionarlo.

–Tenías razón. Los mástiles son huecos –dijo Jilai, uniéndose a mí.

Miramos hacia el fondo del hoyo de negras paredes metálicas, pero no parecía haber nada en su interior, salvo un débil resplandor mucho más abajo. Se me ocurrió que podía atar la soga al frasco de cristal que contenía la vela para intentar bajarla e iluminar el pozo, cuando una voz estalló a nuestras espaldas.

–¡Vaya jaleo que habéis armado! –tronó el hombre–, ¡vais a despertar a toda la ciudad!

–Mierda –exclamé de pura frustración–. ¡Habíamos estado tan cerca!

Me volví furioso, encontrándome con la figura de Jared y dos vigilantes armados con porras. ¿Por qué era siempre él quien nos descubría?

–Está bien, pueden volver a su ronda –despidió a los vigilantes–, yo me encargaré de ellos.

Miré a Jilai y Nilome, hundidos como yo. Toda la culpa era mía. Había arruinado sus vidas por una estúpida fantasía. Tampoco importaba demasiado –me consolé–, no tardaríamos mucho en morir todos.

–Sabía que tramabais algo –se pavoneó Jared frunciendo sus pobladas cejas. Su recortada barba apuntaba hacia nosotros como un hacha dispuesta a segar nuestros cuellos–. Les aconsejé a esos blandos de Dombrir y Birker que no confiaran en vosotros, pero querían daros una oportunidad, qué ilusos. Y ahora habéis añadido a un tonto más a vuestras aventuras –apuntó a Nilome, que temblaba incontroladamente–. Bien, seguro que esta vez el Superior no será tan clemente.

Tenía que hablar, convencerle de que nos dejara seguir buscando. Aún

teníamos una oportunidad para salvar la ciudad.

–Jared, lo sabemos todo –me arriesgué–. Descubrimos lo de las grietas, sabemos la ciudad se está rompiendo.

Nilome me miró desconcertado. Su temblor se había detenido.

–¡Demonio de niños! –maldijo Jared–, ¿pero cómo os podéis… ?

–Escúchame, estamos buscando las máquinas voladoras que construyó mi padre. Si las encontramos aún podríamos salvar a todos. Ayúdanos a registrar el interior del mástil, por favor.

Esperé una señal de comprensión en el rostro fiero de Jared. Nos miraba incrédulo y escandalizado, como si hubiéramos cometido un grave sacrilegio. Los músculos de su cara se tensaron aún más, produciéndome un escalofrío. No iba a ayudarnos.

–Déjanos marchar o se lo diremos a todos –atacó Jilai–, les diremos que la ciudad se va a destruir y que no les habéis dicho nada.

Quizás no era buena idea chantajearle. Jared parecía a punto de estallar, pero de pronto su mueca de furia se transformó en una forzada sonrisa y se acercó lentamente hacia nosotros. Salté a un lado y me puse en guardia, demasiado tarde. Con una de sus manazas me agarró el cuello y con la otra cogió a Jilai del brazo, arrastrándonos hacia el pozo.

–Vais a ir directos al infierno –gruñó.

Nilome gritó, lanzándole una inofensiva patada. Jared respondió apartándole con su bota como a un bicho molesto, haciéndole rodar por el suelo. Tras desembarazarse de mi amigo, el custodio nos sostuvo a Jilai y a mí al borde del agujero. Uno de mis pies resbaló, hundiéndose en el vacío.

–¡Jared! ¿Qué está pasando aquí? –tronó la rasposa voz del Superior Dombrir.

El anciano había subido también al piso elevado. Llevaba puesto un pesado jubón, como si se acabara de levantar de la cama. Pude ver la duda en la cercana cara de Jared. Vaciló un momento antes de ayudarme a recuperar el equilibrio, pero no soltó el cuello de mi abrigo ni el brazo de Jilai.

–Te lo advertí –dijo al Superior, suavizando su tono–. No son niños traviesos, sino unos auténticos traidores. Lo han confesado ellos mismos. Saben lo de las grietas y me han amenazado con decírselo a todos. ¿Qué crees que pasará entonces? –esperó mientras Dombrir asimilaba la información–. No es una casualidad. Ya viste dónde los descubrimos la primera vez. Está muy claro. Son saboteadores. Mira dónde pretendían bajar ahora… no me extrañaría que ellos

hubieran creado las grietas.

–Eso no tiene sentido, Jared –interrumpió el Superior, agitado–, hace años que comenzaron las fisuras, además ¿por qué unos niños iban a querer sabotear la ciudad? Me preocupa más lo que tú ibas a hacer con ellos.

Los dos hombres se miraron fijamente por unos segundos como los jugadores de cartas. Jilai tiró de su brazo, intentando inútilmente escapar de las garras de Jared.

–Ya va siendo hora de que tome mis propias decisiones, Dombrir. Tú mismo lo dijiste.

–Pero no contra las reglas, Jared. Eso nunca.

–Las reglas ya no importan –Jared rio. Una extraña carcajada fuera de lugar. Estaba mirando algo en el cielo.

Dombrir se quedó inmóvil. Luego se volvió y levantó su vista al mismo punto del cielo, asombrado.

–Como supuse, vienen a salvarnos –el rostro de Jared estaba lleno de admiración–. Las naves de los dioses.

En el cielo había una docena de objetos, más grandes y brillantes que simples estrellas móviles. En un segundo se convirtieron en enormes pájaros negros de alas rígidas que volaban hacia nosotros como flechas, punteados con cegadores focos luminosos. Las ‘naves’ –comprendí– eran las gigantescas máquinas voladoras de los Constructores. Pasaron sobre la ciudad a tal velocidad que apenas pude ver más que su estela de fuego. Los cinco nos giramos, siguiéndolas mientras se alejaban a una velocidad imposible. De pronto una ráfaga de aterradores estallidos golpeó nuestros oídos como si el cielo explotara sobre nuestras cabezas. Jilai y yo aprovechamos la confusión para liberarnos de Jared y ayudamos a Nilome a ponerse en pie. Nos envolvimos los tres en un abrazo, protegiéndonos del frío y el miedo. Hubiéramos podido escapar ahora, bajar corriendo del techo del Arqueón, pero estábamos paralizados por la aparición celestial. Los dos custodios seguían atentos la evolución de las máquinas en el cielo mientras a lo lejos oímos voces alarmadas. Nuestros vecinos estaban saliendo de sus alojamientos, despertados repentinamente por el rugido de las naves, y muchos subían hasta los cultivos para ver con sus propios ojos qué sucedía en el firmamento.

El viejo Superior miraba también con su rostro grave hacia los veloces pájaros negros, empequeñecidos por la distancia. Las naves estaban describiendo

un amplio giro.

–Vienen otra vez –dedujo Nilome. Jilai nos abrazó con más fuerza.

–Tenemos que prepararnos para recibirles –Jared dio dos pasos hacia Dombrir–. Hay que convocar al Consejo y organizar la recepción, poner en alerta a los vigilantes para que controlen a la población.

–Todavía no sabemos quiénes son –Dombrir lo miró de reojo–, ni lo que quieren.

Las máquinas seguían acercándose. Su movimiento era ahora más lento, como pájaros planeando para aterrizar. Un agudo silbido, cada vez más fuerte, las precedía. Cuando pasaron sobre nosotros rompieron su formación y se colocaron alrededor de la ciudad. Pudimos entonces ver su tamaño real. Cada una de las inmensas naves era casi tan grande como la ciudad entera. Observé con admiración su forma de flecha, los costados llenos de haces deslumbrantes en la noche y las columnas de llamas expulsadas por su vientre. Parecían observarnos con mil ojos, moviendo diminutos brazos como antenas de insectos.

A pesar de su violento comportamiento, tenía que reconocer que Jared estaba en lo cierto sobre el origen de las naves. Las gigantescas estructuras tenían una piel metálica similar al suelo de nuestra ciudad. Solamente los Constructores podrían haber creado algo así. Uno de los pasajes más repetidos de la Crónica lo decía claramente: "Y crearon Vikatee a imagen de su propio mundo celestial para que prosperara segura hasta el día del reencuentro". Ahora resultaba obvio que los Constructores vivían en ciudades del espacio y volaban por el cielo de un planeta a otro visitando sus creaciones. Entendí el pecado que los custodios habían visto en mi padre; el sacrilegio de querer imitar los poderes divinos. ¿Cómo podía haber pensado un simple mortal en construir una máquina voladora comparable con esas bestias divinas? Esperé que los Constructores tuvieran clemencia conmigo y con mis amigos, que pudieran entender nuestra curiosidad. Sin duda no habían venido tan solo para salvarnos de la destrucción, sino también para revelarnos muchas cosas sobre el universo, sobre nuestros orígenes y sobre nuestro futuro. Sonreí. A pesar de nuestros temores éramos afortunados por vivir el día del reencuentro, la cosecha de nuestros esfuerzos. Mis dudas se disiparon y una gran paz me envolvió. La Salvación había llegado a nosotros en todos los sentidos, justo a tiempo. Agradecí en silencio a los Constructores por su Sabiduría y su Amor.

Los cuchillos de luz surgieron a la vez de todas las naves que rodeaban la ciudad. Junto con las flechas luminosas, sus antenas lanzaron rayos atronadores

que prendieron líneas de fuego allá donde tocaban los cultivos y los armazones de bambe. Comenzaron los gritos, el horror. ¿Qué estaba sucediendo? –reaccioné–. Vi personas corriendo envueltas en llamas. ¿Es que los Constructores no se daban cuenta de que sus rayos eran peligrosos, de que nos abrasaban? Uno de los haces destructores se acercaba al Arqueón dejando un rastro de furiosas chispas a su paso. Jilai, Nilome y yo rompimos nuestro abrazo y nos dejamos caer al suelo.

El rayo pasó a pocos pasos. Pude sentir el golpe de viento caliente en la cara. Volutas de humo y olor a madera quemada se levantaban desde muchos lugares de la ciudad. El aire de la noche se había llenado de pánico, carreras e incendios. Desde nuestra posición sobre el Arqueón contemplamos estupefactos la sistemática destrucción de la ciudad, la danza cruel de las naves y sus rayos de muerte. La Crónica estaba equivocada, entonces. Era el Infierno el que había llegado desde el cielo. El día del reencuentro no tenía como fin la recompensa, sino el castigo. Lloré amargamente y vi que Jilai también se secaba las lágrimas. Me miró buscando una respuesta, una frase, pero no sabía qué decirle. Nilome estaba petrificado, fascinado por la escena de pesadilla. De pronto me di cuenta de que allá abajo estaban mi madre y Mian. Intenté localizar la zona de nuestro apartamento hacia la proa, pero estaba ya oculta por la humareda.

–¡Vamos, tenemos que abrir los depósitos de agua! –Dombrir se había acercado a nosotros. Su capucha se había caído, dejando flotar arremolinado su largo pelo blanco. Parecía un fantasma.

Salí de mi estupor, me levanté y ayudé a Jilai. Comprendí al Superior: debíamos hacer algo, luchar por nuestra supervivencia aunque fuera desesperadamente. Al volverme hacia Nilome vi a Jared inmóvil, con una extraña expresión en su rostro. Observaba las maniobras de las monstruosas naves con frialdad, encandilado. No parecía conmovido por la destrucción que se había desencadenado.

–¡Vamos, Jared! –le conminó Dombrir, yendo hacia la escalerilla.

El padre de Darjiv se limitó a dibujar media sonrisa sarcástica, sin moverse.

–¡Cuidado! –nos gritó Nilome.

Otro haz caliente cortaba el aire hacia nosotros, por encima de las llamas que se iban extendiendo alrededor del edificio. Nos lanzamos de nuevo al suelo, cerca del gran agujero. Vimos cómo unos pasos más allá la madera saltaba en trozos humeantes.

–¿Dónde pensáis ir? –rio abiertamente Jared, viendo que intentábamos

levantarnos de nuevo–. Os haría falta uno de éstos.

Metió la mano entre sus ropas y sacó un objeto circular de color verdeazulado que colgaba de un collar. Reconocí el extraño medallón que había visto al rescatarme Jared en el nivel prohibido. Sus ojos se levantaron del colgante y observó desapasionadamente la masacre que nos infligían las infernales máquinas voladoras.

–No pensaba que iba a ser así –le oí susurrar para sí mismo.

¿Qué era lo que él sabía de este ataque? ¿Habría sospechado siempre que los Constructores preparaban su castigo?

El Superior llegó corriendo y se lanzó contra el custodio, agarrándole por el hombro.

–¡No seas loco, vamos al nivel de servicio! –le gritó– ¡Es nuestra única salvación!

Pero Jared se revolvió con un empujón que lanzó al anciano a varios pies de él. El Superior no se resignó. Se acercó al custodio rebelde de nuevo, pero éste levantó su brazo amenazante.

–Hasta nunca –dijo como despedida.

Entonces tocó algo en el medallón y desapareció ante nuestros asombrados ojos.

–Pero, ¿qué… ? –exclamó el Superior, palpando el aire donde había estado. Entonces se volvió y miró hacia las naves con ojos llameantes de ira–. ¡Maldito traidor, vienen a por las Sagradas Formas!

No intenté comprender entonces lo que decía. Todo parecía irreal, una pesadilla imposible, especialmente la súbita desaparición de Jared por arte de una magia diabólica. Pero no tuve tiempo para pensar. Las llamas que devoraban el seco techado eran muy reales, y nos habían cerrado el paso hacia la escalerilla. La cáscara de la cúpula ardía rápidamente. Seguido por Jilai, rodeé el hueco del mástil para ver si había salida por el otro lado. No veía más escalerillas. No quedaba otra opción que saltar sobre el piso inferior del Arqueón, si encontrábamos abajo un sitio libre de llamas. Llamé a Dombrir y Nilome, que seguían buscando un hueco para cruzar hacia la escalerilla de proa, pero todo sucedía demasiado rápido. De las naves gigantes se desprendió una nube de pájaros más pequeños que se posaron enseguida sobre la ciudad, aplastando los cultivos y alojamientos debilitados por el fuego. El piso elevado se tambaleó también, inclinándose hacia popa. Los niveles de la ciudad se derrumbaban como un castillo de naipes.

–¡Mira! –apuntó Jilai con un grito de angustia.

De las naves pequeñas salieron seres vestidos con trajes brillantes que cubrían todo su cuerpo salvo oscuras ventanas a la altura de sus ojos. Los demonios, si eso eran, caminaban de manera extraña, cruzando impasibles las llamas y disparando rayos que hacían caer, quizás muertos, a los habitantes que se cruzaban en su camino. Los supervivientes lanzaban gritos desgarradores, intentando esconderse entre las ruinas, pero nada podían ante el avance de los demonios y sus poderes mágicos.

Empujado por el terror, mi mente buscaba una escapatoria. Tomé a Jilai de la mano y la arrastré hacia atrás.

–¡Nos quemaremos! –protestó, viendo el muro de llamas que nos cerraba el paso.

–¡Vamos al agujero! –llamé a Nilome y Dombrir, que seguían observando la ciudad arrasada.

Cuando estábamos a un paso del pozo, una gran sacudida hizo temblar el edificio. Se me paralizó el corazón al ver lo que sucedía. La ciudad se estaba partiendo en dos. La grietas se había agrandado y Vikatee se estaba quebrando como una hoja de lechuga, arrastrando los escombros de la ciudad y sus habitantes, haciéndoles caer por la borda hacia el vacío. Incluso los demonios que habían aterrizado habían sido sorprendidos, y se desplomaban sin remedio por las barandas.

Entonces el suelo cedió bajo nuestros pies con un seco crujido, haciendo sobresalir el tubo circular del mástil. Cogí por la mano a Jilai y me lancé para aferrar el borde metálico del pozo. Mientras el piso seguía inclinándose, pasé mi pierna por encima del saliente y ayudé a Jilai a hacer lo mismo. Cabalgando sobre el canto circular vimos con horror que Nilome y Dombrir se hundían a través del techo, cayendo a un foso de llamas.

–¡No! –gritamos los dos con impotencia.

El calor nos abrasaba y el humo no nos permitía respirar, solo había una opción.

–¡Adentro! –grité dejándome caer al interior del tubo.

Nos deslizamos en la oscuridad, rozando la pared del interior. Pensé que nos golpearíamos con un fondo metálico, pero algo blando nos detuvo. Palpé con la mano. Nuestros cuerpos se apoyaban en algún tipo de tela o cuero. El resplandor de las llamas, que entraba por el hueco de arriba, iluminó una especie de sombrilla de piel montada sobre un armazón de madera, que parecía atrapada en

el interior del pozo. Varas de bambe, delgadas y resistentes recorrían el resistente cuero de cabra como los huesos de un pájaro esquelético. Mi cerebro acelerado por la desesperación llegó a una rápida conclusión.

–La máquina voladora –anuncié a Jilai.

–Creo que mi tobillo está roto –dijo frotando su pierna. Luego se dio cuenta de lo que yo había dicho y palpó la tela–. No puede ser. ¿Cómo podría volar esto? No se parece en nada a esas máquinas.

–Es como las alas de un pájaro. Mi padre las estudió en los libros.

–No creo que sirva de mucho ahora –respondió desanimada.

Los gritos y explosiones se sucedían fuera de nuestro refugio y el tubo seguía inclinándose poco a poco. El olor a quemado y el calor comenzaban a ser insoportables. Tomé una decisión.

–Te ayudaré a ponértela. Siéntate aquí –le indiqué un reborde del tubo–. Ahora… estos arneses deben ser para los brazos, así… –los coloqué sobre sus pequeños hombros y tiré de unas cintas de cuero para ajustarlos–. No te queda mal.

–Parezco una gallina atada al asador –sonrió a duras penas.

–Yo puedo sujetarme al arnés –probé tirando de las cuerdas, bastante resistentes–. Si mi padre la construyó para él debería aguantar nuestro peso.

–¿Y cómo se supone que… ?

Un gruñido metálico como el chirrido de un animal enfermo nos interrumpió. Por la abertura de arriba se asomó el gran cuerpo de un guerrero de traje metálico: el demonio nos apuntaba con una vara cuyo extremo brillaba con un resplandor azul. Su casco reflejaba las llamas que consumían Vikatee. Otro gruñido más agudo le contestó por detrás.

–Grrskiee –sonó de nuevo la voz chirriante, acompañada por un gesto de la vara de rayos.

Viendo que el demonio apuntaba su arma hacia nosotros, nos apretamos contra la pared. Oí un siseo como el de una flecha, sintiendo un agudo dolor en mi brazo izquierdo y oyendo al mismo tiempo un estallido más abajo por el agujero del mástil. Inmediatamente nos sacudió otro temblor y el metal a nuestro alrededor se dobló con un terrible gemido.

XII

Desde el fondo del pozo llegó un ruido como los dientes de un monstruo rechinando entre sí y antes de que pudiéramos preguntarnos por él, nos golpeó un enorme objeto, empujándonos hacia arriba con la fuerza de un martillo colosal. Saliendo a gran velocidad por la boca del tubo, arrollamos al demonio que nos había disparado y ascendimos volando hacia el cielo, alejándonos en pocos segundos de los restos del Arqueón y la ciudad arruinada. Nuestro mundo había quedado partido en varios trozos que se dispersaban humeantes por el aire. Agarrado con todas mis fuerzas al arnés de Jilai pude ver cómo las naves oscuras habían lanzado tentáculos que se pegaban al metal de la ciudad quemada, como si quisieran devorar los fragmentos de Vikatee.

No me dio tiempo a ver más. Noté un calor insoportable en mi trasero. El objeto que nos había empujado hacia el cielo comenzó a abrasarme a través de los pantalones. Al moverme a un lado, intentando escapar a la quemadura, se rompió el equilibrio que nos mantenía sobre el ardiente objeto. Jilai gritó. De repente una de sus alas se expuso al viento, abriéndose majestuosamente como las del pájaro que había imitado su constructor. El tirón empujó a Jilai hacia atrás, arrancándola de mis manos y haciéndome caer tras ella. Busqué en el aire con mi mano para volver a cogerla, para asirme a algo. Agarré una cuerda, quizás una tira desgarrada de sus alas, pero Jilai seguía cayendo mientras agitaba sus alas medio rotas. El esqueleto de madera no había resistido el paso de los años.

Observé atormentado cómo mi amiga descendía hacia la ciudad en ruinas, desapareciendo a través de las nubes de humo. ¡Jilai! ¡La había perdido! Ojalá pudiera llegar a Vikatee, a lo que quedaba de nuestra ciudad. Quizás tuviera una lejana posibilidad de que los demonios la capturaran sin matarla. Mis opciones no eran mejores que las suyas. Mientras las lágrimas se deslizaban por mi cara, alcé la vista para investigar qué era lo que tiraba de mí. Mi sorpresa fue enorme al ver sobre mi cabeza una esfera de energía, idéntica a la que había visto incrustada bajo el nivel prohibido. Sus miles de ojos radiantes emitían una fuerza abrasadora. Algunos trozos de las raíces metálicas que la habían sujetado al mástil todavía estaban pegados a ella. La cuerda que así con mi mano era en realidad una tira plana y fibrosa que colgaba de la superficie del resplandeciente globo. Comprendí lo sucedido: las sacudidas y grietas habían desprendido la

esfera de su anclaje en el mástil bajo la ciudad, haciéndola salir volando por el interior del tubo, arrastrándonos a Jilai y a mí en su camino.

La esfera seguía ahora subiendo hacia el cielo, cada vez más lejos de las naves. Me pregunté si me podría impulsar hasta las estrellas, llegando al hogar de las naves infernales o quizás de otros seres más benignos. Pero mis manos no resistirían ese viaje, ni siquiera unos minutos más. Comenzaba a pesarme el esfuerzo de aguantarme colgado. Si pudiera volver a montar sobre la esfera quizás pudiera descansar, pero no era una buena idea, me quemaría de nuevo. A lo mejor podía cogerme de las raíces metálicas que la rodeaban. Seguramente no estaban tan calientes. Intenté tirar de con las manos para subir por la cinta, pero fallé. No tenía fuerzas ya para doblar los brazos que sostenían mi peso. Me dejé caer de nuevo. Entonces algo le sucedió a la esfera. La enorme bola se detuvo, cambió de dirección en medio del aire y comenzó a caer.

Mi estómago dio un vuelco. Aunque todavía colgaba de la esfera radiante, ahora estaba hundiéndome con ella, como si el extraño artefacto se hubiera quedado también sin fuerzas para sostenerme. El viento me empujaba ahora desde abajo y ayudado por ese impulso conseguí asirme mejor a la tira de fibra. Podría aguantar un rato colgado, si es que el terrible vendaval que me engullía me dejaba respirar.

Me acercaba a gran velocidad a los restos de la ciudad, que brillaban con el lúgubre resplandor de las brasas. Las naves demoníacas los habían atrapado en una tela de araña formada por tentáculos grises. Me pregunté si Jilai habría terminado también allí, apresada con sus alas como una pequeña mariposa. No tendría oportunidad de saberlo. Mi caída me llevaba lejos de los fragmentos de Vikatee, lejos de todos los lugares y las personas que había conocido y que ahora estarían muertas: Dombrir, Birker, mi madre, mi hermana, Nilome… solamente Jared había escapado injustamente al fin de nuestro mundo.

Al descender por debajo de la ciudad destruida pude observar los jirones de las grandes telas que colgaban de su fondo también desgarradas por el ataque. Mientras miraba, uno de los mástiles inferiores se desprendió de su base metálica y cayó rápidamente. Siguiéndolo con la mirada observé las nubes que le esperaban recibiendo las primeras luces del día, y entendí que yo también estaba condenado a encontrarme con el abismo.

Era mi destino, el sueño que se había repetido obsesivamente en diferentes formas; un hombre cayendo que podía haber sido mi padre o yo mismo

resbalando desde la trampilla del nivel prohibido. Y ahora al fin había llegado la verdadera caída, el castigo a mis errores y pecados. Tal como me había advertido el propio Jared, no había conseguido escapar al mismo fin que mi padre.

El azote constante del aire me hacía sentir un terrible frío. Mis manos estaban entumecidas y no notaba ya el tacto de la correa que me sujetaba a la esfera. El viento y la desesperanza hacían que las lágrimas me nublaran la vista. Podía haberme soltado entonces y acelerar el final, pero algún instinto me obligaba a aferrarme. En pocos minutos había perdido de vista la ciudad y sentí que una niebla helada me envolvía, un vendaval húmedo y cegador que me sacudía y empapaba sin compasión en la más absoluta oscuridad. Del fuego al aire y del aire al agua –pensé tontamente–. Estaba cruzando las nubes. Iba a descubrir por mí mismo a los monstruos ocultos en el Peklon, a comprobar cómo se moría en el abismo de las profundidades.

La esfera se movía erráticamente, tan pronto aceleraba como trataba de remontar de nuevo el vuelo, pero siempre volvía a caer ignorando los brutales vientos que me zarandeaban. Cuando pensaba que ya no podría resistir otro minuto llegó una silenciosa calma. Cesaron los bamboleos. Caí a través de un espacio seco y cálido. Miré hacia abajo. Parecía haber algo a lo lejos, siluetas borrosas en la oscuridad. Se acercaban poco a poco. No había duda, me dirigía a toda velocidad hacia el mundo oculto donde habitaban todos los malos pensamientos. Mi imaginación tembló con las visiones engendradas por las tinieblas y el terror se apoderó de mí. Cerré los ojos, dispuesto para ser devorado, esperando el golpe de un momento a otro. Pasaron todavía minutos pero no me atreví a abrir los ojos. Tan sólo recé para que llegara pronto y acabara rápido. Al fin, mis plegarias fueron escuchadas. Choqué contra un enorme muro que me dejó sin respiración, rodeó mi cuerpo sin vida y me engulló en su boca húmeda. Después todo se fundió en la nada.

EL OTRO MUNDO

I

Estaba en el infierno, cayendo por una atmósfera oscura atravesada por líneas de fuego. Me perseguían por el aire moscardones gigantes como naves, armados con largos dientes. Mis alas me permitían esquivar las garras de los demonios que saltaban sobre mí, pero no me salvaron de su trampa, una red de pegajosos tentáculos negros que estiraban de mi cuerpo en todas direcciones. Mientras los monstruos aullaban, ansiosos por devorarme, Jilai y Nilome, saltaban por la ciudad, corriendo destinos horribles a manos de los soldados. Entretanto, las trece esferas bailaban una elaborada danza en el cielo, dibujando figuras de bella simetría. Alargando mi mano con gran esfuerzo conseguí atrapar uno de los globos. A pesar de quemarme las manos, lo sacudí para que me devolviera a la ciudad.

Busqué a mi madre y a Mian interminablemente en medio del caos de los pasillos bloqueados por los derrumbes y las llamas, pero me encontré con Jared y Dombrir junto a la fosa del mástil. Esta vez arranqué el colgante de su cuello para que no pudiera escapar y salté el fuego, aterrizando junto a mis amigos. Con el medallón huiríamos todos a una de las ciudades celestiales, pero no conseguía acertar el símbolo correcto. Finalmente, Dombrir me lo arrebató, advirtiéndome que ese conocimiento era demasiado peligroso. Le pregunté por qué nos habían atacado las naves y él me miró con un rostro mucho más joven, el de mi padre:

–Les llamaste al tocar las Formas –sonrió con pesar.

Con la disparatada lucidez de los sueños, me di cuenta de que los demonios habían destruido la ciudad para quitarnos las esferas, nuestra fuente de poder. Como venganza, monté sobre una de las bolas y volé como una flecha entre las tropas invasoras, asestándoles golpes mortales con una barra de metal, rompiendo sus cascos de cristal como si fueran huevos. Birker me avisaba, gritando desde los restos de la biblioteca, de que no olvidara descifrar los textos escritos en los costados de sus máquinas voladoras.

En medio de los delirios, se acercó a mí una mujer, dándome a beber un líquido caliente y aromático. Entonces notaba sonidos y olores desconocidos,

voces graves y manos suaves sobre mi cara. Poco a poco las pesadillas fueron desvaneciéndose. Me quedó solamente una sensación de agotamiento y un picor en las manos que no podía aliviar, pues las tenía envueltas en tela. La voz de mujer se enfadaba conmigo, me apartaba los brazos y me obligaba a beber más sopa.

Después de un tiempo supe que lo que me rodeaba era real, aunque sorprendente. Me encontraba en un alojamiento muy amplio, una sola habitación tan grande como nuestro apartamento de Vikatee. La cama donde reposaba era enorme y blanda, como si estuviera hecha de algodones, y estaba cubierta de los tejidos más finos que había tocado jamás. En un rincón podía ver un mueble de madera con un espejo tan perfecto que permitía ver perfectamente todo lo que se reflejaba en él. El suelo, las paredes y el techo estaban formadas por tablas tan precisamente pulidas y ajustadas que toda la sala parecía hecha de una sola pieza.

En un lado de la estancia se abría un ventanal por el que se filtraba la luz a través de unas cortinas casi transparentes, tan ligeras que se movían al más pequeño soplo. Pero lo más chocante lo encontré sobre una mesa al lado de mi cama: una gran jarra de agua y un vaso, ambos de un vidrio tan transparente que parecía como si el líquido se sostuviera solo en el aire. Junto a la jarra había un gran tazón con los restos de la sopa, Su material no era menos maravilloso: suave y durísimo como el metal pero cálido y colorido como la madera. Del techo colgaba también un globo insólito. A la luz del día parecía opaco, de un color tierra, pero estaba seguro de que en algún momento lo había visto brillar con una luz como la del mismo sol.

Estaba preguntándome qué clase de mundo era éste y cómo había llegado hasta aquí, cuando alguien abrió una puerta que había sido invisible hasta entonces. Era un hombre, bajo pero robusto. Su rostro no tenía pelo, como el de un joven, pero mostraba las arrugas de un adulto. Su vestimenta era extraordinariamente ligera, apenas una camisa, un pantalón corto y unos zapatos que dejaban la mitad de sus pies rosados al descubierto. Estaba demasiado sorprendido por la visita para darme cuenta de que yo mismo vestía un liviano pijama en lugar de mis pesadas ropas de piel.

El hombre me miró con curiosidad y se acercó a la cama. Me asusté, no porque pareciera peligroso sino porque era muy diferente a todas las personas que había visto hasta ese momento. Su escaso pelo era muy claro, al igual que su piel, y la ausencia de barba le hacía parecer un bebé demasiado crecido. El

hombre–niño frunció su ceño pálido y dijo algo que no comprendí. Al ver que yo no reaccionaba, lo repitió más despacio.

–¿Staas fienn? ¿Koom yamaaste tú?

Me fijé en los sonidos y comprendí. La pronunciación era tan distinta que la primera vez me había parecido un lenguaje diferente.

–¿Cómo he llegado aquí? –me aventuré.

–¿No recuerdas? –respondió, mirándome otra vez con sorpresa. Sus ojos eran también muy claros. Podía ver sus pupilas negras en medio de un círculo de verde pálido. Era como si todo su cuerpo hubiera perdido el color, como la ropa que se lavaba demasiado.

–No recuerdo –respondí, preguntándome si alguno de mis enredados sueños había sido real.

–Caíste en la Laguna. Tuviste suerte que el viejo Vliror se dio cuenta. Es rápido y te llevó hasta el muelle. La guardia de noche te trajo. Yo soy Thuregi, el jefe de la granja.

Traté de asimilar su explicación pero había demasiadas palabras que no comprendía.

–¿La Laguna?

–La bahía. En el mar –estaba muy extrañado de que no le entendiera–. Caíste en el agua.

¿Había caído en el agua? No tenía sentido, reí para mis adentros. Habría hecho falta un tanque de reciclaje enorme para que yo pudiera caer dentro. Seguramente el hombre-bebé quería decir que estaba mojado cuando me encontraron. Comprender el lenguaje no iba a ser tan fácil como pensaba. Al menos sabía que en este mundo habitaba una raza parecida a los humanos y que un tal Vliror me había ayudado, o incluso me había salvado la vida. Si esto es el Peklon, por el momento no parece tan terrible –me dije.

Una mujer entró en la habitación. Llevaba el pelo largo y suelto, del color de la madera de bambe, con algunas vetas rojizas. Al igual que el hombre, su piel era tan descolorida y su rostro tan redondeado que parecía una niña gigante.

–Señor, ¿no te he dicho que esperes a que se recupere? –la mujer habló a Thuregi, con el mismo acento del hombre.

–Señora, disculpa, el niño está recuperado –contestó Thuregi. Su forma de hablar era muy graciosa, pero supuse que no sería de buen gusto reírme de ellos.

La señora se acercó para observarme. Me tomó la temperatura en la frente y palpó con suavidad mi pelo lanudo.

–¿De dónde eres? –me preguntó con amabilidad–. Nunca vimos aquí un niño tan oscuro.

–Me llamo Nadir –les informé. No sabía qué añadir sobre mi origen. Ni siquiera tenía claro dónde estaba–. Vengo de la ciudad… de la ciudad por encima de las nubes.

La mujer se apartó de mí asustada.

–¿Has venido con alguien? –preguntó Thuregi con temor.

–No. He venido solo. Mi ciudad fue atacada.

Los dos humanos-bebé intercambiaron cuchicheos entre ellos. De vez en cuando oía un 'señor' o 'señora' airado, pero al final hubo algún tipo de acuerdo.

–Más tarde nos contarás todo, ¿de acuerdo, sí? –canturreó la mujer–. Pero por ahora debes descansar todavía.

La señora empujó hacia la puerta a Thuregi, que me seguía mirando con sospecha. Cuando el hombre salió, ella se volvió hacia mí.

–Mi nombre es mamá Amalea –dijo sonriendo, y se marchó.

Caminé lentamente hacia el comedor guiado por la señora Amalea, abrumado por cada objeto y persona que aparecía ante mí. El amplio alojamiento –lo llamaban 'la casa'– tenía muchas habitaciones, como un Arqueón ocupado por una gran familia llena de hermanos, primas e incluso dos abuelos –imposible acordarme de los nombres de cada uno de ellos–. Cada sala estaba decorada con flores y lámparas –a veces no distinguía unas de otras– y multitud de otros objetos hechos de materiales desconocidos. Los acompañaba un desfile de nuevos olores que no conseguía identificar.

Todo estaba envuelto en aire húmedo y cálido, y nadie llevaba suficiente ropa. Me sentía avergonzado presentándome ante ellos casi desnudo, mostrando mis brazos y piernas de piel morena, vestido únicamente con la camiseta y el pantalón corto que me habían prestado. Cada vez que me presentaban a uno de los habitantes de la casa tenía que darle tres besos, uno en cada lado de la cara y otro en la frente. Nadie pareció sorprenderse por este ritual, pero sí se extrañaban por mi aspecto y mi forma de hablar. Tras presentarme a alguien Amalea me apartaba rápidamente para llevarme hacia otro miembro de la familia o a una nueva habitación. El itinerario terminó por fin cuando todos nos reunimos en un gran comedor donde nos sentamos en una larga mesa cubierta de tela azul.

La cena fue toda una experiencia. Desde mi asiento a la derecha de Thuregi,

cada cosa que veía era nueva y fascinante. Más vasos transparentes, uno para cada persona, extrañas verduras de color naranja, ¡cubiertos de metal! y el plato principal: una carne rosada más blanda que la de las aves y con un olor y sabor rarísimo. Lo llamaban 'pescado'. Me costó bastante tragarlo pero todos lo comían con avidez y no pude negarme a comerlo. El postre fue algo mejor, una pasta blanca muy dulce con pequeñas frutas rojas. Para entonces el educado silencio de la mesa se había roto y los pequeños se acercaban a mí desde el otro extremo para tocarme la piel y el pelo. Los mayores intentaron hacerme preguntas, pero la voz firme de Amalea los detuvo.

–Habrá mucho tiempo para charlar aún, mis hijos. Ahora dejad tranquilo a Nadil –así pronunciaba mi nombre.

Tras la fastuosa cena tuve que despedirme de nuevo de cada uno, esta vez –afortunadamente– con un único beso de buenas noches. Me pregunté cuántas habitaciones tenía la casa para poder acomodar a la numerosa familia. La mayoría utilizó una escalera para subir a un piso superior donde debían estar sus rincones para dormir. La casa era tan grande que tenía niveles dentro de sí misma. Al pensar esto me acordé de mi ciudad y de los que habían muerto en ella, y sentí una punzada de dolor. Thuregi me sacó de mis recuerdos con una palmada en la espalda, llevándome a otra estancia más. En realidad, vi que habíamos salido al exterior de la casa, a un pequeño patio que no tenía paredes, solo un techado de grandes hojas secas. El aire de la noche me refrescó, pero aún me sentía acalorado y sudoroso. Miré hacia el espacio oscuro que se abría alrededor de la casa, pero estaba tapado por densos vapores que impedían la visibilidad. Al parecer estábamos justo en medio de las nubes.

–¿Qué hay fuera? –pregunté al granjero.

–Ah. Mañana daremos un paseo hasta la Laguna –el rechoncho hombre sin barba se sentó en una silla cuyas patas se apoyaban sobre una madera curva, sobre la que comenzó a balancearse adelante y atrás, sin quitarme la vista de encima. Sacó un tubo de metal y echó en su interior unos polvos de una bolsa que llevaba colgada del cinturón. Se puso a chupar del otro extremo del tubo.

–Siéntate, siéntate –me señaló otra silla tambaleante.

Me agarré con cuidado de los reposabrazos, temiendo caerme.

–Ahora cuéntame todo –me pidió, y continuó chupando ávidamente.

Tragué saliva y comencé a hablarle de Vikatee, de nuestra vida sobre las nubes, de mis amigos, de mi padre desaparecido. Tras dudar un momento, le conté la expedición con Jilai al nivel prohibido y el descubrimiento de los

mástiles y la esfera ardiente. Al describir la bola de energía, Thuregi dejó de chupar y me preguntó sobre ella, escuchando atentamente. Le comenté que precisamente había caído desde la ciudad colgando en otro de los trece globos, que se había desprendido de su… pero el hombre-niño hizo que me detuviera, abrumado.

Tuve que volver atrás y repetir la historia más despacio, respondiendo a muchas preguntas: sobre los custodios, sobre la Crónica, sobre los Constructores, qué comíamos, si teníamos animales. No conocía todas las respuestas que Thuregi buscaba, pero no le importaba. Chupaba un poco más de su tubo y me pedía que continuara. Entonces le relaté nuestro descubrimiento de que el fin de la ciudad se acercaba, la temeraria búsqueda de la máquina voladora escondida en el mástil roto del Arqueón, y la terrible sorpresa del asalto de los demonios venidos del cielo. Intenté describir el horror de la destrucción de la ciudad, la muerte de sus habitantes, la caída de Jilai… Cuando me di cuenta estaba llorando y sorbiéndome los mocos, incapaz de continuar. El granjero añadió más polvo a su tubo y se balanceó unas cuantas veces en su silla.

–Escúchame, Nadil, es de la máxima importancia –detuvo de pronto el vaivén.

Me sequé las lágrimas y apoyé mis pies en el suelo, pues me estaba mareando con tanto movimiento.

–No debes hablar de esto a nadie –dijo, fijando en mí sus ojos claros y redondos–. Solamente la señora y yo. ¿Está claro para ti?

Asentí. ¿Debía haberle contado toda mi historia a un desconocido? Me pregunté qué sabrían los hombres-bebé de lo que había por encima de las nubes. Quizás tras escuchar la historia me había tomado por un loco y no quería que fuera por ahí diciendo tonterías.

–Ni siquiera lo cuentes a la familia ni a otra gente de la Laguna. Nadie en absoluto –puso un dedo gordete sobre sus labios.

Moví mi cabeza de nuevo para confirmar que lo entendía, nervioso por su insistencia.

–Tenemos que pensar qué hacemos contigo –chupó de nuevo del tubo.

A la mañana siguiente me desperté con más fuerzas. Probé el desayuno: un crujiente pan marrón, aún caliente, untado con una deliciosa crema de queso y compota de frutas. Los tazones de sopa, con su extraño material duro y suave, estaban ahora llenos de leche, más sabrosa y ligera que la que bebíamos en

Vikatee.

–Esperaremos a que todos estén en el trabajo –me anunció Thuregi–. No es conveniente que te vean, tan extraño para ellos.

Así que en lugar de salir con los demás habitantes de la casa, nos quedamos en la cocina, donde Amalea satisfizo mi curiosidad sobre la preparación de los alimentos. El más misterioso y delicioso de todos era la ‘miel’, una pasta viscosa que según la señora se recogía de los nidos de unos insectos voladores. Sonaba asqueroso, pero cuando me atreví a probarla ya no me importó de dónde había salido. En la cocina llenamos una mochila con pan y queso, y un tarro de la miel. Tras llenar una calabaza hueca con agua del pozo ya estuvimos preparados para nuestro paseo.

Antes de salir por la puerta principal de la casa, Thuregi me encasquetó un sombrero de ala ancha.

–Mejor así, no te verán tanto.

Abrió entonces la puerta y yo le seguí con la mochila a la espalda, esperando ver pasillos llenos de otros alojamientos similares a la casa. No se me había ocurrido que este lugar bajo las nubes podía ser tan diferente. Cuando levanté la vista hacia el hogar de los hombres-bebé, el impacto de un mundo desconocido me paralizó. En vez de seguir un plano cubierto de madera, el suelo se extendía una distancia inmensa, como una alfombra ondulada que subía y bajaba caprichosamente. Algunas zonas del suelo eran verdes y otras de color tierra, llenas de polvo. Poco a poco fui absorbiendo los detalles. El paisaje estaba cruzado por caminos que pasaban en cualquier dirección, y punteado sin orden aparente por las casas de otras familias. Todos los alojamientos tenían dos niveles y su techo tenía forma de pirámide, como enormes pasteles.

Por todas partes surgían plantas al azar y árboles mucho más grandes que los bambes o cipreses de Vikatee. Pero lo que me abrumaba era el tamaño del paisaje, tan amplio que no podía abarcarlo con la mirada. Me parecía perder el equilibrio caminando por el camino en pendiente. No había nada sobre nuestras cabezas, pero era extraño, tampoco sentía la quemadura del sol… miré hacia arriba. ¡Las nubes estaban tapando el cielo! Tuve que detenerme, respirando agitadamente. Me incliné hacia la tierra, mareado. El granjero me observó con preocupación.

–¿Más despacio? –sugirió.

–Tengo que acostumbrarme –me levanté con lentitud.

Di pasos pequeños, mirando hacia mis pies para no desorientarme. En un rato

pude seguir el camino sin problemas, observando las elevadas ramas de los árboles y notando las variadas texturas de la tierra, tan diferentes al manto de cultivo en Vikatee. Por encima de todo seguía la cubierta gris de las nubes, más oscura que los blanquísimos copos que tantas veces había observado desde la baranda de mi ciudad. Aquí las nubes dejaban pasar solamente un resplandor difuso, una luz suave que resaltaba los colores, especialmente el verde. Pero todos estos prodigios no me prepararon para lo que me esperaba tras la siguiente loma –llamaban así a las elevaciones del suelo–. Cuando llegamos a su cima se reveló ante mí un panorama estremecedor. Tuve que usar toda mi concentración para sostenerme en pie.

Bajando por el otro lado, el camino continuaba a través de una vasta extensión verde hasta una zona más baja en la que se encontraba algo imposible: una balsa de agua de increíble tamaño. La ciudad de Vikatee al completo podría haberse sumergido en esa inmensidad líquida. Desde nuestra posición en lo alto podía notar ondas temblorosas en su superficie, sobre la que los reflejos luminosos se entremezclaban en un baile que me recordó a la superficie de las esferas de energía. Sin duda se trataba de la Laguna de agua que había mencionado el granjero.

Alrededor de la masa ovalada de líquido se alzaban peculiares crecimientos del terreno, inmensas figuras esculpidas en una sustancia quebradiza de color gris, mucho más grandes que las casas que las rodeaban. Y más allá, al final del todo, donde la vista ya no alcanzaba, la gigantesca balsa de agua se abría a una inmensidad azul oscuro que se extendía hasta el horizonte, donde se fundían los grises del agua y el cielo. Era un paisaje tan asombroso que me quedé literalmente sin habla. Pensé de nuevo en mis amigos perdidos y deseé que estuvieran aquí para contemplar tan asombrosa belleza, igual que habíamos admirado juntos la vista desde la cumbre del Arqueón en aquella fatídica noche.

–Es una bonita granja, ¿eh? –sonrió Thuregi, satisfecho.

Intenté seguir las explicaciones del hombre aniñado mientras bajábamos por el sendero, aunque se trataba de una tarea imposible. Eran demasiadas las maravillas que reclamaban mi atención. Comprendí por las palabras de Thuregi que la granja no servía para criar cabras o gallinas sino para recoger pescado, la carne blancuzca de raro sabor que había probado en la cena, que venía de unos animales que crecían en la balsa gigante de agua. Quién lo hubiera pensado; animales que vivían en agua.

Moviéndose en la laguna podían verse ‘barcos’, unos cuencos alargados de

madera que llevaban a los hombres para recolectar el pescado. Para mi asombro, en cada barco se levantaba un mástil al que estaba unida una gran tela empujada por el viento. Eran iguales que las que colgaban bajo Vikatee. Thuregi me explicó que las telas se llamaban ‘velas’ y servían para que el viento empujara los barcos. Así que seguramente habían servido para el mismo propósito en la ciudad volante. Pero el granjero dijo que esas velas gigantes de Vikatee no podían haber sostenido a la ciudad en el aire. No eran por tanto alas, como yo había pensado. Quizás servían tan solo para llevar a la ciudad alrededor del planeta, como si navegara por la atmósfera.

Más abajo pasamos junto a unas construcciones que se levantaban a los lados del camino. Eran factorías, talleres donde el pescado se procesaba para servir de alimento a los hombres o a otros animales. Despedían un fuerte olor, bastante desagradable. Al acercarnos al nivel del agua las elevaciones grises llamaron de nuevo mi atención. El granjero me explicó que los gigantescos bloques se llamaban ‘rocas’ y estaban hechas del mismo material que las ‘piedras’, más pequeñas. Al igual que la tierra, las había de muchos tamaños y colores. Aunque su apariencia era frágil y agrietada, su tacto resultaba frío y duro.

Thuregi saludó rápidamente a algunos operarios que salían de un taller, cargados con una pesada red y calzando botas que les cubrían las piernas hasta los muslos. El simpático granjero me hizo una seña para que continuáramos hacia la orilla del agua. Yo le seguí hipnotizado por la inmensa superficie ondulada, escuchando cómo el líquido lamía suavemente la arena del borde.

–Debiste caer hacia aquel lado –señaló a lo lejos–.Vliror siempre anda por allá en las noches.

Fuimos caminando alrededor del líquido. Thuregi me mostraba desde lejos el trabajo de los barcos pesqueros que recorrían la Laguna y salían al gran mar que se abría fuera de ella, y apuntaba su brazo hacia los cultivos de animales marinos rodeados por vallas y plataformas que se apoyaban mágicamente en el agua. Me hablaba entusiasmado de moluscos, hargeas, lubinas, platipos… No intenté averiguar qué eran esos seres de extraños nombres. Seguro que algún día los servirían para la cena y tendría que comerlos.

Llegamos después a una zona en la que el camino ascendía sobre grandes rocas cercanas al agua, que aparecía aquí más oscura que junto a la orilla arenosa. Las olas eran más grandes y se rompían ruidosamente contra la pared de piedra. Arriba de la empinada loma de roca soplaba una fresca brisa que me alivió el calor y la humedad, a los que seguía sin acostumbrarme. Dominé mi

vértigo. La altura de la gran piedra era mayor que la del piso elevado del Arqueón. Miré impresionado la extensa planicie de la Laguna.

–Quizás veamos a Vliror desde aquí –Thuregi se detuvo cerca del borde rocoso, oteando el agua. En la distancia había unas barcas de pesca sobre las que podían distinguirse las figuras de pelo amarillento de los hombres-bebé.

El granjero llevó sus dedos a la boca y lanzó un silbido tan agudo y cortante que pensé que mis oídos iban a estallar. El tono de llamada fue subiendo y bajando en una sencilla melodía.

–Esperamos un minuto –comentó.

Fijé la vista en las barcas anticipando un cambio de rumbo que las llevara hacia nosotros, pero por el momento parecían ocupados alzando sus redes fuera del agua. Bajo la superficie de la Laguna podía distinguir manchas móviles que debían ser los animales marinos. De pronto, Thuregi apuntó hacia las olas grisáceas.

–Allí está, ha venido a saludarnos.

Al principio no vi nada. Las barcas estaban lejos. Distinguí entonces una gran silueta de azul profundo moviéndose bajo las olas, una forma alargada más grande que las barcas de pesca, de unos ochenta pasos al menos. Parecía dirigirse hacia la roca, pero desapareció en poco tiempo, fundiéndose con la oscuridad del agua. El granjero sonrió complacido y volvió a mirar. En un instante volvió a aparecer una mancha, justo debajo de nosotros y luego… las fauces de una bestia descomunal salieron del agua, una cabeza rodeada de aristas azules y ojos de piedra negra se elevó sobre las aguas a una velocidad insospechada, saltando directamente hacia nosotros. Me retiré instintivamente ante el monstruo, que había sacado de la Laguna su inmenso cuerpo estriado, cubierto de escamas tan agrietadas como las rocas. La mole se sostuvo un segundo en el aire, mirándome fijamente por encima de su boca llena de afilados colmillos, y luego cayó con un espantoso estruendo que levantó del agua una explosión de espuma blanca. Lo último que me atreví a ver fue la cola dividida en tres que azotó las olas como despedida.

Temblando sobre las rocas, no podía mover ni un dedo. Ni los más espantosos sermones del Superior, cuando nos atemorizaba hablando de las bestias abominables del Peklon, habrían podido describir a este engendro de las profundidades que hubiera devorado de un solo bocado a diez hombres.

–Bien, ya has conocido a Vliror –dijo Thuregi, sin notar mis temblores–. El viejo rufián oye y huele todo lo que pasa en la Laguna. Fueron sus sentidos los

que salvaron tu vida, Nadil.

II

Al día siguiente, el señor Geogan Thuregi y la señora Amalea Selak me comunicaron con mucha formalidad que el clan había decidido adoptarme. Estaban ya seguros de que realmente venía de otro mundo –mi apariencia, ignorancia y sorpresa constante eran pruebas suficientes–. Sabían también que no tenía forma de regresar a mi ciudad, ni podía recurrir a nadie más en el planeta para asegurar mi supervivencia. Les agradecí su ofrecimiento con toda la seriedad que pude, y les aseguré que intentaría ser útil y aprender lo que necesitara para ayudar en la granja. Incluso comería mi ración de pescado sin protestar. El pacto fue sellado con sendos abrazos y besos de los dos. Lo anunciamos durante la comida al resto de la familia. No parecieron muy sorprendidos.

Como si hubieran recibido instrucciones al respecto, cada uno de los que vivía en la casa se encargó de enseñarme algo. El abuelo Frideric y la abuela Vergina tomaron a su cargo las clases de historia, mediante el relato nocturno de innumerables leyendas mientras se mecían en las sillas del porche y bebían de tazas aromáticas, a veces ayudados por Thuregi y su pipa de metal. Aprendí por ellos que la colonización del planeta Mekham –como ellos le llamaban– se había producido apenas quinientos años atrás de forma accidental, al descender una nave de transporte averiada. Según la Crónica, Vikatee había sido construida hacía mil años, y era por tanto anterior a los pueblos bajo las nubes. Esto me hizo pensar. Los Constructores vinieron cuando el planeta no estaba aún habitado por humanos, y se marcharon sin dejar otra huella que la ciudad volante. Qué extraño. Los misteriosos dioses podrían haber construido más ciudades sobre la tierra y el mar, aprovechando el fértil planeta. ¿Por qué habían creado solamente una ciudad encima de las nubes eternas? Debían tener realmente un plan especial para nosotros. ¿Pero qué había pasado entonces? ¿Por qué nos habían abandonado? ¿Por qué habían permitido nuestra ruina? ¿Habían sido realmente los mismos Constructores los que nos habían destruido?

Los hermanos más pequeños, los niños de la familia, Darriel y Lathor, me

enseñaron a realizar las tareas de la casa y a trabajar en los cultivos y la cría de los animales domésticos que servían para obtener comida, pieles y abonos. Estos deberes fueron sencillos para mí. Una vez aprendí las nuevas clases de granos, verduras, frutas, roedores, aves y rumiantes que crecían en los cercados alrededor de la casa principal, pude aplicar la experiencia que había tenido en la ciudad volante con el bambe, las vainas, las guanvas, las gallinas, las cabras y los cuis. Me sentí especialmente atraído por las aves del pequeño palomar situado detrás de la casa principal. Me recordaban las frágiles máquinas voladoras que mi padre había construido. Dedicaba largos ratos a observar con atención cuando el abuelo Frideric soltaba a los pájaros para entrenarles. Siempre regresaban al palomar a su llamada, batiendo sus alas marcadas con colores para llegar hasta las semillas que servían de recompensa. Al mirarlos me daba cuenta de que sus gráciles movimientos no se podían imitar tan fácilmente, al menos con simples trozos de piel sobre un esqueleto de madera. Recordé otra vez a la pobre Jilai cayendo con sus alas inservibles, y me pregunté si hubiéramos conseguido volar con ellas cuando estaban en buen estado o hubiéramos fracasado como mi padre.

Acompañando al abuelo Frideric a recoger unas compras, me sorprendió la vista de una pareja de abultados animales que desfilaban pesadamente por el camino hacia la aldea, guiados por un chico poco mayor que yo. Las bestias caminaban a cuatro patas pero su cabeza estaba a la misma altura que la de un hombre. Su cuerpo tenía la forma redondeada de un barril de vino. Le pregunté al abuelo y me dijo que se llamaban ‘buch’ y se criaban en los verdes valles del interior, produciendo una cremosa leche que vendían a las aldeas de la costa. La pareja que veíamos era ya mayor y había sido traída al mercado para vender su carne. En los días siguientes descubrí otros animales que no habría visto jamás en Vikatee. Algunos de ellos no habían sido domesticados, sino que vagaban salvajes por los bosques cercanos.

Otro aspecto de la vida en el planeta al cual me costó acostumbrarme era el hecho de que no se preocupaban de los ciclos ni del reciclaje como lo hacíamos en la ciudad volante. Sí reutilizaban algunos materiales, como los excrementos de los animales y las sobras del pescado, pero la mayoría de los restos se metían en fosas o se quemaban. No era tan extraño. El agua abundaba por todos lados, igual que la tierra fértil, la madera y la increíble variedad de alimentos.

El paso más difícil que tuve que dar en mi nueva vida fue el de meterme en el agua. Los habitantes de la Laguna se sentían tan a gusto en el mar como en la tierra. El líquido no solamente era el origen de su comida y su riqueza sino

también su principal fuente de diversión. Para mí era más bien una tortura. Por mucho que ellos lo negaran, el agua del mar donde se bañaban estaba helada –el interior de la laguna era más cálido, pero estaba prohibido para el baño–. La sal me irritaba la piel y los ojos, y bajo la superficie del agua había una multitud de bichos con los que no deseaba encontrarme, empezando por ese desproporcionado lagarto marino que me había salvado. Cada vez que me acercaba a la orilla de la playa volvía a verlo en mi imaginación, un monstruo azulado emergiendo para darme un bocado con sus mandíbulas.

Mis primos mayores, Anael, Gobur y Vana, tenían la misión de enseñarme a nadar, pero el pensamiento de meterme en las oscuras aguas era para mí más terrorífico que caer de nuevo al vacío, y me negaba cada vez que insistían en que les acompañara. Mamá Amalea sugirió que fuéramos a una cala más al sur, donde el fondo de arena blanca y la transparencia de las aguas podían calmar mis temores. La temperatura era también un poco más cálida. Mis primos se turnaron arrastrándome en el mar con una maroma de pesca, y así fue como fui perdiendo el miedo. Al final de la mañana había conseguido quedarme unos segundos a flote, sin dejar de vigilar el fondo por si aparecía una gran sombra azul oscuro.

Mis hermanas mayores, Goldinaz y Nalivar, parecían hermosas sirenas rubias cuando nadaban en el mar. Pero su tarea fue otra: mejorar pacientemente mi habla para que no destacara demasiado entre los nativos. Me costó muchos días pronunciar las erres sin que se rieran, adoptando el suave sonido que utilizaban en el planeta. Por desgracia, mi forma de hablar no era lo único que revelaba mi origen extranjero. Mamá Amalea probó diferentes tintes para mi piel y mi cabello oscuros, y arrancó dolorosamente cualquier vestigio de vello que creciera fuera de mi cabeza. Después de unos días, mirando mi imagen en uno de los perfectos espejos, apenas podía creer que el muñeco pálido que me miraba con asombro era yo mismo. Seguramente nunca podría conseguir el aspecto sonrosado de mis hermanos, pero podía pasar por un pariente lejano mal alimentado y demasiado expuesto al sol. De esta manera me convertí en el primo Nadil –mi erre se perdió para siempre–, al que unos tíos de los valles del sureste habían enviado para su buena educación a la familia Thuregi–Selak.

Descubrí más adelante que entre los habitantes de Fasela Quea, la región del reino de Dercanlea en la que vivíamos, tener cierto número de ‘primos visitantes’ era un signo de prosperidad y distinción, y sospeché que ésta era la verdadera razón de que me adoptaran. La verdad es que me daba igual. Por unos días la vida en la familia Thuregi fue feliz y libre de más preocupaciones que aprender y descubrir nuevas maravillas. Me dedicaba a trabajar en los campos, hacer

recados, escuchar historias, jugar con mis nuevos hermanos y primos, comer extraños platos y bañarme en la playa. Poco a poco fui conociendo a los habitantes de la granja pesquera y los diferentes oficios que desempeñaban: capitán de barco mercante, piloto de pesquero, ayudante de aparejos, acarreadores, recolectores, envasadores, limpiadores, contables, administradores, comerciantes, la lista parecía no tener fin. La familia Thuregi había comenzado hacía muchos años a criar moluscos en la laguna y su negocio creció hasta convertirse en una pequeña ciudad. Geogan Thuregi, el granjero que me había acogido en su casa, era el jefe no solamente de su familia sino del clan que incluía a todos los habitantes de la Laguna. La costumbre era llamar al jefe utilizando solamente su apellido, y ese apellido se identificaba con el clan y con la Laguna misma.

En ocasiones, Thuregi me hacía acompañarle el día entero como parte de mi aprendizaje, con la excusa de enseñar al ‘primo Nadil’ su nueva aldea. El camuflaje de mamá Amalea funcionaba bien y nadie parecía sorprendido de mi aspecto. Iba visitando con el jefe del clan cada taller, cada barco y cada criadero. Todos le explicaban amablemente cómo iban las cosas y si había algún problema que requería atención, Thuregi lo anotaba mentalmente para hablar en otro momento del día con quien podía solucionarlo, reparando una barrera rota, asignando un recolector adicional para la cosecha de moluscos o cambiando las tareas de un operador herido.

La parte más impresionante del recorrido diario era la terminal de los daelacantos. La leyenda familiar contada por el abuelo Frideric decía que el primer Thuregi en establecerse en la Laguna había descubierto que las enormes criaturas acorazadas acudían a la orilla cuando arrojaba los moluscos que se habían roto al limpiar las conchas. La mano del abuelo se abría imitando las bocas de los gigantescos daelacantos abriéndose para tragar los deliciosos restos. La gran sorpresa del Thuregi originario fue que un día, cuando llevaba hacia la orilla un cubo lleno de restos de mejillones, uno de los colosos del mar sacó su cabeza del agua, abrió sus fauces y de su boca cayó una lluvia de peces que quedaron atrapados en las pozas rocosas. El enorme monstruo había traído un regalo al granjero.

La versión de la abuela Vergina era más dramática. Según ella lo que realmente había ocurrido es que el granjero se había caído al mar desde el acantilado y uno de los daelacantos se lo había tragado entero. Una vez dentro del impresionante estómago de la bestia, el viejo Thuregi se había encontrado con suficiente aire para respirar y con la compañía de un millar de peces

atrapados junto a él. En la oscuridad, había tomado su cuchillo y pinchado las paredes carnosas del interior del daelacanto, que había cedido finalmente vomitando a su huésped y a todos los peces sobre la orilla. A pesar de haber estado a punto de ser devorado, el granjero había recompensado al monstruo con sus mejillones y desde entonces las bestias marinas se habían convertido en máquinas de pescar a cambio de disfrutar del sabor de los moluscos frescos.

–La insignia del daelacanto debería haber pertenecido a los Thuregi –añadió la abuela–, pero esos estúpidos reyes Jasonderi se apropiaron de ella tras la guerra. La ponen en sus banderas y por toda la capital, como si en su vida hubieran trabajado con las bestias.

Yo mismo pude ver en la terminal el milagro diario de los daelacantos. A cada rato llegaba uno de los titanes marinos, sus aristas centelleando sobre la espuma de la Laguna y los dos orificios de respiración sobre sus ojos lanzando un agudo silbido de aviso. A un gesto de los operarios, el animal tomaba impulso con su poderosa cola, se alzaba sobre la superficie del agua, inclinaba su cabeza y abría sus mandíbulas para dejar salir una bocanada de peces en una de las balsas excavadas en la roca. A continuación el daelacanto volvía al agua, nadaba un trecho hacia el norte y saltaba para golpear una palanca de madera que mediante un ingenioso mecanismo le arrojaba los esperados mejillones.

Kalea, la operadora encargada de la terminal, me contó en la primera visita que ella misma había recogido mi cuerpo aquella noche tras escuchar una inusual llamada y darse cuenta de que el daelacanto me había dejado cuidadosamente en la balsa de los peces. Ella se había levantado antes de la salida del sol para preparar el trabajo diario en la terminal, cuando vio al viejo gigante lanzar su silbido y alejarse de la terminal.

–Vliror ya no pesca –me explicó–. Es muy mayor y demasiado grande para navegar por esta zona. Sabía que le pasaba algo raro al verle por aquí, pero no me imaginé que había rescatado a alguien.

Pude ver la curiosidad en los ojos de Kalea. Se preguntaba qué había estado haciendo el lejano primo Nadil ahogándose en la Laguna a esas horas de la noche. Pero no me dijo nada, solo sonrió enigmáticamente.

Unos días después, Thuregi me dejó de nuevo en la terminal para que viera cómo limpiaban los daelacantos. Kalea me acompañó hasta el área donde los gigantes del mar se tumbaban en la orilla mientras operarios armados con largos cepillos frotaban la parte interior de sus fauces, quitando los restos de comida y

los parásitos que se alimentaban de ellos. Unos arcos metálicos sostenían las pesadas mandíbulas para que no se cerraran. Las cabezas de las bestias se levantaban a la misma altura que el techo de una casa de la Laguna.

–¿Quieres entrar en el estómago? –me ofreció Kalea, como si fuera lo más normal.

–No, solo quiero mirar desde aquí.

Me mareé al pensar que la noche de mi rescate había estado metido dentro de una de esas bocazas. Por suerte, no recordaba nada de ello.

–Bueno, quizás algún otro día –respondió Kalea, comprensiva–. Su interior es muy interesante, lleno de huecos y conductos para almacenar, triturar y digerir los peces.

Fascinante –pensé–. Como el nivel prohibido, pero en versión animal.

Fuimos entonces hacia el costado del gran animal, donde más operarios subían por escalas de cuerda para limpiar las escamas, desprendiendo corales y conchas que se pegaban sobre la dura superficie.

Kalea me mostró los orificios de respiración sobre los ojos.

–Los daelacantos hablan, ¿sabes?. Se comunican entre ellos y también entienden nuestras órdenes.

–¿Quieres decir que son inteligentes? –me sorprendí. No imaginaba que una bestia con ese aspecto tuviera capacidad de comprender.

–Así es. Ojalá nosotros pudiéramos entender su lenguaje –palmeó afectuosamente el caparazón azulado.

Kalea tomó entonces una palanca que colgaba de la escala y abrió un hueco entre dos planchas de la coraza. Entre las escamas había escondido un bosque de diminutos tentáculos.

–Estos son sus oídos, su tacto y su olfato –explicó la operadora, tocando con suavidad los extremos bulbosos–. Les gusta cuando los acariciamos, pruébalo.

Extendí mi brazo poco a poco. La carne húmeda y los blandos abultamientos me repelían.

–Vamos, no muerde. Por este lado no –rio Kalea, mostrando unos dientes muy blancos.

Iba a intentar tocarlo de nuevo cuando resonó por toda la Laguna una sonora llamada, parecida a las trompetas que anunciaban los servicios en Vikatee. Pero ésta era claramente una llamada de alarma. Kalea miró hacia la gran roca del

lado norte de la bahía, donde se alzaba la torre vigía.

–El barco de Megite ha levantado la bandera de noticias urgentes –apuntó con su fina mano hacia una embarcación que entraba en el puerto de mercancías–. Será mejor que vayamos a ver qué sucede.

Seguí a Kalea, contento de alejarme de las entrañas viscosas y las dentadas mandíbulas del daelacanto.

No lejos del muelle de mercancías había una plaza, donde las compras traídas de la ciudad eran vendidas a los habitantes de la laguna. El capitán Megite, un fornido hombre-bebé que se cubría con un sombrero en forma de cono, se había subido a lo alto de un pedestal de piedra rojiza que se levantaba en el centro, mirando de un lado a otro. Kalea me explicó que debía esperar a que llegara Thuregi para exponer su mensaje. Todos los reunidos comentaban entre sí impacientes, preguntándose cuál sería la urgencia. Por las palabras de unos y otros nos enteramos de que el capitán había salido hacia la capital hacía tan solo cuatro días y, según la carga de su barco, había regresado medio vacío, trayendo únicamente las compras más necesarias.

Podía reconocer a buena parte de los asistentes, incluso me acordaba de muchos de sus nombres. Sin embargo, gracias a los tintes de la señora Amalea, eran muy pocos los que sabían quién era yo en realidad. No podía evitar sentirme un extraño, un curioso que espiaba en las vidas de estos seres tan similares pero tan diferentes a mí. Una vez me asaltó el dolor de la ausencia, la pérdida de todo lo que había conocido desde mi nacimiento. Deseé tener allí a mi propio clan, a mi aldea de ciudadanos sobre las nubes, a mi pobre madre, a quien raramente había visto alegre, a mi inocente hermana que la compensaba con sus risas, y a Jilai y Nilome que me habían acompañado hasta el final. Ninguno había merecido su suerte, y desde luego yo no había merecido salvarme más que ellos. Ni siquiera nuestro Superior Dombrir había previsto ni comprendido el destino de la ciudad. Tan sólo Jared, mediante alguna magia maligna, parecía haber sabido lo que iba a pasar y estaba preparado para desaparecer cuando llegara el fin.

La presencia de Thuregi me sacó de mis oscuros pensamientos. El líder de la comunidad avanzó con largos pasos y se propulsó de un salto junto al capitán Megite, tocándose sus codos derechos como era costumbre saludarse entre los pescadores.

–Escuchemos al capitán –dijo el jefe de clan a los congregados.

–Compañeros –la voz del marino sonó cascada por la emoción y el viento del mar–, traigo noticias de Vitera. Algunas cosas las he visto por mí mismo y otras fueron relatadas por personas en las que confío, así que nadie tiene por qué dudar de mis palabras.

–¿No bebiste demasiado aguardiente, verdad? –se oyó al fondo, entre risotadas.

–El aguardiente no hace ver grandes barcos voladores, señor Malfin –el capitán movió su mano curtida por el aire–, ni monstruosos soldados extranjeros ocupando las colinas y las calles de nuestra capital.

Un confuso murmullo se levantó entre los asistentes. Thuregi alzó una mano para acallarlo, mirando él mismo a Megite con preocupación.

–Al llegar al puerto comprendí que algo raro pasaba, al ver a esos soldados inspeccionando todo –continuó el capitán–. Pero no me imaginaba la mitad –gruñó–. No son de aquí esos tipos. Quiero decir, no son de nuestro mundo, vienen de más allá de las nubes, del espacio exterior, como los antiguos comerciantes de Kevat.

Thuregi le preguntó algo que no pudimos oír.

–Llevan puestos unos trajes muy extraños –explicó Megite–, como botas de pesca que cubren el cuerpo entero. Brillan como espejos, pero dicen que ni las balas ni los puñales pueden atravesarlos. Y sus caras… me dan escalofríos al recordarlas. Tienen los ojos grandes como peces y una boca redonda como una ventosa. Normalmente las cubren con un casco, pero pude ver la cabeza de uno de ellos, que habían sacado muerto del agua. Parece que el mar no les sienta bien –rio sin ganas.

Mi corazón se aceleró tanto que temí desmayarme allí mismo. Megite estaba describiendo sin duda a los mismos demonios que habían atacado Vikatee, los que había visto destruir mi ciudad y matar a mi gente con sus rayos infernales. Y ahora estaban aquí, bajo las nubes. No había conseguido escapar de ellos. La calma de los últimos días, la posibilidad de comenzar en un mundo nuevo y olvidar las pesadillas… todo se había roto. Las pesadillas eran otra vez reales. Kalea notó mi agitación y me abrazó.

–Tranquilo. Sean lo que sean, están lejos –me consoló.

Thuregi seguía haciendo preguntas inaudibles al emocionado capitán, que le respondía directamente. Luego el marino se volvió de nuevo hacia nosotros.

–Llegaron hace seis días en tres enormes barcos voladores con forma de pájaros negros y se hicieron enseguida con el control de Vitera y el Palacio Real.

Una nave grande y otras más pequeñas siguen allí, sobre el cerro que se levanta al norte de la ciudad. Y tienen armas poderosas –el temor asomó de nuevo en su voz–. Pude ver los agujeros en las rocas y en el muro exterior del Palacio, además de algunas casas quemadas en la ciudad. Seguro que la Guardia del Rey no fue un problema para ellos.

–¿Y la milicia? –preguntó una mujer por detrás de mí.

–Les han ordenado dispersarse, volver a sus casas –Megite se alzó de hombros–. No creo que se atrevan a luchar.

–¿El Rey está vivo? –se alzó una voz anciana, creando un súbito silencio.

–Sí, está vivo. Sigue celebrando sus audiencias, pero los invasores han nombrado a un consejero que toma las decisiones. Dicen que este consejero es humano pero también vino en sus naves. Ah, y oí rumores de que también habían traído a una niña de pelo negro.

–¡Jilai! –exclamé. ¡Mi amiga estaba viva! ¡Había sobrevivido a su descenso sobre la ciudad!

Kalea me miró, interrogándome con sus ojos claros, pero la ignoré como ignoré todo lo que se dijo en la plaza a partir de ese momento. Por alguna razón, los demonios habían capturado a Jilai sin matarla. Todo lo demás no me importaba. Desde ese momento mi único objetivo era rescatarla. Tenía que averiguar cómo llegar a la capital, encontrarla y librarla de las garras de los soldados del espacio. Esta vez no la iba a dejar abandonada a su suerte.

–Bien, creo que es suficiente por ahora, conciudadanos –la voz de Thuregi se impuso sobre el rumor de la plaza y me obligó a escucharle–. Los miembros del consejo nos reuniremos con el capitán dentro de una hora –lanzó miradas a algunos asistentes– y mañana tendremos asamblea a las nueve, aquí mismo. Puesto que no existe una amenaza inminente, os ruego que mientras tanto continuéis vuestras tareas. Informad a todos, pero no les alarméis. Aún no sabemos qué quieren esos visitantes.

Esas palabras despertaron un recuerdo confuso en mi memoria. Había soñado con ello. En las pesadillas tras la caída, cuando creía estar envuelto en las torturas del Peklon, lo había adivinado. Sabía lo que buscaban los demonios.

III

Thuregi cerró la puerta de la caseta detrás de mí. Tras la reunión en la plaza, el jefe del clan me había hecho un gesto para que le esperara. Mientras los asistentes se dispersaban, él había pasado un minuto hablando a solas con el capitán Megite y luego había salido caminando lentamente por una calle rodeada de almacenes, lanzándome un rápido guiño. Al ver la señal, me acerqué a Kalea y le dije que tenía algo urgente que hacer, dejándola antes de que me preguntara de qué se trataba. Seguí a toda prisa los pasos de Thuregi por la calle de los almacenes hasta un cobertizo que apenas se sostenía en pie. Entré en la penumbra, descubriendo un sofocante espacio donde se guardaban sacos y tinajas. La figura redondeada del granjero se apoyaba en una alta estantería llena de ánforas. Me había traído hasta allí para hablar a solas.

–¿Son los mismos que atacaron tu ciudad volante? –me preguntó, encendiendo una lámpara.

–Creo que sí. Llevaban trajes como los que describió el capitán.

El hombre con cara de niño, en quien había llegado a confiar como en un padre, bajó la vista y se frotó los ojos.

–¿Sabes qué quieren? –fijó en mí su penetrante mirada de azul marino.

–Buscaban algo en la ciudad… –comencé, nervioso– y han bajado a Mekham para encontrarlo. Quieren las esferas.

Thuregi sabía a qué me refería. Había oído el relato de mis últimos días en Vikatee y la historia de mi caída.

–Es posible –frotó su mentón sin barba.

–Pero, ¿por qué? ¿Por qué les interesarían esos globos de luces?

–Nadil, para ti el hecho de que tu ciudad volara sobre las nubes era tan natural que ni siquiera te preguntabas cómo podía hacerlo.

Hasta ver los barcos de vela en la bahía, había pensado que eran las telas colgadas a los mástiles inferiores de Vikatee las que nos sostenían sobre el viento. Pero ahora que Thuregi lo insinuaba, la respuesta era obvia.

–Claro… las esferas, empujaban la ciudad hacia arriba –reconocí. Debí haberme dado cuenta: la esfera desprendida del interior del mástil me había impulsado con una fuerza enorme.

–Imagina la energía que deben almacenar esas bolas para sostener en el aire una ciudad completa durante mil años.

–Nuestra Crónica dice que los Constructores las ocultaron –recordé las

enigmáticas frases del texto sagrado–. Solamente los custodios conocían su existencia y la guardaban en secreto.

–Es comprensible. Con esa energía, cada una de esas esferas es una bomba en potencia. Si llegaran a liberar su fuerza de golpe, cada globo podría destruir un planeta entero. Es normal que no os dejaran acercaros. No era buena idea que nadie jugara con ellas.

Evoqué en mi memoria el descubrimiento del primer globo centelleante bajo el nivel prohibido, el terrible calor que emanaba de él, y recordé también que días más tarde me había quemado con la esfera que me había salvado de la destrucción. Pero algo fallaba en el razonamiento de Thuregi. Las esferas no siempre empujaban hacia arriba. La que me había llevado por encima de la ciudad cambió bruscamente de dirección, dejándome caer hacia las nubes. Había sucedido al tirar yo del cable que colgaba del globo. De alguna forma, ese cable servía para controlar su movimiento. Me estremecí. En mi total ignorancia, hubiera podido hacerla explotar.

–Lo malo es que tenemos una de esas bombas esféricas en el fondo de nuestra Laguna –añadió Thuregi, arrugando su sonrosada frente.

–¡Es cierto! ¡Tenemos que sacarla de ahí!

–Hmm… –el granjero caminaba con pasos diminutos entre las cajas y ánforas de la cabaña–, si hay peligro de que explote, sacarla del mar es aún más arriesgado para la aldea. Habría que llevarla fuera del planeta, pero no se me ocurre cómo podríamos hacer eso.

–Pero si la dejamos aquí vendrán a buscarla los demonios… los soldados del espacio –no quería pensar que los terribles rayos llegaran a quemar la bella aldea y sus habitantes.

–Para venir aquí primero tendrían que averiguar dónde está –Thuregi estaba concentrado en sus reflexiones–, y solamente tú y yo sabemos que se encuentra en la Laguna.

Entendí lo que significaba su ceño fruncido y su mirada. Yo era una amenaza para la aldea. A pesar del maquillaje, alguien reconocería tarde o temprano que yo era diferente, que me parecía a la niña que habían traído los demonios invasores. Mi pensamiento volvió una vez más a Jilai, y supe lo que tenía que hacer.

–Me marcharé –dije a Thuregi.

–No, Nadil, no quería decir eso. Lo que quiero decir es que no tienen ningún

motivo para venir hasta la Laguna, pues nadie más ha oído tu historia ni sabe que hay un superviviente.

–Yo creo que sí lo saben –recordé el demonio que Jilai y yo habíamos derribado al salir despedidos del mástil, y el que se escondía más atrás dándole órdenes–. Los demonios me buscarán.

Quería contarle a Thuregi que si deseaba marcharme no era sólo para alejar el peligro de la Laguna, sino porque no podía quedarme aquí sabiendo que mi amiga estaba prisionera de los demonios, pero por alguna razón no me atreví a revelarle mis razones. Quizás tuve vergüenza de que me viera tan preocupado por una chica.

–Escucha, Nadil. Eres un chico valiente, con mucha iniciativa. Pero ahora eres parte de mi familia y debes aceptar mi consejo y mi autoridad. Nuestra obligación es cuidarte y vamos a ocuparnos de que esos… demonios no te atrapen.

–No puedo quedarme aquí –protesté.

El granjero me miró como a un niño malcriado, pero su rostro bonachón parecía incapaz de estar enfadado por mucho tiempo y volvió a relajarse.

–Haremos un trato. Todos en la aldea vamos a prepararnos para la defensa. Quédate hasta que se complete tu entrenamiento y aprendas a luchar. Hagas lo que hagas, la práctica puede serte muy útil. Si después de una estación no ha habido ataques a la Laguna y deseas marcharte de aquí, podrás hacerlo.

Miré sus ojos de azul profundo. No podía decirle que no después de lo que había hecho por mí. Pero él no había visto la masacre de Vikatee. Unos pescadores con palos y redes no podían hacer nada contra las naves y los rayos de los soldados del espacio.

–¿Quién sabe? Quizás esos soldados del espacio se cansen de buscar la esfera y se marchen.

Lo dudaba mucho. Además, no les dejaría marchar sin que devolvieran a Jilai.

En la asamblea del día siguiente Thuregi informó del programa de entrenamiento. Como las demás tareas en la Laguna, se organizó de forma rápida y sin complicaciones. Mis dos hermanas mayores, las mismas que se habían encargado de mejorar mi acento, se encargaron de la preparación física. Temprano por la mañana, con solo un par de cucharadas de miel en el estómago, corríamos con Goldinaz por el perímetro de la Laguna, subiendo y bajando los

promontorios rocosos. Descubrí que yo era el menor del grupo de jóvenes y adultos que sufría el duro ejercicio. Obviamente, estaba allí porque el propio Thuregi lo había ordenado. El primer día fue difícil, pero mi resistencia aumentó rápidamente en las siguientes jornadas. Cuando se lo comenté orgulloso al jefe del clan, me explicó que probablemente mi fortaleza se debía a que había crecido sobre las nubes, donde el aire era más escaso. Mi cuerpo se había acostumbrado a aprovecharlo mejor, y ahora al nivel del mar tenía aire en abundancia para reponer la energía de mis músculos.

Tras el añorado desayuno, en el que devorábamos aún más comida que de costumbre, nos volvíamos a reunir en un taller vacío, no lejos de la plaza. Allí se habían dispuesto pesas de diferentes tamaños construidas con piedras circulares ensartadas en recios palos. Nalivar, mi otra hermana, nos indicaba la cantidad adecuada para cada uno y la rutina de movimientos que debíamos practicar. Debo confesar que la observaba con mucha atención mientras nos demostraba cómo levantar los diferentes tipos de pesos con el esfuerzo de los brazos, las piernas y la espalda, viendo el sudor que corría bajo su camiseta hacia el desnudo vientre. El tamaño de mis pesas y el de mis músculos aumentó rápidamente, sorprendiendo a todos. Quizás el efecto de la altitud también se hacía sentir en mi fuerza, no solo en mi resistencia. Sea como fuere, pronto dejaron de tratarme como el pequeño de la clase. Me sentí especialmente orgulloso, porque en Vikatee nunca había destacado por mi capacidad física.

–Tu cuerpo crece rápido, primo Nadil –rio Thuregi al descubrirme mostrando mis bíceps a Darriel y Lathor, los más jóvenes de la casa.

El mismo líder de la familia, ayudado por otros veteranos, nos adiestraba a media mañana en el arte de la lucha. Nos separamos en varios grupos, pues los muchachos y muchachas más mayores llevaban tiempo practicando y competían con los mayores en el manejo de las armas y el combate cuerpo a cuerpo. Los más pequeños teníamos que comenzar desde el principio.

–La lucha no es solamente fuerza y resistencia –los duros ojos azules del granjero parecían dirigirse a mí–. Ni siquiera son lo más importante. Lo más importante en el combate es anticiparse al oponente, sentir lo que va a hacer antes de que lo haga, antes incluso de que él mismo sepa lo que va a hacer. Solamente con la anticipación podemos tener la respuesta preparada. Si domináis esa técnica podréis ganar cualquier combate, pero para aprenderla hace falta una larga práctica. En el combate cercano, la respuesta ante un ataque no es algo que podamos pensar y decidir, hay que hacerlo automáticamente, y esto hay

que aprenderlo como aprendemos a comer, sin pensar en los movimientos de nuestras manos y nuestra lengua. Tenéis que entrenar vuestros ojos para ver signos que avisan de lo que el cuerpo del adversario va a hacer.

Nos miramos preguntándonos qué querría decir exactamente Thuregi. ¿Estaba hablando de algún tipo de magia?

–Nadil, ven aquí.

Me acerqué con paso decidido, ocultando mi inquietud.

–Trata de pegarme –dijo sin asomo de sonrisa.

No tenía otra opción. Le lancé un puñetazo hacia la cara, pero antes de que mi mano llegara cerca de su rostro su brazo derecho la desvió con facilidad. Intenté sorprenderle atacándole repentinamente con el otro puño, sin mejor resultado. Su mano lo apartó con la facilidad de quien empuja una cortina a un lado.

–Gracias, Nadil. Pensaréis que soy más rápido que él, y es cierto –rio con una sonora carcajada–, pero lo que realmente me da la ventaja es que me adelanto a sus ataques. En el cuerpo de Nadil, como en la mayoría de nosotros, domina el lado izquierdo. Atacará casi siempre por su lado izquierdo, salvo que decida cambiar al lado derecho, pero esto es algo que tiene que pensar y resulta fácil verlo con antelación. Así que esto es lo primero que tendréis que detectar en vuestro oponente; cuál es su lado dominante, y cuando lo sepáis debéis prepararos para que sus ataques más rápidos vengan por ahí. De vez en cuando intentará usar el otro lado, pero hará antes una pausa para prepararse. Su cuerpo y su cara estarán llenos de señales que indican cuándo va a atacar y cómo: notad los movimientos de sus ojos, daos cuenta cuando apriete sus labios o arrugue la frente; fijaos en la colocación de sus pies y cómo los músculos de sus brazos se tensan para dar los golpes. No importa si lucha con un arma o con sus puños. Por otra parte tenéis que ocultar vuestras propias intenciones. Vuestros movimientos deben ser rápidos e imprevisibles como el vuelo de un insecto. Igual que un jugador de cartas, no tenéis que dejar que vuestros ojos o una sonrisa os delaten. El próximo movimiento es vuestro máximo secreto. Al principio tendréis que planear cada golpe, pero con la práctica ni siquiera vosotros sabréis lo que vais a hacer a continuación. Ésta es la más importante técnica de lucha.

Los jóvenes aspirantes a guerreros quedamos en respetuoso silencio. Sabíamos que la de Thuregi era la voz de la experiencia y que escucharla podía suponer la diferencia entre vivir o morir en un combate. El pueblo de los pescadores no era tan pacífico como parecía a simple vista. En las historias del

abuelo Frideric abundaban las peleas y las guerras. Sin ir más lejos, el mismo abuelo había participado en las batallas que habían unificado todas las regiones de Dercanlea bajo la corona de la dinastía Jasonderi a la que pertenecía el actual rey, Etienar II. Aunque no le gustaba hablar de ello, Thuregi había participado también en varios combates con los vecinos del sur, que reclamaban con osada insistencia la cercana isla de Neties, y mamá Amalea nos había comentado con orgullo que su marido era uno de los competidores más temidos en el torneo anual organizado por el rey.

Nuestro ardor guerrero se enfrió un tanto cuando Rondal, un asistente alto y recto como un tronco de árbol, nos condujo a unas pozas de agua cerca de la Laguna para ejercitar nuestros reflejos. Esperábamos probar pronto nuestra valía en una pelea de verdad, así que nos desanimamos al ver a nuestros enemigos, ya que la práctica consistía en atravesar con una corta espada de madera a los peces depositados en las balsas. Sin embargo, lo que parecía una tarea sencilla demostró ser una difícil prueba de habilidad pues, como Thuregi había anticipado, no era tarea simple adivinar los movimientos de los angustiados seres que aleteaban de un lado a otro.

El siguiente día tuvimos que mejorar aún más nuestra concentración, esta vez para atrapar insectos al vuelo –sin espadas ni lanzas– bajo la estricta mirada de Rondal. En la tercera jornada nuestro objetivo fue cazar cangrejos, bichos que caminaban en cualquier dirección sobre las resbaladizas rocas. Conseguí unos buenos moratones en las piernas y algunos cangrejos para la sopa de la cena.

Finalmente, al cuarto día pudimos enfrentarnos cara a cara a uno de nuestros compañeros de grupo, aunque no de la manera que esperábamos. En esta prueba llevábamos un cascabel atado en cada mano, y permanecíamos mirando a nuestra pareja con los codos pegados al cuerpo y las manos extendidas. La práctica consistía en intentar pegar al otro con una mano antes de que detuviera el golpe, pero si uno de nuestros cascabeles sonaba sin llegar a tocar al compañero también perdíamos un punto. Había que ser muy rápido para alcanzarle sin hacer ruido. La mayor parte del tiempo lo pasé muy quieto para que mis cascabeles no sonaran. Era agotador.

–Concentración –insistió Rondal, con un dedo puesto sobre su sien–. Si os duele la cabeza es porque lo estáis haciendo bien. Si no, seguid hasta que os duela.

Después de unos pocos minutos estábamos todos exhaustos. A pesar de que la señora Amalea había dejado mi pelo muy corto, lo tenía completamente

mojado de sudor.

–Ahora sin cascabeles –ordenó el despiadado asistente.

Soportamos la tortura media hora más, moviendo los brazos como látigos, mecánicamente, sin pensar. Se lanzaban por sí mismos ante los movimientos sospechosos del otro: un temblor de sus labios, un parpadeo de los músculos de su cuello.

Las mañanas se convirtieron así en una secuencia de ejercicios extenuantes, cada día diferentes, que terminaba con el almuerzo y la tranquilidad de volver durante la tarde a tareas más relajantes en el campo o las factorías de pescado. Por fin se añadió al entrenamiento la práctica con armas, primero repitiendo unos movimientos básicos con los mismos palos de madera que habíamos utilizado contra los peces, y luego con las verdaderas espadas y lanzas hechas de metal verdoso. Nos dedicábamos a estrellar las pesadas armas contra unos escudos redondos que apenas conseguíamos sostener. Las peleas tenían su lado divertido, y yo me consideraba uno de los mejores, pero estaba convencido de que tanta práctica iba a ser inútil contra los crueles demonios con boca de pez.

–¿No confías en nuestros métodos, joven Nadil? –me sorprendió Thuregi, mientras reposaba desanimado.

–Ya le conté que tienen armas poderosas, capaces de quemar cualquier cosa, y máquinas voladoras que lanzan rayos cortantes –apunté al cielo con mi mellada espada.

–Pero no conocen este planeta –contestó el recio granjero, clavando su lanza en el suelo–. Tenemos algunas sorpresas para ellos.

A la mañana siguiente descubrí una de las sorpresas que ocultaba la aldea de pescadores. Tras un breve calentamiento dirigido por Nalivar, su hermana Goldinaz y Rondal nos llevaron a todo el grupo juvenil a una cala de aguas profundas cercana a la desembocadura de la Laguna, donde había estado otras veces nadando. En la cala nos despojamos de la ropa, excepto los calzones cortos que servían para el baño, y nos lanzamos a las cálidas aguas. A estas alturas ya podía defenderme en el agua y no temía demasiado una prueba de natación o buceo, aunque el mar seguía sin ser mi lugar favorito.

–¡Jóvenes cadetes! –nos llamó Rondal desde lo alto de una peña–. Ha llegado el día en que conoceréis una de nuestras armas secretas. Deberéis proteger de hoy en adelante este secreto con vuestro silencio y vuestra vida –dijo con mucha solemnidad.

Mientras flotábamos mecidos por el suave oleaje, el asistente se llevó a los labios un corto tubo. Por un momento pensé que era una versión reducida de la pipa que Thuregi chupaba cada noche en su mecedora, pero lo que hizo Rondal fue soplar en su cánula para producir un agudísimo silbido que subió y bajó de tono varias veces, tras lo cual el asistente se quedó mirando mar adentro. Unos instantes después notamos vibraciones dentro del agua.

–Ahora tenéis que sumergiros y manteneros mirando hacia abajo –Rondal explicó con un movimiento de la mano.

Metí mi cabeza bajo la superficie transparente, cerrando automáticamente los ojos. Inmediatamente sentí un coro de silbidos que retumbaban desde lugares invisibles, unas voces profundas que respondían a la llamada de Rondal. Salí de nuevo a la superficie, confuso por los ruidos. Entonces los vi, llegando desde la Laguna, los lomos escamados de una manada de daelacantos rompiendo las crestas de las olas con los soplidos de su respiración. Mi vientre se encogió pensando en la desigual batalla que nos esperaba. ¿Cómo querían que nos enfrentáramos a aquellos monstruos? Ni siquiera teníamos nuestras espadas. Pero al aproximarse los primeros animales noté que sobre los espinazos pétreos de las bestias colgaban correas de cuero enganchadas a las escamas.

–Flotad boca abajo, no temáis –Goldinaz insistió desde el agua–. Dejad que ellos escojan su montura.

Tenía que fiarme de Goldinaz. Normalmente sabía lo que decía. Me puse boca abajo y agité lentamente mis brazos para mantener mis ojos sobre la superficie. Noté entonces una ola viniendo por mi derecha. Una masa enorme salió del agua, levantando a Saline –una de las chicas– como a una bebé llevada a hombros de un gigante.

–¡Coged las riendas! –gritaba Goldinaz–. ¡Estirad de ellas para cambiar su rumbo!

Unos pasos delante de mí apareció mi primo Gobur montado sobre las estrías de otro daelacanto, lanzando un aullido de excitación. Esperé temblando un golpe súbito que me alzara como a ellos, pero pasaron los segundos y seguí flotando como un madero a la deriva mientras los demás se alejaban dando gritos sobre sus monturas. Volví la cabeza hacia mi hermana mayor, pero Goldinaz seguía con mirada preocupada a los que se adentraban en el mar. Iba a preguntarle qué sucedía conmigo, cuando justo detrás de mí sonó un bramido atronador y en un segundo estuve totalmente fuera del océano, cabalgando sobre un titán de las aguas, sentado sobre una montaña de escamas azules. La euforia

del movimiento se apoderó de mí y grité como lo habían hecho mis compañeros. Recordé las correas. El animal era tan grande que tuve que gatear sobre su lomo hasta encontrarlas. Al llegar cerca de los orificios de ventilación reconocí las marcas… las estrías brillantes que el desgaste de los años había dejado en el viejo daelacanto. Por alguna razón que se me escapaba, Vliror, el padre de los colosos marinos, me había escogido de nuevo.

Al principio me dejé llevar por las ondulaciones del gigante, cortando la superficie del mar como un barco sin velas. Luego, enardecido por el viento fresco en mi cara y el poder de mi montura, me puse de pie sobre la recia concha y probé a estirar más las riendas, haciendo que la cabeza de Vliror girara hacia el sur, donde se habían reunido los demás daelacantos y sus diminutos jinetes. La bestia pareció animarse también al sentir mis tirones, batiendo las aguas con más velocidad todavía, disfrutando de la carrera como si quisiera desafiar a los animales más jóvenes. En un minuto les había dado alcance, sobrepasando a todos.

–¡Vamos, Vliror! –grité al ver los rostros impresionados de mis compañeros. La bestia me respondió con un brutal resoplido que me bañó de vapor caliente.

Reí feliz. Giré hacia la bahía y me aproximé a la torre de vigilancia que se levantaba junto a la embocadura. En la Laguna seguían faenando los barcos y los recolectores de moluscos, ajenos a nuestra divertida cabalgada. Más al fondo se levantaban los almacenes y la terminal, y las suaves colinas que separaban la aldea de los valles del interior. El aire era despejado, sin brumas, y podían verse hasta un par de puntos lejanos volando sobre las colinas. Pensé que debían ser pájaros migratorios como los que solíamos ver en Vikatee, pero estaban muy lejos… eran demasiado rápidos y grandes para ser pájaros. En un segundo estuvieron sobre la bahía, rasgando el aire hacia nosotros con el trueno agudo de sus motores. Eran pequeñas naves voladoras, idénticas a las que habían aterrizado en Vikatee para culminar la destrucción de la ciudad. Me quedé inmóvil. Las negras flechas venían directamente hacia mí, y tuve la seguridad de que su objetivo era encontrarme y capturarme. Estaban disminuyendo su velocidad y su altura sobre el mar. No me había equivocado. Estaban buscando algo.

Me tumbé sobre Vliror, ocultándome tras la cresta de su espalda. El daelacanto, quizás asustado por las naves, se hundió bajo la superficie hasta que el líquido me bañó de nuevo. El miedo me hizo abrir los ojos por primera vez bajo el agua y miré hacia arriba, hacia la superficie ondulante. Mientras contenía la respiración vi pasar dos siluetas oscuras de alas puntiagudas. Parecieron

detenerse un momento, apenas un instante, y luego continuaron en línea recta hacia mar adentro. Cuando mis pulmones ya no resistieron más, asomé la cabeza sobre el agua. Las naves estaban ya lejos, dejando una estela de humo y un distante estruendo.

Escuché entonces un pitido agudo al que Vliror respondió retorciendo su cabeza descomunal. Levantando un surtidor de espuma, enfiló como una lanza hacia la orilla. Esperé llegar a tierra firme antes de que los demonios estuvieran de vuelta.

IV

Las patrullas aéreas pusieron a la aldea en estado de alerta permanente. Los ejercicios de preparación se intensificaron y comenzamos a combatir en grupo bajo las órdenes de los capitanes de cuadrilla, que nos explicaron cómo comunicarnos con señas y sonidos, y practicamos las tácticas elementales para movernos sin ser vistos, atacar de forma coordinada y defender nuestras posiciones.

Pero mi ánimo decayó. Después de ver cómo las patrullas de los demonios hacían que nos escondiéramos como ratones acosados por los halcones, no dejaba de pensar que el agotador entrenamiento era una pérdida de tiempo. Quizás Thuregi lo había ordenado para mantener la moral, para que los aldeanos tuvieran sus mentes ocupadas. ¿Pero qué íbamos a hacer si una de esas patrullas aterrizaba? ¿Golpearíamos sus trajes invulnerables con nuestras desgastadas espadas? Los daelacantos no podían ayudarnos fuera del mar. Sería un suicidio atacarles.

Los pájaros de metal también me hacían pensar en Jilai y lo que estaría pasando prisionera de los demonios del espacio. Soñaba con ella a menudo. A veces conseguía rescatarla, como el príncipe en los juegos infantiles de Mian. Me veía tumbado en la arena de la playa con ella, bañándonos juntos en el mar que ella aún no conocía. Nos mirábamos. Nos abrazábamos. No sabía de dónde venía esta obsesión por ella, no entendía las reacciones de mi cuerpo cuando pensaba en su rostro, en su olor, en su cuerpo. Pero no podía evitar mis sentimientos. Era insoportable estar en la Laguna sin hacer nada más que jugar a

los soldados día tras día. Había pasado ya más de media estación y no podía esperar a que terminara, por mucho que se lo hubiera prometido a Thuregi. Me atormentaba no saber nada de mi amiga. Si al menos hubiera tenido la seguridad de que se encontraba bien, quizás me hubiera tranquilizado. Pero como no tenía noticias de ella, me preguntaba constantemente si los demonios decidirían llevarla consigo a otro planeta, o torturarla para que revelara algo sobre las esferas. Todos los días preguntaba a Thuregi si se había sabido algo de la situación en la capital, pero el granjero estaba ahora muy ocupado. Se limitaba a decirme que no había muchas novedades; los demonios habían comenzado a moverse por tierra y por mar con sus naves, y a hacer preguntas a los aldeanos sobre cosas caídas del cielo. Pero ni una palabra de la niña que había venido con ellos.

Así que una tarde, aprovechando que nos habían encargado ayudar en el muelle de carga, me acerqué al barco del capitán Megite con otros cadetes. Estuvimos ayudando a los marineros a descargar sacos de grano y subir cajas de pescado salado y ánforas de aceite. Después de una hora apareció Megite, inclinando el barco con su robusto cuerpo.

–Un buen trabajo, gracias muchachos –dijo el curtido marino, revisando la colocación de la mercancía en la bodega–. Descansad un momento y tomad un poco de pescado.

Estuvimos merendando al estilo de la Laguna, cogiendo láminas de pescado seco de una de las cajas, rociándolo con zumo ácido y aceite, y engulléndolo de un bocado.

–¿Van a la capital? –pregunté al capitán mientras comíamos.

–Sí, mañana temprano –contestó tras beber de un odre de vino–. Tenemos que llevar la carga al mercado. Aprovecharemos para ver cómo están las cosas por allí con esos feos bichos del espacio.

–¿Y cuándo podremos ir nosotros? –preguntó una de las chicas.

–Si no hay problemas, quizás para la Feria de Año Nuevo –respondió el capitán, rascando su mentón–. Tendremos que vender la cosecha de la temporada.

–Me prometieron que este año iría al baile del rey –sonrió orgullosa la muchacha.

–Yo no me haría muchas ilusiones –Megite arrugó su nariz–. Todo el Palacio está vigilado por los invasores y no creo que les interesen mucho los bailes.

La conversación continuó, pero no le presté atención. Había escuchado ya lo

que me importaba. El barco iba a la capital. Seguramente serían solo Megite y un par de hombres, como la vez anterior. Podía esconderme fácilmente al fondo de la bodega, detrás de las cajas. A diferencia de Vikatee, en la Laguna no había vigilantes que pudieran sorprenderme en mitad de la noche. El problema iba a ser conseguir despertarme a tiempo para esconderme en el barco antes de la partida –medité mientras subía la colina hacia la casa de los Thuregi–. Además, tenía que preparar una bolsa con comida y agua para el largo viaje en el mercante.

Como llegué pronto a la casa –los demás estaban todavía ocupados con sus tareas–, recogí algunos bollos, queso y pescado seco de la despensa. Para el agua tomé prestado un odre de vino vacío y lo llené del pozo. Aún después de lavarlo un par de veces dejaba sabor en el agua, pero era preferible a una de las frágiles botellas de vidrio o una pesada tinaja. Escondí todo en una bolsa de piel, tras unos arbustos que había cerca del camino.

–Hola, Nadil, ¿ya terminaste tus tareas?

La voz que me había sorprendido era la de mi primo Anael, que había estado fuera unos días. Venía caminando desde el sendero que bajaba de los bosques, por eso no lo había visto llegar. Su cuerpo se inclinaba con la carga de una gran mochila a sus espaldas. Rogué para que no me hubiera visto escondiendo la bolsa.

–Hola Anael, ¿por dónde has estado? –pregunté con genuina curiosidad.

–Ah, pues, visitando… viendo unas cuevas hacia el sur. Es posible que construyamos por allí un criadero de cangrejos.

Estaba tan nervioso como yo. Ocultaba algo tras su cara despreocupada, algo sobre su ausencia.

–¿Y tú? He oído que te has convertido en un gran espadachín –me palmeó el hombro.

–Me gusta la esgrima –reconocí, caminando hacia la casa para alejarnos de los arbustos–. Aunque con esos hierros oxidados que nos dejan para practicar… no cortarían ni un bollo relleno.

–Eso tiene solución –rio más relajado.

Cuando mi primo descolgó su mochila en el suelo oí un sonido de metales chocando entre sí. Anael arqueó su espalda, aliviado por librarse del peso, y soltó la cinta de cuero que cerraba la abertura.

–Aquí tienes un pequeño regalo –buscó en el interior–. Te la has ganado, cadete.

Sacó por la abertura una espada tan brillante y pulida como si la hubiera fabricado un hada de los cuentos de la abuela Vergina.

–Es ligera –me la entregó–, hecha de una aleación especial.

–Vaya –la sopesé. Era perfecta, corta y ancha como un machete y tan manejable como si fuese de madera– ¡es magnífica! ¡Gracias, Anael! Es un regalo digno de un rey.

–Cuídala bien. Mantenla limpia y afilada pero sin desgastarla demasiado. Tiene que durarte unos cuantos años.

Continué feliz hacia la casa, lanzando ataques y fintas en el aire con mi nueva espada, imaginando que segaba las cabezas de un ejército de demonios. No habría podido recibir mejor presente para mi viaje.

La cena de esa noche fue una tortura. Thuregi no estaba con la familia, pero eso no me libró de sentirme mal por marcharme contra sus órdenes. Tenía el estómago revuelto y ni siquiera pude comer el postre de miel, mi favorito. Mamá Amalea me miró como si estuviera cometiendo un sacrilegio por dejarlo en el plato. Por suerte nadie me prestó atención, todos se pasaron la cena hablando del viaje de inspección de Anael y los planes para la pesquería de cangrejos. El abuelo Frideric dijo que era imposible criarlos porque no se podía proteger a los huevos de los depredadores que rondaban las cuevas y al mismo tiempo mantener el flujo de agua, mientras que Anael y Vana le explicaban cómo pensaban solucionarlo poniendo unas redes de metal en las pozas.

–Tonterías –gruñó el abuelo, que disfrutaba poniendo dificultades a los jóvenes–, los ciempiés se meterán por los huecos.

La discusión continuó un rato hasta que mamá Amalea nos dio la orden de descansar. Agradecí poder retirarme a mi cama en el piso superior, fuera de las miradas de todos. Les di las buenas noches con rapidez y subí por la escalera. Para evitar problemas dejé mi ropa cuidadosamente preparada junto a la cabecera de la cama y me tapé con la sábana de lino. Estaba agotado por el trabajo en el muelle y la anticipación de la huida, y sin embargo no podía conciliar el sueño. A cada momento pensaba en todos los pasos que tenía que dar para llegar al barco de Megite, me preguntaba si sería capaz de aguantar escondido los días de navegación, cómo saldría del mercante sin ser visto, cómo llegaría hasta el Palacio, cómo rescataría a Jilai… Cerraba los ojos con fuerza, pero se volvían a abrir como si temieran perderse algo. Quizás fuera esa la mejor

solución, aguantar despierto hasta la madrugada. Evitaría dormirme y así seguro que no se me pasaría la hora de levantarme. Esperaría a que todos estuvieran bien dormidos y saldría. Sin embargo, al cabo de un rato me pareció que estaba soñando con Jilai, paseando con ella por las rocas de la playa. Tenía que apoyarse en mí, pues no estaba acostumbrada al suelo abrupto y a las piedras. Intenté despertarme de la fantasía, pero el sueño y el agotamiento me arrastraron.

Un ruido, o mi propia ansiedad, me despertó. Estaba oscuro. Sólo en el rectángulo de la ventana se adivinaba una temprana claridad. Me levanté muy despacio procurando no agitar a Darriel y Lathor, que dormían en la misma habitación. Tomé la ropa junto a la cama y me vestí sin alertar a nadie. Al llegar a la puerta de la habitación miré hacia atrás y dudé de nuevo. Todo estaba en silencio. Si volvía ahora nadie se daría cuenta. Pero el pensamiento de Jilai me llevó una vez más a continuar. Bajé con cautela los escalones hacia la planta baja. Cuando ya estaba llegando, mi mente me avisó. Estaba olvidando algo. ¡Mi espada! ¿Dónde la había dejado? Estaba aún confuso por el súbito despertar y era incapaz de acordarme. Volví atrás en el tiempo… antes de la cena, cuando había entrado… se la había enseñado a mis hermanos. Por el Amor, ¡la había dejado debajo de mi cama antes de bajar a cenar! Tuve que subir de nuevo las escaleras, cogerla y volver a bajar, tratando de no chocar con nada.

Conseguí finalmente salir de la casa con el mínimo jaleo posible: unos cuantos crujidos del suelo y la puerta lateral. La noche estaba en tensa calma, ni siquiera soplaba una ligera brisa. El resplandor de las nubes era muy débil, pero conocía bien el camino y podía arreglármelas para llegar hasta el puerto de carga. En unas zancadas llegué hasta los arbustos, pero allí me di un susto: mi bolsa no estaba. Palpé con las manos hasta darme cuenta de que estaba en el lado equivocado del matorral. La oscuridad me había confundido. Puse mi espada dentro de la bolsa de piel y cargué con ésta y el odre de agua al hombro. De pronto me quedé helado. En mi espalda noté el inconfundible tacto de una mano femenina. Al volverme pude distinguir la figura de mamá Amalea. Adiviné su mirada inquisitiva en las tinieblas.

–¿Dónde ibas, Nadil?

–A la capital –confesé avergonzado, pero sin remordimiento.

–Ya veo. Vamos a casa.

–No puedo. Tengo que ir. Tengo que ver cómo está Jilai.

En mi desesperación, había olvidado que la señora Amalea no sabía que la

niña que habían traído los demonios era mi amiga. Sin embargo, la mujer asintió como si lo supiera todo.

–Está bien, Nadil. Thuregi me contó la historia de vuestra huida, y sospechábamos que esa chica prisionera podía ser tu Jilai. Es difícil saberlo con seguridad, pero no hay muchas niñas morenas bajo las nubes y dudo que los alienígenas se tomaran la molestia de traerla desde otro planeta.

–¿Pero para qué la quieren los demonios?

–No lo sabemos. Pero hay buenas noticias. Los últimos informes confirman que la muchacha está bien. En el Palacio hay gente de confianza que cuida de ella, aunque está siempre vigilada por los soldados.

–Quiero ir a verla, señora. Tengo que encontrar la forma de rescatarla. Es la única que queda de mi pueblo –ofrecí como explicación de mi insistencia.

–Iremos, Nadil, te lo prometo.

Calló unos segundos antes de continuar.

–Mira, no cuentes a nadie lo que te voy a decir. ¿Lo prometes?

–Sí, señora. Lo prometo.

–Saldremos para la Feria dentro de siete días. El rey ha cancelado el baile anual y otras celebraciones, pero sigue habiendo mercado. Así que iremos y averiguaremos qué planean los invasores. A nadie le extrañará nuestra presencia. Tenemos que vender la cosecha de frutas y… también ha llegado el momento de ocuparse de Vliror.

–¿Vliror? ¿Qué pasa con él?

–Es el momento de venderlo.

La señora Amalea se alejó hacia la casa.

–Pero si es muy viejo –insistí, alcanzándola.

–Por esa razón lo vendemos. Cuando se hacen mayores ya sólo sirven por su carne, que es una delicia muy apreciada. Seguro que el rey u otros nobles lo comprarán en la subasta de la Feria. Será la gran atracción.

Mi estómago se revolvió. Recordé el encuentro de hace unos días con los dos buch, los grandes animales que un joven traía a la aldea para ser vendidos como alimento, y no pude evitar imaginarme a Vliror destripado y devorado trozo a trozo. Tuve que contener mi angustia. ¿Cómo podían hacer eso? Para ellos era solo un animal, pero…

–Ahora devuélveme los bollos y el pescado que llevas en la bolsa –dijo mamá Amalea, entrando en la casa– y la próxima vez que quieras escapar sin

levantar sospechas te aconsejo que comas todo el postre de miel.

Me dio una palmada en la cabeza como reprimenda. Pensé por última vez en la posibilidad de marcharme en el barco de Megite, pero estaba seguro de que la señora tenía los medios para evitarlo. La señora Amalea era mucho más lista de lo que parecía.

Los siguientes días fueron los más largos de mi vida. A falta de otro desahogo, me entregaba fieramente a los ejercicios de lucha. Veía en cada contrincante a un demonio con ojos saltones y una gran boca de pez.

–¡Nadil, para! –me interrumpió Rondal.

Delante de mí, mi primo Vana se agarraba el brazo protegido por una malla metálica. Me había excedido otra vez.

–¿Qué te pasa? –se acercó el asistente de entrenamiento, enfadado–. Guarda esa rabia para las luchas y los enemigos de verdad. Casi le partes el brazo.

–Lo siento, Vana. No quería herirte.

Mi primo asintió, aceptando mi disculpa, pero Rondal no iba a dejarme marchar tan fácilmente.

–Si lo vuelves a hacer, no verás durante una temporada esa espada tan bonita –miró mi arma con envidia–. Recuerda que el control es tan importante como la velocidad y la fuerza.

–Sí, Rondal –bajé la vista.

Yo no era el único que había conseguido una espada nueva. Poco a poco fueron apareciendo en la aldea más armas recién forjadas, y comprendí que la misión de Anael no se limitaba a inspeccionar futuras pesquerías de cangrejos. Su mochila regresaba siempre llena de una pesada carga metálica.

Una mañana salí fuera para tomar el aire durante una pausa del entrenamiento y noté que se acercaba la lluvia. Para mí era siempre un momento mágico, ver cómo caía de las nubes un manantial de agua potable, una abundancia que en Vikatee debíamos luchar cada día por conservar. Disfrutaba dejando que las gotas me mojaran para refrescarme del aire cálido de la aldea. Mirando hacia las nubes bajas que se acercaban desde los bosques observé extraños movimientos por encima de las colinas. Por un momento pensé en las naves de los demonios, pero era algo más pequeño, unas varillas que ascendían rápidamente para luego perder velocidad y bajar describiendo un arco. A veces partían en grupos y se separaban en diferentes direcciones. Eran flechas, como las que usábamos en Vikatee para las competiciones de arco. Recordé entonces

la historia del abuelo Frideric sobre los famosos arqueros de Fasela Quea y cómo habían derrotado a la flota de los piratas del norte. Comprendí que estaba viendo los disparos de un grupo de arqueros que se entrenaba al otro lado de las colinas.

Por fin, cuando la ansiedad por marcharme se hacía insoportable, llegó el día esperado. Uno de los barcos más grandes de la flota pesquera había sido preparado para llevarnos a Vitera. El sueño de todos los muchachos y chicas de la Laguna era subir en ese barco y asistir a la Feria, y yo tenía el privilegio de estar entre los seleccionados. Pronto averigüé la excusa para llevarme en el viaje: debía montar a Vliror para acompañarle hacia su muerte. El viejo daelacanto debía seguir la nave hasta el puerto de la capital y mi tarea era agarrar bien sus riendas para no dejarle escapar. Alternaría mi trabajo de guardián con Goldinaz, pues toda la tripulación debía descansar por turnos, de manera que la expedición avanzara sin pausa. Si el viento era favorable, llegaríamos a Vitera al atardecer del segundo día.

Nuestra cosecha de fruta y verduras marcharía por un camino casi paralelo por tierra firme, siguiendo el sendero de la costa. Esta vía era más corta que la del mar, ya que evitaba la punta de tierra que separaba el océano y la Gran Bahía de Veste, pero ni siquiera con la ayuda de los buch podían las carretas marchar a tanta velocidad como un buen velero. Por esta razón la caravana de mercancía había partido dos días antes, acompañada por un grupo de aldeanos que montaría los puestos de venta en el mercado.

Me pareció muy extraño que Thuregi no viniera con nosotros ni tampoco se hubiera unido a la caravana. La señora me explicó que por tradición el líder de la aldea solamente la abandonaba en casos excepcionales, si era convocado por el rey a un torneo o reunión, y hubiera despertado sospechas si dejaba la Laguna en estos momentos. Con el jefe del clan lejos de la capital yo tendría menos problemas para ir donde quisiera, pero por otra parte me hubiera sentido más seguro teniéndolo cerca.

Fue divertido cabalgar a Vliror. La vieja bestia marina tenía todavía fuerzas para jugar conmigo, lanzándome por el aire y dando saltos acrobáticos como si quisiera salir volando. Tenía que atarme las muñecas con las riendas para no salir despedido. Otras veces el vigoroso animal se metía súbitamente bajo el agua, sumergiéndome en el refrescante líquido. El daelacanto aguantaba unos segundos para poner a prueba mis pulmones y después emergía con otro salto triunfante. Si no supiera que era un anciano hubiera pensado que montaba un

cachorro con ganas de retozar. Algunas veces llegó a asustarme, desviándose del rumbo marcado por el barco que iba delante.

–¡Vliror! ¿Dónde vas? –le pregunté a voz en grito, tirando de las riendas en la dirección correcta.

No conocía el lenguaje de los silbidos, pero Vliror parecía entender igualmente mis voces. Sin embargo, en esta ocasión me ignoró totalmente, burlándose con un resoplido. Siguió adelante durante unos minutos y se sumergió ligeramente abriendo sus mandíbulas. Desde mi atalaya sobre su lomo pude ver que estaba cazando en un banco de peces. Una vez satisfecho su apetito, el gigantesco depredador aceleró para recuperar la distancia perdida y enseguida volvimos a la estela de la nave mercante.

Cuando llegó la hora del cambio de turno, Goldinaz me hizo una señal desde el barco. Yo silbé a Vliror –esta señal ya la había aprendido– y el daelacanto se acercó a la nave, que navegaba impulsada por dos velas amarillentas. Columpiándonos con la cuerda que colgaba de un alto travesaño, Goldinaz y yo saltamos con facilidad entre la espalda de la bestia y la cubierta del barco. Una vez a bordo me costó un rato acostumbrarme a la compañía de los humanos. Echaba de menos la ondulación y los rugidos de Vliror. En el barco todos estaban muy callados, no sabía si era la costumbre de los marinos o se debía a la preocupación por lo que nos esperaba en la capital. También era cierto que la soledad del mar y la visión del inmenso horizonte le hacían a uno quedarse mudo, con la mente en blanco.

Antes del atardecer comimos algo y uno de los pescadores me dio un cubo de mejillones para Vliror. Caí en la cuenta de que Kalea no había venido tampoco en la expedición. Debía haberse quedado para continuar el trabajo en la terminal. Lancé el silbido que significaba ‘comida’ y cuando el daelacanto se acercó con Goldinaz le lancé unos puñados de moluscos. El animal se abalanzó sobre ellos, retorciéndose hasta la cola de placer. Quizás intuía que no tendría muchas más oportunidades de probar su comida favorita.

–¿Tenías algún animal en tu ciudad? –preguntó mamá Amalea, acompañándome en la popa.

–Criábamos algunos, pero no eran tan grandes. Ni tan listos.

–¿Echas de menos tu mundo?

–Claro.

En realidad –pensé para mí mismo– echo de menos a mis amigos, y a mi familia también, más de lo que hubiera pensado… pero la vida en Vikatee era

mortalmente aburrida comparada con la Laguna.

–¿Y esa chica, Jilai… erais muy amigos?

–Bueno, nos metimos los dos en un montón de líos. Nos gustaba resolver misterios. La castigaron por mi culpa y no pudimos vernos durante bastante tiempo.

–Seguro que aún os meteréis en más líos, verás como sí –me sonrió dulcemente.

Amalea calló por unos instantes, mirando los colores del crepúsculo relejados en el océano. Pensé que era una pena no ver el sol desde aquí abajo. Imaginaba cómo se vería el círculo de fuego del fulgurante astro ocultándose tras el mar, con sus rayos brillando sobre las olas y el agua teñida de rojos y naranjas. Es posible –pensé– que en algún planeta sin nubes exista ese espectáculo.

–Yo nací en una isla más al sur, ¿sabes? –dijo la señora–. El barco de Thuregi apareció un día en el horizonte, durante un atardecer como éste. Yo estaba recogiendo conchas en la playa y me pareció ver un dios subido en lo alto de su nave. Resultó no ser un dios, pero sí un hombre muy especial…

–¿Quiénes son vuestros dioses, mamá Amalea? –la interrumpí.

Deseaba hacer esa pregunta desde hacía tiempo. No había visto que en la Laguna celebraran servicios ni custodiaran libros sagrados. Ni siquiera los abuelos, conocedores de tantas historias, me habían contado nada acerca de sus dioses y cómo habían creado el planeta. Por lo que parecía, en Dercanlea no habían oído hablar de los Constructores, ni estaban esperando la cosecha de la Salvación.

–Nosotros no veneramos dioses, mi querido Nadil –su sonrisa era ahora apagada–. Seguramente lo hicimos hace mucho tiempo, y no sé por qué dejamos de hacerlo. Quizás preferimos luchar por nosotros mismos y aceptar por igual las cosas buenas y las malas, amar tanto la vida como la muerte, sin inventar una razón para ellas. Cuentan nuestras leyendas que huimos de muchos mundos por negarnos a adorar a sus dioses y a sus profetas. Nuestros escritos fueron quemados o abandonados, y nuestro origen se perdió, hasta que llegamos aquí por un afortunado accidente.

Miró de nuevo al océano en calma.

–De eso hace quinientos años, y nos quedaremos aquí mientras podamos.

–Entonces, ¿quién creó este mundo? –me pregunté en voz alta. El ataque sobre la ciudad volante me había hecho pensar que quizás los Constructores no eran los seres más fuertes y sabios, si habían permitido que existieran demonios

tan malvados. Esta idea me hubiera costado la condenación al Peklon si los custodios la hubieran escuchado, pero los custodios habían desaparecido y yo había sobrevivido a mi caída sobre el supuesto infierno. Ya no podía creer en lo que nos habían contado. Y sin embargo, alguien había construido Vikatee. ¿Por qué no se habían quedado con nosotros? ¿Tendrían otra misión en algún otro lugar o algo les obligó a marcharse? Al fin y al cabo debía haber seres incluso más poderosos que ellos, seres que crearon todo este planeta bajo las nubes, que construían soles y daban vida a extrañas razas del espacio.

–Son profundas cuestiones, Nadil. Cada uno tenemos una vida para buscar las respuestas. Pero piensa en el ser más poderoso que puedas imaginar, en un creador de todos los mundos.

–Ajá –esa idea me atraía.

–Sin embargo, alguien tendrá que haber creado también a ese ser. No puede haber aparecido de la nada, ¿no?, ni tampoco puede haberse creado a sí mismo –sonrió con expresión traviesa.

El turno de noche fue duro. Había dormido unas pocas horas en la bodega cuando el marino que se ocupaba de la guardia sacudió mi hombro. Somnoliento, tomé la cuerda que me pasó Goldinaz al saltar sobre la cubierta del barco.

–¿Seguro que podrás hacerlo, Nadil?

Noté su voz cansada y tuve que decir que sí. Tenía que ganarme el pasaje y demostrar a todos que estaba preparado para ser un guerrero.

–Sí –contesté con seguridad–, duerme tú ahora.

Antes de saltar sobre el daelacanto tomé un abrigo para protegerme del frío de la noche. Mirando sobre la popa localicé la masa flotante de Vliror, más oscura que el resto de las tinieblas, y me columpié hasta aterrizar en su lomo. Sentándome sobre una de las crestas, cogí las riendas e intenté no desviar la mirada de la luz colgada en el mástil del barco, pero era difícil mantenerme alerta mientras era mecido por las olas y el vaivén de las escamas que se contraían y apretaban siguiendo el movimiento pausado del animal.

La claridad fue lo que me sobresaltó en mitad de la noche. ¿De dónde venía toda esa luz? Me puse en pie, manteniendo el equilibrio sobre la concha de mi vieja montura. Delante de nosotros, más lejos de lo que recordaba, seguía avanzando la nave, pero el paisaje había cambiado. Estábamos rodeando unos acantilados para entrar en una amplia bahía que se abría a estribor. ¡Me había

quedado dormido! Avergonzado, tomé las riendas e hice avanzar a Vliror hacia el barco. Aún de pie, contemplé con temor los acantilados, donde se veía una torre de vigilancia y fortificaciones de piedra. La claridad del amanecer frente de nosotros indicaba que habíamos virado hacia el este. Estábamos en la entrada de la Gran Bahía de Viter.

Mi turno de guardia había sido un fracaso, pero por fortuna nadie pareció darse cuenta de mi lapso. El fiable Vliror había mantenido el rumbo por sí mismo, aun cuando podría haber aprovechado para escapar a su próxima muerte. Con toda seguridad el pobre animal no tenía idea de lo que le esperaba dentro de unas horas.

En mi siguiente turno sobre el barco tomé un buen desayuno con pan recién tostado, mantequilla y leche con miel, y simulé que dormía un rato para recuperarme de la dura noche. El nerviosismo crecía entre la tripulación a medida que nos adentrábamos en la bahía, aproximándonos a Vitera. En mi caso la ansiedad era aún mayor. Era mi primera visita a una gran ciudad terrestre y no sabía qué esperar de ella. Me preguntaba si estaría formada por construcciones de muchos niveles, altas como las montañas lejanas, o si la capital sería simplemente una versión más extensa de la alfombra verde punteada de casas que rodeaba la Laguna. Pero en realidad lo que me ponía nervioso era la expectativa de encontrarme cara a cara con los demonios del espacio, con los asesinos y destructores de mi ciudad, y sobre todo mi impaciencia por comprobar si Jilai seguía viva. Porque si mi amiga estaba en ese Palacio, ningún demonio iba a impedirme que la sacara de allí.

A media mañana llegó mi turno para montar de nuevo a Vliror. La tarea ya no me preocupaba. Ahora sabía que el pacífico monstruo se guiaba a sí mismo. Además, si decidía marcharse en otra dirección no podría hacer nada por detenerlo. Desde mi incómodo asiento sobre su lomo pronto tuve a la vista la orilla oeste de la Bahía, una cinta rocosa sobre la cual se levantaban edificios y torres rodeadas de fortificaciones. Debíamos estar ya cerca de Vitera. Nuestro barco redujo su velocidad arriando una de las dos velas. De repente, desde una de las torres de la orilla se oyó la llamada grave de un cuerno. Un segundo después el barco envió su respuesta de la misma manera. Tras el intercambio de señales, el mercante viró para seguir el acantilado hacia el sur y al pasar el siguiente promontorio apareció por fin la gran ciudad asomando tras el borde rocoso, Vitera, la capital del reino de Dercanlea.

Me puse de pie, manteniendo el equilibrio sobre las escamas ondulantes de Vliror. En su parte más lejana, la ciudad estaba formada por racimos de casas de

uno o dos pisos, apretadas junto a la orilla. Un poco más cerca se divisaban los muelles, llenos con tantas embarcaciones de pesca que sus velas se confundían en un tupido bosque. Pero lo que dominaba majestuosamente la ciudad era la elegante fortaleza sobre la cima de una solitaria montaña que se erguía cerca del mar, vigilando a sus pies los muelles y las viviendas. El gran castillo estaba construido de una roca amarillenta que hacía brillar sus torres como si fueran de metal dorado. El impresionante palacio no podía ser más que la residencia del rey Etienar, y por tanto, era allí donde Jilai estaba prisionera. Fijé mi mirada en la fortaleza intentando memorizar sus detalles, pero estaba todavía demasiado lejos para distinguir por dónde podría entrar. Varias hileras de murallas rodeaban la montaña del Palacio Real a diferentes alturas. Eran una formidable barrera para un ejército a pie, pero obviamente no valían de mucho contra un enemigo que tenía naves voladoras.

Goldinaz lanzó un silbido desde el barco para que Vliror se acercara. A medida que nos aproximábamos a la ciudad, rodeando otro saliente de roca, observé que los edificios estaban engalanados con banderas de color azul y amarillo, y estandartes de los mismos colores. Pude oír también el alboroto de las celebraciones en las calles. La Feria había comenzado.

Pero antes de que pudiera fijarme en más detalles, el velero de la Laguna viró bruscamente a babor, apuntando hacia las rocas de la orilla. Me pregunté si el piloto se había vuelto loco y pretendía lanzarnos contra el acantilado. Pero entonces, entre los muros de piedra desgastados por el mar, se abrió un pasaje navegable. El velero entró por el hueco seguido por Vliror, agitándose nervioso por el desconocido camino. Los marineros arriaron la vela que permanecía desplegada y sacaron unos cortos remos para guiar el barco a través del pasaje, que pronto desembocó en una cala protegida del mar abierto por altos farallones rocosos.

Se trataba de un puerto mercante como el de la Laguna, pero más amplio, con grandes muelles y una zona para la reparación de grandes navíos. Hacia el lado derecho del puerto observé un canal que se dirigía hacia la montaña del Palacio, terminando en una pequeña dársena donde se encontraba el barco más increíble que había visto, coronado por tres mástiles y hermosas velas que lucían la silueta negra de un daelacanto. El emblema de la casa real Jasonderi –recordé–. Sentí por unos instantes que vivía en un reino mágico sacado de las leyendas de los héroes y sus grandes luchas; y me di cuenta de que aquella ciudad, con su alto castillo tras las murallas, podía servir de escenario al libro que Birker nos había leído aquel día en clase, a la furiosa batalla interminable

entre los guerreros venidos del mar y los que defendían su ciudad tras las murallas, cada uno apoyado por dioses que se enfrentaban a través de los humanos. La luz suave de Mekham y los brillantes colores dorados de Vitera contra el mar grisáceo hacían todavía más fuerte la sensación de encontrarme en una fantasía, en un mundo irreal.

Pero al girar mi vista hacia el lado izquierdo del puerto la fantasía se hizo aterradora. Más alto que la montaña del Palacio se alzaba un cerro truncado en su parte superior, y sobre esta atalaya que miraba sobre toda Vitera se apoyaba una de las gigantescas naves espaciales de negro caparazón. Era idéntica a las que habían descuartizado mi ciudad. Mientras miraba con horror las antenas que lanzaban los rayos mortíferos, una pareja de máquinas patrulleras llegó volando con su bramido atronador, aterrizando sobre la inmensa nave madre como pájaros de presa llegando a su nido.

Mi cuerpo y mi ánimo se desplomaron sobre el seguro caparazón de Vliror, entre sus dos crestas azuladas. Me agarré con fuerza a las duras escamas y recé para escapar a las miradas de los demonios mientras entrábamos en la ensenada.

V

Nunca había visto tanta gente. La Feria llenaba Vitera y sus alrededores de visitantes que vendían y compraban, o simplemente curioseaban entre las mercancías y diversiones. Las calles y caminos estaban atestados con tiendas exhibiendo tejidos de colores y artesanías de cuero, vidrio, cerámica, hueso y metal, combinados para formar armas ligeras y pesadas, yugos y carretas, enseres de cocina y aperos de labranza, lámparas y muebles, zapatos y botas, y por supuesto, todo lo necesario para la pesca y la preparación del pescado. En cualquier esquina, o a través de una simple ventana, se compraban comidas preparadas para degustar mientras se recorría el interminable mercado: pescado asado envuelto en tortas con salsas al gusto, carnes maceradas, frutas que servían como recipiente para su propio zumo, pasteles de nata, bollos fritos rellenos de queso, y frutos secos con caramelo. Atisbé con curiosidad el interior de las tiendas, pues se encontraban allí las fuentes de los misteriosos materiales: hornos al rojo vivo donde se intuía la cocción de la cerámica y la fundición de metales,

así como el moldeado del barro y los golpes de pesadas mazas que daban forma a herramientas y armas todavía humeantes. Los que tenían dinero para gastar podían emplearlo en las muchas diversiones que se ofrecían en las calles: apuestas de fuerza y de lucha, juegos de cartas y lanzamiento de aros. O podían entregar sus monedas a los malabaristas, equilibristas, bailarines, magos y dibujantes que vendían sus habilidades. Entre éstos me quedé mirando unos segundos a un hombre que hacía flotar una bola de cristal por el aire, tocándola sólo con una tela que servía para guiarla y recogerla tras su vuelo. Debía ser un auténtico mago para conseguir aquel prodigio, dominando la fuerza de la gravedad.

Caminaba a través de la muchedumbre sin separarme de Goldinaz, que estiraba de mi brazo cada vez que me entretenía fascinado por la variedad de olores, vestimentas, rostros y oficios. Otras veces me paraba a escuchar las conversaciones, llenas de rumores sobre los extraños visitantes. Nadie me prestaba atención. Mamá Amalea había retocado el tinte de mi piel y mi pelo para que mi disfraz siguiera ocultándome. A primera vista era un jovenzuelo más en su primera visita a la capital.

No podía dejar de mirar al Palacio cada vez que asomaba entre las casas. Hubiera podido escapar en ese momento, pero necesitaba conocer más cosas sobre la ciudad y sus habitantes antes de intentar colarme en el dorado castillo.

Tras un largo rato deambulando, encontramos por fin a la caravana de la Laguna, comerciando con su fruta y verdura en una gran plaza donde se vendían los cultivos. Nuestros paisanos nos explicaron que podíamos pasar la noche en una posada del mismo puerto, a no ser que prefiriéramos dormir otra vez en el barco. También nos confirmaron que la subasta del pescado se realizaría mañana temprano. Este año la venta de Vliror era lo más esperado de la subasta, pues hacía muchos años que no se vendía un daelacanto vivo. Los pocos gigantes del mar que quedaban en estado salvaje vivían más al norte, escondiéndose entre peligrosas rocas, y era prácticamente imposible capturarlos, mientras que las bestias domesticadas eran escasas y resultaban demasiado útiles en las pesquerías para venderlas hasta que se volvían ancianas como Vliror. Tras un par de horas ayudando a los comerciantes de la Laguna, nos despedimos de ellos para retirarnos a la posada que habían mencionado.

Aunque el sol se puso pronto, los ruidos de las calles continuaron. Me tumbé en una hamaca que colgaba en una esquina de la atestada habitación, más cansado por el tiempo que había pasado en el mercado que por la larga travesía

del mar. Me dolían las piernas de tanto andar, me molestaba el estómago por comer demasiadas especias y me zumbaba la cabeza del barullo incesante de la Feria. Mis ojos se cerraron finalmente pensando con tristeza en el viejo daelacanto amarrado en el muelle y con esperanza en el momento en que volvería a ver los ojos negros de Jilai.

La música me despertó; tambores y flautas que acompañaban a los gritos de los vendedores ambulantes y la algarabía general de los visitantes. Vistiéndome, salté sobre los lechos y hamacas de los demás para asomarme a la ventana, descubriendo la espectacular vista del puerto. Desde la fonda podía ver el malecón en forma de arco. Las cajas y barriles que lo ocupaban ayer habían sido sustituidas por unas gradas de madera que dejaban un estrecho pasillo junto al muelle, en cuyo centro habían colocado una tarima. Me pregunté qué espectáculo se estaría preparando. Debía estar a punto de comenzar, porque los visitantes que inundaban las calles devorando la comida de los puestos callejeros, se deslizaban ruidosamente hacia allí.

–¡Rápido, todos abajo! –apareció mi primo Anael en la entrada de la sala donde habíamos dormido todos–. ¡Goldinaz y la señora nos esperan para la subasta!

Esta vez no olvidé tomar mi espada, escondida bajo la bolsa que me servía de almohada. Se había convertido en parte de mí y notaba su ausencia cuando no la tenía cerca. Acaricié la funda que yo mismo había fabricado en los días anteriores a la partida mientras trabajaba en el taller de cuero. Siguiendo la sugerencia de Rangonar, el maestro artesano, había hecho una correa doble que se ataba por un lado como un cinturón y por otro lado rodeaba mi espalda y hombro izquierdo. De esa forma me servía para colgar la espada a la cintura, pero también para ocultarla detrás. Mamá Amalea nos había dicho que era mejor no llevar armas visibles en la ciudad, así que la llevaba siempre escondida a mi espalda, bajo la camisa.

En pocos segundos todo el grupo de la Laguna bajábamos las escaleras, recogiendo paquetes con tortas de leche y huevos cocidos que el posadero y su mujer nos entregaban a dos manos. Al mezclarnos con la multitud que se dirigía hacia el muelle, pensé que este era un buen momento para escapar sin que nadie se fijara en mí. Todos los que habíamos venido del clan Thuregi y buena parte de los asistentes a la Feria estarían en la subasta. Era mi oportunidad para acercarme al Palacio y averiguar si Jilai estaba allí prisionera. Cuando bajábamos con la muchedumbre por una calle empedrada, me metí

repentinamente por una callejuela lateral, alejándome del torrente humano. Pero, tras unos pasos, me detuve. Si Goldinaz y mamá Amalea no me veían llegar al muelle, seguro que mandarían a los demás en mi búsqueda. Pensarían que me había despistado en el camino desde la posada. Susurrando una maldición, volví a la calle principal y corrí cuesta abajo. Era mejor esperar a que comenzara la subasta, cuando todos estuvieran absortos en la venta y no notaran mi ausencia. Entonces podría marcharme con cualquier excusa.

–¡Nadil, más rápido! –me gritó Anael, cuya cabeza sobresalía más adelante, entre el gentío.

Una hora más tarde, las gradas del malecón estaban a rebosar, llenas de una impaciente multitud. Por suerte, como miembros del clan Thuregi y destacados participantes en la subasta, teníamos sitios de honor, cerca de la tarima. Seguido por un murmullo de expectación, apareció por el borde del muelle el hombre más grueso que jamás había visto, vestido con un llamativo traje verde y una vistosa capa negra. El hombre ascendió con lentitud por las escaleras de la tarima y con una voz sorprendentemente aguda nos dedicó un florido discurso de bienvenida, repitiendo varias veces el gran honor que era presidir un año más el evento más importante de la Feria ante tan ilustres visitantes. A continuación anunció que comenzaba la subasta y que se aplicaban en ella las reglas habituales para las pujas. A un gesto de su sonrosada mano comenzó un desfile de carretas que traían lotes de diferentes productos marinos, algunos frescos y otros conservados en salazón, aceite o vino agrio. El responsable de la subasta leyó de un largo papiro el contenido del primer lote y el nombre del vendedor, con el precio de salida. Enseguida comenzaron a levantarse las manos y escucharse gritos entre la audiencia.

–¡Quince korons! –dijo alguien cerca de mí–. ¡Diecisiete korons! –una mujer, más lejos–. ¡Veinte korons! –oí por el extremo derecho.

Cuando las pujas cesaban de subir, el maestro de ceremonias contaba hasta cinco y daba por cerrada la venta. Una ayudante anotaba algo en su papiro, imaginé que los nombres de los compradores. La rutina se repitió durante un buen rato, sin que en ningún momento cesaran los comentarios de los asistentes admirados por la mercancía o intercambiando cotilleos sobre los demás.

–Ahí vienen los nuestros –nos anunció la señora Amalea desde atrás.

Desde mi asiento en la tercera fila pude ver claramente a los pescadores de la Laguna empujando carretas donde llevaban las cajas que habíamos traído en

nuestro barco.

Los lotes comenzaron a venderse bien. Justo detrás de mí, Goldinaz sonreía y mamá Amalea gritaba emocionada como una niña. Desde que habíamos subido a la grada, había trazado mi plan para escapar. Le diría a Anael, sentado a mi lado, que tenía una necesidad urgente, lo que no era totalmente falso. Entonces me escabulliría bajo la tabla que me servía de asiento, pasando mi cuerpo por el hueco y cayendo al interior del andamiaje bajo los pies de la audiencia. Una vez allí sería invisible, libre para salir rápidamente de la plaza sin tropezarme con nadie.

Pero justo en el momento en que me inclinaba hacia mi primo sonó una fanfarria de trompetas, interrumpiendo las pujas. Todos a mi alrededor se levantaron y comenzaron a mirar a un lado y a otro buscando entusiasmados el origen de la llamada y tapándome la poca visibilidad que tenía. Seguí la dirección de sus miradas hasta descubrir una hilera de largas lanzas con cintas de azul y amarillo que bajaban por la avenida hasta el puerto. Las lanzas eran sostenidas por soldados de uniforme que protegían a varios personajes ataviados con coloridos trajes, pero resultaba difícil para mí ver de quiénes se trataba. El murmullo creció en el muelle hasta hacerse ensordecedor. La gente saltaba en el aire para ver mejor y apuntaban con sus brazos hacia el desfile que se aproximaba.

–¡Son los reyes! –exclamó a Goldinaz a mi espalda.

–Qué extraño –respondió la señora Amalea–. No suelen venir a las subastas.

–Como suspendieron el baile, han buscado otra ocasión para lucirse –añadió Anael.

El final de su frase quedó ahogado por los vítores de la multitud. La comitiva real entró en el muelle por el lado opuesto al que ocupaban las carretas de mercancías. Los soldados le abrían camino con sus lanzas, apartando a los curiosos. Cuando llegaron frente a la tarima, los guardas desalojaron las dos primeras filas, justo delante de nosotros. Una vez vacías las gradas, los soldados nos inspeccionaron desde abajo con miradas severas y se apostaron con sus lanzas en la segunda fila, formando una tupida muralla humana. Pude observar con detenimiento al que estaba frente a mí. Su ostentoso traje bordado en hilo dorado y su casco en forma de cabeza de daelacanto no eran precisamente cómodos para la lucha. Aparte de su aparatosa lanza no parecía contar con ningún tipo de arma.

A través de los huecos en la fila de soldados, vi por fin a los personajes que se acercaban. Había dos mujeres, y su visión hizo que me quedara sin aliento. Iban vestidas con ricas telas que parecían flotar sobre su delicado cuerpo, y su larguísimo pelo dorado se adornaba con joyas que refulgían con piedras preciosas. El aire se llenó con un perfume intenso de flores y especias, un aroma que embriagaba como una jarra de vino de fruta. Una de las nobles mujeres caminaba con la cabeza erguida orgullosamente. Sin duda era la reina Felia. La otra, más joven, llevaba un velo transparente sobre la cabeza y seguía atenta cada movimiento de la primera.

Tras las dos damas llegaron varios hombres ataviados también de forma magnífica. Uno de ellos era muy alto y vestía de manera aún más fastuosa que el resto, con una casaca totalmente cubierta por bordados en oro y azul metálico, tan bella que no podía haber sido fabricada por manos humanas sino por los mismos dioses. Su cabeza de largos mechones anaranjados estaba rodeada una corona en forma de serpiente. No era una serpiente –me fijé–, sino el cuerpo estilizado de un daelacanto, con su cabeza en la parte delantera de la preciosa joya. Este hombre serio y altivo debía ser el rey Etienar II.

Sin embargo fueron las dos últimas figuras las que me produjeron la mayor impresión. Detrás del monarca apareció otro hombre, vestido con un sencillo manto blanco atado con una cinta roja. No le hubiera prestado mayor atención de no ser por unos rasgos que no había visto en Mekham: tenía la piel morena y una barba, cuidadosamente recortada. Al fijarme en él reconocí con sobresalto a Jared, el custodio que había intentado matarnos sobre el piso elevado del Arqueón, el que sabía de las naves que iban a invadir la ciudad, el que se había enfrentado a Dombrir y luego escapado mágicamente a la destrucción de Vikatee tocando un misterioso medallón. El traidor estaba vivo. Nos había seguido a Jilai y a mí hasta el planeta acompañando a los demonios, con los que –ahora estaba claro– se había aliado desde el principio.

Por un instante temí que Jared me reconociera, pero se sentó rápidamente a la izquierda del rey, permitiéndome ver entonces al siguiente personaje, todavía más espeluznante. El demonio con cara de pez llegó caminando torpemente tras el traidor, vistiendo un uniforme como el de los monstruos que habían bajado de las negras naves para asaltar mi ciudad. Observé que su traje o armadura era de un tono verde metálico y tenía extraños abultamientos, quizás siguiendo la forma de su extraño cuerpo. En lugar del casco de batalla llevaba una máscara sobre su boca tubular, con un tubo conectado a la parte trasera del traje. Pude ver la piel

brillante de tonos verdosos que cambiaban mientras la miraba, y los ojos grandes y bulbosos. Su desagradable olor amargo se abrió paso entre nosotros, arruinando el delicioso perfume de las mujeres sentadas delante de mí. Las inesperadas apariciones me dejaron paralizado, temiendo que se fijaran en mí a pesar de mi pelo y piel tintados, pero toda la comitiva se sentó mirando hacia la ensenada del puerto, aparentemente interesados en seguir la subasta. Después, todos los espectadores se sentaron también en respetuoso silencio.

El gordo que dirigía las pujas retorció nerviosamente sus manos desde la tarima mientras seguía con atención los movimientos de los reyes y sus invitados, esperando una señal. El rey asintió por fin con su cabeza y el hombre de la capa negra hizo una profunda reverencia y se dirigió de nuevo al graderío.

–Sus graciosas majestades nos ofrecen hoy el exquisito regalo de su presencia en este acto y… –dudó ante un gesto de Jared– oh, sí, están acompañados por nuestros excelentísimos visitantes del… extranjero, que seguro verán satisfecha su curiosidad por nuestras tradiciones –carraspeó ruidosamente–. Bien, reanudaremos la subasta con el mismo lote… el número veintitrés. Por favor, acerquen de nuevo la mercancía –señaló a las carretas que se habían retirado–. Se trata de diez cajas repletas de los más refinados mejillones de Fasela Quea y me atrevería a decir que sin par en toda la costa de nuestro reino, traídos hoy mismo por el clan Thuregi desde la Laguna de Neties. Comenzaremos la puja de nuevo con un precio de salida de doscientos cincuenta korons –alzó su mano hacia nosotros.

A su señal los compradores empezaron a anunciar sus pujas, subiendo el precio rápidamente. Tras escuchar varias ofertas, la reina en persona levantó una mano blanquísima adornada con un brazalete de perlas. Inmediatamente cesaron los murmullos de la multitud.

–Cuatrocientos korons –ofreció la reina con una voz firme.

El hombre gordo sonrió hacia la señora y miró alrededor. Nadie más se atrevió a pujar.

–Lote adjudicado a nuestra casa real –sentenció el director.

Giré la vista hacia atrás. La señora Amalea sonreía orgullosa y Goldinaz daba saltitos de emoción.

La subasta continuó. Observé que el hombre-pez hablaba de tanto en tanto al oído de Jared, emitiendo los chirridos de su rasposo idioma. El custodio parecía entenderle, y a veces transmitía alguna observación al rey, que nunca se molestaba en contestar. La venta continuó y pronto se agotaron los lotes de

nuestra granja y entraron otros. Yo me moría de impaciencia por marcharme, pero era totalmente imposible hacerlo con una fila de soldados delante de mí. La reina pujó otras dos veces, pagando precios muy altos por mercancías especialmente caras y exquisitas que le eran inmediatamente adjudicadas.

El sol estaba ya alto cuando decidí que intentaría irme de todas formas, abriéndome paso entre la fila de atrás y entrando luego bajo los asientos. Tenía la esperanza de que con los reyes tan cerca, mi familia adoptiva no me prestaría atención. Pero entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, sentí la mano de mamá Amalea sobre mi hombro.

–Es el turno de Vliror –me dijo con seriedad.

–Y ahora, queridos conciudadanos, visitantes de todos los rincones del reino… y de más allá, sus graciosas majestades –el presentador adornaba sus palabras con inclinaciones de su voluminosa cabeza–, tengo el orgullo de anunciarles que ha llegado un momento especial de esta Feria de Año Nuevo, como culminación de esta subasta que se celebra sin interrupción desde que nuestra capital tiene memoria.

El ancho cuerpo giró, haciendo voltear la capa negra en el aire, e hizo una señal, con un gesto teatral, hacia el fondo del puerto.

Luego el maestro de ceremonias comenzó a contar con su pomposo lenguaje que hacía muchos años el mar estaba plagado de peligrosas bestias, monstruos terribles que los hombres del reino habían cazado y exterminado con gran riesgo para sus vidas. Solamente una especie de las ancestrales criaturas había sobrevivido gracias a su cooperación con los pescadores, aunque las leyendas hablaban –según él, sin fundamento– de ejemplares salvajes ocultos más al norte. Lo cierto era que, gracias a la licencia real, solamente unas pesquerías tenían el privilegio de seguir la crianza de los gigantes marinos y cada cierto número de años vender uno de ellos.

En ese momento aparecieron por el muelle mi primo Vana y otro de los robustos pescadores de la Laguna, con sus fuertes músculos tensos al arrastrar cada uno una gruesa maroma, tirando hacia la tarima. Entonces, por encima de las piedras del muelle asomó por un instante la cola trífida de Vliror, luchando por escapar de las cuerdas que lo sujetaban, lanzando una lluvia salada sobre nosotros y casi tirando al agua a los fuertes hombres que le retenían. Vana y el pescador se apresuraron a atar las sogas a enormes argollas de metal clavadas en el malecón, dejando prisionero al pobre animal.

–Es posible que muchos de ustedes, mis queridos amigos, no hayan tenido la

deliciosa experiencia de probar la tierna carne de un daelacanto, pero yo personalmente he tenido ese privilegio y puedo asegurarles sin temor a la exageración que es el bocado más exquisito que puede degustarse en este mundo, o en cualquier otro mundo –sonrió hacia la cabeza verdosa del demonio, que siguió impasible.

Pensar en el rollizo presentador comiendo un daelacanto me daba náuseas. A juzgar por el tamaño de su barriga, hubiera podido devorar él solo a uno de los inteligentes animales. Qué innoble final para mi amigo Vliror, acabar rellenando el estómago de ricos obesos.

–Por supuesto, no cualquiera es capaz de sacar partido a lo que un magnífico ejemplar como éste tiene que ofrecer –continuaba el inflado locutor, incansable–. Es esencial la cuidadosa separación de las duras escamas, la eliminación concienzuda de las entrañas y una rápida maceración de la delicada carne para evitar su putrefacción. De hecho, yo recomiendo…

Mi pulso se aceleraba. Notaba la sangre agolpándose en mi rostro. Me hubiera gustado cortarle el cuello a ese estúpido y dar de comer su cabeza a los daelacantos, a ver si necesitaban macerarla.

–Y ya sin más preámbulos, vamos a comenzar la puja por este increíble espécimen. No verán nada parecido en muchos años, señoras y señores. Al menos doscientas ánforas del más sabroso y suave filete, sin contar con otras riquísimas partes… ah, ese tuétano… y todo por un precio de salida de cincuenta mil korons.

Al oír la cantidad, se extendió una asombrada exclamación por la audiencia. El gordo alzó su cuello y miró hacia todos los lados de la grada, manteniendo su sonrisa. Finalmente, una voz grave se oyó hacia el fondo.

–Cincuenta mil korons.

–Primera puja de nuestro eximio comerciante, el caballero Kabin, buen conocedor del valor de la mercancía –el presentador le saludó.

Delante de mí, la reina y su asistenta susurraron mientras las pujas entre varios comerciantes se sucedían lentamente. La reina se dirigió entonces al rey, que parecía mortalmente aburrido.

–Querido, será perfecto para la cena de pasado mañana. Imagina, hablarán de ello durante años. Aún recuerdo cuando lo probamos en nuestra boda.

El rey, fastidiado, asintió. La reina, feliz, alzó su mano.

–Sesenta mil korons –anunció la mujer, implacable.

El gordinflón sonrió satisfecho, con una nueva reverencia. Siguió mirando a

los comerciantes del fondo, pero obviamente no esperaba que se atrevieran a pujar contra la propia reina.

Entonces un desagradable gruñido hizo que me volviera. La cabeza viscosa del demonio del espacio se agitaba mientras su boca de tubo, libre de la máscara, soltaba horribles chirridos a Jared.

–Pero el rey… –protestaba el antiguo custodio, atemorizado.

–Será estupendo –comentaba la soberana para sí misma–, lo arreglaré con Doria para trocearlo y asarlo en el patio, a la vista de todos. Será un espectáculo memorable.

En ese momento el demonio soltó un bramido que dejó petrificados a todos; majestades, nobles y pueblo llano. Pero, en el mismo momento en que sonaba el alarido, yo había saltado ya entre los dos soldados plantados delante de mí para colarme entre la sorprendida reina y su dama de compañía, y ponerme de un salto al borde del muelle. Antes de que nadie reaccionara a mi maniobra, llevé mi mano por detrás del cuello y saqué mi espada de su funda, levantándola sobre mi cabeza. Sonaron gritos mientras la hoja de metal bajaba, golpeando una de las amarras que sujetaban a Vliror. La cuerda saltó, cortada limpiamente. Observé por el rabillo del ojo a la pobre bestia agitándose en el agua del puerto, aún sujeta por otra gruesa maroma alrededor de su cabeza.

–¡Soldados! –llamó el rey desde la primera fila.

Me giré hacia la grada. Pasaron fugazmente frente a mis ojos los bellos rostros de la reina y su dama de compañía, una joven que se protegía asustada tras sus brazos cruzados. Los guardas, incapaces de saltar sobre los cuerpos de los nobles, bajaban sus largas picas para intentar ensartarme. Tenía que llegar hasta la otra amarra, atada junto a la tarima. Comencé a correr, quebrando con golpes de mi espada la madera de dos lanzas que se interpusieron en mi camino. Aparté una lanza más con el otro brazo, pero uno de los soldados, más listo que sus compañeros, deslizó la suya entre mis piernas, haciéndome tropezar. Caí hacia adelante, golpeando la piedra con mis brazos. El impacto hizo que la espada se escapara de mi mano, deslizándose por las pulidas rocas del muelle. Conseguí levantarme velozmente, pero me encontré cara a cara con el casco de un soldado que me apuñalaba con una retorcida daga. El metal iba a clavarse en mi cuello cuando de repente el cuerpo del guarda se derrumbó. Al caer su cuerpo al suelo descubrí una flecha certeramente clavada en su espalda.

El griterío de pánico en las gradas aumentó. La gente intentaba huir en cualquier dirección. En medio de la confusión, tomé la espada del suelo y salté

hacia la tarima. Corté y desvié algunas lanzas más hasta llegar a la argolla donde estaba anudada la segunda amarra. Pero una gran mole se abalanzó sobre mí.

–¿Dónde crees que vas, niño? –el orondo director, envuelto en su ridícula capa, había bajado de la tarima ofendido por que un simple muchacho hubiera alborotado su subasta.

Escapando a los dedos regordetes que querían atraparme, mi espada bajó para asestar un golpe a la amarra pero, distraído por el tipo de la capa, golpeé lejos del nudo, consiguiendo cortar solamente algunas hebras de la gruesa cuerda. Antes de que pudiera intentarlo de nuevo, el gordo me inmovilizó atrapando mis brazos entre los suyos y arrebatándome la espada con su mano temblorosa. Viendo que varios guardas se abrían camino hacia mí a través del gentío, hice acopio de toda mi rabia y pegué al presentador un taconazo en alguna parte blanda, volteándolo a continuación para lanzarlo sobre los guardas. Uno de los trucos para situaciones de emergencia que nos habían enseñado en el entrenamiento.

Estaba libre por unos instantes pero los tenía sólo a unos pasos de mí. Iban a cogerme o, más probablemente, a atravesarme con una combinación de picas, espadas y dagas. Por si eso fuera poco, noté un familiar olor a quemado y el calor de un rayo que atravesaba el aire, seguido por gritos de terror. Sólo tenía una posibilidad. Tomé impulso sobre el muelle y salté hacia el agua, cogiendo al vuelo la amarra que descendía hacia la cabeza de Vliror. Una vez sujetas mis manos a la cuerda, crucé mis piernas alrededor de ella y me deslicé por ella hacia el mar, hasta chocar contra el duro cuerpo del daelacanto. Mi cabeza estaba ahora bajo el agua, pero me puse a aserrar la maroma con la espada sin pensar en ello. La había afilado bien, pero la cuerda era muy gruesa y me llevaba demasiado tiempo cortar todas las hebras. Saqué la cabeza fuera para respirar, apoyando mi cuerpo sobre Vliror. Mientras seguía cortando, observé que los soldados me atacaban desde el muelle. Una lanza pasó volando muy cerca de mi cabeza, rebotando en las escamas del daelacanto. Seguí cortando más rápido. Otra pica me rozó la pierna, produciéndome un dolor agudo, pero continué aserrando.

–¡Vamos, inútiles! –oí el grito furioso de Jared mezclado con gruñidos chirriantes de su jefe el demonio.

La cuerda finalmente se rompió, liberando la enorme masa de Vliror. Me cogí a la amarra que rodeaba su cabeza, hundiéndome con él en las sucias aguas del puerto. Oculto en ellas tenía una posibilidad de escapar a la lluvia de lanzas

que caía a mi alrededor, pero un instante después una sacudida de la bestia marina hizo que perdiera la cuerda y al mismo daelacanto, que escapó para buscar su libertad. Mi espada también se había caído al fondo –noté, furioso.

Sumergido, repasé mi situación. Vliror estaba a salvo por el momento, pero había echado a perder todo lo demás. Adiós a mi plan para rescatar a Jilai. Lo único que podía hacer ahora era bucear a ciegas para alejarme y buscar la salida al mar. Era un buen nadador, pero aunque me atreví a abrir los ojos, no veía nada en las aguas cenagosas del puerto. No aguantaría mucho tiempo sin respirar. Di fuertes brazadas hacia donde intuía que estaba la desembocadura del puerto, pero cuando mis pulmones estaban ya casi agotados me encontré una desagradable sorpresa. Un muro de piedra. Me había desorientado completamente y había regresado junto al muelle. Maldije mi suerte. Estaban a punto de estallar. Me impulsé estirando las piernas contra la pared, pero no pude avanzar muy lejos. Tenía que salir ya.

Subí desesperadamente hacia la superficie, notando antes de llegar arriba un súbito calor en mi espalda, convertido rápidamente en una quemazón. ¡El rayo de fuego! El demonio que acompañaba a Jared estaba disparando de nuevo. Giré mi cuerpo intentando evitarlo, pero volví a notar su dolorosa mordedura. No había escapatoria. El impulso de abrir la boca para respirar era ya irresistible. Si tenía que morir abrasado, por lo menos lo haría mirando a mis enemigos.

Cuando me impulsaba para ascender a la superficie, una ola de oscuridad se cerró sobre mí. El empujón me lanzó a un lado, zarandeándome dentro de una cavidad sin luz. Por puro instinto seguí nadando hacia arriba, sintiendo por fin con delirante alegría que mi boca encontraba el aire que había buscado con desesperación, y respiré ávidamente en una extraña oscuridad.

VI

Todavía jadeaba, recuperando el aliento mientras mantenía la cabeza fuera del agua, a ciegas en medio de un fuerte oleaje. Después, la turbulencia del agua se calmó y pude prestar atención a mi alrededor. Mi respiración agitada tenía eco en el volumen de una pequeña caverna, con paredes de un débil brillo rosado. Una luz delicada se filtraba por fantasmales rendijas que se adivinaban a través

de los muros traslúcidos de la cueva. Me parecía estar en un enorme tubo formado por bandas ondulantes.

Supe entonces dónde estaba y lo que me había sucedido. El viejo daelacanto no había huido cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Mi amigo Vliror me había devuelto el favor: había regresado para rescatarme de la mejor forma que conocía, tragándome a través de su enorme bocaza y alojándome en su estómago, de la misma forma que me había salvado aquella noche al caer desde el cielo. Yo siempre había imaginado que el animal me había montado en su lomo para llevarme hasta la orilla y luego me había aupado con su boca para depositarme en las pozas. Pero ahora veía que esa idea no tenía sentido. Estaba inconsciente y me hubiera caído fácilmente al mar. Lo cierto era que Vliror me había transportado en su interior, como hacían sus semejantes con los peces que llevaban a la terminal. Miré de nuevo a mi alrededor, un poco aprensivo. Ahora comprendía también por qué Kalea me había invitado a entrar a través de las mandíbulas del daelacanto. Ella sabía que yo ya había estado dentro de una de estas cavernas carnosas al ser rescatado.

El nivel del agua en el interior del animal comenzó a bajar. Vliror debía estar expulsándola de alguna manera. Pronto me encontré descansando sobre el bamboleante fondo de carne, subiendo y bajando con ritmo seguro. Solamente entonces me paré a pensar en lo que dejaba tras de mí. Desde que había saltado entre los soldados de la guardia todas mis acciones parecían fruto de un impulso automático. Había sido una extraña experiencia, como verme a mí mismo mientras corría, luchaba, esquivaba y caía. Mi cuerpo y mi mente habían respondido automáticamente, justo como pretendía el entrenamiento. Thuregi hubiera estado orgulloso de mí, de no ser porque había actuado solo y poniendo en peligro a mi familia adoptiva. No lo había podido evitar. Algo dentro de mí se había encendido sin remedio como una chispa en las hojas secas, rebelándose contra la visión de mi amigo Vliror descuartizado y devorado para deleite del gordo presentador y de la propia reina. Pero lo único que lamentaba de verdad era tener que alejarme de nuevo de Jilai sin haber averiguado nada sobre ella, sin poder al menos comunicarle que yo estaba vivo y que iba a sacarla de su prisión.

Una fuerte sacudida interrumpió mis lamentaciones y me hizo caer sobre el blando lecho de carne. Noté con sorpresa que un extremo del túnel se estaba levantando como si tiraran de él, mientras los músculos que me rodeaban se contraían ansiosamente. Un lejano ruido se filtraba a través del cuerpo del daelacanto, el bramido de una máquina o un ser monstruoso que había sujetado a Vliror por su cabeza y lo estaba levantando a pesar de sus coletazos.

Sin un asidero, caí resbalando por el viscoso tubo en dirección a la cola. El pánico me asaltó. Quedaría atrapado en los intestinos del daelacanto, digerido por alguno de sus estómagos. Qué ironía si después de rescatarle le servía además de alimento. Como confirmación de mis temores, seguí cayendo hasta un estrechamiento de la cavidad, un agujero que se expandía y cerraba como una boca sin dientes. Asustado, apoyé mis piernas a los lados del palpitante pozo para evitar atravesarlo. El cuerpo de Vliror estaba ahora casi vertical, se balanceaba colgado de su cabeza, retorciéndose inútilmente. En una de esas convulsiones mis pies resbalaron sobre las húmedas paredes, colándose dentro del estrechamiento. Nada pude hacer. Mis manos se deslizaron por las gelatinosas membranas y todo mi cuerpo entró por el orificio.

Me encontré en una nueva cavidad, más pequeña. En ella se encontraban varias fosas llenas de restos que no podía identificar. Me atrajo un fuerte brillo que venía de una de las oquedades. Podía tratarse de una salida, quizás de uno de los orificios de respiración. Aparté las paredes con mis brazos y metí mi cabeza por la angosta entrada de la fosa para mirar mejor en su interior. El objeto que causaba aquel misterioso fulgor estaba enganchado en el fondo, apenas a un par de pasos. Yo lo conocía muy bien. Se trataba de la esfera de energía que había caído conmigo desde la ciudad sobre las nubes. Los anclajes de metal negro la mantenían ahora sujeta a las vísceras del anciano daelacanto.

No sé cuánto tiempo pasé hipnotizado por la visión de la esfera. Puede que fuera un segundo, o una hora. Las luces bailarinas del globo me transportaron a un lugar irreal, sin duración, fuera del espacio, donde la indescifrable coreografía de destellos parecía mandarme un mensaje, explicarme la razón por la que me perseguía, encontrándose una y otra vez en mi camino para complicarme la existencia. ¿Qué querían de mí las formas sagradas? ¿Por qué se aparecía ésta en el cuerpo del daelacanto para compartir mi encierro? Mi mente racional me decía que la esfera estaba allí simplemente porque el viejo Vliror la había tragado al rescatarme del mar cerca de la Laguna. Pero otra parte de mí pensaba que había algo más, que mis encuentros con las esferas no podían ser solamente una casualidad.

Desperté de mi ensimismamiento al notar que el cuerpo de Vliror se derrumbaba sobre una superficie plana. El animal se agitaba de nuevo, pero su propio peso le impedía moverse. La masa de carne me apretaba desde arriba. Por un momento pensé que quedaría atrapado en el estrecho hueco, pero pude impulsarme con las piernas para regresar al agujero de entrada y, aprovechando

que la bestia había regresado a la posición horizontal, me empujé a través de la membrana, saliendo de nuevo a la gran caverna. Si hubiera escuchado más atentamente a Kalea cuando me explicaba la anatomía de los daelacantos quizás recordase si existía una conexión con los orificios nasales, pero de momento no veía otra opción que sentarme a esperar. Era posible que los que habían apresado a Vliror lo dejaran solo hasta el momento de trocearlo como comida, y yo podría entonces abrirme camino hasta su boca y salir por ella sin ser visto.

Pero no tardé mucho en quedar cegado por la brillante luz del exterior, oyendo una voz amplificada por el eco de la cavidad.

–¡Muchacho! ¡Sabemos que estás ahí dentro! ¡Sal ahora mismo!

Aturdido y desorientado, me arrastré hacia la fuente luminosa apoyando mis rodillas sobre la húmeda musculatura. Atravesé deslumbrado un pasaje más estrecho y me encontré con la turbadora visión de las mandíbulas del gigante, el interior de una boca tapizada por pequeños tentáculos y cerrada por afilados dientes. Salí por fin, asustado y apremiado por los brazos que me arrastraron.

Sólo tuve un segundo para una mirada de agradecimiento hacia los pétreos ojos de Vliror. Tres soldados reales me guiaron a empujones a través de una explanada desde la que se veían magníficas vistas de la ciudad. Reconocí el enorme castillo de piedra dorada hacia el que me llevaban: el Palacio Real. Volviendo la vista atrás descubrí la fuente del constante rugido que había cazado al daelacanto: una nave negra, sobrecogedora al verla de cerca, se mantenía volando por encima de nosotros. Varios tentáculos salían de su vientre metálico, enroscados alrededor de la cabeza del daelacanto, que se estremecía dolorosamente. Entonces la nave se elevó en medio de un huracán polvoriento, izando consigo la impresionante mole de la bestia marina.

Los soldados me lavaron en el patio mediante el sencillo método de tirarme varios cubos de agua encima, librándome del salitre y el olor a pescado crudo. Me obligaron a quitarme la ropa y ponerme una túnica de sucio color marrón. Exhausto y dolorido, había caído dormido sobre un banco de madera, el único mueble de una pequeña habitación del Palacio.

Algún ruido me despertó un rato después. Descubrí que me habían vendado una de mis piernas y el antebrazo, aunque no podía recordar cuándo lo habían hecho. Otra vez oí un extraño ruido en la habitación, como si rascaran la piedra. ¿Sería una rata? –me pregunté con repugnancia–. Seguí el origen del sonido hasta un ventanuco a la altura del suelo. Me tumbé, doblando con cuidado mi

pierna herida, y asomé la cabeza por la estrecha abertura rectangular de la pared. Tras las barras de hierro que cerraban toda posible salida, un rostro me miró con interés y extrañeza. Al contrario que yo, mi amiga no había cambiado en nada.

–¡Jilai!

–¡No grites! –me susurró. Entonces su cara se iluminó.

–¿Nadir? ¿Eres tú? ¡Pensaba que estabas muerto! –rio dulcemente. Me miró unos segundos, como si no pudiera creerlo–. La cocinera me dijo que habían traído prisionero a un chico de una aldea pero no pensé…

Yo no podía hablar. Solamente me reía como un tonto.

–¡Pareces uno de ellos! –rio ella también–. ¿Qué le han hecho a tu pelo, y tu piel… ?

–Los tintaron en la aldea, para esconderme. Son buena gente, se portaron muy bien conmigo. Uf, tengo tantas cosas que contarte. ¿Y tú? ¿Qué te pasó al caer en la ciudad?

–Fue horrible. Fui a parar cerca de la escuela, creo. Estaba todo quemado. Sólo quedaba ya el metal, bajo montones de bambe carbonizado. La tierra y las plantas de los cultivos se habían desparramado por todos lados y… la gente estaba muerta. Esos monstruos verdosos saltaban de un lado a otro, tirando rayos y pegajosas cuerdas negras. Me atraparon enseguida y me metieron su nave voladora, más grande que todo este palacio. Pensé que era la única que había sobrevivido, la única humana, pero luego apareció Jared.

–Es una especie de espía de los demonios. Lo he visto hace un rato, con su jefe.

–Lo sé. Por eso desapareció cuando atacaron. Se fue con esos bichos del espacio.

–¿Y qué hace aquí? –pregunté a Jilai. Aún no había asimilado que mi amiga seguía viva, y que estaba charlando con ella como lo habíamos hecho tantas veces en nuestra ciudad. Solo lamenté la barrera que nos separaba.

–La cocinera me contó que bajó con los soldados del espacio, antes de que me trajeran a mí al Palacio. Se encarga de dar órdenes en nombre de los demonios, que lo han puesto como nuevo consejero del rey.

–¿Pero qué hacen los demonios aquí en la capital?

–No lo sé –dijo Jilai por la estrecha abertura–. Sus naves despegan y aterrizan todo el tiempo, van por todo el reino y más allá, buscando algo. Los primeros días Jared estaba obsesionado por conseguir todos los mapas que tenían los viterios, pero no quedó contento con los que trajeron.

No le hablé a Jilai de las esferas y de la idea que había discutido con Thuregi, que los demonios las buscaban para utilizarlas como una terrible arma. Comenzaba a darme cuenta, a mi pesar, de que no era bueno saber demasiado sobre los misteriosos globos. No quería que mi amiga se viera atrapada en la misma maldición que yo.

–Pero tú… ¿cómo sobreviviste? ¿Qué has estado haciendo? –Jilai me interrogó, tumbándose al otro lado de la reja.

Me tumbé de lado como ella, para seguir mirándola mientras hablaba. Me sentía como si nada hubiera pasado, como si aún estuviéramos paseando por la borda, planeando locas aventuras y resolviendo enigmas.

–Unos pescadores me rescataron del mar y he estado viviendo con ellos, aprendiendo muchas cosas sobre este mundo.

–¿Has visto cuánta agua hay aquí? Puedo verla desde mi ventana, pero no me dejan salir –dijo tristemente Jilai.

–Sí, el mar es una maravilla. He aprendido a flotar por él, incluso por debajo –reí.

–¿De verdad? –Jilai no podía creerlo–. Tienes que contármelo… pero primero dime por qué te han traído aquí.

–Me metí en un lío, como siempre. Estando en la aldea nos enteramos de que los demonios habían venido a la capital, y… yo también sabía que tú estabas aquí, cuando dijeron que habían traído a una chica morena.

–Sí, soy un bicho raro –hizo un gracioso mohín.

–Así que acompañé a la gente de la Laguna hasta aquí. Ellos han venido por la Feria de Año Nuevo, a vender sus mercancías, y yo… me metí en una pelea, por un amigo.

–Ha debido ser una gran pelea, para que te traigan prisionero al Palacio –Jilai me miró con sospecha. Sabía que no le contaba toda la verdad.

–¿Y tú? ¿Por qué no te dejan salir? –cambié de tema.

–Eso…

Un fuerte ruido hizo que me girara de repente, golpeándome la cabeza contra la piedra del ventanuco. Alguien había entrado en mi celda.

–Vaya, realmente eres un muchacho temerario. ¿Pensabas escapar por ese agujero?

Las palabras habían sido pronunciadas por un hombre vestido con una túnica

amarillenta que había visto apenas un rato antes. Al incorporarme pude ver la barba y el rostro de Jared, y un escalofrío de miedo y repugnancia me recorrió el cuerpo.

–Se ve que te gusta meterte en sitios estrechos, como ese enorme gusano marino –la barba del antiguo custodio se retorció con su mueca de disgusto.

No me había reconocido. Era una pequeña ventaja, pero quizás pudiera aprovecharla. Me mantuve en silencio, esperando para descubrir sus intenciones.

–Claro… no sabes quién soy. Además de ser consejero de las fuerzas del espacio, el rey ha delegado en mí todas las cuestiones relativas a la seguridad del reino. Obviamente, está preocupado porque un muchacho como tú haya podido batirse con su guardia personal, al parecer ayudado por un misterioso arquero.

Volvió a mí la imagen del soldado que iba a apuñalarme, cayendo con su espalda atravesada por una flecha, y recordé también el entrenamiento de los arqueros sobre las colinas de la Laguna.

–Si no llega a avisarnos tu madre, aún estaríamos buscándote en el fondo del puerto. Hubieras muerto cocinado cuando asáramos a ese monstruo –sonrió cruelmente.

–No es un monstruo –hablé por fin, sin poder resistirlo–. ¿Qué habéis hecho con él? –añadí, imitando el acento de Dercanlea.

–Ah, me temo que se ha convertido en un pequeño incidente diplomático. La reina clama que ganó la puja por ese pescado gigante, pero el general Gritwr quiere reservarlo como regalo para el Almirante de su flota, que llegará próximamente. Además, la bestia está ahora en sus manos, ya que fue atrapada por una nave hrtar. En cualquier caso, en las actuales circunstancias es previsible que la voluntad de las fuerzas ocupantes se imponga sobre los caprichos de la reina.

El custodio me miró, esperando una reacción. Bajé la cara. El maquillaje podía ocultarle mi verdadero color, pero no el odio que despedían mis ojos.

–Supongo que no te interesa la política.

Jared caminó por la celda, inspeccionándola. Me pregunté si Jilai seguía tras el muro, escuchándonos. Esperaba que nada la delatara.

–En todo caso –continuó el traidor–, los reyes desean verte en la audiencia de la tarde, para interrogarte en persona.

¡Los reyes! Me había convertido en alguien importante, sonreí para mis adentros, y quizás los monarcas de Dercanlea pudieran ayudarme. Era obvio que no se llevaban muy bien con los demonios, aunque también estaba claro que eran

estos los que mandaban ahora y los reyes no estarían en condiciones de liberarnos, ni a Jilai ni a mí. Pero si conseguía que me llevaran al mismo lugar donde retenían a mi amiga, podíamos tramar algo para escaparnos juntos.

–Veo que no eres muy hablador –Jared frunció su ceño oscuro–. Pero tienes que saber algo de ese arquero que te defendió. ¿Quién era?

–No lo sé. Es la verdad –añadí al ver que me miraba con incredulidad.

El traidor siguió observándome un momento y luego caminó frotando su barba.

–Quién sabe. Algún estúpido rebelde local aprovechó la confusión para divertirse un poco. Tenemos poca información sobre este lugar. Te voy a proponer algo, y tienes que aceptarlo, porque es tu única posibilidad de salir con bien de este asunto.

Se acercó a mí con buenas maneras.

–Si prometes cooperar conmigo, es probable que pueda convencer a los reyes para que te liberen… hmm… tenemos que hacer que lo vean como un triunfo suyo sobre los hrtar. Así que prepárate para darles un poco de pena, pero ni se te ocurra preguntarles por esa bestia marina –sacudió la cabeza–, eso les haría enfadar –dijo como si hablara con un niño pequeño.

–No les preguntaré –le concedí.

–Bien, entonces vayamos al grano antes de que lleguen los guardas –se acercó aún más. Olía y vestía como uno de los pálidos hombres-niño de Mekham, pero su barba y piel morena lo delataban como extranjero–. Verás, chico… busco información de lo que sucede en el reino, y para obtenerla necesito fuentes de confianza. Yo te voy a hacer un favor, un gran favor, y tú tienes que pagarme con información, y manteniendo nuestra relación en secreto, claro.

Asentí con la cabeza. Me recordaba a los tontos juegos de espionaje entre las pandillas del colegio.

–Por alguna razón los hrtar han quedado muy impresionados por el daelacanto. Quiero que consigas datos sobre su especie.

Anoté mentalmente el nombre que Jared usaba para referirse a los demonios: los hrtar.

–¿Qué… qué datos?

–Cuántos son y dónde viven; su ciclo vital: cómo se alimentan, cómo se reproducen, cuánto tiempo viven… todo lo que puedas averiguar. Me han encargado escribir un informe sobre ellos y aquí en la ciudad no saben mucho de

ellos. Pero tú pareces conocer bien a esos bichos.

–¿Por qué les interesan tanto a los… hrtar?

–Muchacho, las preguntas las hago yo –me reprendió–. Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Anael, del clan Thuregi.

El nombre de mi primo fue el primero que se me ocurrió. Esperaba que no le trajera ninguna desgracia al utilizarlo.

–Los Thuregi de la Laguna, granjeros de peces –completó–. Espero que tu familia también me esté agradecida.

–Seguro que sí.

–Magnífico, Anael. Creo que nos entendemos. Espero que el humor del rey haya mejorado y que la reina no se entrometa en el asunto. Con mi influencia creo que no habrá problemas para que te dejen marchar. Si es así, volveremos a encontrarnos.

Se giró para marcharse, pero pareció recordar algo antes.

–Una cosa más. Quizás hayas oído que buscamos algo… algo que cayó del cielo.

–No he visto nada –respondí, quizás con demasiada brusquedad–. ¿Qué… qué es lo que cayó?

–Una roca redonda, tan grande como tú… con luces brillantes. ¿Has oído alguna historia en la Laguna sobre una roca así, sobre una gran estrella fugaz, o sobre un gran agujero que apareció por la noche?

–No, no he oído nada.

–Quizás cayera en el mar –insistió–, y los pescadores…

–Pero si cayó al mar, estará en el fondo.

–Nuestros sensores lo hubieran detectado. Debe estar enterrada… o escondida –me miró como siempre que trataba de intimidar. Le sostuve la mirada fingiendo indiferencia. Entonces recordé que mis ojos eran tan oscuros como los suyos y no había tinte que los ocultara. Bajé rápidamente la vista. Mi odio no era lo único que tenía que esconderle.

–Es posible que te llegue algún rumor, un relato de un viajero que pasa por la aldea, alguien que oyó hablar de la esfera a otra persona. Sea como sea, debes avisarme inmediatamente, ¿entendido?

–Entendido –repetí.

–Bien. En unos minutos vendrán a buscarte para ir a la audiencia. Sígueme la

corriente en ella y es probable que puedas volver con tu familia –dijo, cerrando la puerta al salir.

Esperé unos segundos para estar seguro de que Jared se había marchado. Probé la puerta de la habitación. Estaba cerrada por fuera con un pasador. Me lancé de nuevo al suelo, junto al ventanuco de la pared.

–¡Jilai! –llamé con suavidad.

Nadie contestó. Mi amiga se había marchado. Y no tenía forma de saber cuándo volvería. Había algo brillante debajo de la verja de metal que bloqueaba la abertura. Alargué la mano y lo cogí con cuidado. Era el anillo de Jilai, el mismo por el que me había hecho bajar al nivel prohibido. ¿Por qué lo había dejado? Sea como fuere, me alegré de tener algo suyo. Me lo deslicé en un dedo y, como si tuviera un poder mágico, la joya me transportó a los momentos que habíamos pasado juntos. ¿Cómo podíamos haber imaginado entonces que terminaríamos aquí, en un mundo extraño rodeados de peligrosos seres del espacio? ¿A dónde nos iba a llevar esta extraña aventura? Por el momento lo más importante era salir del Palacio, quizás huir a los bosques que crecían en el interior del reino, lejos de las miradas de las máquinas voladoras. Debía jugar bien mis cartas en la audiencia. Seguiría la corriente a Jared mientras me interesara, y esperar que los reyes no me vieran como a un enemigo. Debía hacerles pensar que era solamente un travieso niño venido de una aldea de pescadores, un muchacho que no había sabido comportarse ante gente tan refinada.

Un buen rato después aparecieron dos soldados de la guardia real, llevando espadas cortas y pequeñas mazas de hierro en lugar de sus inútiles lanzas. Me acompañaron por lujosos pasillos alfombrados, con paredes de las que colgaban elaboradas pinturas. Representaban escenas de la historia de Dercanlea que pude reconocer por los relatos del abuelo Frideric; el desembarco de los primeros colonos, la batalla de los cuatro condados del mar, y por fin la Gran Guerra de unificación del reino y la victoria final de Etienar I, abuelo del actual rey y primero de la dinastía Jasonderi. En los cuadros, los guerreros de Etienar llevaban los cascos con la figura del daelacanto. La cabeza y la cola trífida del animal marino también aparecían representadas en los escudos incrustados en los techos del Palacio.

El paseo terminó en una pequeña sala donde esperé unos minutos hasta que un hombre de colorida túnica vino a buscarme. Me hizo pasar a través de unos cortinajes azules y recorrer un nuevo pasillo hasta llegar a una enorme estancia

de altísimos techos sujetos con finas columnas, retorcidas como serpientes enroscadas. En un extremo, una multitud se retiraba empujada por un grupo de guardas. Entre ellos me pareció ver a la señora Amalea y a mi hermana Goldinaz, luchando por quedarse en el salón, pero todos desaparecieron tras grandes puertas dobles que fueron cerradas por los guardas.

En el otro lado de la gran sala, bajo tres enormes lámparas de cristal unidas entre sí por hilos dorados, se alzaba un estrado rodeado por más guardas. Sobre el estrado se sentaban el rey y la reina en macizos sillones de preciosa madera labrada. Sobre cada sillón, por encima de sus cabezas, surgían abanicos de cristal que, iluminados por las lámparas, daban a los reyes la apariencia de seres mágicos. Impresionado por la visión, me acerqué con cautela, siguiendo las indicaciones del hombre de la túnica.

–Inclínate ahora, muchacho –me ordenó, mientras él saludaba.

Me fijé en su reverencia y me doblé tanto hacia adelante que casi me caí de bruces. Al alzar la vista noté una sonrisa en la cara de la reina. Su belleza era sobrecogedora. Ya no era una mujer tan joven, tenía quizás la misma edad que mamá Amalea, pero el rostro era luminoso y suave, enmarcado en su cabello dorado, y sus largas piernas se extendían bajo un ligero vestido. Realmente parecía una diosa. Por su parte, el rey tenía un porte noble y facciones serenas bajo su espectacular mata de rizos anaranjados, pero parecía cansado e infeliz, derrumbado sin ganas sobre su trono.

Detrás del gran asiento flanqueaban al monarca dos hombres amparados en la penumbra. Uno de ellos era Jared, firme y orgulloso, vestido con un traje más elegante que la sencilla túnica que llevaba en su visita a la celda. Me miraba fijamente. El otro hombre, a la izquierda del rey, era más mayor. Me recordó al viejo Superior Dombrir, aunque no era tan alto. Tenía una larga barba blanca, la primera que había visto entre los habitantes del reino desde mi llegada. Sus ojos saltones miraban curiosamente a todos lados y no paraba de moverse haciendo extraños gestos y expresiones cómicas. Su ropa era igualmente estrafalaria; una larga túnica azul que lo tapaba hasta los pies, tachonada de puntos blancos y acompañada por un sombrero de tela en el mismo estilo.

–Ah, el pequeño guerrero devorado por la bestia marina ha retornado al mundo de los vivos –declamó el viejo con exagerada ceremonia.

–Cállate, Berenori, esto es serio –le ordenó el rey.

–Por supuesto, majestad, no he pretendido sugerir lo contrario –contestó el hombre del traje celeste.

–¿Es cierto que el daelacanto te había tragado? –preguntó la reina, con voz controlada y melodiosa.

–Sí, señora… majestad –contesté azorado–. Ellos capturan la pesca de esa manera cuando la traen a la Laguna.

–¿Pero por qué lo liberaste? –el tono del rey era más severo.

La figura de Jared se acercó desde las sombras. Entonces vi que detrás de él aparecía uno de los hombres-pez, embutido en su casco metálico. Debía ser el mismo hrtar que había ido a la subasta, el general que Jared había mencionado en nuestra conversación. Sobre el visor de su casco había una marca especial, un sol o un planeta con un anillo alrededor.

–¿Por qué cortaste las cuerdas de esa bestia? –insistió el rey, malhumorado.

–Es mi amigo. No quería que lo comieran –bajé los ojos, avergonzado.

–Oh, cariño –la reina me miraba como a un bebé abandonado–, es solamente un animal.

–También es el símbolo de la casa real –añadió el anciano estrafalario.

–Me da pena, señor –la reina miró a Etienar, frunciendo sus labios–. Tan solo estaba preocupado por su mascota.

–Atacó a la guardia y al maestro de ceremonias. Debemos determinar si se trataba de una conspiración –contestó secamente el rey.

–¡La conspiración para librarnos de una pesada cena! –aulló el viejo loco.

–Cállate, Berenori, o serás tú quien sirva de cena a los peces –le miró el rey sin demasiada ira. Parecía acostumbrado a los desvaríos del insólito hombre del sombrero.

Sin previo aviso, unos rugidos y gruñidos chirriantes hirieron nuestros oídos. El general de los demonios avanzó dos pasos para ponerse al lado de Jared, cuyo rostro se contrajo de preocupación.

–El general… –habló Jared, forzando su voz para que sonara más imponente– nos informa de que también fue por culpa de este muchacho que la subasta quedó suspendida.

–Ciertamente –concedió el rey.

–Recuérdale a nuestro visitante –intervino la reina con furia apenas contenida– que es privilegio de los gobernantes pujar por encima de quienes deseen –el rey, alarmado, extendió una mano para acallarla, pero la señora continuó–. Además, ellos ni siquiera pueden comer nuestros alimentos, no entiendo…

El general alzó su mano. De la vara que sostenía en su guante salió un rayo apenas visible, pero cuyo calor nos alcanzó a todos de inmediato. La parte baja del trono de la reina se había convertido instantáneamente en madera quemada. Ella lanzó un desgarrado alarido de dolor. El vestido se había vaporizado a la altura de sus piernas, convertidas en dos columnas chamuscadas. La reina Felia cayó desmayada. El rey la contempló atónito y se giró hacia al general hrtar sin atreverse a hacer un movimiento. Yo me quedé también inmovilizado. No podía creer lo que había visto.

–¡Rápido, soldados! –llamó a los guardas el viejo de la barba, súbitamente serio–. Llevad a la reina a maese Lingare. Él sabrá qué hacer.

Dos nerviosos soldados se llevaron a la reina desfallecida. El viejo les siguió durante unos pasos, dándoles instrucciones, pero luego regresó junto al rey. El rostro del anciano estrafalario ya no era burlón. Parecía haber recuperado de repente la cordura.

–Salvaje inhumano –masculló el viejo.

El rey miraba hacia abajo, derrotado, mientras el general de los demonios desgranaba gruñidos que Jared traducía obedientemente. Yo me encontré de rodillas en el suelo, conteniendo mis náuseas. La visión de las bellas piernas calcinadas había sido demasiado. Por un momento había imaginado que esas piernas eran las de mi madre, y había visto a mi pequeña hermana Mian, a todos mis amigos quemados por los bárbaros.

–No deben existir dudas sobre quién está al mando… –la voz de Jared seguía los graznidos del general– la subasta ha terminado ahora… el excelentísimo Almirante estará aquí en treinta días y… recibirá regalos que… le llenarán de honor y felicidad.

Un sonido todavía más chirriante que los anteriores emergió del casco del demonio hrtar. Sospeché que debía ser algo similar a una risa. Jared le miraba confuso. Entonces salieron de las sombras otros dos soldados hrtar con trajes menos brillantes. El general Gritwr se volvió y conversó con ellos un minuto. Mientras, el rey levantó su rostro lleno de lágrimas y por unos instantes fue solamente un hombre angustiado por su esposa y por su propia impotencia para defenderla. Al ver que yo le observaba se recompuso, pero aún fue incapaz de decir nada.

El jefe de los demonios estaba gritando de nuevo, esta vez en mi dirección.

–Tú, pequeño hombre… –comenzó a traducir Jared–, has estado en contacto

con… las Esferas de los Maestros.

Al oír nombrar las esferas me puse en pie, alarmado. Los demonios me habían descubierto. ¿Sería que alguno de ellos me había reconocido? Jared me observaba con asombro mientras traducía los gruñidos de su jefe.

–Los detectores de radiación… no mienten. Has estado muy cerca de una de ellas… hace poco tiempo.

El general se acercó, poniéndose delante de mí. Supuse que me estaba observando, pero no podía distinguir su mirada en los ojos bulbosos ocultos tras el visor. Pensé en escapar corriendo, pero sabía que el rayo de fuego me alcanzaría en un instante.

Jared me miraba con incredulidad, tartamudeando.

–¡Pero… pero tú eres…! –dijo por fin– ¡tú eres Nadiroz! ¡El maldito niño metomentodo! Lo sabía. Debí haberte eliminado cuando te pillé fisgoneando con la chica. ¿Cómo has hecho para cambiar el color de tu piel? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué…?

Entonces su cara volvió a cambiar, transformándose en una pálida máscara de pánico.

–¿Trabajas para ellos, verdad? Es por eso… ¡trabajas para ellos! –gritó histéricamente.

Jared intercambió ansiosos chirridos con el general, su brazo apuntándome como si quisiera dispararme con él. El demonio dio instrucciones a los dos soldados hrtar, que bajaron de la tarima de un torpe salto y me rodearon. El hombre de la túnica colorida, que me había traído al salón, se retiró a una distancia prudente tras de mí mientras los demonios me palpaban pasando sus guantes por mi cuerpo. Las manoplas metálicas emitían pitidos mientras las movían por mi ropa. Concluida la inspección, los asistentes miraron el dorso de sus manos donde se formaban desconocidos símbolos, y regresaron junto al general para informarle.

–¿Dónde has escondido tu puskoru, niño? –Jared continuó su incomprensible interrogatorio, sin esperar órdenes.

¿Para quién pensaba el antiguo custodio que trabajaba yo? Le había contado que formaba parte del clan Thuregi, y la señora Amalea había hablado con él para que me sacaran de Vliror… pero no, Jared quería decir que yo trabajaba para alguien en Vikatee, para quien habría espiado o saboteado. Era una idea absurda. Todos los habitantes de la ciudad estaban ahora muertos, excepto nosotros. ¿Pensaba Jared que tenía, como él, contacto con otros seres del

espacio? ¿Existían otras razas enemigas de los hombres-pez? Quizás pensaba Jared que había escapado de Vikatee para unirme a un grupo rebelde aquí en el planeta. ¿Pero quiénes eran? ¿A quiénes temía el antiguo custodio?

El general y Jared discutieron un rato mientras el rey seguía hundido en su desesperación. Por su parte, el viejo de la barba me observaba atentamente, habiendo olvidado sus movimientos nerviosos y sus bromas.

–De acuerdo, no nos andaremos con rodeos –habló Jared, su rostro duro como una roca–. Sabemos lo que buscas y tú también sabes lo que buscamos nosotros. Te ahorrarás mucho dolor si nos dices dónde están las esferas.

¿Las esferas? –pensé confuso–. Solamente sabía de una de ellas, la que había salvado mi vida. Hasta entonces imaginaba que los bichos del espacio habían tomado las otras doce, arrancándolas de los mástiles. Ah, claro… recordé cómo al descender más abajo de los restos de Vikatee había visto la parte inferior de un mástil cayendo al vacío. Era posible que ese trozo de metal hubiera llevado consigo una de las bolas de energía. Por tanto, los demonios estaban buscando dos o más esferas perdidas, al menos la que me había sujetado a mí y la que estaba unida a ese otro mástil roto.

–Las esferas, Nadiroz –insistió Jared–. Recuerda que tenemos a tu amiga, como se llame. Es uno de los regalos que el general tiene preparado para el Almirante Supremo. Pero al Almirante no le importará si antes la hacemos sufrir un poco. Ya has visto que mi amigo Gritwr no tiene escrúpulos en usar su rayo.

–Yo solo sé dónde está la esfera que había en el mástil del Arqueón. Juro que es verdad.

–Hmm… bueno, es un comienzo interesante. Nuestras patrullas han recorrido la zona estimada de caída y no han encontrado rastro. Tengo mucha curiosidad por saber dónde la has ocultado.

Vi con toda claridad la cavidad del intestino de Vliror donde la bola radiante se había incrustado. Era un perfecto escondite y yo era el único que lo conocía, pero no tenía otra opción que revelarlo. Hubiera podido arriesgarme a decir que había caído cerca del mar, lo cual no estaba lejos de la verdad. Pero temía que los demonios descubrieran pronto mi engaño e hicieran daño a Jilai. Eso no me lo perdonaría. Además, los demonios ya tenían prisionero a Vliror y podían abrirle las tripas en cualquier momento. No tardarían en encontrar allí lo que buscaban.

–¡Ajstrr qreiii! –el chillido salvaje del demonio me sobresaltó.

–Vamos, chico. La paciencia del general es muy corta –me recordó Jared.

Pensé rápidamente. No tenía alternativa. Lo sentía por Vliror, pero no podía sacrificar a Jilai. Algún día tendría ocasión de vengar al daelacanto.

El viejo de la barba con el divertido sombrero, en silencio desde que se habían llevado a la reina malherida, escogió este momento para carraspear ruidosamente.

–Si alguien se hubiera molestado en preguntarme –comenzó–, podría haber respondido yo mismo a esa pregunta hace varios días.

–¿Qué estupidez estás diciendo, bufón? –saltó furioso Jared–. No tenemos tiempo para tus bromas.

–Como consejero del rey, tengo mis propias fuentes de información –añadió, avanzando sobre un bastón que había sacado de algún lugar–. No ha sido difícil averiguar la historia de este chico, dónde cayó del cielo y cómo fue a parar al clan Thuregi.

–Tonterías.

–El chico os dirá que cayó en el agua de la Laguna Neties y que ese monstruo marino fue el que lo salvó –el viejo sonrió seguro de sí mismo–. Pero todo eso es falso, es una historia inventada para engañarnos.

–No es cierto –protesté–, ¡es la verdad!

El viejo abrió sus ojos en fingida sorpresa, saboreando su dominio de la situación.

–Dime una cosa, muchacho –la voz del anciano había perdido todo indicio de humor–. ¿Puedes de verdad recordar el lugar donde caíste? ¿Viste realmente a quienes te rescataron?

Tuve que pararme a pensar. El viejo tenía razón en eso. No podía recordar nada. Pero tenía el relato de Thuregi y los recuerdos de Kalea. ¿Por qué debía dudar de ellos? El loco consejero del rey estaba intentando liarme.

–Tomaré eso como una negación, jovencito.

–¡Basta ya de juegos! –intervino Jared, su rostro enrojecido–. Maldito bufón, si sabes la verdad dínosla ahora mismo o sufrirás peor suerte que tu amada reina.

–Es una fácil deducción, mis queridos invasores. ¿En qué lugar del reino podrían las preciosas esferas quedar ocultas en su caída? Supongo que vuestras naves disponen de dispositivos para rastrearlas bajo el mar. Seguramente el agua no detiene su radiación.

–Sabes demasiado, viejo.

–Privilegio de los ancianos, maese. Como os he dicho, dispongo de mis

propias fuentes. Sé que las rocas pueden ocultar la radiación de las esferas y conozco una zona de Dercanlea donde un objeto caído del cielo quedaría escondido en los huecos del terreno.

–Hablas de esa Meseta de las Mil Gargantas o las Mil Grutas, como se llame.

–Sí, mi señor.

–¿Ahora soy señor, viejo loco?

–Jerrkk ssirkj achkaa –chirrió el demonio.

Jared explicó algo al general, luego se volvió otra vez hacia nosotros.

–La Meseta es muy grande, un laberinto de cavernas y ríos subterráneos. Las esferas podrían estar en mil lugares diferentes. Es simplemente un truco para desviar nuestra atención.

–Ah, qué pena –el viejo de la barba blanca imitó un sollozo infantil–. El Almirante Supremo se quedará sin sus regalos.

Jared se quedó un momento en silencio.

–¿Y no te revelaron tus fuentes el lugar preciso dónde cayó este huerfanito? –preguntó, copiando el tono del anciano consejero.

–No saben exactamente dónde fue. Un habitante de la meseta encontró al niño sin conocimiento y los mercaderes de la Laguna decidieron llevárselo.

Lo que decía el viejo no tenía sentido. Vliror me había salvado de ahogarme en la Laguna de la misma forma que me había socorrido hoy mismo. Además, no hubiera sobrevivido cayendo sobre la dura tierra. Toda la situación parecía absurda. No sabía qué hacer, no entendía a dónde quería ir el anciano loco. Mientras, el rey apoyaba su cabeza en el respaldo del trono, con los ojos perdidos en un punto alejado, y la deforme figura metalizada del general seguía con atención la discusión.

–¿Y cómo supones entonces que podemos encontrar ese lugar? –preguntaba Jared.

–Nosotros no podemos. Pero él sí puede –el viejo me señaló con su mano huesuda.

–¡Si has dicho que no recuerda nada!

–¿Es necesario recordar dónde está un delicioso asado de buch cuando puede olerse a distancia?

–Sin acertijos idiotas, por favor.

–Puedo ver muchas cosas, señor, a pesar de no entenderlas del todo, cosas que vosotros con vuestras naves y sensores no sois capaces de ver. ¿Te parece

casual todo lo que le ha pasado a este chico? ¿Por qué crees que esos ‘otros’ han reclutado a un simple muchacho? ¡Porque este chico puede oler a distancia vuestras famosas esferas! ¡Por eso se encuentra con ellas, una y otra vez! Le atraen como el néctar atrae a una abeja.

Me quedé pasmado. El viejo decía también que yo trabajaba para alguien. Eso era ridículo. Pero por otra parte, tenía razón en que algún misterioso influjo parecía conducirme repetidamente hacia los globos de energía. Pero, ¿cómo podía el anciano consejero del rey saber de mí más de lo que yo mismo conocía? ¿Quién le había contado mi historia?

Jared me miró buscando una respuesta, con su corta barba siguiendo el temblor de su mandíbula. Bajé la vista al suelo de piedra. ¿Cómo podía responder, si yo mismo no entendía lo que me estaba pasando, si ya no sabía lo que era cierto y lo que era falso?.

VII

No me quedó tiempo para buscar a Jilai en el Palacio ni avisar a mi familia adoptiva. Supuse que estaban todavía en Vitera, vendiendo sus mercancías en la Feria mientras nos marchábamos escoltados por Jared y dos soldados hrtar hacia el sur de la ciudad. El viejo consejero arrastraba sus delgadas piernas por el empedrado, refunfuñando. Los demonios le empujaban de vez en cuando con sus varas de rayos.

–Tenía que haberme quedado calladito y dejar que ellos mismos se las apañaran –se quejaba el anciano.

Parecía menos extraño después de cambiar su traje azul y su gorro por un pantalón y camisa de color arena, unos zapatos cómodos y una mochila que encorvaba peligrosamente su espalda. Yo no había tenido esa suerte. Seguía llevando las mismas sandalias y la túnica marrón que los guardas reales me habían dado tras sacarme del daelacanto.

Jared caminaba unos pasos delante de nosotros, decidiendo el recorrido entre las estrechas callejuelas. Aparentemente quería llevarnos a algún lugar sin que fuéramos vistos.

–¡Acelerad el paso, por el abismo infinito! –nos gritó.

Desde lejos llegaban los ecos de la música y algarabía de la Feria junto a la Bahía. El día terminaría pronto y el elegante Palacio resplandecía en tonos anaranjados sobre el cerro. Pronto llegamos a un gran muro de piedra que encerraba la ciudad de Vitera y giramos a la derecha siguiendo la pendiente. Unos minutos después nos encontramos en una puerta vigilada junto al caudaloso río que desembocaba en la gran ensenada de la capital.

Jared habló con los guardas de la puerta, que miraron con temor hacia los soldados hrtar que nos acompañaban. Su presencia fue suficiente para persuadirles de que nos dejaran pasar.

Salimos así de la ciudad y vimos inmediatamente un embarcadero donde se agolpaban unos botes en los que varios hombres cargaban mercancías, seguramente recién compradas en la Feria.

–Tengo dos pasajeros –anunció Jared a los barqueros.

–¿Hasta dónde? –preguntó enseguida uno de ellos, un joven cuya barca estaba vacía.

Jared miró al anciano consejero.

–Lo más lejos que pueda llegar subiendo por el Hifiande –respondió el viejo, remolón.

–Lo siento, yo sigo por el Estelande hasta la cascada.

–Pues déjenos en el cruce entonces –solicitó el anciano.

–Diez korons por los dos hasta el cruce –pidió el joven barquero–. Cerca del puente podrán encontrar una posada en la que pasar la noche.

Jared sacó unas monedas y se las dio al muchacho, tras lo cual el antiguo custodio se volvió hacia mí y el consejero.

–Dad gracias a que todavía podéis hacernos un servicio. Pero si nos engañáis o no encontráis lo que queremos, vuestra vida no valdrá nada, es más, creo que el general está planeando ya algún divertido final para vosotros… Os daremos solamente catorce días de tiempo. El Almirante Kautrk llegará pronto y no os gustaría ver cómo arrasa un planeta entero cuando se enfada. Por si necesitáis más motivación, debéis saber que esto explotará pasado el tiempo límite –señaló los pesados brazaletes que habían pegado a nuestros antebrazos. Una ristra de pequeñas luces parpadeaban apresuradamente en su superficie–. Más vale que nos deis buenas noticias antes de ese momento.

–Estimado señor, reconsiderad mi presencia en esta expedición –suplicó el anciano consejero–. No puedo servir de ninguna ayuda.

–Oh, estoy seguro de que tu inagotable sabiduría será indispensable para el éxito de la misión –se burló Jared–. Tan solo te sugiero que aceleres un poco el paso, viejo bufón. Y tú, maldito Nadiroz… más vale que te dejes de juegos. Tus amos no van a venir a ayudarte, los conozco bien. Nunca cumplen sus promesas. Así que si quieres volver a ver a tu amiga antes de que sirva de entretenimiento al Almirante, será mejor que utilices tu olfato y encuentres el rastro de esas esferas.

–Necesitaremos dinero para comida y alojamiento –protestó el consejero.

Jared nos dejó una bolsa con monedas. El viejo la sopesó y la guardó sin más comentarios mientras subíamos a la barca.

–Catorce días –dijo Jared, empujando el bote hacia la corriente.

Miré al odioso traidor mientras nos alejábamos. Esperaba volver a verlo en otras circunstancias. Tenía muchas cosas que contarme antes de pagarme todo el mal que había causado. Por ahora me contentaba con escapar a sus maquinaciones, aunque fuera gracias a las absurdas mentiras del viejo loco que me acompañaba.

El barquero levantó un largo palo, lo hundió en el agua del río y comenzó a impulsar la pequeña embarcación para apartarnos del embarcadero. Un momento después desplegó una pequeña vela.

–Hoy tenemos viento favorable –anunció contento.

Miré hacia Vitera. Las luces del Palacio habían comenzado a encenderse. Jilai estaría en alguna de las habitaciones, preguntándose qué había pasado conmigo.

Pronto perdimos de vista el embarcadero tras un recodo del amplio río y me decidí a hablarle al viejo, que miraba ensimismado las ondulaciones del agua.

–Señor consejero, creo que podemos escapar fácilmente. Si regresamos a la ciudad o vamos hasta la Laguna mi familia podrá encargarse de que nos quiten estos brazaletes.

–Llámame Sidin, joven Nadiroz. Sidin Berenori a vuestro servicio –inclinó su blanca cabeza–. Pero os ruego que desechéis la idea de la huida. Estos brazaletes contienen un poderoso explosivo, y estoy convencido de que también permiten a los hrtar seguir nuestros movimientos.

–Jared no dijo nada sobre eso.

–Pues claro. Desea que tratemos de escapar, así tendría una excusa para eliminarnos inmediatamente.

–Pero… ¿por qué estamos aquí entonces? No tenemos ninguna posibilidad

de encontrar ninguna esfera. Yo…

Iba a decirle que sabía perfectamente dónde estaba una de las malditas bolas y que no era precisamente río arriba. Pero me detuve. Comenzaba a darme cuenta de que no debía fiarme de los adultos, y menos todavía de los que tenían cierto poder.

–Tienes poca fe en tus habilidades, maese Nadiroz.

–Yo no huelo las esferas.

–Veremos, veremos –el viejo mostró su sonrisa amarillenta y volvió a observar las aguas del río.

Me incliné como él, observando la estela que dejaba nuestra barca, impulsada por el viento. El barquero se limitaba a manejar el timón para evitar los bancos de arena. Los apacibles sonidos y suaves movimientos calmaron mi ánimo, haciéndome volver por un rato a los días felices de la Laguna, los baños, las charlas tras la cena… pero pronto me volvió a asaltar la preocupación.

–Señor Sidin… ¿qué quiso decir Jared con que Jilai serviría de entretenimiento al Almirante?

–¿Jilai? ¿La niña prisionera? ¿Es tu amiga de la ciudad?

–Sí, la capturaron allí y… Jared dijo que la reservaban de regalo para el jefe de los demonios. ¿Por qué? ¿Para qué podría quererla?

El viejo no contestó. Estaba convencido de que me había oído pero se limitó a cerrar los ojos y dejar que el viento arremolinara su larga barba. Quizás no quería hablar de ello. Por lo que conocía de los demonios del espacio, la suerte de mi amiga en manos de los hrtar podía ser peor que la muerte. Regresaré a por ti, Jilai –me prometí–. Ese Almirante no llegará a verte.

Mientras la luz del día seguía debilitándose, remontamos el plácido río Estelande, encontrándonos con otras barcas de poco calado que marchaban o regresaban de la Feria del Año Nuevo llevando pasajeros y mercancías. En la orilla asomaban de trecho en trecho algunas construcciones y pequeñas aldeas. El viejo Sidin me hacía de guía, señalándome los lugares más importantes.

–En ese recodo está la pequeña ciudad de Argorilot, famosa por sus tejidos de cuero y sus mujeres criadas con buena leche de buch –apuntó a una loma cubierta de casas en la orilla izquierda–. Si tuviéramos más tiempo bien valdría la pena una visita. Pero tenemos una dura misión por delante.

A pesar de no saber adónde nos dirigíamos y de desconfiar de los propósitos del viejo consejero, las sombras del atardecer, el silencio y el vaivén del río

consiguieron que me adormilara sobre unas bolsas apiladas en medio de la barca.

–La desembocadura del Hifiande –me despertó el barquero, golpeando la borda con su pértiga.

El joven nos dejó en una playa de la orilla y continuó rápidamente río arriba sin una palabra más. Me pregunté si continuaría navegando cuando llegara la noche y cómo se orientaría en ese caso.

La posada estaba tan sólo a unos minutos, junto al cruce de los caminos que seguían los dos ríos. Al lado de la fonda había un puente que cruzaba el río más pequeño, el Hifiande, sobre pilares de madera anclados al fondo con grandes piedras.

–Espero que tengan una cena decente –dijo el viejo, mirando las destartaladas paredes de la posada como si fueran a derrumbarse sobre nosotros.

Desde luego el alojamiento era mejor que el lugar atestado donde había dormido la noche anterior. Aquí teníamos una habitación propia, una ventana que daba al puente y dos camas que no olían demasiado a orines. La cena consistió en una sopa en la que flotaban diminutos trozos de pescado entre verduras apenas cocidas y un trozo de pastel de carne todavía caliente.

–Será mejor que pida un aguardiente para eliminar el sabor –gruñó el consejero.

De vuelta en la habitación, el viejo comenzó a fisgar en su pesada mochila.

–Ya estoy harto de llevar este peso, será mejor que cargues con lo que te corresponde.

Para mi sorpresa, me tendió el arnés de cuero que los guardas me habían quitado en el Palacio, y después –para mayor asombro– me entregó mi espada de metal envuelta en su vaina.

–Te la devuelvo a condición de que la uses solamente cuando te autorice a ello.

Asentí entusiasmado. Tener otra vez la espada en mis manos me hacía sentir mucho mejor, me devolvía mis ganas de pelear. Aún no lo había perdido todo –me dije, sacándola de la vaina, comprobando que estaba limpia y afilada como el primer día.

–A ver si la cuidas. El agua del mar no es buena para el metal. Menos mal que tu familia la encontró y la han vuelto a engrasar.

–¿Mi familia? ¿Les ha visto?

–Me reuní brevemente con la señora Amalea. La conozco desde hace años.

Una valiente mujer.

–¿Qué… qué dijo de mí?

–Digamos que… me pareció bastante enfadada contigo.

–Ojalá hubiera podido hablar con ella.

–Mejor demuéstrale antes que eres algo más que un muchacho impulsivo.

–¡Usted qué sabe! ¡Estoy harto de que todo el mundo me diga lo que tengo que hacer! No voy a pedir perdón por intentar salvar a mi amigo.

El viejo se encogió de hombros.

–Tú sabrás lo que haces. Toma, ponte mañana estas ropas y los zapatos –sacó las cosas de su mochila–. Tendremos que caminar bastante.

Dejé todo sobre una silla y me tumbé sobre mi cama, ocultándome del anciano. Un rato después me di cuenta de que debería haberle dado las gracias por sacarme del Palacio. Cuanto más lo pensaba más me parecía que su historia de que había caído en las montañas no tenía ningún sentido, pero me había permitido salir de mi encierro y posiblemente había también salvado a Vliror de ser rajado para extraer su oculto tesoro. Fui a decirle algo al señor Sidin, pero desde su cama llegó el sonido de unos fuertes ronquidos. Esa noche los dos dormimos profundamente.

La mañana estaba llena de sonidos de pájaros y viajeros madrugadores que cargaban sus carros y animales. La mayoría tomaron el camino del Estelande pero nosotros nos desviamos junto al puente para seguir una senda más estrecha que acompañaba al río menor hacia las lejanas montañas azuladas que se veían al este. El desayuno había resultado más sabroso que la cena y nos había dado fuerzas, al menos para medio día. Aun así me resultó sorprendente la vitalidad del anciano señor Sidin. Había sustituido su bastón por una larga caña con la que caminaba en grandes zancadas. También había recortado su larga barba, descubriendo una fuerte mandíbula y menos arrugas de las que yo esperaba. Parecía ahora impaciente por llegar a las distantes montañas, y sus largos pasos y su entusiasmo me dejaban atrás.

–¿No vamos a descansar? –protesté después de un rato de marcha cuesta arriba.

El viejo no contestó a mi pregunta. Era su costumbre. Cuando no le interesaba hablar de algo, simplemente callaba.

Estaba acostumbrado a las carreras matutinas del entrenamiento con

Goldinaz, pero las subidas y bajadas de la senda estaban destrozando mis pies, ahogados dentro de los estrechos zapatos que me había prestado Sidin. Alejarme de Jilai y de mi familia adoptiva sin saber lo que me esperaba también hacía que me pesaran más las piernas.

Al cabo de un tiempo interminable estaba empapado de sudor. El calor húmedo del valle, lejos de la brisa del mar, era agobiante. Me detuve bajo un gigantesco sauce, doblando mis rodillas doloridas. El consejero continuó como si nada. Esperé un minuto para recobrar fuerzas y luego corrí furioso tras él. ¿De dónde sacaba tantas energías? Sospechaba que había estado fingiendo debilidad delante de Jared y los hrtar, ocultando sus planes bajo sus tonterías y su aspecto de bufón. El viejo era un maestro disfrazando sus verdaderas intenciones.

–¿A dónde va? –grité a todo pulmón–. ¡Por allí no hay ninguna maldita esfera!

Le alcancé y traté de mantener el paso.

–¿No me oye? Yo sé dónde está la esfera, y no es por aquí.

–¿Ah, no? ¿Y dónde se encuentra?

–No pienso decírselo, pero desde luego no es por esas montañas.

–Ya veo –siguió caminando a buen ritmo–. Pero olvidas que cayó otra esfera desde tu ciudad, en una dirección diferente.

–A saber dónde. Si los demonios no han podido encontrarla…

–¿Prefieres volver al Palacio?

–No, claro que no.

–Entonces debemos convencerles de que sabemos hacia dónde nos dirigimos.

–Usted se inventó toda la historia de la meseta y la esfera perdida en las grutas, ¿no? Solo quería huir del Palacio.

–Descansaremos cuando subamos aquella loma –masculló Sidin.

El sendero se elevó. Hice acopio de mis fuerzas pensando en la próxima parada. No debía confiar en el viejo si él no confiaba en mí. Me ocultaba demasiadas cosas. Tendría que contarme cuáles eran sus verdaderos planes si quería que le dijera algo de lo que sabía. Pero debía ser muy cuidadoso con él, sabía manejar bien las palabras para engañar a la gente.

Desde lo alto de la colina tuvimos una buena panorámica. El Hifiande serpenteaba a nuestra izquierda y se unía más abajo al Estelande, una ancha cinta gris que giraba en un amplio arco hasta encontrarse, en el límite de nuestra visibilidad, con la gran Bahía donde se intuía el pico brillante del Palacio Real.

El consejero Sidin abrió un bolsillo lateral en su mochila y sacó queso y pan, que devoramos hambrientos con el acompañamiento de un odre lleno de vino de frutas.

Sin ganas de entablar conversación con el viejo, caminé hasta el lado este de la loma y observé que el terreno se volvía más abrupto. Las montañas ya no eran tan lejanas. Su tono azulado se había convertido en un gris pétreo que se levantaba sobre las faldas cubiertas de vegetación.

–Imposible llegar hoy hasta allí –apareció Sidin a mi espalda–. Tendremos que pensar dónde pasar la noche.

–Esa famosa meseta, ¿está detrás de las montañas?

–No, aún falta un largo trecho. Primero tendremos que cruzar toda la región de Devala Quea; esas montañas de ahí delante y luego el valle del río Kande. El camino es bastante bueno hasta la ciudad de Kevat, al final del afluente por el que bajaremos. Luego comenzará lo más duro, la ascensión a Marga Quea, el país alto donde está la Meseta de las Mil Grutas.

–¿Entonces, vamos allí realmente?

–Todo lo realmente que podamos –sonrió torcidamente.

No supe si el anciano se burlaba de mí. Cuando me volví hacia él ya había tomado de nuevo su caña y se cargaba la mochila a la espalda.

Como había visto desde la colina, el camino se fue volviendo más escarpado, quedando el río casi siempre oculto a nuestra vista dentro de un desfiladero excavado en el terreno. El esfuerzo de seguir el sendero se veía compensado por la fantástica variedad de rocas, a veces en forma de capas curvadas como las de un pastel de carne. Me pregunté por qué se apilaban así. Más interesante todavía eran los curiosos árboles que aparecieron a nuestro alrededor a medida que subíamos, y los pájaros y roedores que vivían a su abrigo. Limitado durante tantos años a la fauna y flora de Vikatee, no podía imaginarme la diversidad de los seres vivientes que podían poblar un planeta entero. Ojalá algún día pudiera ir con Jilai a explorar todas las maravillas de Mekham. El abuelo Frideric me había dicho que había otros grandes reinos al sur y al norte, y otros más allá del mar. No podía imaginar qué variedad de habitantes, ciudades y paisajes se escondían en aquellas regiones lejanas.

Incluso aquí en Devala Quea, las pocas personas con las que nos cruzábamos en el camino eran también diferentes a las de la capital. Iban vestidas con ropa más gruesa y recia, y llevaban su pelo más largo. La mayoría de ellas transportaban mercancías en carretillas de una rueda. Sidin me explicó que iban hacia un pequeño embarcadero del Hifiande. Más abajo el río era navegable y lo utilizaban para comerciar con las poblaciones del valle y la capital.

Al atardecer llegamos a una aldea donde pudimos beber de una fuente de agua muy fresca, y tomar un caldo de verduras y un asado bastante aceptables. Nos indicaron también una granja un poco más arriba, en cuyo granero podíamos pasar la noche. Llegamos allí justo cuando una tormenta descargaba una copiosa lluvia. El granjero nos trajo un quinqué y encendió un fuego para secarnos y caldear el almacén de heno.

–Apáguenlo bien cuando duerman –nos advirtió–. Cualquier chispa puede prender la hierba seca y podrían quedar rodeados de fuego en un minuto.

El día siguiente amaneció cubierto por la niebla. Por suerte la mujer del granjero nos ofreció leche y bollos calientes para darnos ánimo. Sidin le pagó unas monedas de su bolsa por las comidas y el alojamiento, y compró también provisiones para el camino.

La humedad fría de la niebla mojaba mis ropas al caminar. A esa incomodidad se unía la dificultad para ver lo que había delante de nosotros. Me

sentía nervioso, como si ante mí pudiera abrirse de repente un abismo lleno de criaturas de pesadilla. El viejo caminaba también con cautela. Un par de veces se detuvo en medio del camino, haciéndome un signo para que me quedara quieto, como si intentara ver o escuchar algo. Un rato después llegamos a una curva y Sidin se paró otra vez.

–Vamos a descansar un rato –sugirió, para mi sorpresa–. Quiero que estés atento, y preparado para sacar tu espada si te lo indico.

El consejero se quitó la mochila, sentándose sobre una roca. Inquieto, mientras la niebla se iba disipando poco a poco me pregunté por dónde vendría la posible amenaza. Unos minutos más tarde oí pasos subiendo por el sendero. Un hombre con ropas de trabajo se acercaba a buen paso. Pareció sorprenderse al vernos y continuó más despacio hasta llegar a nuestra altura.

–Saludos –dijo, deteniéndose–. ¿Vienen desde lejos?

Su rostro no tenía nada de especial, si acaso la sombra de una cicatriz que descendía desde su oreja.

–Desde la capital –respondió Sidin–. Vamos a Kevat.

–Vaya. No deberían cruzar las montañas solos, un anciano y un niño.

–¿Animales peligrosos? –preguntó el viejo.

–A veces bajan los lobos desde el sur –el hombre nos inspeccionaba con su mirada mientras seguía unos pasos más arriba, como si fuera a continuar por el camino–. Los jauríes también atacan, si huelen comida o miedo en los viajeros.

–No hay problema. Habremos pasado al otro lado antes de la noche.

Sidin se apoyaba encorvado sobre su caña. Su voz se había debilitado súbitamente. Evidentemente, estaba fingiendo otra vez.

–¿Has oído, quieren cruzar las montañas solos? –el hombre se dirigió a un compañero más alto y fornido que había aparecido sigilosamente desde abajo. Nos tenían rodeados, uno por cada lado del camino.

–No es una buena idea –respondió el segundo tipo.

–Por unas pocas monedas podemos acompañarles hasta el valle –propuso el primero.

–No llevamos dinero –contestó Sidin secamente.

–Oh, seguro que sí, un hombre de aspecto tan distinguido como usted.

–Solamente le pedimos diez korons –añadió el segundo.

–Mejor veinte korons. Son dos –corrigió el otro.

–Le ha dicho que no tenemos nada –estallé, furioso por la insistencia.

–¡Eh, solamente queremos ganarnos nuestro dinero honradamente! –protestó el primer hombre, menos fuerte que el otro–. Vamos a ver, enséñenos qué lleva en esa bolsa.

–¡Y mira ese brazalete! –apuntó el otro–, ¡debe valer una fortuna!

Los dos tipos dieron un paso hacia el señor Sidin, ignorándome.

La idea de una persona robándole a otra era algo nuevo para mí. Apenas había entendido el concepto del dinero cuando Thuregi me lo había explicado una noche en el porche de la casa.

–Yo tampoco lo comprendo, Nadil –confesó, fumando de su pipa–. Seguramente lo inventó el jefe de todos los infiernos para complicarnos la vida.

Y ahora unos ladrones nos atacaban por unas monedas y por dos feos brazaletes hrtar que ni siquiera podíamos quitarnos. Recordé ahora que en mi mano llevaba también el anillo de Jilai. Sería una tragedia que lo perdiera así, robado por unos mezquinos asaltantes de caminos. Tiré del anillo para sacarlo de mi dedo y poder esconderlo, pero la joya no se movió. Tendría que quedarse allí de momento.

Observé en tensión cómo los dos bandoleros amenazaban al viejo Sidin. Entonces el consejero me hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía lo que quería decirme. Saqué mi espada de su arnés y la moví ostentosamente frente a los malhechores. Los tipos se asombraron al verla, pero no parecían muy impresionados por mis fintas.

–Hey… cuidado con el cuchillito, jovenzuelo, podrías herirte.

La muñeca del primer hombre se movió de repente, como un látigo, sacando una larga navaja de su manga. Comenzó a cortar el aire con ella en amplios abanicos, dando un paso hacia mí.

–¡No se acerque! ¡Márchense! –insistí, haciendo una finta con la espada.

Sin darme cuenta me había ido moviendo hacia atrás, hasta que noté a mi espalda la roca que bordeaba el camino. Me había quedado sin salida.

–Tira ese juguete si no quieres acabar mal. No me gustaría pinchar a un niño –amenazó el primer ladrón.

Intenté recordar el entrenamiento. Fijarme en su mano, no en su arma. Seguí el ritmo de sus movimientos. De momento solo estaba asustándome, pero seguía acercándose. Yo tenía la ventaja del arma más larga y su navaja no tenía protección en la empuñadura. Pero era rápido. Lanzó un ataque para ver mis reflejos y al esquivar la navaja tropecé. Salté a un lado para recuperar el equilibrio y escapar de la pared.

–Vaya, aquí tenemos una cabrita de monte –rio el rufián–. ¿Y usted viejo, va a entregarnos esa bolsa o prefiere que le deje un recuerdo a su joven amigo?

Mantenía mi vista fija en sus ojos, intentando anticiparme. Era diestro y alto; atacaría por mi izquierda, seguramente como la primera vez pero un poco más profundo, intentando alcanzarme. Sin escudo, tenía que pararlo con un golpe rápido de derecha a izquierda. Un músculo de su mandíbula se tensó y mi brazo se disparó desde atrás, rasgando el aire mientras él lanzaba su estocada. Llegué tarde para desviar su cuchillo, pero mi machete alcanzó su antebrazo un poco antes de que la hoja llegara a tocarme. El hombre retrocedió soltando la navaja, y agarró su antebrazo con la mano izquierda.

–¡Maldito! ¡Me has herido! ¡Maldito bastardo!

Entonces el otro grandullón se lanzó como un buch furioso contra mí. Recuperé la posición de defensa. Pero no me hacía ilusiones, jamás podría parar al segundo hombre. Mi única posibilidad era atravesarle aprovechando su impulso, pero dudé si debía hacerle una herida mortal, y la duda en la lucha –decía Thuregi– es la madre de todos los errores. Se me estaba echando encima y mi espada aún estaba demasiado baja. Había perdido la ocasión, ya no podía hacerle daño antes de que me alcanzara. Pero entonces el hombretón se derrumbó milagrosamente a mis pies, golpeando su cara contra el suelo. En realidad no había tal milagro: el viejo Sidin le había hecho caer trabándole los pies con su larga caña. De un salto me arrodillé sobre la espalda del grandullón y pinché su nuca con la punta de la espada.

–Si te mueves te dejo seco –había oído esa expresión a mi primo Anael.

–¡No me mates, por favor! –suplicó el ladrón.

–Déjalos marchar –dijo Sidin.

–¿Prometéis dejarnos en paz? –les pregunté.

–¡Maldito niño, espera que te cojamos y verás! –gruñó el primer hombre, tapando la sangre que corría de su antebrazo.

–Vamos, Nadiroz –el consejero se puso en pie con ayuda de su vara–, recoge la navaja y sigamos el camino.

Me aparté del tipo tirado en el suelo y tomé el cuchillo, sin dejar de mirarle. Levantó su cara. Tenía unos cuantos arañazos y sangraba por la nariz.

–¡Vamos, agarra a ese viejo! –le gritó el otro ladrón.

–Cógelo tú si quieres –contestó el hombretón, levantándose pesadamente.

VIII

–Les debió avisar la mujer del granjero –dijo Sidin, respirando fatigosamente por la pendiente–. Desde que aterrizaron los invasores y el rey tuvo que retirar a la milicia de los caminos, los senderos se han llenado de aprendices de bandoleros.

Yo no escuchaba al viejo. Estaba aún demasiado emocionado por la pelea. ¡Había vencido! Con un poco de ayuda, sí… pero le había dado una buena zurra al primero y si hubiera tenido más espacio también hubiera dejado fuera de combate al torpe gigantón. El entrenamiento funcionaba. Mi espada se había movido como si tuviera voluntad propia. Me imaginé a mí mismo dando cuenta de una docena de ladrones con certeros golpes y hábiles maniobras, esquivándolos a todos con gran agilidad.

–Se han llevado su merecido –sonreí.

–Que no se te suba a la cabeza. Eran solo un par de patanes.

–Pero si no hubiera sido por mi espada…

–Por tu espada y por la mano que la empuña.

Por primera vez el rostro duro del anciano formó una sonrisa que no era burlona ni despectiva. Lo tomé como un cumplido.

–Yo fui también un jovencito impulsivo como tú. Me encantaban las peleas, pero pronto me cansé de ellas durante la Gran Guerra con los reinos del sur. Por cierto, allí luché junto a Frideric Thuregi.

–¿El abuelo Frideric?

–Sí, el padre de Geogan Thuregi, el actual jefe del clan. Los dos éramos oficiales en el ejército de Etienar Jasonderi. Frideric era un tipo duro capaz de resistir tres días de combate sin comer ni dormir, y una máquina de luchar. Él solo consiguió ganar más de una batalla con su atrevimiento y pronto se convirtió en general de todas las tropas de Dercanlea. Debería haber sido nombrado consejero cuando Etienar unificó el reino, pero no le interesaba la política. Era un hombre de acción y odiaba el ajetreo de Vitera. Así que Etienar le otorgó el territorio de la Laguna como recompensa a sus servicios y creó allí su pequeño feudo. Fui yo quien se quedó en el Palacio como consejero, sobre

todo para divertir al Rey, que también se aburría mortalmente con los asuntos del gobierno. Luego serví a su hija Elenor y ahora a su nieto Etienar II.

El viejo calló entonces, perdiéndose por unos segundos en sus pensamientos.

–Pobre joven rey. No estaba preparado para esto.

–¿Lamenta haberlo dejado solo?

–A veces todas las alternativas son difíciles, maese Nadiroz.

–Pero, ¿por qué llevaba ese traje, y hacía esas bromas?

–Digamos que era un disfraz para ocultarme del enemigo. ¿No te gustó mi pequeño espectáculo?

–Sí, la verdad es que hizo bastante bien el ridículo –me burlé.

–Oye, no te hagas el listillo conmigo. A listillo te gano por un buen margen.

Al atardecer pasamos entre las montañas, atravesando un alto tras el que se abrió un gran valle de tupidos bosques. Decidimos hacer noche en un abrigo natural que encontramos al descender. El anciano me mandó a recoger ramas secas. Cuando volví, para mi sorpresa ya tenía una pequeña hoguera encendida. Asamos los embutidos que habíamos comprado en la granja y unas cuantas patatas para acompañarlos. A la luz del fuego el consejero dibujó un mapa sobre el suelo polvoriento del refugio.

–Estamos pasando esta cordillera –trazó una línea de norte a sur–, en el corazón de la región central de Devala Quea. Al este tenemos el valle del Kande, que desemboca en el Golfo del Norte, pasada la península de Roseda Quea. Y más o menos por aquí –trazó una línea curva todavía más al este– están las laderas que suben hasta la gran meseta de las grutas en la región de Marga Quea.

–¿Vive alguien por allí? –pregunté sin dejar de masticar la sabrosa carne especiada.

–Unos pocos pastores de cabras. Es una zona inhóspita. El agua se filtra rápidamente al subsuelo y es muy difícil cultivar, dado lo accidentado del terreno. Por eso estoy seguro de que la segunda esfera está por allí. De no ser así alguien la habría visto cuando cayó o hubiera descubierto el humo levantado por el impacto.

–Pero podría haber caído en el mar, y entonces…

–No. Sé dónde tú caíste y la segunda, que fue anterior, tuvo que caer tierra adentro. Por la rotación del planeta.

–Pero, ¿por qué dijiste que yo había caído en la meseta?

–Me inventé esa historia, sí. No quería que los hrtar fueran hasta la Laguna.

–Entiendo. Yo tampoco quería ponerles en peligro.

Bien. Sidin no lo sabía todo. Al menos no sabía que la primera esfera estaba dentro de Vliror. Pensaba que había caído cerca de la Laguna y que la habíamos escondido cerca de allí.

–Pero, entonces, ¿por qué les llevamos hacia la otra esfera?

–Por el momento ganaremos tiempo.

El viejo sacó unas mantas con las que nos cubrimos, tumbándonos junto a los restos de la hoguera. Más allá de la amplia entrada de la oquedad podía distinguirse el apagado manto de las nubes.

–Echo de menos el cielo de Vikatee. Era fantástico ver las estrellas brillando por la noche. Aquí no hay brillo, todo es… gris.

–No se puede tener todo –dijo enigmáticamente el viejo–. Cada viajero desea descubrir nuevos mundos, pero siempre echa de menos el suyo.

Sidin se quedó mirando los rescoldos de la hoguera. Supuse que no diría nada más, pero por una vez tenía ganas de seguir hablando.

–Hace muchos años recibíamos con frecuencia visitantes del espacio. Mi padre tenía una forja cerca del espaciopuerto de Kevat, la ciudad donde iremos mañana. Allí aterrizaban las naves de los prospectores que llegaban a buscar minerales y despegaban más tarde cargados de extrañas rocas. Los visitantes aparecían por la tienda de mi padre para preguntarle por elementos raros, elementos de gran valor. Encontraron algunos yacimientos en las montañas, pero se agotaron después de unos años y los comerciantes de minerales dejaron de venir. Al parecer no había nada más en nuestro reino que fuera de interés para ellos.

–¿Eran demonios?

–¿Los visitantes? No, no –sonrió–, eran humanos de otros planetas.

Recordé que, según el abuelo Frideric, el planeta Mekham había sido colonizado quinientos años antes. Obviamente los colonos vinieron también de otros planetas habitados por humanos. Así que allí fuera –miré hacia las nubes– no solamente estaban los monstruos hrtar, también vivían razas parecidas a la nuestra.

–A todos les encantaba visitarnos, sobre todo cuando llevaban varias estaciones de viaje por el espacio. Pero después de una temporada echaban de menos sus tierras y sus familias. Muy pocos se quedaron en Dercanlea. Decían que nuestro planeta era demasiado salvaje para ellos.

–¿Contaban historias de sus planetas?

–Oh, sí, contaban toda clase de historias, ciertas o falsas. Yo era un niño y aún no distinguía claramente entre las leyendas y la realidad. Me tomaba sus cuentos muy en serio y los comerciantes del espacio se divertían impresionándome. Así fue cómo conocí la leyenda de las Esferas de los Maestros.

De repente desapareció de mi cuerpo el cansancio por el camino y la pelea con los ladrones. El viejo iba a hablar de las esferas. Me abrigué con la manta, sentándome hacia él para no perderme nada. El viejo se incorporó también, encendiendo una pipa parecida a la de Thuregi. Era la primera vez que veía a Sidin con una de ellas. Por lo visto, en Dercanlea aquel tubo era un ingrediente necesario para las conversaciones de los mayores.

–En realidad hay diferentes versiones de la leyenda, tantas como los visitantes que la contaban –comenzó el anciano tras aspirar de la pipa–. Casi todos los viajeros del espacio habían oído hablar de ellas, y sin embargo ninguno de ellos conocía los detalles. Siempre se trataba de noticias lejanas que habían escuchado de la boca de otros comerciantes o de militares retirados. Pero había puntos en común entre sus relatos. Estaban de acuerdo en que las esferas eran objetos muy antiguos, posiblemente de los más antiguos artefactos del universo, y que habían sido creadas por unos Maestros de la antigüedad que ocultaron en su interior un gran tesoro, una recompensa que solamente los iniciados en la sabiduría secreta podrían alcanzar. A partir de aquí venían las diferencias. Unos opinaban que este tesoro era la fuente de una energía ilimitada, otros creían que las esferas eran la puerta a poderes inimaginables, capaces de convertir en dioses a los que las consiguieran. Los más intelectuales pensaban que se trataba de una enorme biblioteca con todo el conocimiento perdido de los antiguos, un depósito del saber que existía en el Mundo Original antes de la dispersión. Imagina mi fascinación al escuchar de niño a esos hombres con extraños acentos contándome estas historias fantásticas. Las leyendas del pasado eran más fáciles de entender para mí que sus explicaciones sobre la vida en otros mundos. No podía comprenderles cuando me hablaban de las máquinas que permiten ver a distancia, o los motores que permiten a las naves moverse casi tan rápido como la luz, y de los aparatos que se ponían en su cerebro para estar en contacto o para guardar información.

Intenté imaginar al viejo cuando era un muchacho como yo, tratando de discernir lo que era cierto y lo que era tan sólo una fantasía. En mi caso, había visto las esferas y sabía que eran reales, pero aún no tenía una explicación sobre

su propósito y la razón por la cual eran tan buscadas.

–¿Crees que las esferas de mi ciudad son las mismas de las que hablaban las leyendas? –pregunté, aprovechando el buen ánimo del consejero–. ¿Dijeron cuántas de ellas había?

–En ese punto no se ponían de acuerdo. Cada uno tenía su propio número mágico. Ocho según unas versiones; doce según otras, trece, quince u otro número primo. Recuerdo uno de ellos, un tipo que parecía chiflado. Me dijo que en el pasado habían existido muchas más, pues habían sido creadas por los dioses en el principio de los tiempos, pero cada mil años sin desentrañar su misterio se destruía una de ellas, así hasta que alguien consiguiera descifrar su secreto o todas desaparecieran –sonrió tras los vapores de la pipa–. Pero en la mayoría de los casos la leyenda afirmaba que las esferas mágicas eran indestructibles, y su poder completo solamente se manifestaría si eran unidas e invocadas con el conjuro adecuado.

Trece esferas en Vikatee, según el mapa del Arqueón –recordé–. Y ciertamente, hasta donde yo había visto, no parecían fáciles de destruir.

–La mayoría de los viajeros hablaba también de interminables guerras por el dominio de las esferas, sucedidas hace muchos años, espectaculares batallas en las que las alianzas militares de vastos imperios habían arrasado sistemas estelares con sus terribles armas. El catálogo de seres que supuestamente participaban en las luchas incluía dragones de fuego líquido, espectros letales negros como el infierno y seres de luz que viajaban entre las estrellas. En fin… a todos los viajeros les encantaba pasar un rato bebiendo vino de frutas con nosotros, y eran historias muy interesantes de escuchar, aunque fueran obviamente imposibles.

–¿A nadie se le ocurrió que las esferas estuvieran aquí mismo?

–Las leyendas siempre hablaban de lugares y tiempos lejanos –chupó una vez más de su pipa–. Nunca se me ocurrió que las esferas pudieran ser algo real, y menos todavía que flotaran sobre Mekham.

–Pero, ¿cómo supiste que habían caído dos de ellas y que los demonios las estaban buscando?

–Ese Jared no es muy cuidadoso en sus conversaciones, y yo me entero de casi cualquier cosa que se dice en el Palacio –me guiñó un ojo cubierto por blancas cejas–. Pero háblame de tu ciudad volante. Me interesa conocer tu versión.

Dudé si debía contarle todo al anciano consejero. Estaba seguro de que no

me había dicho muchas de las cosas que él sabía. Por otra parte, nada de lo que pudiera contarle sobre mis aventuras me pondría en más peligro del que ya estaba.

–Está bien. Pero si te lo cuento, tú debes decirme por qué vamos a esa meseta. La verdad.

–De acuerdo. Es un trato –apretó mi mano con la suya, fuerte y áspera.

Acompañado por el crepitar de las últimas brasas, recordé lo que la Crónica, y el Superior en sus sermones, contabansobre el origen de Vikatee. La ciudad había sido construida hacía mil años como prueba para los fieles, para juzgar si merecíamos la última recompensa, la gran cosecha. La Crónica hablaba también de las Formas Sagradas sobre las que se había levantado la ciudad y cómo estas Formas serían reveladas en el día del juicio. Conté al anciano consejero que Jilai y yo habíamos descubierto la existencia de una esfera oculta bajo el nivel prohibido, y que según el mapa del Arqueón debían ser trece los globos escondidos, tantos como los mástiles mayores en los que estaban incrustados. Le expliqué también que Jared nos había descubierto abriendo la trampilla circular y que él mismo me había salvado de una muerte segura.

–Una coincidencia extraordinaria, ¿no te parece? –los ojos de Sidin brillaban contra los restos de la hoguera.

–Sí, en ese momento fue una suerte que estuviera por allí.

–Las trampillas tendrían mecanismos de alarma. En todo caso, parece obvio que las esferas son las Formas de las que habla vuestro libro sagrado –resumió Sidin–, y que su mantenimiento estaba reservado a los custodios, o al menos a algunos de ellos.

–Entonces, esos Maestros de los que hablan las leyendas serían los Constructores de Vikatee.

–Podría ser, pero si las historias son ciertas las esferas son mucho más antiguas que tu ciudad. Suponiendo que esos misteriosos Maestros fueron quienes las crearon, ¿por qué iban a querer esconderlas luego?

–Porque son muy peligrosas –recordé la teoría de Thuregi.

–Entonces las habrían destruido hace tiempo, maese Nadir.

–Quizás no pueden hacerlo. Son indestructibles, incluso para los dioses.

Mi rotundidad le arrancó una sonrisa.

–Añadamos eso a la lista de preguntas sin respuesta –sugirió el viejo–. Pero cuéntame qué pasó después de que Jared os descubriera.

Tuve que hablarle de mi padre, de cómo había descubierto trabajando en la biblioteca que él leía libros sobre el vuelo de los pájaros. Le relaté también la conversación entre Dombrir y Jared, el descubrimiento de que el fin de la ciudad se aproximaba y la sospecha de que mi padre había intentado construir una máquina voladora.

Entonces me detuve, porque Sidin me miraba de una manera extraña.

–Lo siento, he liado todo un poco –me disculpé.

–Sigue, por favor –el viejo se giró de nuevo hacia la hoguera. ¿Estaba concentrado o preocupado? No podía decirlo.

Continué, hablándole de las luces que se movían en el cielo, de cómo mi amigo Nilome llevaba la cuenta de su aparición y sus desplazamientos, y de que los custodios sabían que se estaban acercando a la ciudad.

–Entonces atacaron los hrtar –interrumpió el viejo.

–Sí. Sus naves llegaron de pronto, por la noche, justo cuando Nilome, Jilai y yo estábamos buscando la máquina voladora.

Narré entonces los últimos minutos, la confrontación entre el Superior y Jared, mientras la ciudad era destruida por las gigantescas naves negras, y la repentina desaparición del traidor al apretar el medallón verdeazulado que llevaba oculto.

–Hmm… –se limitó a decir el viejo.

–Jilai me dijo que volvió a aparecer en la nave hrtar donde ella estaba prisionera.

–Se transportó a distancia con ese medallón, está claro. Pero, ¿dirías que parecía sorprendido al ver a los hrtar?

–Sí. Es decir… no estaba sorprendido de que llegaran. Lo esperaba. Pero sí parecía extrañado de que nos atacaran. Aunque no expresó ninguna pena por la destrucción de la ciudad y la gente que moría...

Me quedé pensando qué podría significar aquello. ¿Había esperado Jared a otros seres en las naves? ¿O sabía que eran los hrtar, pero no conocía sus propósitos asesinos?

–Por cierto –recordé algo más–, en la audiencia con el rey, Jared dijo que yo trabajaba para 'los otros'. ¿A quiénes se refería?

Esta vez era Sidin quien dudaba si debía contarme algo. Se escondió unos segundos tras su pipa antes de hablar.

–Como te dije, las leyendas dicen que en el pasado hubo poderosas razas y

alianzas buscando las esferas. Los hrtar aparecían ya en los relatos de los comerciantes que visitaban Kevat. Son un poderoso imperio forjado por soldados sin piedad, que se enorgullecen de arrasar planetas sin otro fin que la diversión de sus crueles jefes. Sospecho que el declive del comercio de metales con Mekham no se debió solamente al coste del transporte. Lo más probable es que los hombres-pez hayan ido conquistando los sistemas cercanos, rodeando poco a poco nuestro planeta. Si ha sido así, no es extraño que los viajeros espaciales hayan dejado de venir a nuestras ciudades. Debe ser arriesgado atravesar el territorio hrtar para llegar hasta nosotros.

Las noticias del viejo eran terribles –reflexioné–. Significaba que nadie podía venir en nuestra ayuda. Estábamos aislados.

–En fin, supongo que los hrtar tienen enemigos. Quizás enemigos que también quieren las esferas, y Jared teme que tú seas su agente, al igual que él lo es de los demonios. Por eso están esperando que llegue la flota principal. Temen un ataque de sus enemigos.

Vaya, –pensé– lo que nos faltaba. Quedar atrapados entre dos fuegos, en medio de la lucha entre imperios enemigos.

–Por cierto, que ese Almirante Kautrk al que esperan los hrtar es el protagonista de algunas de las historias más terribles que escuché de los viajeros en Kevat. Es una leyenda en sí mismo, una especie de monstruo criminal. Si lo que contaban acerca de él fuera cierto no tendríamos ninguna posibilidad.

–¿Qué contaban?– pregunté, ocultando mi miedo.

–Oh, cosas absurdas. Que es capaz de llevar tantas armas encima como un crucero de ataque… que en la guerra con el imperio Pranak arrasó veinte planetas él solo, sin ayuda de su ejército… Supuestamente tiene la altura de diez hrtar normales y la fuerza de cien. También dicen que es capaz de vivir eternamente devorando a sus enemigos para absorber su energía, haciéndose cada vez más enorme y monstruoso.

Tragué saliva. ¿Era ese el destino que nos aguardaba? ¿La destrucción de Mekham por un jefe hrtar, que cortaría el planeta a pedazos tan fácilmente como sus esbirros habían destruido mi ciudad? ¿Iban a ser entregados Jilai y Vliror como regalo a un gigante caníbal que los devoraría para absorber su fuerza vital?

–Uno no puede fiarse de todas las leyendas –intentó sonreír Sidin–. Es bastante obvio que se trata de historias inventadas por el mismo Almirante Kautrk para generar pánico en sus enemigos y desmoralizarlos incluso antes de la batalla.

Desde luego, la táctica había funcionado conmigo. No tenía ganas de acercarme a ese Almirante.

–Más que sus supuestos poderes, me preocupa que el Almirante venga con una flota de refuerzo –explicó el viejo–. En los próximos días podríamos tener una oportunidad de escapar, porque la posición de los hrtar es débil. Aunque te parezcan una fuerza poderosa, la flotilla que atacó tu ciudad es pequeña. Seguramente tenían prisa por capturar a su presa y decidieron utilizar las naves cercanas al planeta. Incluso ahora mantienen la mayoría de esas tropas vigilando desde la órbita, sin bajar a la superficie. Están esperando ansiosamente la llegada de la flota del Almirante. Es obvio que están asustados de que sus enemigos lleguen antes.

–Los 'otros'.

–Esperemos que realmente existan otros. Y esperemos que sean mejores que los demonios.

–¿Y los dioses? ¿No van a venir a salvarnos?

Mis palabras sobresaltaron a Sidin. Me miró de reojo.

–¿Aún crees en los dioses?

–Pues… claro. Todo esto tiene que haber sido planeado por alguien. Si colocaron las esferas en Vikatee, no creo que vayan a abandonarlas.

–Ojalá fuera así –el viejo me obsequió con una sonrisa cansada.

La pipa de Sidin se había apagado, al igual que la hoguera. El anciano meneó los rescoldos con su caña, esperando obtener un poco más de calor.

–Debemos descansar. Mañana tenemos otra caminata.

–Pero no has respondido a mi pregunta.

–¿Qué pregunta?

–¿Por qué me llevas a la meseta?

–Ah. Lo siento. No puedo contestarte todavía –levantó sus hombros y, sin inmutarse, golpeó la pipa contra una roca y la guardó en su bolsillo.

–¿Cómo? ¡Lo prometiste!

–Prometí que te lo diría, pero no dije cuándo –protestó.

Lo miré con toda la furia de la que fui capaz, pero no sirvió de nada. Agarré mi manta y mi espada, me puse en pie y busqué un sitio plano para tumbarme bien lejos del viejo tramposo. Si esperaba que le contara algo más o incluso que hablara una palabra con él, podía esperar hasta el fin del mundo –me juré–. Conseguí odiar al anciano consejero durante un rato más hasta que me venció el

sueño.

No nos dirigimos ni una palabra durante el descenso al valle del Kande. En lugar de aguantar la voz cascada del consejero me dediqué a escuchar los ruidos del bosque, intentando distinguir entre la miríada de animales y pájaros, que raramente veía entre la maleza pero cuya bulliciosa conversación se oía con claridad. El camino cuesta abajo se me hizo fácil. Adelanté con facilidad a Sidin y en algunos tramos empinados me permití bajar trotando sobre las rocas. Acostumbrado durante tanto tiempo al suelo llano de Vikatee, cada desnivel del terreno seguía siendo para mí una diversión. Así, sin darme apenas cuenta pasó media mañana de viaje entre los arbustos y la fauna salvaje del valle, hasta que la vegetación se fue haciendo más escasa, los sonidos amansaron, y la senda se volvió más ancha y llana.

Llegamos por fin a la ribera de un río donde nos encontramos con caminantes y carretas que circulaban por la orilla. Hacia el norte eran visibles algunas granjas y campos cultivados. Al acercamos a ellos observé que la tierra era muy rojiza y los árboles frutales crecían altos y frondosos. El hambre ya hacía presa de nuestros estómagos, así que al llegar a una aldea cercana a las aguas, Sidin señaló una posada en la que nos apresuramos a entrar. Sentados junto a un barril vacío que servía de mesa, tomamos un abundante almuerzo mientras observábamos la actividad en el río, con pequeños botes que subían y bajaban, la mayoría movidos a remo. Uno de los barqueros, que conducía un bote vacío, levantó la mano en nuestra dirección. Sidin le devolvió el saludo con una seña para que se acercara.

–Tomaremos una barca –el viejo rompió nuestro largo silencio–. Con ella llegaremos a la ciudad por la noche.

Le seguí, sin contestar, hasta un embarcadero cercano en el que había atracado el barquero. Sidin negoció el precio y en unos segundos estuvimos a bordo.

Ayudada por la corriente y el ligero viento de popa, la ancha canoa voló hacia el norte entre los manglares que crecían junto a las orillas. Viendo la arboleda pasar inexorablemente sentí que, al igual que le sucedía a la barca, me arrastraban por este planeta fuerzas ocultas y poderosas más allá de mi comprensión, un torrente de acontecimientos que se aceleraba cada vez más, sin dejarme posibilidad de escapar ni tampoco ver lo que me esperaba. Para mi fastidio, tras cada respuesta que conseguía se desplegaba un nuevo misterio y

donde creía tener un amigo se descubría un posible farsante. Las técnicas del entrenamiento no me servían. No podía anticiparme a los movimientos del enemigo, no podía vislumbrar su punto débil para esquivar los ataques… En esta lucha no podía ver dónde estaban los adversarios y mucho menos saber qué planeaban.

Me sentí cansado. Hubiera abandonado en este mismo momento mi aventura si hubiera podido volver a tomar mi sopa de bambe en el pequeño cubículo de Vikatee con mi madre y mi hermana. Si me hubieran dado a elegir, preferiría el aburrimiento de las clases y las burlas ocasionales de mis compañeros a viajar por mundos nuevos insólitos llenos de intenciones sospechosas. Pero el río me seguía arrastrando, empeñado en llevarme hacia lugares desconocidos. Me tumbé en el fondo de la canoa y pensé adormilado en el torbellino de los últimos días, buscando en todo ello un sentido que se me escapaba.

Me despertó el estruendo del río. Por un segundo temí que nos acercáramos a una cascada, que mi viaje concluyera volando por el aire, cayendo a un nuevo abismo… pero al levantarme tan sólo vi unos rápidos rocosos donde nuestro cauce se unía a otro más ancho.

–Entramos en el gran río Kande, padre adoptivo de los Kevanos –me informó Sidin–. Pronto estaremos en la ciudad de mi infancia.

Kevat estaba construida sobre varias colinas redondeadas, en el lado oeste del río. A diferencia de las construcciones de piedra de Vitera, la mayoría de las casas estaban hechas de madera. El barniz de tinte anaranjado con que estaban pintadas hacía resaltar a la ciudad contra el verde del valle y el color pardo del río. Amplios campos de cereales rodeaban el asentamiento con divisiones de formas caprichosas, formadas por árboles que se abrían en abanicos de grandes hojas carnosas. Sidin me informó que eran árboles de akol, de cuyo fruto se extraía el preciado aceite que se usaba tanto para sazonar los alimentos como de combustible en las cocinas del valle, y también en productos para la piel y el pelo. De los muchos molinos que aprovechaban la corriente del río, unos se dedicaban a los cereales y otros a la extracción del aceite de akol.

–Kevat siempre ha sido rica –dijo Sidin, cuyo humor iba mejorando al acercarnos a la entrada de la ciudad–. Antes de la Gran Guerra tenía su propio monarca allí sobre la colina central –apuntó a un macizo castillo, no tan elegante como el Palacio Real–. Mi padre trabajaba para el armero de la reina Tegoret, que se casó con el hijo menor de Etienar de Vitera. Cuando los reyes del Sur

atacaron nuestras costas, la alianza matrimonial establecida entre los reinos del Norte nos llevó a luchar junto a los viterios en la Gran Guerra. Tras la victoria aceptamos la unificación de Devale Quea y Marga Quea, los dos territorios, y así nació el reino de Dercanlea bajo la corona del primer Jasonderi, Etienar I.

No presté mucha atención a la lección de historia, ocupado en captar los olores, colores y sonidos del crepúsculo y la agitación de la ciudad que se preparaba para la noche. Todavía me resultaba curioso pensar que había tantas ciudades en un único mundo, y que cada una fuera tan diferente.

Al detenernos en una especie de mirador, pasando la primera colina, Sidin señaló hacia el valle. La curva del río Kande rodeaba una planicie despoblada, ennegrecida, como si hubiera sido quemada por el mismo fuego del Peklon. En medio del desolado paraje se levantaban estructuras tan altas como el Palacio Real de Vitera. Parecían restos de animales colosales devorados por los insectos, esqueletos carcomidos y retorcidos por el tiempo. Al lado de uno de ellos reconocí una gran forma cubierta de óxido como los metales de los barcos pesqueros, con su cubierta agujereada en mil partes.

–Allí está lo que queda del espaciopuerto. Fue construido por los comerciantes del espacio, rellenando una ciénaga en los márgenes del río. Desde que los viajeros dejaron de venir solo se ha utilizado para conseguir metal barato.

Hechizado, me imaginé las grandes naves espaciales despegando y aterrizando junto a la ciudad, llevando mercancías y visitantes de otros planetas. Allí fuera en el espacio tenía que haber maravillas dignas de ser vistas. Ojalá hubiera podido, como Sidin, conocer a los humanos de otros mundos y escuchar sus historias sobre lo que pasaba lejos de Mekham.

Pensé en otros mundos mientras seguía al anciano a través de las callejuelas de otra colina de Kevat. Después de un rato, el consejero localizó una acogedora fonda que según él era de las más antiguas de la ciudad. Allí cenamos y nos dimos un suntuoso baño utilizando la piscina cubierta, caldeada con una estufa del famoso aceite de akol. El agua misma estaba impregnada del olor de esencias aromáticas. Me pareció el lujo más exquisito al que pudiera aspirar cualquier persona y que sin duda debía ser parte de la recompensa ofrecida por los dioses a los que superaran sus pruebas. Tan relajante era la experiencia que, al salir del cálido líquido, sentí repentinamente el enorme peso de mi propio cuerpo, extenuado como si lo hubiera machacado una avalancha de buchs. Tras secarme como pude, me derrumbé en uno de los catres de la habitación y dormí de un

tirón hasta la mañana.

Al día siguiente el ánimo de Sidin había cambiado de nuevo, volviéndose indeciso y melancólico. Parecía dudar hacia dónde dirigirnos y mataba el tiempo inspeccionando los puestos de un mercado.

–No me fío de estos vendedores –afirmó con rostro agrio después de tocar los utensilios de los puestos.

Su renovada decisión nos llevó por una calle empinada hacia la colina central. Por un momento pensé que íbamos a visitar al gobernador o quien fuese que ocupaba el macizo castillo, y que Sidin tenía algún plan para pedirle ayuda contra los hrtar o refuerzos para nuestra expedición, pero el antiguo consejero se detuvo súbitamente frente a una de las grandes casas. Extrañamente, ésta no era de madera rojiza, sino de piedra que había sido pintada del mismo color para no desentonar. En la parte baja se abrían varios arcos tras los que se exponían objetos de metal: herramientas de labranza, verjas, lámparas y cuchillos. Incluso había una armadura completa con yelmo y todo. Sidin todavía dudó un minuto, dando pasos arriba y abajo, hasta que por fin entramos a través de uno de los arcos. Una mujer joven acababa de atender a un comprador y se dirigió inmediatamente hacia nosotros.

–Buenos días, noble visitante –miró con curiosidad a Sidin.

–Buenos días… hum… estoy buscando al dueño.

–Creo que está arriba –contestó cautelosa la mujer–. Si me dice su nombre…

–Dígale que soy Sidinar.

La mujer avisó a un chico para que saliera a atender, o más bien para vigilarnos mientras ella buscaba al dueño. Vi que la oscuridad del fondo de la tienda se iluminaba con resplandores rojizos, oyéndose al mismo tiempo fuertes golpes de metal contra metal. Iba a acercarme para ver qué había exactamente en el interior cuando salió un hombre maduro, de aspecto cuidado y ojos inteligentes. La mujer regresó tras él, con su cara sonrosada llena de inquietud. El hombre se plantó delante de Sidin y ambos se miraron en silencio durante unos instantes.

–¿Qué haces aquí? –dijo el dueño, en tono no muy amable.

–Necesito material de buena calidad: cuerdas, clavos y ganchos. Y un par de pequeñas ballestas con flechas de metal.

–Las ballestas están prohibidas.

–Ya sé que están prohibidas. También sé que tenéis algunas guardadas, al

igual que el rey en su armería secreta.

El hombre respiró profundamente. Su tono se suavizó un poco.

–Hemos oído las historias de esos invasores en Vitera, pensamos que quizás te habían…

–De momento solo he conseguido que me expulsen de la corte.

–Bien… sea lo que sea que te propongas, es asunto tuyo. Vuelve dentro de una hora. Tendré todo preparado.

Pasamos el rato en una taberna cercana, tomando una infusión de hierbas y pequeños pasteles que se fundían en la boca. Pensé en preguntar al viejo por la extraña conversación con el hombre de la tienda pero todavía estaba resentido por sus engaños y no quería el favor de sus medias respuestas. Era obvio que él y el dueño se conocían de antes y no mantenían muy buenas relaciones, pero por alguna razón el hombre se sentía obligado hacia el anciano consejero.

Cuando regresamos, la mujer tenía una gran bolsa de cuero preparada para nosotros. Sidin la tomó de sus manos y sin mediar palabra se dirigió hacia el interior. Lo seguí muerto de curiosidad hasta la trastienda, una gran fragua donde se fundía y moldeaba el metal que formaba las armas y herramientas vendidas fuera. Sidin observó con fascinación a los hombres que trabajaban bajo el calor del metal fundido. Recordé entonces que su padre había tenido una forja en la misma ciudad… Tonto de mí. ¡Ésta era la fragua de su padre! El viejo había trabajado aquí antes de partir a la Gran Guerra.

El dueño surgió de las sombras y se acercó a nosotros, secándose el sudor.

–¿Qué quieres ahora?

–No tengo suficiente dinero para pagarte –confesó Sidin.

–Oh, olvida el maldito dinero y márchate ya.

–Gracias –añadió el viejo con voz temblorosa.

Los dos esperaron durante un segundo como si uno de ellos fuera a decir algo más. Luego Sidin puso su mano libre sobre mi hombro y me llevó hacia la calle. El dueño nos dio alcance.

–Madre todavía espera que regreses –dijo el hombre, con tono menos duro–. Hemos intentado que olvide, pero…

Sidin dejó la pesada bolsa en el suelo. Habló sin levantar sus ojos.

–Dile a tu madre que completaré pronto mi misión y que… si aún estoy vivo… prometo regresar.

El hombre le miró desconcertado. Antes de que pudiera contestar, Sidin se

dirigió a mí.

–Maese Nadiroz, por favor, toma la bolsa.

Hice lo que me pedía, observando como el viejo se adelantaba hacia el hombre de la forja, tocando levemente con su mano arrugada el rostro sorprendido del dueño.

–Adiós, hijo. Espero algún día darte motivos para que me perdones.

Casi se me cayó la bolsa al escucharle. Reponiéndome de la sorpresa, la colgué sobre mi hombro y seguí al anciano mientras salía a toda prisa de la tienda.

IX

Cruzamos el río Kande por un puente de piedra y madera, similar al que habíamos visto atravesando el Hifiande, pero más largo y ancho. Acompañamos durante un trecho a algunas carretas que seguían el camino entre la ciudad y los campos, pero a los pocos minutos Sidin dejó la vía principal que seguía el río y tomó un sendero que se desviaba al este, hacia un bosque de altos árboles que parecía impenetrable. Observé al viejo, caminando más decidido que nunca, sin rastro de la emoción que había mostrado al despedirse de su hijo. Las personas mayores ocultan muchos secretos –me dije–, y por eso no es fácil entenderse con ellas.

Cuando nos aproximamos a la masa verde del bosque, escuché un susurro que acompañaba al viento. Eran las hojas de los árboles, que se agitaban con la brisa que corría por el valle. Sidin se quedó escuchando conmigo y suspiró profundamente.

–De pequeño venía por estos bosques con mis amigos. Buscábamos escondrijos, construíamos refugios secretos e incluso cazábamos roedores. Más de una vez nos perdimos en la espesura.

Seguimos el estrecho sendero, apartando las ramas bajas de los árboles. Pronto la escasa iluminación que llegaba desde las nubes desapareció bajo el denso arbolado. No era de extrañar que alguien se perdiera en este laberinto tenebroso.

–Casi nadie viene ya por aquí –añadió el viejo–. La región de Marga Quea es bastante inhóspita, empezando por la selva llena de zarzas aquí abajo y terminando por el terreno inestable y traicionero de la meseta. Voy a ver si encuentro el arroyo que solíamos seguir en nuestras escapadas. Con suerte podremos llegar hasta un lago que hay más arriba. Era uno de nuestros secretos –rio–. Nos bañábamos desnudos en el agua helada. Locuras de juventud.

Cuando ya pensaba que estábamos perdidos sin remedio oímos el rumor de una pequeña corriente. Siguiendo el sonido del agua encontramos un riachuelo, tan estrecho que podía cruzarlo de un salto. El viejo se metió en el agua, apoyado en su caña.

–Vamos, es el camino más fácil –me llamó.

El diminuto cañón excavado por el arroyo dejaba un pequeño espacio libre bajo el molesto ramaje, lo que evitaba que nuestras mochilas se engancharan tanto como antes. Al principio me resultó incómodo andar con los pies mojados pero me acostumbré después de un rato. El agua servía para refrescar las piernas del calor de la caminata. Eso sí, había que tener cuidado al caminar sobre las resbaladizas piedras del fondo, y fijarse en los súbitos cambios de nivel para no sufrir una torcedura.

Siguiendo el lecho del riachuelo, tras una larga subida en la que sorteamos pequeñas cascadas, llegamos a un claro despejado de árboles y cubierto de agradable hierba, donde se asentaba un tranquilo estanque. Agradecí dejar los zigzags del arroyo y correr por el prado sin las sandalias mojadas. Al agacharme para probar el agua fresca me sorprendió la vista de un hermoso animal en la otra orilla. Su cabeza estaba adornada por unos graciosos cuernos y sus grandes ojos me miraron alerta antes de saltar para alejarse hacia el bosque. Qué maravilla –pensé–, ¿cuántas sorprendentes criaturas escondía este planeta?

Las aguas del pequeño lago me recordaron la Laguna, y mis pensamientos viajaron hacia mi familia adoptiva. Echaba de menos la algarabía de las cenas y la paz de las charlas en el porche, con el señor Thuregi meciéndose en su silla y degustando su pipa. Me pregunté qué pensaría él de mí, y si algún día tendría la oportunidad de explicarle lo que había sucedido. El destino que me arrastraba rompía sin piedad mis lazos con aquellos en los que confiaba. Ahora la fuerza invisible me empujaba hacia esa maldita meseta de las Mil Grutas, guiado por un viejo chiflado y tramposo. Me preguntaba si conseguiría regresar alguna vez al mar o caería en algún oscuro mundo subterráneo. A estas alturas no me hubiera extrañado encontrarme con las puertas del mismo infierno entre las gigantescas

rocas grises de la montaña. Si no había encontrado el Peklon en la superficie del planeta, bien podía estar esperándome en su interior.

Mis pensamientos se aligeraron tras almorzar un buen pan de Kevat, horneado con trozos de carne salada en su interior, y saciar la sed con el agua fresca del estanque. Despidiéndonos con la mirada de la ciudad que aún se veía al fondo del valle, cargamos los fardos de nuevo y enfilamos hacia las cumbres de piedra.

–Ahora será más fácil –dijo Sidin optimista.

Ciertamente era menos molesto caminar sobre terreno seco, sin ramas que nos entorpecieran cada paso y ocultaran la ruta, pero seguir la empinada pendiente de grava tampoco era fácil. A los resbalones y golpes se unió tras un rato una fina lluvia y una brisa helada que me provocó un ataque de estornudos. La húmeda tortura duró al menos un par de horas, durante las cuales el cielo se oscureció tanto que parecía de noche. Cuando la lluvia y el viento se marcharon por fin a otra parte pude ver unos riscos más arriba que podían servir para reponernos del mal tiempo.. El viejo consejero se había quedado bastante retrasado, levantando con dificultad sus piernas.

–¡Vamos hacia allí! –le señalé los peñascos.

Encontramos una pequeña cueva y Sidin se las arregló de nuevo para encender con rapidez un fuego. Tenía que enseñarme su truco para crear una llama a partir de unas pocas ramas húmedas. Arrimados a la fogata calentamos nuestras ropas mojadas y los cuerpos ateridos de frío mientras veíamos el lejano valle en un sombrío atardecer. Utilizamos también la hoguera para tostar algunos panes y les añadimos un poco del preciado aceite de Kevat. La combinación era fantástica, sobre todo porque teníamos un hambre terrible.

–Hay que guardar para el camino –me advirtió Sidin cuando iba a tomar más pan de su mochila.

–¿Qué pasó con tu familia? –dije. No habíamos hablado en las últimas horas y ya estaba cansado de tanto silencio.

–¿Tu curiosidad no conoce límites, verdad? –contestó el anciano secamente.

Y así acabó otro agradable día de caminata. Había perdido ya la cuenta de nuestras jornadas de viaje pero me parecía como si hubiera transcurrido una estación completa. Lo peor de todo es que comenzaba a echar de menos el pescado fresco. Pensando en su carne aliñada con jugo ácido, me tumbé en un rincón protegido del viento y sin darme cuenta me quedé dormido.

Me desperté entumecido por el frío de la piedra. Afortunadamente la niebla

de las montañas se disolvió pronto y mis piernas volvieron a funcionar razonablemente mientras ascendíamos, pero hubiera dado cualquier cosa por unos buenos rayos de sol para quitar los restos de humedad pegados a mi ropa.

A mediodía, cuando ya no podía soportar otra subida más, atravesamos un paso entre dos montañas y vimos por fin lo que quedaba más allá de la cordillera de piedra. La transparencia de la atmósfera nos permitió observar con claridad el alucinante panorama que se extendía ante nuestros ojos. Por un momento me imaginé que estaba ante un enorme cuenco de cerámica agrietada, extendido hasta el horizonte, una hondonada causada por la caída de un enorme martillo sobre el planeta, que como un mazo hubiera aplastado su superficie, rompiéndola en mil fragmentos sin vida. El terreno que veíamos allá abajo semejaba una piel seca y agrietada sin apenas vegetación, una vieja manta de cuero descolorido y desgarrado por el sol en un millón de sitios. A juzgar por la distancia, algunas de las simas y grietas debían ser tan enormes como ciudades enteras y los agujeros, que parecían desde aquí hormigueros diminutos, pozos que podían tragarse enteros los grandes barcos mercantes.

–La Meseta de las Mil Grutas –nombró Sidin–. Hacía muchos años que no la veía.

–¿Qué destruyó así el suelo? Es como si un gigante hubiera pisoteado las montañas hasta hundirlas.

El viejo rio con ganas.

–Un gigante, ¿eh?. Es muy posible que los hrtar tengan bombas capaces de crear esta devastación. Sin embargo, se trata de enemigos mucho más simples: el tiempo, el agua y el hielo.

Pensé que el anciano se había vuelto definitivamente loco, o me estaba tomando el pelo de nuevo.

–Es verdad, Nadiroz. El agua puede disolver las rocas, especialmente las que tienen cierta composición. Las piedras de esta región se han ido deshaciendo durante miles de generaciones por culpa de la lluvia y de las heladas. Por su culpa la meseta tiene ahora tantos agujeros como un queso fermentado y algunas zonas se han colapsado bajo su propio peso. De hecho, como puedes ver, toda la planicie se ha ido hundiendo hacia su centro.

–¿Y quieres que nos metamos en esa trampa para ratones?

–Lo siento. No hay otra opción.

Palpé el brazalete que nos mantenía bajo vigilancia y contuve el impulso de machacarlo contra una piedra. Era como estar atado por una cadena invisible.

Odiaba que alguien decidiera por mí, fuera Sidin o los demonios que nos vigilaban a distancia. Contén tu rabia –me dije a mí mismo, recordando el entrenamiento–, guárdala para cuando sea útil.

Comencé el descenso junto al viejo, que se apoyaba sobre su larga caña para no resbalar con los cantos sueltos. Era una locura pensar que podríamos encontrar nada que hubiera caído allí abajo. Hallar una esfera sagrada en esa árida inmensidad sería tan difícil como descubrir un guijarro de playa escondido en la cordillera que abandonábamos. Ni siquiera estaba seguro de que realmente buscáramos una de las esferas. ¿Por qué me había traído Sidin aquí? ¿Qué quería de mí? Me perseguía la fastidiosa impresión de que el viejo me estaba manipulando para conseguir algo.

Al cabo de un rato encontramos de nuevo un arroyo, que seguimos cuesta abajo durante la mayor parte del día. Hacia el atardecer comencé a sentir más calor y una agobiante sequedad, como si estuviéramos entrando en un horno de piedra. Por suerte el arroyo nos daba toda el agua que necesitábamos para beber y refrescarnos. A medida que descendíamos hacia el terreno hundido, su superficie se fue volviendo más abrupta, quebrada en grandes grietas sin fondo que debíamos rodear con paciencia. El riachuelo desapareció entre los huecos abiertos en las rocas. Los bordes desgastados de las paredes de piedra me hicieron acordarme de los acantilados cercanos a la Laguna, agujereados por innumerables cuevas y derrumbes. El anciano consejero tenía razón. El agua y el tiempo eran más fuertes que las rocas.

–Ten mucho cuidado. Este terreno es traicionero –oí a Sidin más arriba mientras yo trataba de seguir un canal excavado en la arenisca.

No hacía falta que me advirtiera. Un par de veces había metido el pie en un hoyo y había estado a punto de caerme o algo peor. Pronto tuvimos que sacar las sogas que el viejo había conseguido en la fragua para salvar los cortes del relieve. Me enseñó cómo utilizar dos cuerdas, una para descender y otra para deshacer la atadura de la primera tirando desde abajo. Mucho más penoso resultaba ascender por una pared. Solamente lo hicimos una vez, al meternos en una larga garganta que terminaba en un callejón sin salida. Tardamos una hora en salir del estrecho cañón.

Comenzaba ya a oscurecer cuando llegué a la cumbre de un peñasco y me planté de pie junto al viejo, que miraba alrededor apoyado en su caña.

–¿Y ahora dónde? –pregunté confuso, cansado y sediento. Habíamos subido buscando algo de perspectiva, pero en todas direcciones veía el mismo caos de

rocas erosionadas.

–Creo que podemos bajar por allí. Es un pasillo subterráneo.

–Pero si nos metemos dentro no veremos nada. Recuerda lo que nos pasó en esa garganta.

–Tenemos que buscar un lugar para pasar la noche a cubierto. Por aquí merodean animales extraños.

–¿Animales?

En nuestro descenso desde la cordillera habíamos visto a lo lejos unas pocas cabras y un ejemplar del bello animal con cuernos que había observado junto al lago. También se podían ver reptiles inmóviles, camuflados sobre las piedras. Pero en la árida hondonada no había observado más que moscas. Nada que pudiera amenazar nuestra vida.

Sidin comenzó el descenso utilizando una hendidura excavada en la pared del montículo. Vigilaba sus pasos cuando un terrible golpe me alcanzó por la espalda, haciéndome girar en el aire para caer sobre mi pesada mochila. Grité al ver de refilón un enorme pájaro amarillento, más grande que un hombre, levantando el vuelo de nuevo.

–¡Es un cortacabezas! –chilló Sidin, asomándose desde la hendidura–. ¡Cuidado con su pinza!

Me levanté rápidamente. Solo tenía una magulladura en el hombro, pero la parte superior de mi mochila se había rajado, esparciendo su contenido por el suelo. Saqué mi espada del arnés colgado a mi espalda y noté algo raro al empuñarla. Tenía una muesca en el mango de metal. ¿Qué clase de bestia podía cortar el metal de esa manera? El corazón me dio un vuelco. Si la empuñadura no hubiera sobresalido tras mi cuello, mi cabeza habría rodado por el suelo.

Busqué al engendro volador. La poderosa ave se elevaba silenciosamente batiendo dos alas anaranjadas de las que surgían garras armadas con largas uñas. Tras girar en el aire, se lanzó de nuevo en picado abriendo sus extremidades. Levanté mi espada con ambas manos, colocándome en posición de defensa.

–¡Pero qué haces, loco! ¡Baja de ahí! –oí la voz de Sidin.

Mi atención estaba concentrada en el pájaro y en su pinza mortal. ¿Podía anticiparme a su movimiento? ¿Era mi espada suficientemente larga? Tenía que esperar a que se acercara. Era un animal inmenso. Ya estaba cerca. No iba a desviarse. Los ojos amarillos apuntaban hacia mí. Su pico lanzó un chillido que me heló la sangre. Tenía que adelantarme. Esquivar y cortar.

–¡Nadiroz!

Sentí algo en mi brazo izquierdo mientras descargaba el golpe. Apenas pude ver un borrón mientras sus cuchillas se acercaron a mi cara y pasaron de largo. Mi espada siguió cortando el aire hasta encontrar su vientre. La punta entró en el gran cuerpo de la bestia, pero su impulso me empujó hacia atrás.

Eufórico por haber alcanzado al monstruo, no pensé en buscar apoyo. Antes de recuperar el equilibrio, su empujón me hizo tropezar con un saliente y comencé a caer. No había nada a lo que pudiera agarrarme, solamente una oscura fosa esperándome más allá del peñasco. Floté sin gravedad por unos instantes, hundiéndome hacia el vacío. Era mi destino, caer una y otra vez. Esta vez no era agua lo que me esperaba, sino duras crestas de piedra. Algo crujió y mi conciencia se retiró piadosamente, llevándome a un curioso sueño. Volaba entre las estrellas, intentando decidir a cuál de ellas debía dirigirme. Sabía que algunas quemaban y otras congelaban. Unas eran ligeras como nubes. Otras eran duras. Me acerqué a un planeta que brillaba con luz cálida, tan grande que no podía abarcarlo con la vista. En ese momento me di cuenta de que no era un cuerpo celeste, sino la esfera que estaba buscando. Tenía el tamaño de un planeta entero y estaba cayendo sobre él.

–¡Nadiroz! –oí una voz lejana.

La oscuridad se desvaneció con rapidez. Mi cuerpo estaba tirado en el fondo de la fosa. Sentía dolor en mis brazos y mis hombros, pero no notaba nada por debajo de mi pecho. Había una silueta humana. Intenté girarme para mirarla pero la negrura volvió.

–No se te ocurra moverte, por todos los dioses del averno.

–Agh, ¡me duele!

–Claro que te duele. Si no te doliera estarías muerto. ¿Cómo se te ocurre quedarte ahí delante del cortacabezas? Jamás he visto tanta temeridad.

–Lo siento.

–Ahora dime si también sientes esto –suspiró el viejo.

No noté nada cuando me tocó una pierna, ni la otra pierna. El brazo izquierdo cerca del brazalete…

–Tranquilo, te has desmayado otra vez –dijo Sidin tras despertarme–. Tienes fracturado el brazo derecho y fisuras en un par de costillas. Lo demás son contusiones.

–No noto nada… –añadí aterrorizado.

–Te he inyectado algo para el dolor, y para que no te muevas. Maldita sea.

La silueta del anciano se apartó para buscar algo. Miré arriba y vi colgando

sobre mi cabeza la tenue claridad desde la que había caído.

–¿Y el pájaro?

–Aquí no bajará. Ahora quieto, voy a ponerte algo.

Noté un pinchazo y un agradable calor me recorrió desde el brazo. El dolor se perdió en la distancia.

–Tengo que reducir la fractura. Luego te haré dormir.

Algo tiró del brazo insensible que colgaba a mi lado. Un instante después estaba ya dormido. Esta vez fue diferente al desvanecimiento. No hubo fantasías ni sueños. Solamente la ausencia de tiempo.

Al despertarme descubrí mi cuerpo tapado con una manta y mi cabeza apoyada en la bolsa de Sidin. Era de día. No pude ver al viejo. Recordé entonces el ataque de la bestia voladora, la caída, el dolor de mi brazo roto y mi cuerpo sin sensaciones. En la escuela –hacía tanto tiempo ya– un chico se había caído mientras escalaba el patio hasta el nivel de los cultivos. Haciendo el tonto para impresionar a las chicas, se había burlado Koel. El muchacho había vuelto al día siguiente a clase con el brazo rígido como un palo, sujeto por varillas de bambe atadas expertamente. Tardaron muchos días en quitárselas y luego nunca pudo volver a doblar el codo. A partir de entonces su mote fue ‘brazo-palo’. Yo ni siquiera tendría un mote. Me quedaría aquí sin poder moverme. El consejero se había marchado a su loca misión. Pero no iba a quedarme aquí, esperando a que otro animal salvaje me descubriera.

Intenté mover el brazo herido, pero bajo la manta sólo había una masa dormida. Levanté mi otra mano y vi con orgullo que el anillo de Jilai seguía rodeando mi dedo índice, más allá del maldito brazalete hrtar aferrado a mi muñeca. Más arriba, mi antebrazo estaba cubierto por una venda manchada de sangre. Las cuchillas del monstruo me habían rozado. Llevé mi mano móvil al lado derecho para destapar la manta, que ocultaba un abultamiento extraño. Me armé de valor y lo destapé, descubriendo un disco de oscuro brillo metálico pegado a mi piel, sujeto con una banda de tela. Me había ganado un segundo brazalete. Genial.

Oí algo en la negrura de la caverna. Pasos que se acercaban. A estas alturas ya conocía la forma de caminar del viejo Sidin. Al menos el viejo no me había abandonado. Tapé el brazo y me dispuse a enfrentarme a sus regañinas.

–¿Cómo te sientes? –dejó un odre con agua en el suelo.

–Mareado.

El anciano se sentó junto a mí y levantó la manta que tapaba mi brazo roto, sin dejar que yo lo viera. Su expresión no me dijo nada.

–Tengo hambre –me quejé.

–Imagino que sí. Has dormido dos días y medio.

–¿Cómo?

–No debías moverte mientras tus fracturas se curaban.

–¿Puedo levantarme?

–Espera, voy a preparar un cabestrillo.

Sidin me ayudó a incorporarme para comer algo. Al hacerlo, la manta se deslizó. Observé de nuevo el segundo brazalete que había ocultado sobre el brazo herido. Me quedé mudo de la sorpresa. ¡Era igual al medallón de Jared, el que había utilizado para desaparecer de Vikatee! Tenía los símbolos de la escritura de los Constructores, las mismas letras iluminadas.

–¿Qué es eso? –llamé a Sidin.

El viejo frunció los labios y arrugó su ceño.

–Cura tu hueso roto e inyecta medicinas en tu sangre.

–Tú también trabajas para ellos. Tienes el mismo medallón que Jared.

–No es el mismo.

–Me has engañado. Lo sabía. Todo ha sido un truco para averiguar dónde está la esfera. Ya me extrañaba que nos hubieran dejado marchar con tanta facilidad…

–Demonio de chico. Os lo dije, os dije que si le contaba algo tendría que explicarle el resto…

El viejo no me miraba. Estaba hablando a un fantasma que yo no podía ver.

–Escucha, Nadiroz. Te voy a contar algunas cosas… aunque tenga que ignorar algunas reglas. Déjame un momento.

Tocó el medallón pegado a mi brazo.

–Mejor así.

El viejo se sentó junto a mí, agitado como si luchara consigo mismo. Finalmente, sacó su pipa y cumplió con el ritual de encenderla y aspirar su aroma maloliente.

–Antes de hablar tengo que advertirte –me miró a través del humo que subía hacia la abertura de la sima–. No sé toda la verdad. Y de las cosas que sé, muchas son demasiado peligrosas para ti o para tus amigos. Quizás os ponga en peligro con lo que te voy a decir…

–Habla de todas formas. ¿Por qué tantos secretos?

–Porque el conocimiento es lo más valioso del mundo, muchacho. Puede destruir razas y salvar reinos. Y algo tan valioso y tan peligroso no se regala. Sobre todo cuando su valor depende del secreto.

El viejo volvió a chupar de su pipa. Me dieron ganas de arrebatársela y aplastarla en mil pedazos. Por desgracia, mis heridas me impedían moverme. Aproveché para masticar los últimos pedazos de pan y beber del odre, haciendo equilibrios con mi único brazo útil.

–Uno de los visitantes del espacio que conocí en Kevat era una mujer –dijo tras lanzar un chorro de humo gris–. Tú aún eres muy joven pero supongo que entiendes que un muchacho puede sentirse atraído hacia una dama, sobre todo cuando es guapa, amable y exótica… con unos ojos muy especiales.

Sabía a qué refería el anciano.

–La mujer se llamaba Azenobeth. Un curioso nombre. Significa ‘enviada de las estrellas’. Nunca la olvidaré, a pesar de que han pasado muchos años. Apareció por la escuela con su vestido de colores, demasiado abrigada, como todos los extranjeros. Le dieron permiso para que nos contara historias de otros mundos, relatos fantásticos no muy diferentes a los de los demás visitantes. Pero algo en la forma en que contaba sus historias me decía que ella había estado allí, observándolas por sí misma. Sea como fuere, era obvio que no había venido a Kevat para buscar metales raros. Nos hacía preguntas, realizaba pruebas para comprobar nuestros conocimientos y habilidades. Nos planteaba problemas.

–Soy bueno en eso.

–Yo también debía serlo, porque Azenobeth mostró mucho interés en mí, obviamente no un interés romántico. Yo tenía tu edad. Me pidió que le enseñara los alrededores de la ciudad, así que la llevé hasta nuestros lugares secretos en el bosque… hasta el lago por el que subimos.

Una terrible sospecha me asaltó. ¿Sería posible que todo este viaje hubiera sido ideado por Sidin para encontrar a una mujer, a esa aventura de su juventud? Eso explicaría por qué había prometido a su hijo que después de esta última misión regresaría con su familia.

Pero Sidin seguía hablando.

–Pensé que buscaba un guía turístico, o que quería encontrar algún yacimiento oculto en las montañas. La verdad era mucho más extraña –exhaló el humo–. Un día, con el pretexto de que quería hacerme más pruebas, me llevó a una habitación de la escuela y sacó unas láminas que nunca había visto. Eran

transparentes como el vidrio, pero se podían enrollar. Tenían grabados unos símbolos, según ella eran letras de un antiguo idioma. A partir de ese día Azenobeth comenzó a enseñarme el extraño lenguaje; primero palabras básicas y luego algunas frases completas. Ambos nos alegramos al ver que aprendía rápidamente.

–¿Cómo eran esas letras?

Como respuesta el viejo levantó con cuidado mi brazo roto y apuntó al medallón.

–Esto es un ‘puskoru’. Los símbolos grabados en él, y los que aparecen en su pantalla, pertenecen a la lengua Avestan –dijo, apoyando sus dedos con el respeto debido a un objeto sagrado.

–Pero… –balbuceé–, es la lengua de los dioses, el idioma escrito en la Insignia de Vikatee.

–Así es, Nadiroz. Tú lo has dicho. Es el idioma de los dioses.

–¿Puedes hablarlo? –mi admiración y mi interés por Sidin se había multiplicado. Él hubiera podido descifrar el mensaje al que el Club de la Insignia le había dedicado tanto tiempo, si no fuera porque –malditos fueran– los custodios me habían arrebatado mi copia.

–Puedo escribirlo, y hablarlo hasta un cierto nivel. Pero déjame continuar la historia.

–De acuerdo –asentí impaciente. Comenzaba a comprender la importancia de los secretos que Sidin ocultaba.

–Mi romance juvenil no duró mucho. Un día Azenobeth me anunció que tenía que marcharse. Su trabajo la llevaba a otro sistema y no sabía cuándo podría volver.

El viejo se detuvo un instante. Los recuerdos le abrumaban.

–Me rompió el corazón, claro. Era un amor imposible –sonrió con tristeza–, pero un muchacho no acepta con facilidad los imposibles.

El viejo me contó entonces que antes de marcharse Azenobeth le hizo una proposición: trabajar para la organización que ella representaba, una organización que se extendía por todos los mundos conocidos.

–¿Qué iba a decirle? –dijo Sidin, riendo–. Me hubiera lanzado a esta sima de cabeza si me lo hubiera pedido. Ni siquiera le pregunté cuál sería mi trabajo, solo quería una oportunidad para verla de nuevo.

Por toda instrucción, la mujer le dijo a Sidin que alguien se pondría en

contacto con él, y que ese aviso podía llegar en cualquier momento. Entonces se marchó en su nave, una de las últimas en utilizar el espaciopuerto de Kevat. El pobre muchacho pasó años esperando, hasta convertirse en un hombre. Poco a poco se fue olvidando de la bella visitante del espacio y su lenguaje misterioso, aprendiendo el oficio de herrero. Pero un día otro extraño viajero se presentó en la fragua de su padre, con la excusa de sustituir una pieza averiada de su nave. Sidin se extrañó ante la petición del visitante, pues ninguna nave había aterrizado en Kevat desde hacía tiempo. El extranjero le invitó inmediatamente a comer en la mejor taberna de la ciudad. Allí le mostró un puskoru con los símbolos Avestan y le recordó la promesa realizada a Azenobeth, informándole de que venía a asignarle al fin una misión.

Sidin cerró los ojos mientras aspiraba de la pipa. Me moví incómodo sobre la roca, pero decidido a aguantar hasta el fin el extraño relato.

–El agente me dijo que los reinos al norte del continente iban a entrar pronto en guerra y que la organización necesitaba ojos y oídos en el campo de batalla, alguien capaz de recoger información e intervenir sutilmente en los acontecimientos para lograr la victoria de Etienar. El nombre oficial de mi asignación era ‘operativo de campo’.

–¿Un espía? –pregunté suspicaz. Eso explicaba muchas cosas sobre el viejo.

–Podríamos llamarlo así. Debía recoger información sobre la situación de la guerra y enviársela. Ellos me transmitirían datos e instrucciones para actuar. A cambio tendría mi propio puskoru, con la condición de que hiciera buen uso de él.

–¿Curando a chicos heridos?

–No. Esa es otra regla que he violado por tu culpa.

–¿Por qué les interesaban las guerras de Mekham a los hombres del espacio?

–“Para que ganen los buenos”, fue lo que me dijo el visitante. Yo era joven y supongo que me lo creí. O más bien creí que no podía ser malo si Azenobeth estaba implicada. Dejé en Kevat a mi mujer embarazada, tan solo un año después de casarnos…

La voz de Sidin se apagó y sus ojos se humedecieron. Recordé la despedida de su hijo en la tienda de Kevat. ¿Cómo podía haber dejado a su familia por el fantasma de una mujer que no volvería a ver, por una promesa que ya no tenía sentido? De alguna forma sentí, a través de la muerte de mi propio padre, el dolor que debía sentir ese hombre de la fragua, pero me di cuenta de que su pena debía ser mayor que la mía, sabiendo que su padre Sidin estaba vivo y aun así no

había vuelto con ellos.

–La Gran Guerra fue larga y cruenta –Sidin continuó–. Cumplí con mi papel. Les informaba de lo que veía, de las decisiones de nuestros mandos, los movimientos de las tropas, nuestros aprovisionamientos, todo lo que necesitaban. Y ellos me transmitían órdenes: ideas sobre cómo atacar una posición del enemigo o estrategias que debía sugerir en las reuniones de los comandantes. Muchas veces utilizaba a Frideric Thuregi sin que él se diera cuenta. Le comentaba una idea que me habían transmitido como si fuera una ocurrencia mía y él se encargaba de presentar el plan a los jefes. Así fuimos ascendiendo rápidamente entre los mandos del ejército de Etienar. Nuestros planes casi siempre funcionaban y fueron decisivos para ganar la guerra contra los reinos del sur.

–¿Cómo podías hablar con ellos, con los hombres del espacio?

Me señaló el medallón.

–El puskoru también funciona como transmisor. Se escriben y reciben mensajes utilizando los símbolos, o simplemente hablando en idioma Avestan.

–Así fue como Jared pudo preparar su plan.

–Supongo que sí. Utilizó el medallón para comunicarse con los hrtar desde vuestra ciudad volante, o bien…

–¡Ahora entiendo! Eres tú quien trabaja para los ‘otros’, para los enemigos de los hrtar. Jared creía que era yo y por eso me preguntó por mi puskoru. Entonces es cierto. Estoy en medio de una lucha entre dos ejércitos. Y ambos bandos queréis las esferas.

–Así es. Pero déjame que continúe con mi historia antes de que cambie de opinión –rio sardónico–. Debes saber que me estoy arriesgando mucho al revelarte todo esto. Lo hago solamente porque te necesito como aliado.

–Bueno, sigue.

Mi cuerpo estaba dolorido y mi mente mareada a pesar de todas las medicinas que el puskoru me inyectaba, pero no iba a perderme la oportunidad de escuchar al viejo. Sin embargo debía ser cauto y no aceptar sus explicaciones sin más. Por lo que sabía, podía estar inventándolo todo para manipularme. Su historia era difícil de creer. Espías comunicándose con extrañas organizaciones del espacio para torcer el curso de las batallas. Parecía algo sacado de una de esas absurdas leyendas del espacio.

–Por fin ganamos la guerra, y Etienar necesitaba un consejero que llevara los asuntos de estado. El nuevo rey no tenía paciencia ni talento para ocuparse de la

administración. Pidió a Frideric que fuera su mano derecha, pero él era un hombre de acción y odiaba las intrigas políticas y los detalles que implicaba la organización del reino. Él mismo sugirió a Etienar que yo obtuviera el puesto de consejero.

–Y aceptaste.

–Yo quería volver con mi familia. Les echaba de menos tras los años de guerra y me sentía culpable por haberlos dejado. Había cumplido mi tarea. Pero los Fravashi no me dejaron marchar.

–¿Los Fravashi?

–Recibí un mensaje por el puskoru. Decía que debía quedarme al servicio del rey Etienar. Pero yo estaba decidido. Iba a volver con mi familia. El hombre que me había dado mis órdenes se había marchado hace años y no había tenido más contacto con ellos que las transmisiones a través del medallón. Pensé que no podían hacerme nada si renunciaba.

–¿Qué pasó? –pregunté intrigado.

–Estaba recogiendo mis pocas posesiones en la habitación que ocupaba entre la guardia del Palacio. De repente escuché un ruido en la puerta. Fui a abrirla pero se había bloqueado. El pestillo no se movía. Entonces apareció… el Fravashi. Era una figura luminosa que flotaba en el aire. Su rostro y su cuerpo cambiaban de forma. Era aterrador e hipnótico al mismo tiempo. Entonces habló en lengua Avestan, tan fluidamente como nosotros en nuestro idioma natal, pero resultaba extraño: la expresión de su cara no cambiaba al hablar, como si llevara una máscara. Dijo que era un representante de los dioses, de los Fravashi, y que venía a otorgarme una gran revelación. Había sido con ellos con los que me había comunicado a través del puskoru.

–Sabía que los dioses estaban detrás de todo esto.

–Me temo que lo están. Pero es más complicado de lo que puedas pensar, Nadir –el viejo se quedó callado un momento, las arrugas de su rostro ocultas en la penumbra de la cueva–. El Fravashi me confirmó que, a través de Azenobeth, había sido elegido para seguir los designios de los dioses y ahora podía cumplir un papel mucho más importante al lado del rey Etienar. Me ofrecían ser un ‘estratega’, una posición importante desde la que dirigiría a otros agentes.

Sidin meneó su cabeza, como si la oferta del dios no hubiera sido de su interés.

–Y me contó algo mucho más importante. Dijo que hay diferentes bandos entre los Fravashi, que los dioses mismos están divididos. Por un lado están los

que dirigen a los hrtar y por otro lado… los ‘otros’ para los que trabaja Azenobeth. El Fravashi que me hablaba pertenecía a este segundo grupo, los que se llaman a sí mismos ‘Ahura Masda’. En el idioma Avestan significa “Sabios Luminosos” o “Sabios de la Luz”. Se consideran los dioses buenos.

–¿Y el grupo que controla a los hrtar?

–Según el avatar que me visitó, se trata de Fravashi despiadados, que actúan a través de agentes ambiciosos y sin conciencia. Los Sabios les llaman ‘Angra Mainyu’, la Fuerza Destructiva.

–No entiendo por qué los dioses se pelean entre sí.

–No pelean entre sí. Esa es la cuestión, Nadir. Para evitar sus propios enfrentamientos han creado un juego, un Gran Juego que abarca la totalidad de nuestro universo. Juegan con nosotros como si fuéramos piezas, moviéndonos aquí y allá, utilizándonos y sacrificándonos cuando es necesario. Las ciudades, los reinos, los ejércitos, las armas, las empresas, las vías comerciales, los planetas, las personas… nos manipulan para crear imperios, colonizar lunas o simplemente decidir quién gana una competición deportiva. Los dioses apuestan su prestigio y su poder a través de estos juegos. Según los Fravashi de Ahura Masda, sus rivales de Angra Mainyu proponen apuestas que causan daño en nuestro mundo y actúan sin escrúpulos para conseguir sus objetivos. Pero si quieres que te diga la verdad, me parece que la separación entre dioses buenos y malos no es tan clara. Ni siquiera los dioses pueden controlar totalmente a sus operativos de campo. Ya me ves aquí, revelándote sus secretos –rio.

Sonreí aturdido. Me dolía la cabeza intentando comprender. ¿Los dioses eran unos tiranos que nos movían como muñecos? ¿Dónde quedaba el amor de los Constructores, y las promesas que nos habían hecho?

–¿Pero qué pintan las esferas en todo esto?

–Hay muchos juegos entre los Fravashi, Nadir. Los dioses menores se dedican a los juegos menos importantes o hacen pequeñas apuestas. Los dioses que han acumulado mayor influencia dirigen y controlan el Gran Juego del que los demás dependen. Era esto lo que el Fravashi venía a decirme, que mi papel iba a ser crucial en el Gran Juego y si cumplía adecuadamente con mi misión los dioses me recompensarían con el mayor de los honores: la inmortalidad, la vida eterna. Si conseguían su gran premio yo tendría también el mío, un sueño inalcanzable para un mortal. Imagínate cómo me sentí entonces, después de haber visto todo el horror de la guerra y las enfermedades, sabiendo que podría escapar de aquello para siempre, quizás compartiendo la vida con los mismos

dioses.

Toda la caverna daba vueltas alrededor de mi cabeza. Notaba las pulsaciones de mi sangre bajo el medallón de mi brazo, como si mi cuerpo luchara contra el instrumento de los caprichosos dioses. Sidin calló. Me pregunté si había llegado a su límite, al punto en el que ya no me contaría nada más. Pero chupó una vez más la pipa y siguió.

–Recuerda las leyendas de los comerciantes, los imperios caídos buscando las Esferas de los Maestros, las Sagradas Formas. Tienes toda la razón. Estamos en el medio de la mayor de las batallas, la búsqueda de las trece Zarayan. Es el objetivo último del Gran Juego, el gran premio al que aspiran los dioses y los ejércitos que controlan. Ahura Masda y Angra Mainyu están dispuestos a cualquier cosa por ellas, a sacrificar las piezas que sean necesarias, a destruir Vikatee, donde permanecieron ocultas durante mil años.

X

Dormí soñando con dioses encarnados en pájaros que me empujaban a un pozo sin fin, un abismo de rocas que se desmoronaban sobre mí. Luchaba con los espíritus alados durante la caída, intentando agarrarme a las esferas que volaban a mi alrededor. Por fin conseguí coger una pequeña bola entre mis manos, pero Jared ordenó a un soldado hrtar que me disparara con su rayo de fuego. Salté hacia ellos con mi espada pero Sidin me detuvo con su bastón de caña, alegando que no me había dado permiso para usar el arma. Durante toda la noche las fuerzas ocultas de Ahura Masda y Angra Mainyu se aparecieron ante mí en diversas formas, siempre para frustrar mis planes de escapar con Jilai.

El anciano consejero me despertó al día siguiente, haciéndome caminar un rato por la gruta.

–Voy a despertar tu brazo, a ver cómo te sientes.

Sidin pulsó el medallón. Poco después sentí un hormigueo que se extendía desde la pieza de metal. Grité de alegría al comprobar que mi tacto regresaba. Estaa dolorido, pero era soportable.

–Ahora vamos a quitar el cabestrillo.

Sidin deslizó la tela fuera de mi muñeca. Al intentar extender el codo sentí que se había quedado agarrotado. Por unos segundos temí que, como el chico de mi escuela, no podría volver a estirar el brazo y me convertiría en Nadir ‘brazo-palo’. Pero Sidin masajeó los músculos y presionó el codo con decisión. Enseguida pude doblar y extender mi magullada extremidad. En cuanto vio que mi brazo funcionaba, el viejo desprendió el puskoru con un brusco tirón.

–Los jóvenes os recuperáis enseguida. Aunque sin el medallón ese hueso hubiera tardado más de treinta días en soldarse.

Observé el círculo enrojecido de mi piel, donde había estado pegado el disco. Podía ver varios pinchazos rodeados por manchas amoratadas. Tuve un escalofrío al pensar que el puskoru había metido extrañas sustancias en mi sangre, pero me sentía bien. No debía quejarme. Sin el medallón podría haber muerto aquí abajo.

–Gracias, Sidin.

–Guardemos las celebraciones para más tarde –agitó su mano–. Tenemos que salir de aquí.

La cercana realidad de mis heridas me había hecho olvidar nuestra misión y las poderosas fuerzas que luchaban a su alrededor. Si lo que había contado Sidin era cierto, los dioses de uno y otro bando estarían impacientes. Me pregunté cómo andarían las apuestas. ¿Qué probabilidades teníamos de arrebatar a los hrtar las dos esferas que les faltaban para ganar su maldito Juego?

–¿Cuántos días nos quedan? –Con los desmayos y los largos sueños en la oscuridad había perdido la noción del tiempo.

–Han pasado diez jornadas desde nuestra partida de Vitera. Tu accidente de caza nos ha retrasado.

–¿Diez días? ¡Nos será imposible regresar a tiempo! Solo nos dieron catorce –miré mi brazalete de soslayo, como si fuera a explotar ahora mismo. ¿Se había acelerado el parpadeo de sus lucecitas, o era solamente mi miedo?

–¿Regresar? No seas ingenuo. No van a esperar a que regresemos. Los hrtar detectarán las radiaciones de la esfera con sus brazaletes espía. Vendrán inmediatamente.

–Pero solo tenemos cuatro días para encontrarla.

–Cierto. Así que pongámonos en marcha o pronto nos harán reventar como huevos estrellados –añadió el viejo, sin asomo de humor.

Sidin había encontrado otro bastón para mí. Insistió en que me apoyara en él para mantener el equilibrio, pero sin cargar demasiado mi peso para que no

resbalara. El consejero también había cosido mi mochila desgarrada por las garras del cortacabezas. La subí a mi espalda con cuidado, notando los dolores en mi costado. El viejo me guio hasta el fondo de la gruta, hacia una salida que había encontrado en sus paseos.

–¿No volverá a atacarnos ese pájaro? –pregunté con temor.

–El que te derribó a ti seguro que no. Encontré sus restos cerca de aquí, devorado por los carroñeros.

Me miró con una mezcla de orgullo y preocupación, como el amo de una mascota que va aprendiendo las duras lecciones de la supervivencia.

–Pero ten más cuidado al subir sobre los peñascos.

–No lo dudes.

Tenía ganas de caminar tras estar postrado durante tanto tiempo, pero todavía no había recuperado mis fuerzas, así que tuvimos que parar con frecuencia. Además, el terreno se estaba volviendo aún más abrupto. Tuve tiempo para pensar en el extraño relato de Sidin. Estaba deseando volver a encontrarme con Jilai y repetirle todo lo que el viejo me había contado. Le encantaría saber lo especiales que eran las esferas y lo importante que había sido nuestra ciudad. Pero antes había muchas preguntas que debía hacer a Sidin. ¿Aún hablaba con los Fravashi? ¿Por qué los dioses no se aparecían ante los hombres para conseguir lo que querían? Y sobre todo, ¿por qué su objetivo era conseguir las esferas? ¿Qué las hacía tan especiales? Además de poder levantar ciudades enteras, claro.

Pero la marcha me agotaba y no me quedaban energías para hablar con Sidin, que caminaba siempre adelante, oteando las siguientes fracturas del terreno. Tras hacer una pausa para descansar y comer, por la tarde ascendimos a una cresta de roca maciza que parecía haberse salvado del hundimiento general. Desde su cima vimos un inmenso hoyo, tan grande como una ciudad sepultada bajo sus propios cimientos. Nos detuvimos en el borde para recuperar el aliento, mirando la gran oquedad y pensando cómo la rodearíamos.

–¿Y ahora? –me atreví a preguntar.

–El medallón señala una zona aproximada, hacia el este. Ahura Masda tiene instalados sensores sísmicos en muchos planetas. Pueden detectar el impacto de una bomba o un cañón de plasma, pero también un meteorito o un objeto pesado.

–O sea que era cierto. Sabías que aquí había caído una esfera.

–Yo no miento, maese Nadiroz. Es la realidad la que nos engaña.

–Mentiste sobre el lugar de mi caída.

–Las mentiras para engañar a los esbirros de Angra Mainyu están permitidas –sonrió traviesamente.

El resto del día lo empleamos en rodear la gran fosa. Por fortuna el terreno circundante era bastante llano y al anochecer estábamos al otro lado, pero pensé que si teníamos que atravesar muchas más hondonadas nuestro tiempo se agotaría rápidamente.

Nos acomodamos en el fondo de una grieta para pasar la noche. Esta vez Sidin me mostró otro de sus secretos. Me había intrigado siempre la facilidad con la que encendía sus fogatas nocturnas. Ahora me enseñó cómo utilizaba para prender el fuego un pequeño rayo invisible que salía de su puskoru.

–Desgraciadamente no sirve como arma, a no ser que dispares desde muy cerca –aclaró.

Asamos unas setas que habíamos encontrado antes en una fisura y calentamos pescado salado. Era la primera vez que probaba los hongos y su sabor me resultó raro, como comer trozos de madera reblandecida, pero el hambre pudo más que mi sentido del gusto.

Me había propuesto averiguar más cosas sobre los misteriosos dioses y sobre los juegos a los que nos sometían, pero había aprendido ya que a Sidin no le gustaban las preguntas directas. Era mejor hacerle hablar a través de algo que le interesaba.

–¿Entonces, has vuelto a verla?

–¿A quién? –el viejo parecía concentrado en sus setas, pero sospechaba que en realidad se había sumergido en sus recuerdos.

–A la mujer del espacio.

–Ah… la ‘enviada de las estrellas’. No. No he vuelto a verla –bajó la vista.

En esos momentos, cuando le envolvía la tristeza, el viejo consejero parecía más anciano todavía.

–Hablé con ella, en una ocasión, por el puskoru. Me dijo que sentía no haber podido volver. Estaba ocupada en otra misión, en un planeta lejano, y el viaje de regreso iba a llevar mucho tiempo. Supongo que los dioses tienen otros planes para ella.

–Puede que ahora que han aparecido aquí las esferas…

–Nos hemos convertido en el centro del universo –gesticuló con sus brazos–. El gran ciclón de la historia se cierne sobre nosotros y arrasará todo a su paso –soltó una dramática carcajada–. Somos afortunados por no saber qué nos depara el futuro, pero sospecho que nuestro pequeño mundo va a pasar duras pruebas. Flotas de guerra están cruzando los vastos mares del espacio. Se han desencadenado las fieras que permanecían agazapadas y se abalanzan ya sobre la carnaza. Quizás aquí mismo, en los reinos que nos rodean, se estén formando ejércitos para asaltarnos.

–Pensaba que te informaban de todo.

–La energía necesaria para enviar mensajes instantáneos a través del universo es muy costosa. Se limitan a lo imprescindible.

Algo no marchaba como él esperaba.

–Entonces estás solo.

–No del todo. En el reino hay algunos agentes. Recuerda que yo soy un estratega.

Tras lavarnos en un reguero que corría por la gruta, Sidin azuzó el fuego y volvió a sacar la bolsa de su pipa. Para mi sorpresa, en lugar de encender el musgo oscuro, se puso a mascarlo ávidamente.

–¿Lo masticas?

–Un viejo vicio que me transmitió mi padre. La pipa resulta relajante, pero la raíz masticada actúa como estimulante.

–A Thuregi también le gusta.

–Seguro. Su padre Frideric y yo las compartíamos en las noches de guardia. Es una costumbre local que no te recomiendo. Amarillea los dientes y estropea el gusto.

Dejé al viejo disfrutando de su raíz mientras exploraba mi antebrazo. Todavía estaba un poco hinchado, pero por lo demás la curación había sido milagrosa. Me pregunté qué otras sorpresas escondía el puskoru, de qué apuros habría salvado al consejero.

–Sidin…

–Por los cuernos del gran demonio, Nadiroz, ¿nunca te cansas de preguntar?

–Lo siento.

–No es culpa tuya –masculló–. Imagino que si me hubiera quedado con mi familia estaría más acostumbrado a los muchachos inquisitivos. Anda, pregunta.

–¿Pueden los Fravashi de verdad convertir a alguien en inmortal?

–No estoy seguro. Los dioses nos han tentado siempre con la vida eterna. Si ellos mismos son inmortales, ¿por qué no nosotros?

Sidin escupió a un lado la pasta marrón que había formado con la raíz y tomó otro pellizco fresco de su bolsa.

–Nuestra Crónica hablaba de una Gran Cosecha cuando los Constructores regresaran.

–Las religiones utilizan esas promesas: el otro mundo, el paraíso, la reencarnación… son maneras de compensar a los que cumplen los preceptos y obedecen a sus sacerdotes. Fueran quienes fuesen esos Constructores, querían que cuidarais bien de sus esferas. Tuvieron que dejar esas historias en vuestro libro para mantener vuestros ánimos. Sabían que no os sería fácil sobrevivir ahí arriba.

–Mamá Amalea dijo que vosotros ya no creíais en dioses.

–Hmm, ¿eso dijo? –su boca dibujó media sonrisa–. Ella quizás pueda permitírselo. En mi caso no tengo otra opción que creer en ellos. Aunque a veces me gustaría que no existieran.

–Pero eso es un sacrilegio –comenté preocupado.

–Me temo que sí –rio mostrando su dentadura amarilla–. Seguramente me enviarán al infierno después de darme la inmortalidad.

Preparamos un sencillo lecho con las mantas y las bolsas, y nos tumbamos para dormir. Pero una cosa más me rondaba en la cabeza.

–Sidin… ¿me enseñarás el lenguaje Avestan?

–Oh, por los cuernos del Gran Demonio, duerme ya.

Al día siguiente continuamos la entrecortada marcha por el árido laberinto de salientes y grietas. Sorprendentemente, encontramos un grupo de cabras pastando entre los escasos matorrales.

–El plato preferido de los cortacabezas –señaló Sidin.

Hicimos un tímido intento por acercarnos a los animales, pero escaparon brincando de un risco a otro. Por ahora deberíamos seguir comiendo pan y carne seca. Al menos podíamos beber y refrescarnos en los arroyos de las grietas. Si la teoría de Sidin era cierta, eran estos riachuelos los que rompían las rocas poco a poco, hasta que algún día la meseta se hundiría del todo, dejando un lago en su interior.

Hacia la tarde me sentí desanimado. Quedaban apenas dos días para que se

cumpliera el plazo fijado por los demonios, y seguro que Jared y los malditos hrtar estaban impacientes porque se cumpliera. Gracias a los brazaletes verían que nos movíamos de nuevo. Quizás nos concedieran algún tiempo más.

–No estamos lejos –dijo súbitamente Sidin, como si leyera mis pensamientos–, pero avanzamos con demasiada lentitud.

Esa noche el viejo preparó la hoguera de costumbre y sacó dos raros aparatos de su mochila, alargándome uno para que lo cogiera. Era pesado, una barra gruesa de metal sobre una pieza alargada de madera y otra vara cruzada, más fina y plana, con un cable atado a sus extremos.

–¿Qué es? –pregunté.

–Una ballesta. Tras la guerra se destruyeron prácticamente todas. Etienar pensó que era un arma demasiado peligrosa en las manos equivocadas. En el Palacio guardo una mejor, pero éstas de Kevat no están mal. Son una forma sencilla y efectiva de lanzar flechas contra el enemigo.

–No sabía que también fueras arquero.

–En la guerra tuve que aprender a usar todo tipo de armas. ¿Quién crees que clavó una flecha en la espalda del guarda que iba a apuñalarte en el muelle?

–¿Qué? ¿Fuiste tú? Pero, ¿dónde estabas?

–Camuflado entre el público. No quería perderme el espectáculo.

Parece que Sidin había salvado mi vida más de una vez, incluso antes de la audiencia. Aún no sabía la razón. ¿Solamente porque necesitaba compañía para buscar la segunda esfera?

El viejo se empeñó entonces en enseñarme a usar la ballesta. Me mostró cómo cargarla, apoyando sus pies a ambos lados de la barra más grande, sobre la lámina flexible que la cruzaba. Estiró del cable con las dos manos, doblando la lámina hasta enganchar el tenso alambre en un saliente de la barra central. No fue fácil imitarle. Mi ballesta salió un par de veces disparada hacia adelante. Finalmente, mostré a Sidin el cable enganchado en su lugar.

–Ahora la flecha. Recuerda, se coloca en el último momento, una vez hayas apuntado. Si no se caerá en cuanto muevas la ballesta. También puedes intentar sostenerla con este dedo, para soltarla justo antes del disparo, pero es peligroso si el cable se libera antes de tiempo.

El viejo puso una piedra, del tamaño de un puño, sobre una de las columnas de roca. Entonces levantó el arma, apuntando hacia el pedrusco, y sin dejar de mirar el objetivo dejó la flecha en el canal central de la ballesta con un rápido movimiento.

–Una vez la flecha está en su sitio, agarras bien la madera de abajo, así. Debes apretar el gatillo suavemente, sin mover el arma.

Lo hizo así y la flecha salió disparada. Rozó la piedra y rebotó en la pared de atrás, dejando ecos por toda la gruta.

–Vaya, tengo que mejorar mi pulso.

Estuvimos practicando a la luz mortecina de la fogata, hasta que nos dimos por satisfechos con nuestra puntería.

La mañana amaneció lluviosa. Seguimos adelante a pesar de la oscuridad de la tormenta y el peligro de las rocas resbaladizas. Avanzamos acompañados por el eco del agua repiqueteando en las cavidades, temiendo que el tiempo se nos terminara. A mediodía el aguacero se quedó en una llovizna. Apenas comimos unos trozos de queso empapados, apoyados contra el muro de un saliente, y emprendimos la marcha de nuevo.

Ahora veía a Sidin consultar frecuentemente su medallón. De tanto en tanto se detenía, lo sacaba de su pecho y observaba la pequeña pantalla mientras lo movía alrededor. Después siempre decía lo mismo.

–Estamos cerca.

Así que cuando oí un agudo pitido y Sidin tomó el disco de metal, imaginé que se trataba de una buena noticia.

–Ha detectado su radiación –sonrió el anciano–. Debe estar a unos doscientos pasos.

El problema era que estábamos en medio de un laberinto subterráneo, donde habíamos bajado con la idea de avanzar más rápido. Sidin se lanzó hacia adelante por una galería y tuve que correr para no perderle. Un minuto más tarde se detuvo, contrariado.

–La señal es débil otra vez. Volvamos y busquemos un desvío.

Regresamos por el túnel, pero solamente encontramos una grieta que bajaba hacia una caverna sin fondo.

–Voy a bajar con la cuerda –dijo Sidin, sacándola de la mochila.

–Está demasiado oscuro.

Buscando un camino alternativo, descubrí que unos pasos más atrás había un hueco por el que entraba luz del exterior.

–Espera, Sidin, podemos salir fuera. Será más fácil encontrarla por arriba.

–Desde luego, qué estúpido soy. Tiene que haber hecho un agujero desde la superficie.

Tuvimos que quitarnos las mochilas para cruzar el estrecho pasadizo, pero finalmente pudimos ponernos en pie en el exterior. Salimos rápidamente de la hondonada, buscando un montículo con mejor vista. Sidin llegó primero a la cima de una cresta y consultó de nuevo el puskoru.

–Cerca –dijo con la respiración entrecortada.

Miré el paisaje que nos rodeaba, idéntico al que habíamos atravesado en los últimos días. ¿Dónde estaba la condenada esfera? De pronto oí algo, un tintineo de campanitas o cascabeles, como los que habíamos usado en el entrenamiento para aumentar nuestra concentración. Me giré hacia la dirección de dónde venían pero no distinguí nada especial en el terreno yermo. Entonces noté que una sección parecía haberse hundido recientemente.

–¡Por ahí! –grité, saltando sobre las rocas.

–¡Cuidado, no te caigas! –escuché tras de mí.

Apoyándome en mi vara, me asomé por el borde de un pozo, de unos diez pasos de ancho. En el fondo, medio oculto por rocas derrumbadas, pude ver los restos de un cilindro metálico. Un mástil de Vikatee.

Entusiasmados, sacamos las cuerdas. No pude impedir que Sidin bajara primero: sus ojos brillaban de excitación. Esperé impacientemente a que llegara al fondo, y cuando vi que la tensión de la soga se relajaba, comencé mi descenso. Bajé con tanta velocidad que casi estiré de la cuerda equivocada para soltarlas. Aterricé sobre el cuerpo metálico del mástil. Desde allí salté sobre un saliente. Vi entonces que el cilindro había caído verticalmente, rompiendo una brecha hasta la cueva en la que descansaba.

Sidin se había aproximado al extremo del mástil, pero no miraba el tubo de metal. Sus ojos se levantaban extasiados hacia el techo de la caverna, iluminados por una luz ondulante que yo conocía bien.

–La encontramos, maese Nadiroz –dijo sin dejar de mirar.

Me acerqué hasta él y vi el parpadeo hipnótico, la pura energía que radiaba desde la gran bola que flotaba cerca del techo. Seguramente se había desprendido del mástil y sus caprichosos impulsos la habían llevado hacia arriba, encastrada entre las cortinas de roca. La esfera en sí parecía intacta. Podía ver los restos de sus anclajes y cables como los que habían salvado mi vida al caer de Vikatee.

–Una Zarayan… –suspiró Sidin, con ojos humedecidos–. Tú las habías visto,

pero para mí es como tener el Portal del Tiempo, uno de esos objetos mágicos con los que soñamos desde pequeños, la materia de leyendas y fantasías. Pero es real, está aquí...

La emoción quebró la voz del anciano. Sentí en sus palabras el peso de largas aventuras y difíciles renuncias.

–Los Fravashi las llaman Zarayan –dijo, mirando de nuevo el globo–. Si no recuerdo mal, esa palabra Avestan significa 'océano'. Por alguna razón las llaman así.

Dejándole solo con el globo, caminé explorando la caverna, pasando de una roca a otra apoyado en mi vara. La esfera se había alojado en la cúspide de una bóveda natural. Para salir de ella tendría que romper el sólido techo de piedra, así que por el momento el orbe estaba seguro.

Los que debíamos andar con mucho cuidado éramos nosotros. El único lugar practicable fuera del saliente donde se hallaba apoyado el mástil era un corredor que seguía a lo largo de la pared rocosa. El resto de la galería se había derrumbado, perdiéndose en las tinieblas. Lancé una piedra para comprobar la profundidad de la sima y escuché varios rebotes hasta que la caída terminó con un chapoteo de agua. Mejor no acercarnos a esta fosa.

Volví de mi exploración. Sidin continuaba hechizado por la esfera. Habíamos conseguido nuestra meta. La habíamos encontrado antes que los hrtar. Pero me pregunté qué podíamos hacer ahora.

–¿Has avisado a tus amigos? –dije, señalando la bola que nos iluminaba desde la cúpula.

El viejo, absorto, tardó unos segundos en responder.

–¿Avisar? No es necesario. El medallón lo habrá hecho ya. Espero que no tarden en llegar.

–¿Van a venir a rescatarnos?

–Por supuesto. No podían venir antes para no alertar a los hrtar.

–¿Qué vamos a hacer… ?

–¡Por los cuernos del diablo! –me interrumpió, muy nervioso– ¡Me había olvidado! ¡Los demonios también se habrán enterado! ¡Los detectores de los brazaletes!

–Si hemos llegado antes de catorce días –miré al artefacto en mi brazo. Las pequeñas luces seguían parpadeando.

–Eso no les importa, Nadir, lo dijeron para darnos prisa. Ahora ya no les

servimos de nada. Mierda. Teníamos que haberlo hecho antes.

–¿Hacer qué?

–Aléjate todo lo que puedas. Voy a intentarlo con el rayo del puskoru.

Hice como me indicó, marchándome por el pasillo hasta que la oscuridad fue casi completa. Oí a Sidin manipular algo, gruñendo. De repente dio un terrible grito. Me temí lo peor.

–¿Estás bien? –pregunté sin moverme.

–Sí, solo una pequeña quemadura… este rayo no es muy preciso. Vuelve. He fundido su mecanismo de control.

Regresé a su lado. Las luces parpadeantes del brazalete de Sidin se habían apagado. Pero las mías todavía destellaban, advirtiéndome. El viejo me cogió del brazo y acercó el puskoru.

–No te muevas ahora si no quieres un bonito recuerdo en tu piel. Pero si notas… en fin, tu brazo sabrá lo que tiene que hacer.

Sentí calor y una suave vibración. Sidin sudaba, concentrado. De repente sonó un pitido agudo e intermitente. Algo no iba bien.

–¿Qué pasa?

–Calla, por los cuernos del… un poco más…

El pitido desapareció. Respiré de nuevo.

–Creo que ya está –Sidin retiró el medallón.

Examiné mi brazalete. Las luces habían desaparecido y en pocos segundos la templada calidez que siempre sentía en el antebrazo había dado paso al frío del metal. Su chispa interior se había extinguido.

Aliviados, nos refrescamos con un chorro de agua que caía desde un saliente y comimos el poco pescado seco que quedaba. La luz proveniente del pozo se iba atenuando. El final de otro día se acercaba. Tendríamos que pasar aquí la noche, una más sobre la fría piedra. Al menos tendríamos el resplandor de la esfera como acompañamiento.

Noté entonces una vibración. Sidin reaccionó también, sacando de nuevo el puskoru.

–Es un mensaje –comenzó a leer en la pantalla. Su expresión pronto se volvió preocupada–. La misión de rescate se ha retrasado.

–¿Por qué?

–No lo dicen. Supongo que infiltrarse a través de las naves hrtar que vigilan el planeta no es tarea sencilla. Pero déjame leer… –se acercó el medallón hasta

su larga nariz–. Pues sí. Parece que tendremos que rescatarnos a nosotros mismos –sonrió con fastidio–, y tenemos que llevarnos a cuestas esa preciosidad –alzó una ceja en dirección al techo.

–¿Eh? ¿Cómo vamos a llevarla? Ni siquiera… –me detuve al ver un gesto del viejo. Quería silencio mientras seguía leyendo en la pantalla del medallón.

–Hmm… según los todopoderosos podremos mover la esfera con ayuda del puskoru. Van a cargar un programa.

¿Mover la esfera con el medallón? ¿Qué querría decir el viejo? Ni pensar en hacer todo el camino de vuelta arrastrando la inmensa bola con nosotros. Esperé mientras Sidin seguía pendiente de su juguete. La esfera, ignorante de nuestros problemas, seguía refulgiendo en el techo con su tapiz de luces creando olas sobre su superficie. ¿Era posible que ese objeto fuera la causa de la destrucción de mi ciudad, la razón por la que razas de dioses y mortales se enfrentaban a muerte? Ojalá Nilome estuviera aquí. Seguro que él tenía algunas ideas al respecto. Quizás demasiadas, supuse. Por mi parte lamentaba no haber dedicado más tiempo a investigar la biblioteca. Si los Constructores habían dejado allí sus textos, debía haber pistas en ellos sobre el origen de las esferas. Y ahora todos esos libros se habían perdido.

–Cargado –dijo Sidin–. Veamos las instrucciones… hmm… –frotó su peluda barbilla–. Confirmar conexión. Correcto. Seleccionar modo manual o modo de… ¿seguimiento? Probemos primero el manual.

Oímos un leve zumbido que venía de la esfera, seguido por un crujido de metal contra piedra. Desde el techo cayeron pequeños trozos de roca.

–Éste era hacia arriba. Debe ser este otro –dijo el viejo.

Cuando Sidin apretó otro símbolo el zumbido cambió. La esfera empezó a descender rápidamente.

–¡Párala! ¡La esfera! –grité al ver que se hundía hacia la sima.

El viejo hizo algo y la esfera se detuvo en medio del aire.

–Voy a reducir la sensibilidad.

De nuevo la esfera volvió a subir, esta vez más despacio. Sidin la miraba encantado. Pulsando el medallón consiguió desplazarla también de un lado a otro, como había hecho el mago en la Feria con su bola de cristal. Finalmente llevó de nuevo el globo chispeante hacia el techo y lo dejó allí.

–Desactivar conexión. Ajá. Más fácil que llevar un velero. ¿Quieres probar?

–Mejor no.

–Debes hacerlo. Tienes que prepararte, por si yo no pudiera.

Me explicó cómo conectarla, dónde debía apretar para cada movimiento y lo que significaban los símbolos que iban apareciendo en la pantalla. No era tan sencillo, pero tras unas pruebas conseguí mover la esfera sin causar una catástrofe.

–Supongo que el modo de seguimiento hará que la esfera siga por sí misma al medallón. Mañana saldremos fuera y lo intentaremos. De una manera u otra tenemos que escapar de aquí antes de que lleguen los hrtar.

–Podríamos montar sobre la esfera –se me ocurrió.

–¿Montar?

–Si tiene suficiente fuerza para aguantar una ciudad también puede llevarnos volando a los dos.

–Tú ya tienes experiencia de vuelo, Nadir. Yo por el momento prefiero andar.

XI

Dormí mal esa noche. Mis sueños estaban llenos de malos presagios. El hueco de piedra donde me había acomodado era frío como un témpano de hielo. La pesada humedad de la gruta agarrotó mis músculos, que protestaban cuando cambiaba de postura. Incluso el hueso del brazo me molestaba de nuevo. Cuando vi que una tenue claridad comenzaba a filtrarse desde la abertura, no pude resistir más: me levanté y estiré brazos y piernas. Necesitaba aire fresco. Y seco.

La cuerda por la que habíamos bajado estaba todavía colgando en el pozo, así que la utilicé para subir. En la superficie corría una brisa helada que me quitó el sueño y la humedad de los huesos. Las nubes cubrían todo el cielo. Como siempre. Bajo su gris amarillento seguía la interminable meseta a nuestro alrededor. Hacia el oeste se adivinaban las montañas que habíamos cruzado. Más allá había quedado el mar, la Laguna, mis amigos pescadores y Jilai, prisionera de los demonios del espacio. Otra pieza minúscula en el tablero de este Juego absurdo.

Sobre el ruido de la brisa oí un silbido más agudo, y cada vez más fuerte. La meseta de llenó de miles de ecos que se superponían unos a otros. Había oído

antes algo así. Era una nave voladora. Miré hacia el oeste y descubrí un pequeño punto que avanzaba por el aire, aún lejano. Corrí hacia la fosa y bajé a toda prisa mientras el estruendo seguía aumentando.

–¡Nadir! ¿Dónde diablos estás? –oí a duras penas.

–Estoy aquí –respondí, saltando al suelo–. ¡Es una nave!

–¿La has visto?

–Estaba lejos. ¿Crees que son tus amigos?

–No lo sé. Vamos a prepararnos.

Sidin insistió en que guardáramos en las mochilas las cuerdas y la poca comida que quedaba, por si teníamos que huir. Mientras tanto el estruendo de la nave se había hecho ensordecedor. Debía estar justo sobre nosotros. Entonces el tono cambió. Primero una fuerte vibración sacudió toda la gruta y luego el ruido se apagó hasta convertirse en un murmullo. Mi corazón se aceleró todavía más. Habían aterrizado. Pegamos nuestros cuerpos a la pared del corredor, ocultándonos de la abertura.

Un golpe hacia el otro lado de la cueva nos sobresaltó. Una parte de la galería se había desprendido. ¡Dioses, el peso de la nave podía derrumbar todo el techo! Miré hacia arriba con temor y escuché. Algo se movía en la superficie. Sidin tocó mi brazo y me señaló la ballesta. Asentí, sacándola de la mochila y palpando las flechas que asomaban de un bolsillo. Comprobé también que mi espada estaba sujeta en su arnés.

Suponía que tarde o temprano nuestros visitantes se decidirían a bajar por el pozo. Pero no me imaginaba que iban a saltar sin más. Aparecieron de repente, descendiendo por el aire: dos soldados hrtar con trajes de combate, cascos y tubos de rayos. Por suerte parecían confusos, quizás cegados momentáneamente por la oscuridad de la caverna. Apoyé un pie sobre la ballesta y cargué el cable con rapidez. No nos habían visto aún. Apunté al más cercano, un gigante dos palmos más alto que Sidin. Cargué la flecha que tenía en la mano y disparé, demasiado nervioso para apuntar con cuidado.

Mi flecha alcanzó al hrtar en medio de su pecho, empujándolo hacia atrás. Al mismo tiempo su compañero cayó al suelo, con el visor de su casco perforado. La flecha de Sidin había atravesado el cristal, incrustándose en su cabeza. La euforia me invadió. ¡Los hombres-pez no eran invulnerables!

Mi alivio duró poco. El soldado que había alcanzado se recuperó del impacto, sin daño aparente a pesar de la flecha que sobresalía de su pecho. Levantó el tubo de rayos hacia mí. Yo había olvidado recargar mi ballesta y

ahora ya no tenía tiempo para hacerlo. Tampoco para sacar mi espada. Oí un silbido agudo. Una flecha había penetrado en el cuello del hrtar y el rayo que iba destinado a mi cuerpo quemó el musgo que crecía a mi lado. Salté por el pasillo. Pero ya no había peligro. El rayo se había apagado.

–El visor del casco y las articulaciones son sus zonas vulnerables –explicó Sidin.

–Gracias por salvarme –dije sinceramente–, otra vez.

–Tendremos que salvarnos el uno al otro varias veces para salir de ésta. Es una patrulla –apuntó arriba–, por lo menos una docena de soldados. A estos les hemos tomado por sorpresa, pero ahora están sobre aviso.

–¿Sabes utilizar sus tubos? –miré las armas tiradas junto al mástil.

–No. Lo intenté en el Palacio pero no conseguí saber cómo se activaban. Deben hacerlo con sus guantes.

Me acerqué un momento al hrtar que había intentado matarme. No se movía, pero tuve que contener mi miedo para abrir su mano y examinarla. No vi nada especial. Era un simple guante de brillo metálico. Sonó entonces un tintineo metálico. Algo había caído por el hueco del pozo. En el suelo había algo que parpadeaba.

–¡Una bomba! ¡Salta!

Sidin me empujó, arrojándome a la oscuridad de la sima. Apenas me dio tiempo a preguntarme si estábamos cambiando una muerte por otra. Caí sobre otro saliente, unos pocos pasos más abajo, mientras la bomba estallaba, lanzando fragmentos hacia las paredes. De pronto no pude oír nada, como si mis oídos se hubieran apagado. Tampoco podía ver, porque la cueva se había llenado de humo. Por lo menos habíamos evitado lo peor de la explosión.

Una mano tiró de mi pierna. Era Sidin. Debía estar aún más abajo que yo, pero no podía verle. Me deslicé fuera del saliente donde había caído y comencé a bajar asiéndome a las rocas con cuidado. Pronto pude ver el rostro del viejo saliendo de la nube de polvo. Me decía algo. Le hice un gesto apuntando a mis oídos inservibles. Él señaló con un dedo hacia el fondo de la sima. Seguimos bajando, buscando apoyos con los pies. Poco a poco pude distinguir de nuevo los sonidos.

–Ya puedo oír algo –dije a Sidin.

–Bien. Por ahora creo que es mejor la retirada. No podemos enfrentarnos a ellos.

–¿Y la esfera?

Me pareció que el viejo sonreía en la penumbra.

Entonces oímos horribles gritos resonando en la gruta, chirridos que me recordaron a los animales que sacrificaban en los puestos de carne de la Feria. Otros hrtar contestaron con más aullidos, formando un coro que me erizó los nervios.

–¿Qué hacen? –susurré.

Sidin me tapó la boca con su mano y puso algo frente a mis narices. El puskoru. Esta vez estuve seguro que el viejo sonreía mientras pulsaba los botones. Reconocí la secuencia para conectarse con la esfera.

Los gritos de los hrtar se convirtieron en gruñidos asombrados. El viejo aumentó la sensibilidad de los controles y luego pulsó los botones de dirección del puskoru. ¿Qué pretendía? Lo comprendí al oír como los soldados gritaban más arriba. Algo estaba golpeando las paredes, el suelo y el techo con furia mecánica.

–No te preocupes, una Zarayan es indestructible –explicó Sidin.

El cuerpo de un hrtar cayó volando cerca de nosotros, lanzando horrendos gritos que cesaron cuando se golpeó más abajo contra las rocas. El viejo seguía apretando los botones de su medallón y la esfera acabó por bajar también por la sima, descendiendo suavemente como una medusa luminosa. Los demás ruidos habían cesado.

–Voy a dejarla flotando –dijo Sidin, ajustando la posición del globo con el puskoru.

Fuimos bajando entre piedras y columnas caídas, alumbrados por la luz de la esfera, temiendo resbalar y pendientes de un nuevo ataque. Por ahora solamente oíamos los ecos de nuestros pasos inseguros. El fondo de la sima era aún era invisible, un borrón negro desde donde subía una corriente cargada de humedad.

Entonces oímos algo más, un zumbido amplificado por las paredes de la gruta. ¿De dónde venía? Mirando hacia arriba vi una nueva silueta recortada contra la claridad de la entrada, por encima de la esfera. Se trataba de otro soldado hrtar que bajaba por el aire. Su cuerpo deforme se acercó a la esfera, rodeándola con lentitud, quizás con miedo. Luego continuó hacia abajo, inspeccionando la pared donde nos encontrábamos.

Nos ocultamos como pudimos detrás de un gran cono alargado de piedra. El hrtar se acercaba. La vibración de su traje se hizo más clara. Sidin cargó su ballesta y yo le imité. Esta vez tenía que conseguir acertar al visor para no darle posibilidad de recuperarse. Cuando pasó frente a nosotros, Sidin salió del

escondite y disparó, sin tiempo suficiente para asegurar el tiro. Su flecha rebotó en la hombrera del traje, y el demonio recuperó con rapidez su equilibrio, preparado para disparar su rayo a Sidin. Traté de apuntar con cuidado hacia su visor, pero el hrtar se acercaba rápidamente hacia la pared y no estaba seguro de acertar. Disparé finalmente. Mi flecha rebotó en el duro casco del soldado, que apenas ladeó la cabeza. Estaba justo delante de nosotros. En ese momento una figura saltó por el aire. ¡Era Sidin! El viejo salvó el espacio que le separaba del hrtar flotante, se abrazó a él y su peso les arrastró a ambos hacia el fondo de la sima. Cayeron acompañados por los chirridos furiosos del demonio.

No me dio tiempo a sorprenderme por la agilidad del anciano ni a intentar buscarlo en la oscuridad, porque frente a mí apareció otro soldado idéntico al primero, como un fantasma surgido de la nada. Levanté inútilmente mi ballesta vacía. El soldado me la arrancó con un golpe de su lanzarrayos. Cuando pensaba que el demonio iba a disparar su mortífero haz de fuego invisible, el hombre-pez dejó el largo bastón a su espalda y se acercó a mí con sus brazos extendidos. Quería capturarme.

Repasé mentalmente mi entrenamiento pero no encontré nada que me ayudara. ¿Cómo anticiparme a los movimientos de un monstruo acorazado cuya cara no podía ver? ¿Cómo inmovilizar un brazo metálico? ¿Cómo podía hacer perder el equilibrio a alguien que se sostenía en el aire? No estaba dispuesto a lanzarme sobre él, como había hecho Sidin. Yo era más ligero, y lo único que conseguiría sería aterrizar directamente en sus brazos.

El tamaño era mi única ventaja. Me agaché para evitar el abrazo del monstruo, escurriéndome peligrosamente por una roca húmeda. Afortunadamente aterricé en un saliente bastante amplio. Pero en un instante el soldado había bajado junto a mí, posándose sobre el saliente. El zumbido de su traje desapareció y el peso de su mole hizo crujir la roca. De nuevo intentó atraparme con sus brazos, arrinconándome contra la pared. Me aparté a un lado, pero eso me dejó al borde de la sima. Si perdía el equilibrio o el hrtar me empujaba caería como una piedra.

Iba a ser una lucha cuerpo a cuerpo, comprendí. Intenté recordar las lecciones. Un oponente más alto. Su centro de gravedad estaba por encima del mío. Con la palanca adecuada podía caer, siempre que consiguiera desequilibrarlo. Pero su peso era enorme. Lo tenía encima y no podía retroceder sin arriesgarme a otra caída incierta. El demonio se agachó lentamente, abriendo sus brazos, sin dejar ningún hueco. Me aferró con una de sus manazas, pero al hacerlo se apoyó hacia adelante. Observé de un vistazo que algo colgaba de la

parte superior de su brazo, un pequeño arnés de sujeción. Me estiré para agarrarlo con mi mano, al mismo tiempo que me daba la vuelta y colocaba mi espalda bajo su cintura, presionada contra su vientre. Estaba atrapado bajo el monstruo, pero tiré con todas mis fuerzas de su brazo por encima de mi hombro, tan rápido que el hrtar no tuvo tiempo de reaccionar. Se inclinó hacia adelante y tropezó con mi cuerpo agachado, que levanté en el momento adecuado para separar sus pies del suelo. Rodó por encima de mí, cayendo como una estatua derribada por su propio peso, hundiéndose de cabeza en el abismo con un chirrido estremecedor. El grito se apagó con un fuerte crujido.

Me apoyé en la pared para recuperarme, con el pulso acelerado. Mi hombro había sido aplastado por el peso del hrtar y su dura coraza, y mi brazo herido se resentía por la fuerza que había hecho para tirar del monstruo metálico, pero de momento podía soportar el dolor. Entonces me acordé del viejo. Sidin había caído al fondo abrazado al otro demonio. Me asomé con precaución, apoyándome en un resalte rocoso. Tapé con mi mano el brillo de la esfera que me deslumbraba desde arriba, pero ni aun así pude distinguir lo que había al fondo.

–¡Sidin! –llamé, dejando que el eco se propagara por la cueva.

Repetí el nombre del viejo un par de veces más, hasta que por fin escuché una voz débil. Parecía lejana.

–¡Estoy aquí! –oí más abajo–. Hay un estanque. Creo que esta vez me ha tocado a mí la fractura. No puedo moverme.

–¡Voy a bajar! –respondí.

Nos habíamos salvado por los pelos, pero si Sidin estaba herido nos iba a ser muy difícil continuar la lucha o salir de la gruta. No había contado los soldados que habíamos dejado fuera de combate, pero seguro que aún quedaban algunos. El viejo había mencionado una docena. Y eso si no llegaban más refuerzos.

Descendí por las grietas de la pared, desviándome a un lado y a otro para evitar las zonas cortadas a pico y las grandes rocas por las que era imposible bajar. La luz de la esfera se iba debilitando a medida que bajaba, y a veces quedaba oculta por las prominencias de las paredes. Tenía que usar mis manos y mis pies para adivinar lo que tenía por delante. El suelo tenía la mala costumbre de desaparecer cuando menos lo esperaba, así que me gané algunos moratones más.

Llegué a un nuevo saliente. Me puse a cuatro patas y avancé a tientas con

una mano hasta encontrar un apoyo sólido. Continué gateando unos segundos, buscando cómo continuar mi descenso hacia Sidin, cuando mi mano se apoyó sobre algo frío y resbaladizo. Era el tacto inconfundible de un traje hrtar. Inmediatamente, la gran masa del soldado se levantó y me empujó a un lado, dejando mi espalda contra el suelo. Noté el agrio sabor del metal cuando me aplastó la cara con su guante, apretándome la cabeza contra la roca. Todo el peso de su cuerpo estaba sobre mí. Mi cráneo crujió. El muy animal iba a aplastarme. No podía moverme. Golpeé con mis puños su retorcido brazo, pero era lo mismo que dar puñetazos a la piedra.

–Jrsssiiittt –chirrió, como riéndose de mí.

Apretó aún más con su guante, abriéndolo para tapar mi nariz. Pretendía ahogarme. Me asusté tanto que redoblé mis esfuerzos, sacudiendo las piernas, pero la masa del gigante evitaba cualquier escapatoria. Estaba clavado contra las rocas, sin opción a deslizarme. Ahora sí es el fin –pensé–. ¡Mi espada! –recordé con una última chispa de ingenio–. Alargué el brazo por detrás de mi cuello para alcanzarla. Palpé la empuñadura, pero la presión del demonio y mi propio peso sobre ella impedía que la sacara. Tiré de nuevo, desesperado. No se movió.

Estaba quedándome sin aire. Mis pulmones ardían. Iba a perder el conocimiento. Mi brazo cayó hasta tocar mi pierna. Allí había algo, en el bolsillo de mi pantalón, algo que había olvidado. “Recógelo” –había dicho el viejo–. Palpé el bolsillo. Estaba allí. Lo aferré con todas mis fuerzas y utilicé el último segundo de consciencia que me quedaba para recordar los puntos vulnerables del traje hrtar. Clavé la navaja del ladrón con un golpe seco en el cuello del soldado. Oí que algo se rasgaba. Su enorme cuerpo se sacudió, y el demonio se incorporó con un grito atronador, soltando por fin mi cara. Respiré angustiado. Mientras vi, gracias a la pálida luz emitida por su traje, cómo arrancaba con sus propias manos el cuchillo clavado en su cuello. Con el arma en la mano, desafiante, su figura se alzó de nuevo sobre mí, una sombra entre las sombras. Entonces cayó hacia un lado pesadamente y se quedó inmóvil. Todavía jadeando, me levanté lentamente y tomé el cuchillo, abriendo con gran esfuerzo el puño metálico. Con la navaja preparada, escuché durante unos segundos, buscando cualquier signo de vida, pero el hrtar no parecía dispuesto a alzarse de nuevo. Devolví la navaja al bolsillo lateral de mi pantalón, sin poder controlar mis temblores.

–Nunca se sabe cuándo la puedo necesitar otra vez –me dije.

La sima terminaba en un inmenso lago. Desde el peñasco en el que me

encontraba podía ver sus paredes y un techo salpicado de aguijones rocosos sobre la superficie líquida, que se extendía por una red de cavernas conectadas entre sí. La gruta se ramificaba como las habitaciones de un palacio inundado, el castillo de una enorme raza subterránea. El eco de las gotas que caían sobre el agua creaba un ambiente al mismo tiempo mágico y tétrico. Justo debajo del peñasco donde estaba se abría una pequeña playa de guijarros. A la débil claridad que aún llegaba de la esfera vi que Sidin yacía cerca de la orilla, rodeado por varios soldados hrtar muertos y grandes rocas negras.

Bajé tan rápidamente como pude hasta la playa, caminando con dificultad sobre las piedras. Para mi sorpresa, lo que parecían rocas oscuras sobresaliendo de la grava eran en realidad escamas de daelacanto, pero no me detuve a investigarlas, corriendo para atender al viejo consejero que levantó su cabeza gris al verme.

–Tienes el aspecto de haber peleado con un buch.

–Hubiera preferido un buch –repliqué–. ¿Cómo estás?

–Por suerte caí sobre él –apuntó a un soldado que yacía con el casco aplastado–, pero mi pierna está rota.

–¿Podremos arreglarla con el medallón?

–Seguramente, pero si no salimos de aquí enseguida…

Como respondiendo a su temor, nuevos gruñidos hrtar llegaron desde arriba, distorsionados por la cavidad. Sabía lo que Sidin quería decir. Aquí nos encontrarían rápidamente, iluminados por la esfera que perseguían.

¿Y si nos hacíamos los muertos? Era una idea estúpida –me respondí–, pronto descubrirían el truco. En mi desesperación, me fijé en las escamas de daelacanto. Eran ligeras y fuertes. Podíamos utilizarlas como escudo.

–No te muevas –susurré en dirección a Sidin.

Tomé dos escamas grandes y tapé completamente el cuerpo doblado del anciano, volviéndolo invisible para los que miraran desde arriba. Comencé a buscar otras dos para mí, cuando el tumulto de arriba aumentó. Los hrtar se habían puesto a chillar como locos. Evidentemente, estaban muy enfadados.

Coloqué una de las escamas sobre mi cabeza, justo a tiempo. Un rayo de calor pasó por encima, abrasando el musgo sobre la concha del animal. Corrí protegido por la improvisada coraza y me oculté contra una pared. El rayo cesó mientras los ruidos de arriba aumentaban. Podía oír golpes, gritos y explosiones. Parecía haber una pelea entre nuestros asaltantes. Me quedé parapetado contra la

roca, sosteniendo la negra concha en alto, pero tras un minuto ya no podía aguantarla. Mis brazos se estaban cansando. Los hrtar solo tenían que esperar a que bajara el escudo para achicharrarme con sus varas. Pero los demonios del espacio no tenían paciencia para esperar.

Una bomba cayó a unos pasos de mí. No tenía tiempo de llegar al lago. Lo único que podía hacer era agacharme tras la escama de daelacanto. La brutal onda de la bomba me aplastó contra la pared, arrancando la concha de mis brazos. Mi nuca se golpeó en la roca y vi sombras cayendo a mi alrededor, olas negras levantándose en el lago y un vendaval de fuego que se llevaba el cuerpo de Sidin. Entonces todo se volvió oscuro y floté arrastrado por un suave viento, volando entre los planetas hacia un lugar incierto, en un espacio sin límites. Seguramente me habían expulsado del universo por haber fallado una vez más.

XII

Ante mis ojos se formó la cara de Jilai, que me miraba con preocupación. ¿Había venido a salvarme? Tendría que haber sido yo quien la rescatara –pensé decepcionado–. Pero mi tonta alucinación se desvaneció. Su cara se convirtió en una mancha difusa, perdiéndose de nuevo.

–Está en shock –oí una voz lejana.

–El consejero Jasonderi está vivo. Intenta decir algo –respondió alguien más.

Las tinieblas regresaron, envolviéndome en un abrazo cálido y suave. ¿Era la bienvenida de la propia muerte? ¿Debía abandonarme a ella y descansar por fin? Quizás fuera mi única oportunidad para conocer a los dioses. Iría hasta el más allá y les suplicaría por la vida de mi amiga y por la desgracia de los hrtar. Les contaría todo lo que habíamos pasado: la pérdida de nuestras familias, de nuestro mundo… ellos debían comprender.

Una luz me hirió en los ojos. Varias sombras se movían contra ella.

–¡Goldi! Ha abierto los ojos.

Un rostro cubrió la fuente de luz y su pelo se encendió como un aura.

–Nadil, soy Goldinaz. ¿Puedes verme?

–Sí –me escuché decir–. ¿Goldinaz? ¿Qué haces aquí? –añadí al verme

tumbado en la pequeña playa subterránea. El brillo ondulante que me cegaba era el de la esfera, aún flotando en el aire.

–Mamá Amalea nos envió tras vuestra pista para protegeros, pero os perdimos al entrar en la meseta. No os localizamos hasta que vimos aterrizar a la patrulla hrtar. Siento que no pudiéramos llegar antes. Lanzaron la granada cuando estábamos luchando con ellos. Alcanzaron a nuestra compañera Aesla con sus terribles rayos –dijo con tristeza–, pero finalmente nos deshicimos de los tres que quedaban.

–¿Y Sidin?

–Está herido. Ha insistido en que te pongamos este extraño brazalete.

Noté la presión familiar del puskoru en mi brazo.

–Estoy bien. Ponédselo a él, por favor.

–Como quieras –dijo mi hermana mayor. Sentí el tirón del disco al despegarse.

–Goldinaz, lo siento. Todo ha sido culpa mía. Si yo no…

–Calla. En casa ya tendremos tiempo para tirarte de las orejas.

–Tenemos que marcharnos ya, Goldi –oí la voz de un hombre joven–. Enviarán más patrullas, o una de las naves grandes.

–Lo sé –contestó ella–, pero ¿cómo vamos a sacarles de aquí?

–La esfera… tenemos que llevarnos la esfera –dije débilmente.

–Descansa, Nadil. De momento no vamos a ningún sitio.

Debí dormir de nuevo porque al abrir los ojos me vi sentado contra unas rocas. Alguien me ofrecía un tazón de caldo.

–Bébelo todo.

Me giré sorprendido por la voz. Junto a mí estaba sentado el viejo Sidin, con su cara marcada por rasguños y quemaduras.

–Hola, soldado –me hizo un gesto de saludo con sus dedos.

–¿Cómo está tu pierna?

–Volveré a patear el trasero de los demonios, no te preocupes.

–¿Van a volver?

–Y esta vez vendrán con la artillería pesada.

El consejero real me hizo terminar la sopa. Después de eso me sentí mejor, lo suficiente hacerme una idea de nuestra situación. El joven que acompañaba a Goldinaz no era otro que Rondal, el estricto asistente de entrenamiento que tantas veces había supervisado los ejercicios. Los dos habían apilado los cuerpos

de los hrtar muertos a un lado de la playa y examinaban las escamas de daelacanto.

–Son de una muda reciente –dijo él sorprendido, tocando el interior de una de las planchas.

–Increíble –contestó Goldinaz–. Siempre pensé que el refugio secreto del norte no era más que una leyenda.

–Lo más importante es sacar la esfera de aquí –susurró Sidin, acercándose a mi oído.

–¿Pero quién va a llevarla? Nosotros estamos hechos polvo.

–Podría enseñarles a usar el medallón para que les siga –señaló a mi hermana y Rondal.

Había pensado lo mismo que el viejo. Nuestras heridas nos retrasarían. Él y yo tendríamos que apañarnos por nuestra cuenta. Mientras, Goldinaz era perfectamente capaz de regresar a la Laguna o refugiarse con la esfera en algún escondite. Sin embargo, había un problema.

–Sidin, si sacamos la Zarayan de la gruta los hrtar pueden descubrirla desde sus naves.

El viejo se frotó los ojos.

–Sí, los localizarían enseguida: la radiación sería visible a sus detectores, a menos que hicieran el recorrido bajo tierra, pero eso es imposible. Por el Gran Cuerno, qué mala suerte –hizo una mueca de dolor.

–¿No hay ninguna señal de tus amigos?

–Ni un mensaje. No sé por qué tardan tanto.

Sidin se retorció nervioso.

–Por cierto, maese soldado… les he dicho a los muchachos que la esfera es una peligrosa arma que los hrtar perdieron en el planeta. Mejor que no sepan mucho más.

–Ya, de acuerdo.

No me hacía gracia ocultar nada a mi familia, pero comprendía las razones. Era por su propio bien.

–¿Entonces cómo vamos a volver? –me pregunté en voz alta.

Como respuesta nos llegó un profundo silbido, multiplicado por todas las cavidades de la gruta subterránea. Lo reconocí. Era una de las señales que tantas veces había escuchado en la Laguna: el silbido para llamar a los daelacantos. Los dos jóvenes se turnaron haciéndolo mientras miraban fijamente la superficie del

lago.

–¿Qué hacen? –preguntó Sidin sorprendido.

Un chapoteo me alertó. Goldinaz y Rondal se pusieron de puntillas para mirar hacia a lo lejos. El sonido se hizo más fuerte, como si las olas del mar hubieran entrado en la cueva. Mi hermana lanzó otro silbido, éste suave y tranquilizador. La superficie del lago se rompió entonces en un chorro de vapor y la cresta de un daelacanto surgió de las aguas como una roca viva.

–¡Por las ninfas de las profundidades! –Goldinaz cayó de rodillas sobre la arena, maravillada.

Me resistía a creer lo que veían mis ojos. ¿Cómo era posible que las bestias marinas vivieran en el interior de este laberinto, tan lejos del océano? En pocos minutos el lago se llenó de inquietos daelacantos que mugían preguntándose quiénes eran los extraños que se habían atrevido a invadir su hogar. Goldinaz y Rondal nos relataron brevemente la antigua leyenda del refugio del norte, según la cual varias familias de daelacantos habían sobrevivido a la caza masiva que a punto estuvo de eliminarlos. No había otra explicación. Éstos debían ser los animales, ocultos bajo la meseta para salvarse del exterminio. Sin embargo, no parecían temernos. Sus enormes cuerpos danzaban en las aguas del lago tan plácidamente como sus parientes domesticados en la Laguna.

–Creo que ya tenemos transporte –dijo Sidin observando las bestias.

–¿Sabes que las utilizamos para montar? –le pregunté extrañado. Supuestamente éste era un secreto de la Laguna. Pero para el viejo no parecía haber secretos.

–Oh, sí. Una vez vi como lo hacían –como siempre, Sidin no me dio muchos detalles.

–Pero, ¿vamos a dejar aquí la esfera?

–Vamos, maese Nadiroz. Si tu viejo daelacanto se tragó la otra, podremos convencer a éstos de que lleven la Zarayan en su interior.

Tardé un segundo en reaccionar. ¡El anciano sabía que mi esfera estaba dentro de Vliror! Lo había sabido todo este tiempo. Miré sus ojos profundos con suspicacia, enfadado una vez más por su manía de ocultármelo todo.

–¿Cómo lo supiste? ¿Espiaste mis sueños?

–No fue necesario. Cuando dejaron esa bestia sobre la explanada del Palacio, saliste de su interior y el medallón empezó a pitar como loco. Estabas bañado en radiación. No me sorprendió que los hrtar la detectaran en la sala de audiencias. Por fortuna no sospecharon que la fuente estaba tan cerca.

Mi hermana y el entrenador improvisaron unos arneses con las cuerdas y clavos de escalada que llevábamos en las mochilas. Mientras ellos los preparaban ayudé a Sidin a ponerse en pie y probar la burda muleta que Rondal había construido con un largo trozo de escama. Con ella y el apoyo de mi hombro, el viejo pudo llegar hasta la orilla del lago.

–Goldinaz, ¿no nos perderemos en los túneles? –pregunté preocupado. No parecía fácil guiarse en la oscuridad por dentro de la maraña de grutas que se adivinaban desde la playa.

–Los daelacantos no necesitan ver. Pueden encontrar el camino con otros sentidos –explicó–. Aquí no sobrevivirían sin pescado, así que deben estar acostumbrados a ir hasta el mar para alimentarse.

–¿Llegaremos hasta el océano? –parecía imposible cruzar toda la extensión de la meseta pasando bajo la superficie.

–Debe haber un pasadizo oculto bajo las montañas del norte. Es probable que salgamos a la Bahía de Melanás, y desde allí podríamos bordear toda la costa de Roseda Quea. Con un poco de suerte estaríamos en la Laguna en cuatro días.

–¡Cuatro días! –protestó Sidin–. ¡La flota del Almirante Kautrk habrá llegado para entonces!

–Lo único podemos hacer es avisar a la Laguna de que estamos en camino –respondió Goldinaz.

–¿Lleváis un mensajero? –preguntó el viejo, esperanzado.

–En realidad, llevamos dos –explicó Rondal–. Jamás salimos sin ellos.

Sidin escribió apresuradamente unas notas que fueron dobladas y metidas en pequeños tubos, sujetos al vientre de dos bonitas aves de plumas doradas que Goldinaz sacó de un recipiente especial.

–No son muy grandes, pero vuelan rápido. Estarán allí en un día.

–Si antes no las caza un cortacabezas hambriento –murmuró Sidin en mi oído.

Vimos partir a los dos pájaros, que rodearon la esfera y volaron ansiosos hacia la abertura. Me pregunté qué habría escrito Sidin en las notas, y a quién iban dirigidas. Entonces comprendí. El palomar tras la casa de los Thuregi. El abuelo Frideric entrenaba a sus aves para volver siempre allí.

Cuando aún miraba hacia la bóveda, sentí un rumor lejano, aumentando de volumen hasta convertirse en un bramido atronador. Los cuatro nos miramos sin palabras. Por la potencia de los motores, debía ser una nave de las grandes.

–¡Al agua! –gritó Goldinaz.

–Nadir, activa el modo de seguimiento –me dijo Sidin señalando hacia su pierna.

Me agaché y pulsé los botones del puskoru, pegado a la delgada pantorrilla del viejo.

–Ya está.

El globo luminoso había comenzado a moverse hacia nosotros mientras el ruido de la nave sacudía sin clemencia toda la cueva. Trozos de roca cayeron desde la abertura y toda la caverna se agitó, amenazando con derrumbarse. Ayudé a Sidin a apoyarse de nuevo en su muleta y en poco tiempo estuvimos tocando el agua, con la esfera siguiéndonos un paso por encima. Rondal y Goldinaz ya nadaban hacia la profundidad del lago, llamando a los daelacantos. Los crujidos y el derrumbe del techo se aceleraban, con enormes cascotes salpicando el lago. La cueva iba a desmoronarse.

–¡Saltad! ¡Os recogeremos! –gritaron nuestros amigos.

Asustados, tomamos aire y nos lanzamos al frío líquido. Avancé unas brazadas antes de que una mole negra se abalanzara sobre mí y me tragara. El empuje del agua engullida me arrastró hasta un gran tubo por el que di varios tumbos antes de quedarme sentado contra sus suaves paredes. Recuperándome del mareo, noté en la oscuridad otro cuerpo resbalando junto a mí.

–Uf –resopló Sidin–, así que esto son las tripas de un daelacanto…

Una ola ahogó sus palabras. El monstruo se retorció. Con una nueva bocanada de agua llegó una inesperada luz: el daelacanto había engullido la esfera, que iluminaba ahora la caverna de carne rosada. La Zarayan venía hacia nosotros, pero cuando pensaba que la bola iba a aplastarnos, el sistema de seguimiento la empujó por encima de nuestras aturdidas cabezas.

A través del cuerpo del animal nos llegaron ecos del exterior, estallidos de piedras que se aplastaban y rompían, haciendo vibrar el laberinto subterráneo con una avalancha de golpes sordos y olas que nos zarandeaban. En un instante notamos el impacto de una roca sobre la coraza del animal que nos llevaba en el vientre, pero la bestia siguió adelante. A medida que su cuerpo continuó su movimiento ondulante, los ruidos se fueron alejando.

LA PÉRDIDA

I

Tras unos minutos de rápida carrera, la boca del daelacanto se abrió de nuevo y Goldinaz entró deslizándose por su garganta. Nos comunicó que ya no había peligro, pero era mejor que siguiéramos dentro del animal. Fuera nos exponíamos a golpearnos la cabeza con los picos rocosos, ya que los pasadizos estaban en total oscuridad. Además, a veces el animal tenía que sumergirse para salvar tramos completamente cubiertos por el agua y hubiéramos tenido que aguantar la respiración durante largos períodos. Rondal fue el único que siguió en el lomo del daelacanto como precaución, turnándose cada hora con mi hermana adoptiva.

La tercera vez que Goldinaz entró en el vientre de la bestia, vimos su cara sonriente. Nos hizo salir por la garganta, inclinada para ayudarnos en la extraña maniobra. Agotados, hambrientos y cansados del húmedo olor a pescado, vimos con alegría la orilla de una amplia bahía, iluminada por las últimas luces del día. Comparada con la oscuridad que nos había acompañado durante el último día, aquella tenue claridad me pareció más brillante que el sol de Vikatee.

Respiré a bocanadas el aire fresco. La vista del tranquilo horizonte me llenó de paz tras sufrir tantas jornadas los altibajos de la meseta. Con la ayuda de Goldinaz, Sidin y yo nos instalamos también en el lomo del daelacanto. Aunque no tan grande como Vliror, se trataba de un ejemplar de buen tamaño que no tenía dificultad en cargar con cuatro pasajeros mientras nadaba a toda velocidad. Sidin desconectó el modo de seguimiento de la esfera, que se quedó –como la primera Zarayan– en el interior del daelacanto. Nos amarramos con cuerda para no caernos de nuestra montura. Fue una buena idea, porque tras comer los pocos alimentos que quedaban, caímos dormidos profundamente sobre las escamas.

Durante tres días y noches navegamos sobre el animal, dejándole descansar de tanto en tanto para que cazara a su antojo mientras flotábamos sobre las olas. Por precaución mantuvimos la distancia a la costa durante las travesías, salvo cuando paramos para recoger agua y comprar alimentos. En esa ocasión Sidin y yo permanecimos escondidos en un bosquecillo mientras Goldinaz y Rondal iban a la aldea. Tanto el viejo consejero como yo hubiéramos llamado demasiado la atención. A estas alturas los tintes que aclaraban mi pelo y mi piel habían

desaparecido.

Tras bordear los altos acantilados de Roseda Quea llegamos frente a la Gran Bahía de Viter. Levantándonos sobre la coraza del daelacanto oteamos con temor hacia el este, pero aparte de algunos barcos que evitamos fácilmente no apareció ninguna nave sobre el horizonte. Solamente cuando íbamos a girar más allá del promontorio que marcaba el borde sur me pareció ver una sombra negra que descendía al fondo de la bahía, justo donde se encontraba Vitera. Pero la ciudad estaba demasiado lejos para poder verla. ¿Seguirían los invasores ocupando el cerro? ¿Tomarían represalias contra la ciudad y el reino tras habernos perdido? ¿Habría llegado ya el temible Almirante con su sed de sangre? Era imposible saber las respuestas desde nuestra posición mar adentro.

Siguiendo hacia el sur, avistamos con impaciencia y ansiedad la familiar costa de Fasela Quea. Reconocí desde la distancia las calas donde tantas veces había entrenado mis habilidades. Estábamos siguiendo a la inversa el mismo camino que me había llevado con Vliror hasta Vitera. La felicidad por volver a mi hogar adoptivo se mezclaba con la incertidumbre sobre la situación de mis amigos de la aldea. Me preocupaba que los hrtar la hubieran tomado con ellos por mi culpa. ¿Qué pensaría de mí ahora mi familia de la Laguna? ¿Se arrepentirían de haberme acogido? Podía imaginarme las caras redondeadas de Thuregi y mamá Amalea, más serios que nunca, regañándome por mi desobediencia. Pero sobre todo me preocupaba lo que le podía suceder a Jilai, prisionera de los hrtar en el Palacio. Me aterraba que hubiera sido entregada ya al Almirante Kautrk, ese monstruo alto como diez demonios, que se alimentaba de sus enemigos. No quería pensar en ello. No me atrevía.

Mi desazón aumentó cuando tuvimos a la vista la Bahía, con la aldea de pescadores a su orilla. Aunque había poca actividad, todo parecía normal. Sidin se puso de pie con cuidado –su pierna no sanaba tan rápido como mi brazo– y miró con interés las plataformas de cultivo y las pesquerías.

–Vaya, esto ha prosperado mucho desde la última vez.

En ese momento sonó la trompeta de alarma. Vimos a la gente salir de los talleres y arremolinarse en los muelles, mirando hacia nosotros. Goldinaz dirigió con calma al daelacanto hacia la terminal donde otras bestias depositaban su pesca. Escuchamos los silbidos de mando que los operarios enviaban para alejar a los demás animales de nuestro camino. Finalmente, tras llevarnos sobre su lomo durante cuatro días, nuestra obediente montura inclinó su cabeza y nos

dejó bajar hasta la plataforma. Al poner pie en la roca me volví, pasé mi mano por el duro morro y miré los pétreos ojos del daelacanto.

–Gracias, amigo –le dije, palmeando su coraza oscura. Era el segundo de estos nobles animales que me protegía en su interior. Me prometí otra vez que regresaría a Vitera para averiguar la suerte de Vliror. Si había la más mínima posibilidad de salvarle, no dudaría en intentarlo.

–Goldinaz, –dijo Sidin mientras se apoyaba para bajar–, ese… objeto que tenemos ahí dentro…

–Está seguro, consejero. Vamos a darle unos moluscos al daelacanto y volverá cada día. ¿O quiere que lo saquemos?

–No, es preferible que se quede donde está. Y cuantas menos personas sepan de ello, mejor. Díselo también a Rondal, por favor.

–Debemos informar a los señores Thuregi, consejero. Para los demás será un secreto.

–De acuerdo –aceptó Sidin–. Y gracias por el paseo.

Goldinaz sonrió e inclinó graciosamente su cabeza ante el viejo caballero. La conversación fue interrumpida por Kalea, que llegó con dos de sus ayudantes. Parecía divertida con nuestra llegada.

–Vaya, que me azoten si no es Nadil, el paladín de las criaturas marinas. Pensábamos que te habrían servido en el banquete real con los demás mariscos.

–Hola, Kalea.

No se me ocurrió nada más que decirle. ¿Cuánto sabía ella de nuestras aventuras?

–Necesitan ver a los señores –dijo Goldinaz a la mujer.

–El señor Thuregi está inspeccionando las pesquerías. Volverá en un rato. La señora habrá regresado ya a la casa.

–Os acompañaré –se ofreció Goldinaz–. Así podremos tomar algo antes de la cena. Estoy muerta de hambre.

Nos despedimos de Rondal, también impaciente por ver a su familia, y seguimos el sendero que subía por la colina. Aparentemente nada había cambiado, pero percibí algo irreal en todo lo que nos rodeaba, como si aquella tranquilidad, la gente regresando a los talleres y cultivos, todo fuera una representación, una realidad falsa para engañarnos. Aparté estos pensamientos extraños mientras subíamos por el camino de la colina, rodeado de prados verdes y húmedos. Cuánto había echado de menos las hierbas y los árboles en los días

de caminata por las grietas de la meseta. Sin apenas darme cuenta, la Laguna se había convertido en mi nuevo hogar, y me emocioné al reconocer cada rincón. Aunque este mundo bajo las nubes era muy extenso, con más personas y lugares de los que nunca hubiera soñado posibles, ansiaba regresar a la pequeña aldea. Y cuánto deseaba mostrar a Jilai esta pequeña ciudad sin baranda ni niveles, enseñarle que desde aquí podíamos ir tan lejos como quisiéramos, por tierra o por mar, para explorar un planeta sin límites y lleno de sorpresas. Pero la aldea siempre estaría aquí esperando hasta nuestro regreso. No se destruiría de un día para otro. Al menos eso era lo que yo deseaba. Porque cabía la posibilidad de que la flota del Almirante acabara con todo el planeta Mekham con la misma facilidad que los demonios habían aniquilado Vikatee.

En la puerta de la casa nos esperaban mamá Amalea, el abuelo Frideric y la abuela Vergina, alertados por la trompeta de alarma. Sus rostros eran serios, pero los tres me dieron fuertes abrazos. Me sentí un poco mejor. Al menos no iban a cortarme la cabeza inmediatamente.

–Bienvenido, consejero –la señora saludó a Sidin formalmente.

–Gracias por su hospitalidad, señora, y por enviarnos una partida de rescate –señaló a Goldinaz–. Sin ellos no hubiéramos sobrevivido.

–¡Viejo rufián! –el abuelo Frideric avanzó hacia el anciano, saludándole con una palmada que podría haberle fracturado varias costillas–. Pensaba que estabas demasiado débil para pelear.

–Yo también, mi general, yo también.

–Entrad –la abuela Vergina hizo un gesto hacia la puerta–, hemos preparado pasteles de queso.

Sidin fue el último en pasar al interior de la casa, caminando junto a la señora Amalea. Oí cómo el viejo susurraba a mi madre adoptiva.

–¿Recibió el mensaje?

Ella asintió. Viendo que les escuchaba, me empujó hacia el salón.

El señor Thuregi llegó antes de la cena. Saludó ceremoniosamente a Sidin pero a mí me dirigió tan solo una dura mirada. Mis primos y hermanos me habían felicitado, diciéndome que estaban orgullosos de mí. Thuregi era el único de toda la familia que parecía enfadado. Me entristecí al notar su frialdad, aunque era obvio que tenía sus razones. Yo había desobedecido sus órdenes directas, echado por tierra sus planes y llamado la atención de toda Vitera y de los invasores sobre nuestra familia. Me hubiera gustado explicarle por qué lo

había hecho, pero no tuve tiempo para hablarle a solas.

Mamá Amalea nos hizo sentar a la mesa para degustar la cena especial que celebraba nuestro regreso. Estábamos famélicos tras comer durante días migajas de pescado seco. Se me hizo la boca agua al ver que habían preparado mis platos favoritos, terminando con lo mejor: el pastel de queso de cabra. Llevaba demasiado tiempo sin probar la comida casera y disfruté con avidez de los exquisitos alimentos. Los manjares y el relato de nuestro viaje, adornado por las exageraciones de Sidin, me devolvió el buen humor. El consejero contó nuestras aventuras como si las hubiera sacado de un poema épico, con bravos combates, repulsivos monstruos e incontables peligros. Los jóvenes escuchaban fascinados, dirigiéndome miradas de admiración cuando me convertía en protagonista de la historia. Anael se alegró de que la espada me hubiera servido tan bien, aunque yo me había quedado con las ganas de hundirla en el cuerpo de algún hrtar.

Los señores y el abuelo Frideric también escuchaban atentamente, pero sin el entusiasmo de los demás. Quizás se preguntaban qué partes de la historia serían ciertas. Por supuesto Sidin no mencionó a las esferas. Según su versión, habíamos escapado del Palacio escabulléndonos de los hrtar por una salida secreta de la bodega para huir a la ciudad de Kevat –esto era cierto–, donde conseguimos evitar por los pelos a los demonios. Finalmente nos habíamos perdido en el laberinto de la meseta, derrotando a nuestros perseguidores con la intervención final y decisiva de Goldinaz y Rondal, que se llevaron sus merecidos aplausos. Sidin tuvo también unas palabras para el sacrificio de Aesla, la mujer que había muerto en la lucha de la cueva, prometiendo que la venganza contra los demonios del espacio no tardaría en llegar, a lo cual Thuregi respondió alzando sus cejas con incredulidad.

Goldinaz relató a continuación nuestro sorprendente descubrimiento del refugio secreto de los daelacantos, lo que levantó comentarios maravillados de todos, incluidos los señores, y contó después el viaje de regreso a los lomos de la bestia marina. Imaginé que toda la historia se convertiría en una de esas leyendas que se repiten de generación en generación, contada por los abuelos a sus nietos, hasta que seguramente tendría poco que ver con la realidad. Pero resultaba divertido sentirme el héroe de un relato.

La conversación se extendió tras la cena, hasta que la señora advirtió que mañana era día de trabajo y debíamos retirarnos a descansar. Sin embargo, me indicó con un gesto que yo debía quedarme, señalando hacia el porche donde tantas conversaciones había tenido con los mayores. Una vez sentados en el exterior, alumbrados por una lámpara de aceite, se sirvió un vino de frutas para

todos y Thuregi sacó su olorosa pipa. El abuelo Frideric ofreció a Sidin la misma pasta de raíces que el viejo consejero había fumado y masticado durante el viaje.

–Nadil, tengo que ser claro contigo –comenzó el señor Thuregi, exhalando solemnemente el humo–. Admiro tu valentía, y tu deseo de defender a tus amigos. Pero tienes que aprender otras cosas además del manejo de la espada. Te admitimos como miembro de esta familia y de nuestro clan, y eso te obliga a respetarnos.

–Lo siento, señor. Sé que lo… que no debí hacerlo.

–Señor, no seas duro con el chico –intervino mamá Amalea–. Sabes que él no ha tenido padre y… sus costumbres son diferentes.

–Pues tendrá que adquirir nuevas costumbres. Son tiempos peligrosos. No sabemos qué va a pasar y tenemos que mantenernos unidos.

–Si me permites intervenir, estimado señor –dijo Sidin, inclinándose–, hay información que puedo aportar para explicar las acciones del muchacho, datos que deben ser conocidos por los señores, aunque es preferible que permanezcan ocultos para otros.

–Habla, consejero –Thuregi le miró con atención.

–El chico se salvó de la caída desde la ciudad sobre las nubes, destruida por los malvados hrtar, al poder agarrarse a una esfera que cayó con él, un objeto muy especial.

–Sí, Nadil me lo contó aquí mismo –asintió el señor–. Supusimos que los hrtar buscan esas esferas por su energía, quizás para usarlas como armas. ¿No es así, chico?

Moví mi cabeza afirmativamente.

–¡Precisamente, mi señor! –Sidin sonrió–. Lo que Nadir no dijo, porque no lo sabía en ese momento, es que su amigo daelacanto se había tragado esa peligrosa esfera al recogerlo en el mar.

–¿Cómo? –la pipa de Thuregi se inclinó, manchándole de cenizas–. ¿La llevaba dentro? ¿Por qué no la vimos durante la limpieza? –se giró hacia mamá Amalea.

–Mi señor, el viejo Vliror ya no era limpiado –explicó la señora.

–Ah, es cierto.

–Nadir lo descubrió de camino a la capital –siguió Sidin–, mientras jugaba con el daelacanto en el mar…

Ajá, el viejo había tardado poco en mentir –me reí para mis adentros.

– … y al ver en la subasta que la vieja bestia y su peligrosa arma podían caer en manos de los invasores, tomó la determinación de liberar a Vliror.

Me maravillaba la facilidad de Sidin para crear falsedades con más sentido que la propia verdad. ¿Pero, por qué mentía esta vez? ¿Lo hacía solo para defenderme? El viejo siempre tenía una razón oculta.

–¿Por qué no se lo dijo a la señora? –el ceño fruncido de Thuregi se había relajado un tanto–. La habríamos sacado del animal antes de la subasta.

–Oh, me lo dijo, mi señor –dijo mamá Amalea con voz avergonzada–. Lo cierto es que se me había olvidado comentároslo. En aquel momento, con el ajetreo de la Feria no le di importancia, pensé que ese asunto de la esfera era una fantasía de Nadil, que lo había inventado para proteger a su amigo Vliror. No imaginé que pudiera haber algo así en el vientre del animal.

¡Yo no le había dicho nada a mamá Amalea! ¿Qué estaba sucediendo? La miré a ella y al viejo consejero. Se habían puesto de acuerdo en contar una versión inventada de la historia. Ciertamente aún tenía cosas que aprender sobre las artimañas de los mayores.

–Hmm… entonces te debo una disculpa, muchacho –Thuregi tiró más humo blanco, que se disolvió en el aire fresco de la noche–. Ya ves, a veces los adultos no vemos ni oímos, tenemos demasiadas cosas en la cabeza.

No me atreví a decir nada. La situación era demasiado absurda. Entendía ahora lo que significaba ser una pieza dentro del Gran Juego. Los dioses movían a los estrategas como Sidin, quienes a su vez movían a los agentes, y todos ellos jugaban con nosotros, los pobres ignorantes que no entendíamos qué estaba sucediendo.

–Nadil –añadió mamá Amalea con voz afectuosa–, sabemos que los hrtar mantienen a Vliror encerrado en la dársena real, en una zona separada del puerto. Así que no debes preocuparte, sigue vivo, y parece que los invasores siguen sin tener idea de lo que lleva dentro.

–Mis señores… –Sidin reclamó de nuevo atención–, permítanme relatarles lo que sé de esas misteriosas esferas, pues su naturaleza es preocupante y mucho me temo que no podemos permanecer al margen de los acontecimientos, so pena de ser sobrepasados por ellos.

–Habla, consejero –Thuregi le apuntó con su pipa–. Has estado en Palacio desde la llegada de esos invasores y supongo que sabes acerca de sus propósitos.

–Los hrtar son monstruos sin compasión, señor. Su imperio se ha forjado

utilizando naves asesinas, rayos mortíferos y armas aún más terribles que han destruido o diezmado innumerables mundos, siempre buscando extender su poder y el miedo que despiertan. Su mayor pasión es arrasar planetas y poblarlos de máquinas que transforman la atmósfera y las tierras a su medida, sin dejar nada de los mundos que una vez fueron.

El viejo hizo una pausa para que todos asimilaran el grave peligro. Ni siquiera había probado la pasta de raíz que el abuelo le había dado.

–¿Por qué han venido a Mekham? –continuó–. Sabemos que destruyeron la ciudad voladora de Nadir en su búsqueda de las misteriosas esferas. Ese parece ser su objetivo inmediato. No creo que por ahora tengan planes para colonizar nuestro planeta. De ser así habrían traído muchas más fuerzas. Tienen ya once de las trece esferas, las que capturaron en la ciudad, y han bajado hasta el planeta para buscar las dos que faltan, las que tenemos nosotros. Por ahora hemos tenido mucha suerte, pues la mayoría de sus soldados y sus naves siguen en el espacio, pero…

–Ya no, consejero –interrumpió la señora Amalea–. Acabamos de recibir un mensaje. El Almirante ha aterrizado en Vitera con dos nuevas naves gigantes, y debe haber muchas más ahí arriba.

–¿El Almirante Kautrk?

El miedo era evidente en la voz de Sidin, y una sombra de temor se extendió por el porche. Ninguno habló durante unos segundos.

–Nadie le ha visto –continuó la señora–, pero tras la llegada de las nuevas naves se oyen desde el cerro los gritos de una voz terrible que llena de pánico toda la Bahía de Viter. Las patrullas han volado varias veces sobre la ciudad, destruyendo edificios al azar. Muchos habitantes de la capital han huido a las montañas. Parece que el general Gritwr está preparando vehículos terrestres para una operación de búsqueda intensiva por todo el reino.

–Malas noticias, desde luego –el rostro de Sidin se tensó–. No tendrán reparos en destruir y matar hasta que encuentren lo que buscan.

–¿Pero por qué? –preguntó Thuregi con enfado–. ¿Tan decisivo es para el imperio de los hrtar tener las esferas?

–No estamos seguros de cuál es la razón, señor. Pero sabemos que estuvieron ocultas durante mil años en la ciudad flotante, varios siglos antes de que nuestros antepasados llegaran a Mekham, sin duda para ponerlas a salvo de quienes las quisieran utilizar con fines perversos.

–¿Qué pueden hacer un puñado de bolas que sea tan peligroso?

–Cuando vivía en Kevat, los comerciantes del espacio contaban leyendas sobre unas esferas como esas. Por lo que he deducido de sus historias y de la información de Nadir, creo que su enorme energía, capaz de levantar una ciudad entera, proviene de la especial forma de materia que contienen en su interior. Pero esta forma de materia es extremadamente inestable. Poniendo juntas las trece esferas y quitando la protección que las rodea, se alcanzaría una cantidad crítica de esa sustancia, y eso provocaría que el espacio mismo se rompiera –abrió su mano y la volvió a cerrar al tiempo que la giraba–. Se formaría un vórtice, un remolino que crecería alimentándose de la nada misma hasta tragarse un sistema planetario, las estrellas cercanas, y quizás todo el universo.

Thuregi tosió, atragantado por el humo. Yo mismo estaba aturdido por la descripción de Sidin. ¿Realmente podrían las esferas tener esa fuerza destructora o era otra invención para asustar al jefe del clan? Si era cierto lo que el viejo decía, si las Zarayan podían traer la aniquilación de todo, entonces las esferas no podían ser una creación de los dioses. Ellos nunca hubieran fabricado una fuerza capaz de destruirlo todo… a no ser que los dioses no se preocuparan por nuestro universo.

–No entiendo –dijo Thuregi, moviéndose nervioso en su mecedora–, entonces ¡démosles las esferas! Que se las lleven lejos de aquí, que las utilicen para sus guerras en otros planetas –apuntó con su pipa a las nubes.

–Es demasiado tarde ahora, señor –explicó Sidin–. Tenemos la guerra sobre nosotros. La flota hrtar que orbita Mekham pronto tendrá compañía, y su encuentro no será muy amistoso. Si les entregamos las esferas a los demonios es muy probable que las utilicen aquí mismo.

–Vaya, consejero, parece usted mucho mejor informado que nosotros sobre los acontecimientos –respondió Thuregi, con tono de sospecha–. ¿Tiene algún interés personal en mantener aquí esas esferas?

–En absoluto, señor. Deseo sacarlas de Mekham tanto como usted, pero dárselas a los hrtar sería demasiado peligroso.

El abuelo Frideric había permanecido escuchando atentamente, mascando con calma su pasta de raíz, pero ahora interrumpió con un leve carraspeo.

–Mi señor, si me permites…

–Por supuesto, padre. Tus comentarios son siempre bienvenidos.

–Como sabes, el señor Berenori luchó junto a mí en la guerra. Nunca averigüé qué medios utilizaba para conseguir su información, pero sus consejos siempre fueron sorprendentemente precisos. Incluso diría que ganamos la

contienda gracias a ellos.

–Oh, exageras, Frideric.

–Sidinar, nunca te he preguntado cómo lo sabías –siguió el abuelo– y no pienso hacerlo ahora. Solo quiero saber si estás seguro de ello.

–Sí, Frideric, estoy seguro.

–Eso es suficiente para mí –el abuelo se reclinó hacia atrás y siguió masticando.

Un silencio tenso quedó suspendido en el aire. Ninguno de los presentes miraba a los demás, salvo mamá Amalea, que tenía la vista fija en su marido. El señor Thuregi parecía meditar, absorto en el humo de su pipa.

–¿Y qué propones exactamente, consejero? –preguntó por fin.

Sidin se levantó con cierta dificultad, apoyado en su bastón.

–Disculpen, necesitaba mover mi pierna. Bien… obviamente las esferas son un peligro y tenemos que sacarlas del planeta para evitar que los hrtar las atrapen y las unan a las que robaron de la ciudad voladora. No deben conseguir la masa crítica. No están capacitados para manejarla con seguridad y en su torpeza podrían causar una catástrofe inimaginable, o quizás lo hicieran a propósito, siguiendo las órdenes de sus superiores, sin conocer las consecuencias. En cualquier caso, no pueden quedarse aquí.

–Pero, consejero Berenori, no tenemos naves espaciales –la señora intervino, dejando su vaso de vino–, y hace años que los comerciantes no aterrizan en Kevat ni en los reinos vecinos.

–Podríamos mandar un mensaje a Fenogel –sugirió Thuregi–. Su espaciopuerto aún debe tener naves de carga que podríamos alquilar.

–Si tuviéramos tiempo… –Sidin pensó durante un par de segundos–, pero sería inútil. Ninguna nave mercante puede salir del planeta en estos momentos sin ser revisada o destruida. Y dudo que tengamos más de unas horas antes de que el Almirante comience su ofensiva.

El viejo consejero dio unos pasos, recorriendo el porche. Los únicos sonidos audibles en la noche eran los golpes de su bastón, los chirridos de los insectos y el crujido de las mecedoras.

–Solo hay una posibilidad… es una locura –Sidin mostró sus dientes amarillos en una sonrisa atormentada.

–Oh, vamos –Frideric palmeó su silla–, mis huesos están oxidándose. ¡Una buena locura es exactamente lo que necesito! ¡Sorprendamos a esos bastardos!

–Papá, cálmate –Thuregi levantó su mano–. Consejero, dinos de qué se trata.

–Las naves de los propios hrtar. Son las únicas que podrían escapar al bloqueo.

–¿Es que sabes pilotar una de esas naves? –Thuregi le miró de nuevo con desconfianza.

–Claro que no, pero podemos forzar a un hrtar a que la guíe.

–Por las cloacas del infierno, tenías razón ¡Es una maldita locura! – Frideric rio con una ronca carcajada.

Thuregi levantó su pipa, imponiendo silencio. Entonces se levantó de la silla.

–Es ya tarde y nuestro juicio comienza a fallar –miró de reojo a su viejo padre–. Sugiero que descansemos todos y continuemos las deliberaciones mañana a primera hora.

Sidin pareció dispuesto a replicar, pero una mirada de la señora Amalea le hizo asentir a la propuesta de Thuregi.

–Sí, ha sido un largo día –admitió el consejero, frotándose su pierna.

–Vamos, Nadil –me llamó la señora–, veamos si han preparado tu cama.

Como era habitual, tenía muchas preguntas para el viejo Sidin: ¿En serio pensaba que podíamos sacar las míticas Zarayan del planeta robando una nave de los demonios? Pero ya no estábamos solos como en el viaje a la meseta. Era de nuevo un niño que tenía que irse a dormir y dejar a los adultos solucionar los problemas.

Seguí a mamá Amalea al interior de la casa. Encendió una vela y me acompañó hacia la escalera de los dormitorios. La llama iluminó su cara con un cálido brillo que suavizaba sus facciones y de repente me di cuenta de que la señora era muy bella, y de que probablemente había roto el corazón a más de un hombre cuando era joven. Thuregi había tenido suerte de encontrar una mujer así.

–Gracias por defenderme, señora –me atreví a decirle.

Ella sonrió, una sonrisa dulce bajo una mirada de despiadada inteligencia que nunca había visto antes en su rostro.

–Soy tu madre ahora, Nadil. Ha sido un placer ayudarte, pero también una necesidad por el bien de todos.

La nueva señora que se mostraba ante mí a través de esa sonrisa tomó algo de un pliegue de su falda.

–Que la Sabiduría de la Luz te acompañe siempre.

En su mano sostenía un puskoru similar al de Sidin.

II

Desperté la mañana siguiente pensando todavía en la revelación de la señora Amalea. Ella era también un agente de los Fravashi y, como Sidin, hablaba con los dioses a través de un medallón. La conexión entre ella y el consejero explicaba algunas cosas: cómo el viejo había sabido tantas cosas sobre mí y la historia de mi caída, a quién había enviado Sidin sus mensajes con los pájaros, y por qué se habían puesto los dos de acuerdo para protegerme de la ira de Thuregi. Ahora yo era su peón, una pieza más de la que disponían para los movimientos del Gran Juego, y por eso se encargaban de que no me sucediera nada.

Aunque ya tenían lo que querían. Sabían dónde estaban las esferas. Yo no les servía para nada más. No tenía poderes mágicos ni más secretos que contar. A pesar del fantástico relato que había hecho Sidin de nuestras aventuras, tampoco era un gran guerrero que pudiera vencer a los hrtar. No era capaz de odiar a mi madre adoptiva ni al extravagante consejero. Habían sido buenos conmigo. Pero tampoco podía confiar totalmente en ellos. Debía tener cuidado.

Al bajar por la escalera los vi sentados a la mesa junto a Thuregi y Frideric. También Goldinaz y Anael estaban terminando su desayuno, con cara de no haber dormido mucho. La seria conversación que mantenían terminó en cuanto me vieron, así que no pude averiguar qué estaban tramando. Goldinaz me acercó bollos con manteca y un tazón de leche caliente. Comí mientras seguían callados, sumidos en sus pensamientos. Pronto bajaron Gobur y Vana, Nalivar, y los pequeños Darriel y Lathor. La abuela Vergina siempre era la última en levantarse, así que nadie la esperó para comenzar. Una vez terminamos de desayunar, Goldinaz y Anael nos hicieron recoger rápidamente los restos y limpiaron la mesa con un paño.

–No os vayáis –advirtió mamá Amalea cuando mis primos se levantaron–. Quedaros todos, excepto Darri y Lat.

–No vale, mamá, ya somos mayores –frunció sus labios el pequeño Darriel.

–¿Vais a anunciarlo ahora? –preguntó Nalivar, asombrada.

–Esto no tiene que ver con tu compromiso, Nali –le contestó Thuregi.

El jefe de la familia extendió sobre la mesa un gran mapa pintado sobre tela. Reconocía los detalles de la ciudad de Vitera: la colina del Palacio, el puerto mercante…

–¿Qué compromiso, Nali? –rio Gobur–. ¿No será con ese cabeza hueca de Keelo?

–Todo eso tendrá que esperar –gruñó Thuregi.

–¿Esperar? Pero dijisteis… –Nalivar parecía a punto de llorar.

–Oh, por los cien infiernos. Mamá, llévatela de aquí.

–Nali, hablaremos de eso después –terció Amalea–. Ahora escuchad. Es importante. Lo más importante que haya pasado en vuestra vida.

Todos enmudecieron. Incluso Nalivar contuvo sus sollozos.

–El clan está en guerra, muchachos –anunció Thuregi, solemne–, para desterrar de nuestro amado planeta la mayor de las amenazas que hemos sufrido.

–¿Los demonios? –preguntó Vana.

–Los invasores que ocupan nuestra capital. Vamos a hacer que se marchen. Para eso tenemos que enviar unos objetos al espacio, y esos bichos se marcharán tras ellos.

Los jóvenes miraron a Thuregi, confusos.

–Os basta con saber que se trata de dos grandes globos cargados de muerte… uno de ellos cayó desde la ciudad sobre las nubes donde vivía Nadil y la lleva dentro de sus tripas el viejo Vliror, que se la tragó sin saber lo que era. Creemos que está ahora aquí –apuntó al mapa, a un punto entre el puerto y el Palacio, la dársena real–. La otra esfera la llevaremos oculta con nosotros cuando vayamos a la capital. No necesitáis conocer los detalles, solamente el papel que hará cada uno. Formaremos cuatro equipos pequeños para no llamar la atención, y cada equipo tendrá una misión.

–Pero, señor… disculpa –habló Vana–. ¿No podemos llamar a la milicia? El rey la desbandó por orden de los invasores, pero seguro que están dispuestos a luchar.

–Lo hemos considerado, pero llevaría demasiado tiempo reunirlos, y sería muy evidente para los hrtar. No tendríamos ninguna posibilidad en un enfrentamiento abierto. Vamos a utilizar una táctica más discreta.

Thuregi se inclinó sobre el mapa, acercando un plato con las frutas que

habían sobrado del desayuno.

–El equipo uno –tomó una ciruela y la puso sobre la dársena– será dirigido por la señora, apoyada por Goldinaz –mi hermana asintió orgullosa–. Su misión será liberar a Vliror, o al menos rescatar la esfera y llevarla al punto de encuentro –marcó la explanada frente al Palacio–. El segundo equipo irá guiado por el consejero Berenori. Anael marchará con él y su objetivo será entrar en el Palacio –colocó un fruto verde sobre la fortaleza– y sacar a los reyes con la ayuda de la guardia. Luego tendrán que capturar una nave de los demonios.

–Uahh… ¿cómo van a hacer eso? –preguntó Gobur.

–Tú no estás en su equipo, no es asunto tuyo –Thuregi le lanzó una dura mirada–. Habrá dos equipos más con la misión de crear distracciones que mantengan ocupados a los hrtar. Uno de estos grupos colocará explosivos en varios lugares de la ciudad –repartió aceitunas sobre el plano– y luego desaparecerá. Aquí irás tú, Nalivar, con otros muchachos de la Laguna. No tenéis que luchar, solamente armar jaleo y cuidar de que nadie salga herido. El último equipo estará dirigido por el abuelo Frideric, con Gobur y Vana, y quizás algunos hombres más que podamos reclutar.

–Nuestros amigos están deseando luchar, señor.

–Lo sé, Vana. Pero vuestra misión es especialmente peligrosa. Las posibilidades de que sobreviváis contra las armas y naves de los demonios son pequeñas. Vuestro objetivo es la base de los hrtar sobre la montaña, donde aterrizan sus naves –apuntó a la cima del cerro pintada en la tela y colocó un par de bollos en las laderas cercanas–. Trataréis de mantenerlos ocupados para que no salgan de su madriguera y evitar que ataquen el Palacio con sus naves.

Vana asintió, mirando los bollos en el mapa sin decir nada. Thuregi le observó un momento con tristeza, pero se repuso y continuó.

–Los líderes de equipo iréis ahora a hablar con otros candidatos. No hay mucho tiempo. Dentro de dos horas nos reuniremos en la terminal de daelacantos. Preparad todas las armas y explosivos, y traedlos allí.

–¿Y quién llevará al espacio la nave con los globos? –preguntó Anael, que parecía excitado por esa posibilidad.

–Creo que me toca a mí, hijo –Sidin alzó su voz–. No puedo pedir a nadie más que realice ese sacrificio.

–Eh, te olvidas de mí, viejo –protestó el abuelo Frideric–. Siempre he querido acercarme a esas estrellas.

–Por mí no hay problema, pero recuerda que para marcharnos debes dejar

una nave en pie –bromeó el consejero–. No las destruyas todas.

–Pero, padre… señor… –intervino Nalivar–, ¿dónde irá usted?

–Mi deseo sería ir con vosotros –respondió Thuregi–, luchar con mis propias manos contra los despreciables demonios para expulsarlos de nuestro reino, pero conocéis la tradición… como jefe de clan no puedo abandonar a los que se quedarán aquí en la Laguna. Es muy posible que los hrtar lancen ataques contra las aldeas mientras vosotros estáis de viaje, y tengo que organizar la evacuación a un lugar seguro.

–¿Dónde? –preguntó Nalivar.

–Mejor que no lo sepáis. Si los enemigos llegaran a capturaros podríais revelarlo, contra vuestra voluntad –bajó la mirada–. Pero no os preocupéis, estoy seguro de que nos veremos de nuevo en poco tiempo, y tendremos gloriosas historias que contar a nuestros descendientes.

Todos se marcharon y me quedé solo en la gran casa, con la importante misión de vigilar a los pequeños en el patio de atrás. Me sentía olvidado e inútil. El viejo Sidin se había salido una vez más con la suya y los Thuregi-Selak habían aceptado su plan para llevar las esferas en una nave hrtar. Al parecer yo ya no era necesario. Y pensar que la primera vez que había visto al consejero en el Palacio, con su ridículo traje, había pensado que era un bufón del rey.

–¡Cuidado con esos palos! –grité a Darriel y Lathor, empeñados en hacerse moratones con sus espadas de madera–. ¡No peguéis tan fuerte!

Thuregi se acercó desde la puerta trasera, caminando lentamente. Supuse que podría ayudarle a preparar la evacuación. Me marcharía con él y la mayoría de la aldea para escondernos y esperar durante días las noticias de la expedición a la capital. Rezaría a los dioses que nos controlaban, para que nos ayudaran a deshacernos de los demonios y de las esferas que tantos problemas habían traído, y guardaría una petición especial para que Sidin pudiera encontrar a Jilai y la liberara.

Thuregi se quedó de pie junto a mí, mirando a los pequeños, que no le habían visto y seguían peleando con ahínco.

–A pesar de lo que te contara el abuelo, yo nunca he luchado en una guerra –el jefe parecía triste, resignado–. Las escaramuzas que ha habido tras la Gran Guerra no pueden considerarse ni siquiera combates. A veces creo que no tengo el instinto de la lucha de mi padre o de tantos de su generación. Y los jóvenes, bueno, ellos quieren luchar porque no saben realmente lo que es. No han visto

morir a sus mejores amigos ni han llorado porque su sangre no haya servido para nada. Ojalá hubiera podido mantener a mi familia alejada de esta maldición.

–Yo he visto morir a mis amigos –le dije, recordando.

–Sí, supongo que eso habrá cambiado tu forma de ver las cosas, observar de cerca una masacre así, sin poder responder. Entiendo que quieras pelear. Yo también lo haría. Pero también daría mi vida si pudiera evitar otra matanza.

–No les pasará nada –le dije, intentando convencerme a mí mismo.

Darriel y Lathor habían visto por fin a su padre y se habían quedado parados, sujetando sus espadas de madera sin saber qué hacer.

–Anda, ve a la casa, creo que te buscan –señaló con la cabeza–. Yo me quedaré aquí con estos mocosos.

Caminé hacia la entrada trasera, cuyo marco estaba decorado con un relieve de peces y otras criaturas marinas. El dibujo me hizo recordar a Vliror. ¿Por qué tenía tanto empeño en salvar a ese animal? Me daba pena, claro, pero si era su hora de morir quizás no tenía derecho a posponerla. Por otro lado, si él deseaba vivir, si quería seguir nadando libre por el mar para cazar y jugar con las olas, tragando lo que se encontraba por el océano, entonces nadie tenía derecho a matarlo. Y menos que nadie esos carniceros hrtar.

En el interior escuché ruidos. Alguien rebuscaba en los armarios del pasillo. Me adentré por el corredor que conducía al salón y vi que se trataba de Anael.

–¿Eres tú quien me buscaba? –le pregunté extrañado.

–Ah, Nadil… ¿dónde está tu espada?

–¿Mi espada? –pensé un momento, confuso–. Creo que la dejé en el dormitorio.

–Sube a buscarla, por favor.

Corrí hacia la escalera y subí. Había escondido mi querida arma y su arnés bajo la cama junto con la mochila medio rota por el cortacabezas. La tomé y regresé al piso inferior. Al bajar los escalones recordé aquella noche, cuando me había atrevido a desobedecer a Thuregi, huyendo en plena noche con la intención de ir a la capital a salvar a Jilai. Mamá Amalea me había descubierto cambiándome de ropa junto al sendero. Era normal que ya no confiaran en mí. Mi espada la llevaría alguno de los que marchaban en la expedición a la ciudad. La ira creció en mi vientre. No podían arrebatármela. Me la había ganado y se quedaría conmigo.

Estuve a punto de salir corriendo hacia la colina. Podía buscar mi propio daelacanto –imitaba bastante bien la llamada– e ir yo mismo al Palacio. No podían impedirme luchar por mis amigos. Pero no pude hacerlo. Thuregi tenía razón. Yo no podía pertenecer al clan si no confiaba en ellos, si no les hacía confiar en mí.

Regresé al interior. Anael seguía buscando algo en el armario.

–¡Por fin! Creía que lo había perdido –levantó una pequeña caja de madera y la metió en su mochila.

–Aquí tienes –le entregué mi espada, resignado.

–¿Eh? Llévala tú mismo –se puso su mochila a la espalda–. Vámonos, Berenori debe estar impaciente.

–¿Quieres decir que… voy con vosotros?

–Pues claro. Es decir, si tú quieres –me observó con sorpresa.

–¡Me muero de ganas! –respondí con alivio y también algo enfadado. ¿Por qué no me lo habían dicho desde el principio?

Seguí a Anael por el sendero hacia la aldea, con mi corazón latiendo alegremente. Desperté de mi ensueño cuando entramos en un taller junto a la terminal de los daelacantos. Había estado antes en este edificio, durante los entrenamientos. Ahora estaban allí los cuatro equipos de la expedición, a los que se habían unido algunos muchachos del pueblo.

–Llegáis tarde –nos regañó la señora Amalea con expresión severa–, hemos explicado ya las señales. Bueno, las repasaremos de nuevo por el camino. Aquí tenéis vuestros silbatos.

Anael probó el suyo. Sonaba como un trino agudo. Sidin se acercó a nosotros, vestido con la ropa ligera de los pescadores.

–Con tantos gorjeos vamos a parecer una bandada de pájaros –gruñó.

–Sidin, gracias por contar conmigo –le dije.

–¿Gracias por qué, muchacho? ¿Por llevarte a la muerte? Lo hago porque sé que quieres ir, pero te aconsejo que lo pienses dos o tres veces más antes de meterte en este embrollo.

–Ya lo he pensado.

–Ah, ¿qué sería de la raza humana sin la temeridad juvenil? Estaríamos todavía pensando si salíamos de nuestra cálida cueva.

Como era frecuente, no entendía de qué hablaba el viejo, pero por una vez

me alegré de que tuviera ganas de bromear. Sus chanzas aliviaban el nerviosismo de los preparativos. La señora Amalea parecía especialmente preocupada, comprobando lo que llevábamos en nuestras bolsas y dando instrucciones a un lado y a otro.

–Atended todos ahora, esto es importante –nos llamó hacia el centro del taller–. Habéis traído vuestras espadas. Sacadlas de sus fundas y miradlas. Algunos las habéis estado usando y sabéis que son ligeras y resistentes, pues están hechas de un metal especial. Pero esconden también otros secretos.

Observé mi espada. No la había limpiado desde hacía mucho tiempo, así que su aspecto no era muy bueno. Estaba cubierta por suciedad, arañazos y muescas ganadas en los pasados días. Sin embargo, no vi nada especial salvo que era más pequeña que las otras.

–Nadil, ven aquí –levanté la vista. La señora me había llamado–. Haz un movimiento cortante con tu espada.

Me acerqué unos pasos hacia ella. Levanté el arma y luego la dejé caer rasgando el aire. Intenté ser lo más elegante posible, pero como demostración no era muy impresionante.

–Bien. Ahora pondremos en marcha el mecanismo –añadió mamá Amalea.

Metió su mano en la blusa y por un momento pude ver su medallón, sobre el cual apretó algunos botones. En ese instante noté que la empuñadura de mi espada se había vuelto caliente y vibraba ligeramente.

–Ahora, Nadil, repite el mismo movimiento de antes, pero un poco más lento. Como si fueras a cortar a distancia aquel muñeco –señaló uno de los maniquíes de arena que utilizábamos para las prácticas de combate.

Levanté la espada de nuevo. La vibración de la empuñadura se hizo más fuerte. Miré el maniquí, a una decena de pasos. Imaginé que estaba junto él, que me enfrentaba a un hrtar que se había atrevido a tocar a Jilai, e hice un tajo furioso hacia su lado izquierdo, quizás más rápido de lo que debía. Al dar el golpe, una ondulación atravesó el aire, un rayo invisible que cortó el maniquí en la dirección de mi movimiento, esparciendo una nube de arena por el aire. En la pared tras el muñeco, ahora partido en dos, apareció una línea quemada. Retrocedí asustado, dejando caer la espada que había causado aquel destrozo. Sin embargo, en lugar de golpear el suelo el arma flotó a la altura de mi cintura. Una exclamación de asombro llenó el interior del taller.

–Es un mecanismo de seguridad –dijo la señora–. Evita que se dañe y permite recogerla con facilidad –tomó mi espada del aire y me la entregó con

una palmada en el hombro. Todos los presentes jalearon, entusiasmados por las posibilidades que las armas nos ofrecían.

–Y pensé que lo había visto todo –comentó Sidin.

–Con juguetes así… hasta podríamos salvar el pellejo –bromeó el abuelo Frideric–. Ojalá los hubiéramos tenido en mis tiempos.

Sidin parecía sinceramente sorprendido por la demostración. Se rascaba la barba, pensativo. Al parecer mamá Amalea tampoco compartía con él todo lo que sabía. La obsesión por el secreto era una norma para los agentes de los Fravashi.

–He vuelto a desactivarlas –anunció Amalea tras tocar de nuevo su puskoru–. Su energía se agota pronto, así que debemos aprovechar su poder mientras dure. Luego volverán a ser simples espadas.

Nos reunimos en la terminal con Thuregi, Kalea y uno de sus ayudantes. Habían traído bolsas impermeables llenas de comida, con largas cintas para amarrarlas a los daelacantos. Thuregi nos habló mientras Kalea y su asistente llamaban a nuestras monturas.

–Escuchadme… –dijo, poniéndose de pie sobre una roca–. Ésta es una misión difícil, casi imposible. Incluso desconocemos las consecuencias que traerá nuestro éxito o nuestro fracaso –fijó sus ojos duros sobre Sidin–. Pero nuestra palabra está dada y el honor de nuestra aldea empeñado en esta misión. Debemos hacer lo posible para que el consejero Berenori se lleve el peligro lejos de nuestra tierra. Si los hrtar nos arrebatan las esferas, nada les impedirá destruir nuestro planeta en su loca batalla. Debo creer eso… porque de otra manera nunca os enviaría…

–¡Por Dercanlea! ¡Volveremos! –gritó Frideric, levantando una larga espada sobre nuestras cabezas.

–¡Volveremos! –contestamos a coro.

Dos daelacantos habían llegado a la terminal. Reconocí a uno de ellos, el mismo que nos había traído desde la meseta. Sidin se acercó a su boca abierta, manipuló algo en su bolsa –el puskoru, supuse– e hizo un gesto afirmativo. La señora Amalea y Thuregi asintieron al consejero, y luego se miraron el uno al otro, uniendo sus manos.

–Cuida de todos, señora –habló Thuregi–. Pero cuida de ti también, por favor.

–Lo mismo os digo, señor –respondió ella con cariñosa firmeza.

–Y tú, viejo consejero –se giró hacia Sidin–, sé que tienes una familia y que aunque has estando lejos de ellos, te has preocupado por su bienestar. Has vivido lo suficiente para saber que aquello que tiene más valor está muy cerca, junto a nosotros.

–Sabias palabras, mi señor –Sidin bajó la vista–. Ojalá lo hubiera visto siempre tan claramente como tú.

–Te llevas contigo todo lo que me importa, consejero. Debes jurar protegerlo, por tu vida.

–Así lo haré, lo juro.

–Si tienes éxito y consigues echar esa maldición de Mekham vivirás siempre en la memoria de nuestras historias, Berenori, me aseguraré de ello. Y a todos vosotros –alzó su voz imponente–, ¡luchad con fortuna y regresad para celebrarlo!

Más de uno disimulamos nuestras lágrimas poniéndonos las mochilas y asegurando nuestras armas. El equipo liderado por la señora y Goldinaz subió a lomos del daelacanto que llevaba la esfera, colocándole los arneses.

Mientras tanto, Sidin, Anael y yo subimos al segundo de los animales, otro ejemplar magnífico, aún más joven que el primero. Todos nos sujetamos a las correas y cabalgamos sobre las bestias, alejándonos de la terminal. En unos minutos se nos unieron los otros dos equipos sobre sus propios daelacantos. Los cuatro animales se dirigieron hacia la salida de la Laguna rompiendo las olas con sus poderosos cuerpos.

III

No hablamos mucho mientras seguíamos la costa de Fasela Quea hacia el norte, sumidos cada uno en nuestras esperanzas, premoniciones y temores. Al atardecer paramos un momento para que los daelacantos comieran, aprovechando para refrescarnos con un chapuzón en las aguas ya oscuras. El juego con las olas nos hizo olvidar por unos momentos la gravedad de nuestra misión, hasta que una ráfaga de truenos y zumbidos ensordecedores nos devolvió a la realidad. Era el estruendo chirriante de las naves hrtar. Un enjambre de ellas pasó sobre las colinas del este, virando luego hacia el sur, desde donde llegó

enseguida el tumulto de grandes explosiones.

–¡La Laguna! –gritó Goldinaz desde el agua.

–Están cerca de allí, en el valle del Gorande –calculó Anael.

–No os preocupéis, deben haberse marchado ya todos de la aldea –dijo mamá Amalea, aparentando tranquilidad.

Llamamos enseguida a los daelacantos. Sobre uno de ellos venía Sidin, que se había negado a bañarse. Al acercarme a él para subir al animal pude escuchar su conversación con la señora Amalea.

–Deben estar bombardeando el paralelo de caída de las Zarayan, un recurso desesperado para sacarlas a la superficie.

–O quizás quieren asustar a la gente para que alguien confiese –respondió la señora.

Las explosiones y los vuelos de las naves fueron alejándose a medida que avanzamos, pero cuando cayó la noche aún podía verse a lo lejos el resplandor de los incendios. Tras la euforia de la partida, mi ánimo se había desmoronado. Incluso con las espadas activadas, ¿qué podíamos hacer si nos lanzaban bombas desde el aire o nos atacaban con los rayos cortadores que habían destrozado Vikatee? Una cosa era sobrevivir a una patrulla hrtar ocultos en una cueva, y otra robarles una nave en sus propias narices de pez.

–Hmm… estos mejillones están deliciosos –el viejo consejero se relamía con la ración de marisco fresco–. Comprendo por qué los daelacantos se dejan domesticar. Anda, tienes que comer algo –me acercó la bolsa.

–Gracias, no tengo hambre.

–No te preocupes por las naves. Llegaremos allí por la noche. Solamente las hemos visto volar de día.

–No es por las naves…

–En miles de guerras se ha demostrado una y otra vez que un pequeño comando puede triunfar donde fracasaría un gran ejército.

–¿Estás seguro? A mí no me importaría tener un gran ejército.

–Serás un gran estratega, Nadir.

Sin ganas de bromear, me tumbé junto a las mochilas e intenté quedarme dormido mientras Anael guiaba el daelacanto. No pude descansar mucho esa noche. Me desperté cuando el cielo estaba aún a oscuras. Estaba mojado y mareado por el fuerte oleaje de una tormenta. Vi que Goldinaz había pasado sobre nuestro animal para llevarlo mientras Anael dormía. Un viento frío soplaba

desde babor. Miré hacia el lado opuesto, donde una luz brillante apareció tras la bruma, como si flotara por encima del mar.

–Es la luz-guía de la Bahía de Veste –explicó Goldinaz. Estamos acercándonos a la entrada.

Al rato se despertó Anael y Goldinaz regresó nadando hasta el daelacanto de su equipo, tras darnos instrucciones para que los siguiéramos con el nuestro. En cuanto pasamos el promontorio de entrada a la Bahía, hicimos virar a los animales hacia la derecha, aproximándonos a la escarpada costa. ¿Por qué nos acercábamos tanto? Aún quedaba un largo camino hasta la capital, y las rocas de la orilla eran peligrosas. De nuevo, Goldinaz hizo señas a Anael y se lanzó al agua.

–Vamos a refugiarnos durante el día. Recoged las bolsas –nos dijo Anael antes de zambullirse.

–Sabía que al final tendría que mojarme –refunfuñó Sidin–. Soy un maldito campesino del interior. Me gusta la tierra firme y seca.

Se ató un curioso cinturón del que colgaban calabazas huecas y saltó aparatosamente. Los frutos le ayudaron a flotar a pesar de la mochila y los pesados ropajes. Yo salté también y alcancé al viejo consejero, temiendo que se hundiera si sus calabazas se soltaban.

Al acercarnos a las rocas apareció una abertura entre los peñascos y tras ella una cala arenosa. Seguimos nadando hasta que las olas rompientes nos llevaron hacia la playa, permitiéndonos descansar del esfuerzo. Mamá Amalea nos condujo apresuradamente hacia una cueva en el borde de la playa.

–¡Rápido, antes de que puedan vernos! –insistió la señora.

Todavía jadeando, ayudé a Sidin con su mochila. Llegamos los últimos a la boca del refugio. La entrada era bastante baja. Yo pude ponerme de pie en el interior, pero el consejero se golpeó un par de veces con las protuberancias del techo.

–Tenemos que pasar aquí el día –explicó la señora–. Cuando caiga la noche montaremos de nuevo sobre los daelacantos y continuaremos.

–Quizás la capital esté ya destruida –dije a Sidin.

–No creo, los bombardeos se producen hacia el sur. Deben haber calculado que las esferas cayeron a esa latitud.

Pasamos el día tumbados con ánimo sombrío, practicando las señales de comunicación: silbatos con sonidos de pájaros cuando estuviéramos cerca, y

luces y bengalas si estábamos alejados. Las luces no servirían si estábamos en el interior –me dije–. Pero callé. Me había prometido a mí mismo que esta vez me limitaría a seguir órdenes como un buen soldado.

Intenté recuperarme del insomnio de la noche anterior, pero los rugidos de monstruos gigantes interrumpían continuamente mi sueño. Una vez me asusté tanto que me incorporé sobre la grava del suelo, agarrado a mi espada. El estruendo retumbaba en la caverna como un tambor gigante.

–Tranquilo, Nadil, están pasando más naves –Vana mascaba una fruta a pocos pasos, haciendo la guardia.

En los retazos de sueño que me permitían las naves pude oír voces conocidas. El rostro arrugado de Dombrir me recordó severamente que había sido mi curiosidad la que me había metido en este lío, tras lo cual el profesor Birker me apremiaba a terminar rápido de escribir mi historia en el libro, porque el custodio Jared quería leerlo enseguida. Y me pareció escuchar al viejo Sidin hablando con mamá Amalea.

–Ya sé que será casi imposible… tenemos que atraerlos al Palacio sin que comiencen a disparar a todo lo que se mueva –decía el consejero.

–¿Y cómo piensas hacer eso? –respondía la señora.

–Tenemos el programa de traducción. Si capturamos a un guarda hrtar y usamos su transmisor…

–¿Sabes usar un transmisor hrtar?

–Obligaremos al soldado.

–Eso es tan difícil como que llegue nuestro rescate del espacio.

–No lo descartemos. Estarán intentando romper el bloqueo.

–¿Romper un bloqueo de la flota del Almirante Kautrk? Eso sí sería un milagro.

Las voces se alejaron. Apareció entonces Jilai, llamándome a través de una ventana que se iba haciendo más y más pequeña.

–Nadir, ¿a qué estás esperando? Mi anillo ha caído al sótano, necesito que vengas para ir a buscarlo.

Pero la ventana se hizo tan pequeña que Jilai desapareció. Palpé el anillo en mi dedo. Se empeñaba en continuar allí.

Me desperté de nuevo. Por un momento creí estar todavía en la Meseta. Al igual que entonces, mi cuerpo estaba dolorido tras dormir sobre las piedras. Noté

entonces un ruido diferente a las máquinas voladoras, un repiqueteo continuo que martilleaba nuestro refugio. Estaba lloviendo.

–Los daelacantos no nos oirán con la tormenta –Goldinaz agitaba su largo pelo húmedo.

–Pero con la lluvia podremos acercarnos sin que nos vean –replicó Anael–. Deberíamos marcharnos ahora mismo.

La señora estaba de pie, caminando nerviosa. Sidin la observaba expectante.

–Sí, tenemos que intentarlo –dijo finalmente Amalea, girándose hacia Anael–. Ve nadando hasta la salida de la cala y haz la llamada bajo el agua. Es la única forma de que nos oigan.

–¿Bajo el agua? No lo he hecho nunca.

–Es exactamente igual, silbando con el paladar. Tú no lo oirás bien, pero ellos sí. El sonido se transmite más lejos en el mar.

–De acuerdo, señora.

Esperamos impacientes durante un buen rato hasta que finalmente nos llegó el peculiar trino de un silbato.

–¡Ya están aquí! –saltó la señora–, coged todas las cosas.

Salimos de la cueva, empapándonos bajo el aguacero, guiándonos por el silbato en la oscuridad de la noche lluviosa. Me sentí mejor al sumergirme en el agua cálida del mar. Ayudé de nuevo a Sidin, que parecía perdido en la tormenta. Apenas podíamos ver en medio del duro chaparrón, pero el silbato estaba cada vez más cerca y pronto distinguimos una forma frente a nosotros.

–Vosotros subid a éste, Nadil –nos llamó Anael desde arriba.

De nuevo nos guio Goldinaz desde su daelacanto, usando el silbato para orientarnos. Después de unas horas la lluvia desapareció y pudimos ver el resplandor de las luces de Vitera. Al acercarnos observamos con alivio que la ciudad seguía en pie. Sobre la colina al fondo de la Bahía se levantaba todavía el Palacio como una gran luz-guía, su exterior brillante con la iluminación de las luces de gas. Sobre el cerro a su izquierda reposaba un enorme monstruo negro, una gigantesca máquina voladora casi tan grande como la propia ciudad, rodeada de naves de patrulla. La base de los demonios bullía con los chillidos de los hrtar y los rugidos de sus máquinas. Los demonios no dormían.

Nos separamos al entrar en la ensenada del puerto mercante. Apenas había un

par de viejos barcos. El resto estaba desierto. Podía ver el muelle donde se había realizado la subasta, desde donde había saltado para huir con Vliror. Mi amigo daelacanto estaba ahora atrapado cerca de aquí, en la dársena real, pero el honor de liberarlo no me había correspondido a mí. Goldinaz y la señora Amalea se despidieron agitando sus manos. Su daelacanto penetró en el puerto para dirigirse hacia la dársena. Si tenían suerte, conseguirían reunir las dos esferas, la que llevaba Vliror en su interior y la de la bestia que ellas montaban. Me pregunté si los daelacantos hablarían entre sí cuando se encontrasen, quizás para preguntarse qué eran los extraños objetos que viajaban en su interior.

El siguiente en partir fue el equipo del abuelo Frideric, acompañado por mis primos Gobur y Vana, y dos fuertes muchachas. Se marcharon hacia el norte para desembarcar lejos de la ciudad y ascender sin ser vistos por las colinas que rodeaban la base hrtar.

–Nos veremos en el infierno –nos dijo el anciano, saludando al estilo militar.

–Era la despedida habitual en el ejército –me explicó Sidin, sin ocultar la preocupación por su antiguo camarada de batalla.

Los dos equipos restantes seguimos hacia al sur, dejando atrás el puerto mercante y bordeando el muelle donde algunos pesqueros estaban aún amarrados. Al llegar al último embarcadero, Sidin hizo un gesto al equipo de Nalivar para que nos siguieran hasta el malecón. Al llegar, saltamos directamente desde la espalda de los daelacantos a la plataforma de madera, corriendo para cubrirnos junto a un almacén. Tras desearnos mutuamente buena suerte, Nalivar y el grupo de muchachos que la seguían desaparecieron por una calle, cargados con fuegos artificiales y explosivos. Mirándolos me acordé de nuestra pandilla en Vikatee, de la excitación cuando nos reuníamos para preparar alguna travesura, como aquella vez que entramos en el Arqueón y descubrimos el mapa de los niveles. Parecía que había sido hace mucho tiempo. Esta vez el escenario de la aventura era una ciudad bajo las nubes. Me acompañaban en ella un viejo y mi atrevido primo Anael, y nuestro objetivo era el Palacio Real ocupado por crueles invasores. Por alguna razón me vino a la mente la imagen de la reina Felia, sus piernas quemadas por el rayo del general, y me pregunté si habría sobrevivido.

–Vamos, tenemos poco tiempo –Sidin nos empujó hacia otra callejuela que salía del muelle, atravesando una masa de edificios sin luces.

Avanzamos junto a las paredes de las casas. Levantando la vista podía ver el

Palacio sobresaliendo de la colina. Ya había subido hasta allí, dentro del estómago de Vliror. No tenía idea de qué camino seguiría esta vez para llegar arriba.

–Los habitantes han huido –susurró Sidin tras espiar por las ventanas de las casas.

En nuestro camino pudimos ver un barrio totalmente quemado, con un enorme agujero en medio y restos chamuscados de las bonitas construcciones de madera rojiza. Llegamos por fin a la falda de la montaña, donde se detenían las viviendas ante un alto muro de piedra. Imposible que el viejo o yo pudiéramos escalarlo. Quizás Anael pudiera hacerlo con una cuerda como las que habíamos llevado a la meseta, pero no sabía si Sidin había traído alguna. Sin detenerse, el consejero siguió caminando hacia la derecha, siguiendo la imponente muralla. Tras un recodo cruzamos una fila de árboles, tras la cual apareció una disimulada puerta. Era una maciza plancha de madera reforzada con varas de metal. En su parte superior sobresalía el escudo real, la figura del daelacanto saltando fuera del agua.

–Anael –llamó Sidin.

Mi primo sacó de su mochila la caja que había estado buscando en el armario de la casa Thuregi. Deslizó la tapa del cofrecillo y sacó, con un tintineo metálico, varias varillas que colgaban de un aro. Introdujo una de ellas en un orificio del portón, girándola a un lado y a otro con tiento. Volvió a sacarla y escogió otra.

–Por el gran cuervo ciego –se retiró enfadado–, es demasiado grande.

–Prueba juntando dos –le indicó Sidin, agitando sus manos.

Anael escogió una pareja de varillas de metal y las metió juntas en el orificio. Intentó de nuevo moverlas, sin éxito. Probó otra combinación, pero entonces una trampilla se deslizó a un lado en medio de la puerta, revelando un rectángulo oscuro. Anael y Sidin se apartaron.

–¿Quién anda ahí? –sonó una voz grave desde el otro lado. A través del ventanuco podía adivinarse un rostro.

–Sidin Berenori, consejero del rey –se presentó el viejo con orgullo.

–¿Consejero? Dijeron que los demonios… los hrtar le habían matado.

–Pues ya ves que no. Abre rápido, tenemos una misión.

Unas voces apagadas se pusieron a discutir tras el portón.

–¡Vamos, el rey está esperándonos! –Sidin golpeó la puerta con sus nudillos, y los retiró quejumbroso.

Finalmente oímos un chasquido metálico y la hoja del portón se abrió con un crujido.

–No pensaba que habría guardas en la entrada –suspiró Sidin–. Por una vez estos soldados de pacotilla han sido útiles.

Tras el muro comenzaba un camino pavimentado con piedras, que ascendía siguiendo la curva de la colina. Dos guardas reales estaban de pie en posición de firmes, apoyados en sus largas varas.

–¿Cuál es la situación en palacio? –les interrogó Sidin.

–La familia real está prisionera, señor. Intentamos escapar hace dos noches cuando llegó la nave grande. Temíamos que bajara ese… Almirante. Pero tienen soldados apostados en todas las salidas de la ciudad y algunos en el mismo Palacio. Nos hicieron volver.

–¿Y la guardia real? ¿Están todos en sus barracones?

–Solo quedamos algunos. Nos ocupamos de los suministros y de la seguridad del Palacio. Los demás han huido. No debe culparles, señor. Después de ver lo que le sucedió a Loory…

–¿Qué quieres decir, soldado?

–Cuando aterrizó la nave del Almirante, el teniente envió a Loory a echar un vistazo. El chico es rápido y se mueve bien sin ser visto. Ya había subido otras veces al cerro para ver en qué andaban los invasores.

–¿Qué pasó?

–No lo sabemos. Los hrtar lo lanzaron al patio de la guardia desde su nave patrulla. Por suerte cayó sobre las balas de heno con las que alimentamos a los animales. Nos acercamos para ayudarle, pero él se levantó solo, mirando hacia lo alto y gritando como si estuviera poseído. Tuvimos que amordazarlo y atarlo a su litera, y allí sigue delirando en los barracones. Maese Lingare no ha podido hacer más por él.

–¿Qué gritaba? –intervino Anael, impresionado.

El guarda nos miró atemorizado. Sus labios se movían sin formar palabras.

–¿Qué dijo, soldado? –insistió Sidin.

–“¡No me comerás, no me comerás, maldito demonio del infierno!” –exclamó el guarda, y luego bajó la vista, avergonzado de su propio miedo.

Subiendo por el camino los guardas nos contaron otros detalles. Hacía tres días el odioso Jared les había anunciado que el consejero Berenori y yo

habíamos muerto en la Meseta de las Grutas al enfrentarnos a una patrulla hrtar. No habían mencionado la esfera, ni tampoco sus propias pérdidas. Por esta razón todos nos habían dado por muertos, aunque la cocinera y el propio rey se resistían a creerlo.

Nos relataron también la llegada de la enorme nave que podíamos ver claramente sobre el cerro que dominaba Vitera. La ciudad entera había entrado en pánico. La gente corría por las calles cegada por las nubes de polvo y humo, ensordecida por los motores de la gigantesca máquina. Por unos momentos pareció que la monstruosa forma triangular iba a aterrizar en medio de la ciudad colapsando sus edificios, pero tras un rápido reconocimiento decidió unirse a las demás naves sobre el cerro. En las horas siguientes se oyeron terribles gritos en la montaña de los hrtar. Algunos afirmaron haber visto cuerpos de demonios volando por el aire, cayendo por las laderas tras ser arrojados por una enorme fuerza invisible. Ésta había sido la razón por la que el teniente envió a Loory a observar, tratando de confirmar la posibilidad de que los hrtar estuvieran luchando entre ellos. Tras el desdichado regreso de Loory se siguieron oyendo terribles chillidos y explosiones sobre la montaña. Al Palacio había llegado el rumor de que algunos muchachos de Vitera habían subido a las colinas y desde allí habían visto una enorme forma de varias patas abalanzarse sobre varios de los oficiales hrtar, cortándolos en pedazos con sus garras.

De lo que no cabía duda es de que al día siguiente de la llegada de la gran nave se había presentado en el Palacio el general Gritwr, y que el brutal comandante había perdido uno de sus brazos. Era una pequeña compensación por el daño que había causado a la reina –que afortunadamente seguía viva–, pero no hubo mucho tiempo para alegrías. El general venía a anunciar que por orden del Supremo Almirante Kautrk iban a comenzar inmediatamente los bombardeos en el sur, donde sospechaban que habían caído las esferas que buscaban. El general presentó un tajante ultimátum ante el rey Etienar, obedientemente traducido por Jared: si en dos días no se entregaban a los demonios las dos esferas perdidas, toda la capital del reino sería reducida a un agujero humeante.

No pude evitar una exclamación de rabia.

–¿Cuándo se cumple el plazo? –preguntó Sidin.

–Al amanecer –respondió el guarda con un susurro atemorizado.

–¿Los oyen? –el otro guarda, bajito y con voz de niño, señaló al cerro. Parece que estén celebrando ya nuestra destrucción.

Los ruidos llegaban claramente desde la otra montaña a través del aire de la noche. Efectivamente sonaba como una fiesta, con los hrtar gruñendo alegremente. Pero no me atrevía a interpretar los chirridos de los demonios. Podía ser tanto una sesión de tortura tanto como un festejo.

–¿Por qué no hemos recibido en la Laguna ningún mensaje sobre el ultimátum? –intervino Anael.

–Los hrtar mataron los pájaros que teníamos, y también los que llegaban –explicó el soldado bajito.

–¿No recibieron ningún mensaje de fuera? –preguntó Sidin, alarmado.

–Conseguimos recoger algunos antes de que quemaran a las pobres aves que los traían. Hasta había una nota para la cocinera. Imagínese, no sabía que la vieja Doria tuviera amigos importantes –el guarda rio.

–Sería una receta para casos de emergencia –sonrió Sidin, guiñándome un ojo.

El camino de piedras pulidas se fue haciendo más empinado. Ayudé al anciano consejero a subir, pues su pierna aún no había curado del todo y el muy testarudo se había negado a seguir llevando el bastón. Por suerte no tardamos mucho en ver la muralla que rodeaba la cima de la colina. Sidin se soltó de mi hombro y se puso a hablar a solas con el primer soldado. Aproveché para acercarme al guarda más bajito. Su oído quedaba casi a mi altura, lo que me permitió hablarle sin levantar la voz.

–¿Sabe algo de la chica que trajeron los demonios?

–¿Chica? Ah, sí, la niña morena. No la he visto desde hace un par de días, desde que llegó… ya sabes.

La vista se me nubló por un momento. Jared había dicho que al igual que Vliror, Jilai estaba reservada como regalo para el Almirante. Si se la habían entregado ya al monstruo que devoraba a sus propios hombres, no había muchas esperanzas de encontrarla con vida. Apesadumbrado, caminé con la cabeza gacha durante un rato hasta que nos detuvimos frente a un portalón parecido al que cerraba el camino desde abajo. Estábamos en la segunda muralla. Podía ver estrechas ventanas a lo largo del muro y un par de torretas de piedra sobre nosotros. Quizás en otros tiempos hubieran estado ocupadas por más guardas, pero ahora todo estaba en silencio.

Escuché un ligero pitido. Al girarme vi que Sidin guardaba el puskoru que acababa de consultar. Su expresión era tan seria que tuve que preguntarle qué pasaba.

–Mensaje de la señora Amalea. La dársena real está vacía.

–¿Cómo? ¿Dónde está Vliror? –comprendí apesadumbrado.

–No hay nada en la dársena –repitió el consejero–. Tampoco hay señales de la esfera en el detector.

Sidin me miró con compasión. Puso su mano sobre mi hombro.

–Van a intentar encontrar algún rastro, pero será difícil.

Oímos entonces desde la bahía un prolongado silbido, modulado con angustia. Estaban llamando a mi amigo el viejo daelacanto.

IV

Preparé mi espada. Su mecanismo se había puesto de nuevo en marcha por sí solo. Sentí el calor vibrante de la empuñadura mientras uno de los soldados empujaba la puerta de la segunda muralla. ¿Para qué? –pensé desanimado–. Salvar el mundo era un objetivo inútil si mis amigos no estaban vivos para compartirlo.

Seguí mecánicamente a los demás a través del portalón. Después de traspasar la ancha muralla caminamos por un sendero de tierra entre recortados arbustos hasta un ala lateral del Palacio. A un lado había un montón de restos de comida del que varios animales se alimentaban.

–¡No se queden al descubierto! –avisó el primer soldado.

Miré otra vez hacia el norte, al cerro de los hrtar, pero algo más cercano me sobresaltó. Contra las llamaradas y chispas que surgían de la cumbre vi a un par de demonios caminando rígidamente por la explanada frente al Palacio, apenas a unos cincuenta pasos de nosotros. Se detuvieron y por un momento pensé que nos habían oído, pero se volvieron para mirar hacia el cerro. Seguramente echaban de menos estar junto a sus camaradas, cuyos lejanos gruñidos y alaridos me seguían causando escalofríos.

–Podemos atacarles ahora –señalé a Sidin. No podía esperar para luchar, para sacar la rabia que llevaba dentro de mí.

–No debemos llamar la atención, mi fiero amigo.

Nos apiñamos junto a una pequeña puerta en el muro del Palacio. El soldado más alto la abrió y entramos apresuradamente. El interior estaba aún más oscuro que la noche de fuera y tropecé con Sidin, que se había quedado parado.

–¿Qué pasa? –susurré.

Como respuesta me llegó el agudo chirrido de un grito hrtar, tan solo a unos pasos. No podía ver nada con todos los adultos delante de mí y me agaché pensando en los odiosos rayos. Hubo un sonido de lucha más adelante. Alguien cayó al suelo y luego se oyó un sonoro golpe de metal contra metal, como una campana marcando la hora. Otra figura se derrumbó. Olía a carne quemada.

Para mi alivio, alguien encendió una vela. A la luz de la llama vi una mujer gruesa vestida con un gorro y un largo camisón blanco. Sostenía una enorme sartén en su mano y a sus pies estaba tirado el inconfundible cuerpo uniformado de un soldado hrtar. Sidin, Anael y el soldado real bajito se incorporaron, pero el más alto yacía tumbado. En su vientre había un hueco vacío y negro. Aún se podían ver chispas de fuego brillando en su carne.

El soldado bajito rompió con la punta de su lanza el visor del hrtar caído, dejando salir un fétido olor que se expandió por el pasillo. El demonio no podría ya respirar.

–Tu sartén me ha salvado la vida una vez más, Doria –dijo Sidin a la mujer de blanco.

–Ya pensé que no llegaban, señor Berenori, con todos esos bombardeos –explicó la mujer mientras blandía el pesado utensilio de cocina como si fuera un abanico–. Este demonio los estaba esperando en la oscuridad.

–Gracias señora Doria –añadió Anael, impresionado por la cercanía de la muerte.

–De nada, chico –respondió la voluminosa mujer–. No me gustan estos peces enlatados, ni siquiera para cocinarlos.

–¿Hay más por aquí? –preguntó Sidin.

–Creo que no, señor. Andan por la explanada y en los barracones.

–¿Están los reyes preparados?

–Sí, señor, tal como usted dijo, con ropas de pescadores –la cocinera hizo un gesto sobre su blanco camisón.

–¿Y usted piensa marcharse vestida así?

–Bueno, señor Berenori, no estaba segura de… si yo los acompañaría.

–Pero, Doria, ¿cómo iban a sobrevivir los monarcas sin tus guisos? –bromeó

Sidin.

–¿Qué vamos a hacer ahora, consejero? –habló el soldado bajito, con voz temblorosa.

–Sacar a todos de esta trampa, pero debemos esperar a que comience el espectáculo –sonrió enigmáticamente–. No debe faltar mucho.

La cocinera nos llevó por un pasillo sencillamente decorado, hacia una sala que contenía una solitaria mesa alargada. Allí encendió un par de velas más.

–Esperen aquí y traeré algo de comer.

–Mujer, no… –protestó Sidin, pero la cocinera ya estaba al fondo, sacando viandas de una gran despensa.

Comprendí que esta mujer era la cocinera que Jilai había mencionado en nuestra breve conversación antes de la audiencia. Ella debía saber qué le ha pasado a mi amiga. Me acerqué a su enorme falda, que se movía como la vela de un barco mientras sacaba botellas del armario.

–Señora… ¿sabe dónde está Jilai? ¿Se la han llevado?

–¡Ah, eres su amigo, Nadir! –su cara se iluminó–. Qué alegría tendrá cuando te vea. Ella pensaba que habías muerto, pero ya le dije que el señor Berenori se ocuparía de ti.

–¿Dónde está?

–Oh, está bien, no te preocupes. Rompí la cerradura de su habitación y la saqué de allí a medianoche. Supuse que los hrtar vendrían a por ella antes de que llegara el amanecer.

–¿Pero dónde está? –insistí impaciente.

–La escondí en la bodega, por allí.

Apenas me dio tiempo a dar un paso hacia el oscuro pasillo que señalaba la cocinera, cuando retumbaron las explosiones. El soldado real se lanzó a mirar por una ventana.

–Tranquilo, son de los nuestros –explicó Sidin, girándose después hacia Anael–. Los muchachos de Nalivar han comenzado la diversión.

El viejo consejero me llamó con su mano huesuda.

–Vamos, Nadir, tenemos que ir a por los reyes.

–Pero si no han comido nada –interrumpió Doria ofendida–. Al menos llévense unos bollos rellenos.

–Los reyes también necesitarán comida, si vamos a huir –intervino el soldado.

–Ya preparé provisiones para ellos. Su escolta tiene las bolsas.

–Entonces vámonos –gruñó Sidin.

Me había prometido obedecer en todo, pero no podía abandonar a mi amiga. Sería sólo un minuto.

–Señor Sidin –dije con respeto–, Doria ha escondido a Jilai aquí al lado, en la bodega. No tardaré nada en traerla.

Sidin me miró un segundo con feroz intensidad pero luego habló con calma.

–Ve con Doria, pero luego id enseguida a los aposentos reales. Nos veremos allí.

–Gracias –le miré un segundo antes de irme ansioso con la cocinera.

–Lleva bien preparada tu espada, por si acaso –añadió el consejero mientras salía con los demás hacia el pasillo.

La vela que llevaba Doria apenas alumbraba para ver la escalera de la bodega. Llamé débilmente a Jilai, temeroso de que algún soldado hrtar pudiera oírme. El silencio dentro del Palacio era total, solamente se rompía con las explosiones y gritos furiosos de los demonios en el exterior.

Por fin llegamos al sótano, que desprendía olor a vino rancio y moho.

–Pequeña, ¿estás ahí? –la buscó Doria entre las sombras.

Entramos en una sala con cajones llenos por hileras de botellas. En el suelo había una manta con signos de que alguien había estado tumbado allí.

–Qué extraño, la dejé aquí mismo –la cocinera giraba de un lado a otro desconcertada–. Le dije que no se moviera.

Había algo raro en la manta. Estaba mojada. Un líquido oscuro se extendía por el suelo de piedra. Dioses, por favor… Arrebaté a la cocinera su vela y seguí el charco hacia el fondo. Allí encontré varias botellas rotas que habían caído de un estante. Volví a respirar. El líquido era vino.

–¡La han cogido! –gritó Doria sin poder contenerse más.

Había encontrado un bollo relleno a medio comer.

Ignorando cualquier precaución, corrimos por los pasillos gritando el nombre de Jilai sin obtener ninguna respuesta. La cocinera se detuvo jadeando.

–Espera… no puedo más. Debió ser el compañero del demonio que estaba en la puerta. Ya me parecía raro que estuviera solo, siempre van al menos dos.

–Pero, lo hubiéramos visto al entrar en la cocina.

–Debió oírnos y salió hacia el otro lado –estaba tan angustiada como yo, mirando a todos lados sin saber qué hacer.

–Tenemos que volver con los demás, Doria.

–No podemos dejarla con esos monstruos.

–No la dejaremos, te lo aseguro. Debe estar todavía en el Palacio. La encontraremos.

La mujer sorbió unas lágrimas. Yo empuñé con fuerza mi espada, sintiendo su energía, deseando utilizarla pronto. Ningún maldito hrtar iba a escapar con Jilai. Pero le había hecho una promesa a Sidin.

–¿Dónde están las habitaciones de los reyes?

Doria se metió por una de las innumerables puertas del corredor. La luz de la vela alumbraba ahora cuadros y tapices, retratos de antepasados, escenas de leyendas históricas o quizás cuentos fantásticos, que iba viendo por el rabillo del ojo: carruajes tirados por grandes pájaros, hombres montados sobre animales de largas patas, incluso un daelacanto saltando por encima de una isla.

–Sería más corto por el patio, pero es más seguro seguir por aquí dentro. A los demonios no les gustan los pasillos estrechos –decía la mujer, arrastrando su enorme falda.

Continuamos por el laberinto de pasadizos oscuros y desiertos, cruzando salones donde perduraba el olor de las velas aromáticas, con ricos muebles y lámparas que perdían su encanto en las tinieblas.

Llegamos hasta una escalera en espiral. De arriba llegaban rumores de pasos.

–Sube tú, yo estoy agotada con tanta carrera –el abundante pecho de Doria subía y bajaba con rapidez.

Me lancé hacia arriba saltando los escalones de dos en dos. Mientras subía por los curvados escalones, escuché de nuevo fuertes explosiones en el exterior. Esta vez hubo una contestación, brutales ráfagas de estallidos que hacían temblar el suelo. Cuando llegué al piso superior, un rugido familiar hizo vibrar las ventanas. Una nave hrtar se aproximaba.

Estúpido de mí, me había olvidado preguntar a Doria por dónde debía ir. Y tampoco había tomado una vela. Por suerte, alguna luz se filtraba por las ventanas. De repente, un relámpago iluminó el corredor, permitiéndome ver varias figuras hacia el fondo, y un segundo después un brutal trueno sacudió la ventana. ¿Serían los explosivos de Nalivar, un ataque del abuelo Frideric sobre la base hrtar, o bien la respuesta de los demonios? Ahí fuera había comenzado en serio la batalla. Mientras corría por el pasillo rogué a los dioses, fueran quienes

fueran, que velaran por Jilai y por mi familia adoptiva.

–Nadir, estaba preocupado –refunfuñó Sidin al verme llegar–. Ya nos marchábamos.

Me fijé entonces en los que iban delante del viejo. No fue difícil reconocer a los reyes. Los disfraces de pescadores no escondían su porte elegante y orgulloso. La reina caminaba con dificultad apoyada en su dama de compañía. Les acompañaban Anael, con su brillante espada en alto, y tres soldados entre los que estaba el guarda bajito.

–Doria está por allí, al pie de la escalera –avisé a Sidin.

–Bien, vayamos entonces por ese lado –asintió el viejo–, hacia el salón del trono –indicó la dirección a los demás–. Por ahora tenemos suerte, los de ahí fuera están ocupados –añadió para mí.

Yo no estaba tan seguro de nuestra fortuna. El estruendo de la nave hrtar se había convertido en una vibración constante. Me recordaba demasiado a la máquina voladora que había aplastado la gruta, atrapándonos casi bajo las rocas.

Bajamos con dificultad por la estrecha escalera espiral, ayudando como pudimos a la reina. Doria nos esperaba, moviendo sus brazos como si tirara de nosotros a distancia.

–¿Está bien, mi señora? –se dirigió a la soberana.

–Sí, Doria, gracias. Salgamos de aquí.

Tomamos un nuevo pasillo. Sidin me llamó con un dedo.

–¿Dónde está esa niña amiga tuya? Dijiste que Doria la había escondido.

–Se la ha debido llevar un hrtar. Había señales de pelea en la bodega.

–Hmm… tenemos que andar con cuidado, hay varios de ellos dentro de la muralla, quizás en el Palacio mismo. Voy a poner en marcha el traductor.

–¿Traductor?

–Los… ya sabes… han cargado en el medallón un programa para comunicarnos con los hrtar. Lo necesitamos para secuestrar una de las naves.

Había olvidado el peligroso plan de Sidin. Me parecía ahora tan imposible como la primera vez que lo había sugerido en el porche.

–Y estamos de suerte. Creo que acaba de aterrizar una máquina en la explanada –me confió el viejo–. Así que tenemos que sacar a los reyes cuanto antes y ver si podemos acercarnos a ella.

Sidin se giró hacia un veterano guarda que abría el paso a los monarcas.

–Cruzaremos el salón de audiencias hasta la cocina.

–¿Avisamos al resto de la guardia? –sugirió el soldado–. La mayoría están en los barracones. Son buenos hombres, se han quedado en sus puestos a pesar del peligro.

–Nos ocuparemos de ellos más tarde, teniente. Por ahora lo más seguro para sus majestades es pasar desapercibidos. Es preferible que los acompañe un grupo pequeño.

–Como usted diga, señor.

–¿Dónde nos llevas, consejero? ¿Es que no tenemos derecho a saberlo? –protestó el rey desde atrás, sacudiendo su chaqueta, con la que obviamente no se encontraba a gusto.

–Fuera de la ciudad, mi señor. Doria ha arreglado la huida con un par de lanchas que os llevarán río arriba. Los barqueros son viejos amigos. Pueden navegar sin peligro en medio de la noche.

–Gracias, Berenori –la reina irguió su esbelto cuello–. Estamos deseando salir de esta prisión.

–Volveremos cuando esos desalmados se hayan marchado –la corrigió el rey.

–Desde luego, majestad –asintió Sidin–. No será por mucho tiempo.

El pasillo terminó en una amplia galería guardada por grandes candelabros. Algunos de ellos aún iluminaban los relieves grabados en la piedra rosada de las paredes. En otras circunstancias me hubiera detenido a admirar aquellas obras de arte.

Escuché un apagado zumbido. Miré a todos lados, temiendo los rayos invisibles de los hrtar, pero Sidin me mostró la palma de su mano para tranquilizarme. La pantalla del puskoru irradiaba un fulgor verde salpicado con símbolos Avestan. Sidin los leyó con atención y las arrugas alrededor de su cara se acentuaron. Malas noticias.

–Es Amalea. Han encontrado los restos de Vliror en el fondo del puerto, y una débil señal de la esfera.

Bajé la cabeza y continué adelante. Vliror muerto. La esfera perdida en el fondo de la bahía. No quería pensar en ello. Solo quería despertarme de este perverso sueño y regresar atrás, cuando podía jugar despreocupadamente con mis amigos, flotando alto sobre las nubes, ignorando tranquilamente lo que había debajo de ellas. ¿Podían hacer los dioses eso por mí, si me arrepentía sinceramente de todos mis pecados?

V

Atrapados en un juego sin piedad, movidos por hilos invisibles… cruzábamos un amplio salón con retorcidas columnas que se elevaban como enormes barras de caramelo. En el fondo de la estancia había una tarima con dos grandes sillones decorados. Las luces que habían creado un aura mágica sobre los tronos de los reyes estaban ahora apagadas y los sillones no eran más que grandes muebles.

Allí había hecho Sidin su representación frente al malvado Jared, y el general Gritwr había descargado su rayo sobre las hermosas piernas de la reina. La pobre mujer las había conservado milagrosamente, ocultas bajo su larga falda. Ahora cruzaba el salón con torpeza apoyada sobre el hombro de su dama de compañía, intentando mantener su orgullo.

–Por allí –señaló Sidin hacia la puerta del fondo, tras la tarima.

Cuando nos dirigíamos hacia la salida, oímos un tumulto. El salón tenía tantas entradas que era difícil adivinar de dónde venían los sonidos. Entonces, sin previo aviso, una de ellas reventó. El estallido arrojó un vendaval de cenizas sobre nosotros. Un rayo destructor cruzó la estancia, vaporizando los restos de la explosión que flotaban en el aire y haciendo saltar en pedazos el trono real, convertido en un instante en un montón de despojos.

–¡Al suelo! –gritó Anael.

Todos siguieron su consejo, salvo la reina, que permaneció en pie desafiante. Yo estaba muy cerca de una columna, así que me oculté tras ella de un salto. Vi a Sidin tumbado sobre la alfombra, a mi lado. Los chirridos de la patrulla hrtar se abrieron camino por la puerta destrozada. A la cabeza del pelotón armado entró una figura más alta. Reconocí en su casco el dibujo del sol con el anillo, la marca del cruel general Gritwr. Qué terrible casualidad, volver a encontrarnos con él en esta misma sala. Asomándome por el borde de la columna observé que en su único brazo el demonio llevaba un grueso tubo lanzarrayos.

–Kirrst ahajiir? –gritó el general a través del altavoz de su traje.

–¿A dónde van? –contestó una voz metálica desde el suelo. El medallón de Sidin había traducido la salvaje lengua hrtar a nuestro idioma con un peculiar acento mecánico.

El jefe hrtar graznó de nuevo.

–Sé que pueden entender –tradujo obedientemente el medallón–. ¡El tiempo de los juegos se ha terminado! Entréguenme las esferas ahora o mueran. El Supremo Almirante no esperará más para la destrucción total.

–¡Maldito bastardo! –gritó la reina, impávida–. ¡Preferimos morir que entregaros nada!

El general permaneció un momento inmóvil, como si escuchara, entonces levantó su vara de rayos hacia la altiva figura femenina. Sus hombres le imitaron, apuntando los tubos hacia los soldados que protegían al rey en el suelo.

–¡Dercanlea! –chilló una potente voz. Anael salió desde una columna mientras asestaba un mandoble en el aire con su espada, enviando una onda que me alcanzó como el empujón de un gigante.

Cuando me recuperé del impacto, algunos de los hrtar estaban en el suelo. Varias lámparas habían saltado destrozadas en la pared agrietada. El general, sin embargo, seguía en pie y estaba volviendo a apuntar hacia mi primo. Sin esperar, bajé la espada que tenía levantada, con tanta velocidad y rabia como pude, como si pudiera expulsar por ella todo mi odio. Sentí la ardiente energía salir despedida de la hoja, tirándome hacia atrás. Unos pasos por delante de mí, el golpe que recibió el general le arrojó al suelo como a un muñeco de entrenamiento. Chispas furiosas saltaron de su uniforme y la vara mortífera cayó de su mano.

–¡Cuidado! –advirtió uno de nuestros guardas.

Un rayo dejó un rastro de suelo quemado, alcanzando a uno de los guardas, que gritó de agonía. Anael avanzó hacia adelante, chillando de nuevo al cortar el aire con su espada. El hrtar que había disparado perdió pie y cayó de frente, golpeándose el casco contra el suelo.

Alentado por el ataque de mi primo, corrí tras él enviando mortíferos remolinos de fuerza, hendiendo las sombras del salón con la espada mientras gritaba.

–¡Dercanlea!

Sentí el calor en mis venas mientras hacía caer a otros dos hrtar que se habían levantado. Tenía que llegar a ellos antes de que pudieran recuperarse. Entonces vi, como si el tiempo se hubiera detenido, que uno de los demonios, refugiado tras una columna, iba a alcanzarme antes de que pudiera girar mi espada hacia él. Pero algo silbó a través de la sala y golpeó la mano del demonio, desviando su disparo. Sobre el suelo cayó una flecha de ballesta.

Era mi turno. Lancé un corte por el aire, tan fuerte que la maza invisible rompió la columna donde se ocultaba el hrtar, doblando su cuerpo como una rama quebrada. Después de eso no se volvió a levantar.

Los guardas reales se habían animado al ver nuestra sorprendente superioridad, clavando sus espadas en los cuerpos de los hrtar caídos, mientras Anael vigilaba con su sable en ristre.

–¡Detente! –ordenó la reina a un guarda, que levantaba su arma sobre el general Gritwr. El soldado se puso firme, confundido.

–Debemos interrogarlo –dijo Sidin acercándose.

La reina dio torpes pasos hasta el general, que emitía raspantes chirridos, incapaz de levantarse. Debía tener la mitad de sus huesos rotos por los terribles impactos. La elegante monarca se agachó, levantando la falda que cubría sus piernas. Pude ver entonces que éstas no eran ya de carne humana sino que la mujer se sostenía sobre sendas varas metálicas terminadas en pequeños zapatos. Por pudor intenté no mirar más arriba, preguntándome hasta dónde llegaba el metal.

La reina se apoyó en la doncella para quitarse uno de los zuecos que cubrían los tubos.

–¿Señora? –preguntó el rey tras ella, confuso como los demás sobre las intenciones de su esposa.

Entonces la reina Felia pisó con decisión, hundiendo su tubo desnudo a través del visor del general, rompiendo el cristal y su cráneo con un fúnebre crujido. Los largos brazos del hrtar se derrumbaron sobre el suelo.

–Ahora puede interrogarle usted lo que desee, consejero –la reina miró a Sidin triunfalmente, limpiando el extremo de su pierna artificial con repulsión. A continuación se calzó de nuevo su zapato de madera y se alejó caminando sin ayuda.

El viejo consejero se arrodilló junto al comandante hrtar, palpando la cobertura metálica de su pecho. Con un rápido movimiento abrió los broches que cerraban el traje. El hedor del cuerpo verdoso era insoportable. A pesar de ello Sidin metió su mano bajo el uniforme del militar y buscó bajo la armadura, palpando el cuerpo viscoso.

–Aquí está –anunció. Sacó su mano con cuidado. Sujetaba un bloque rectangular de color verde oscuro, que alzó para que solo yo lo viera. Tenía una pantalla brillante en la que se veían símbolos Avestan de varios colores.

–Un medallón de Angra Mainyu. Ellos están detrás de todo.

–El puskoru de Jared no es como éste, sino redondo. Como el tuyo.

–Qué curioso, ¿verdad? –dijo Sidin por toda respuesta.

Me levanté, observando el destrozado salón. Por increíble que fuera, habíamos destruido una patrulla hrtar, con pocos daños por nuestra parte. Pero sentí que el calor en la empuñadura de mi espada había disminuido. O quizás era el ardor de mi mano el que había aumentado.

Al abandonar la sala de audiencias me lamenté una vez más por no saber cómo activar los lanzarrayos hrtar. Si hubiéramos podido hacerlos funcionar, nos hubieran servido de mucho. Se lo dije a Sidin, quien ya había investigado conmigo el asunto durante nuestro enfrentamiento con los demonios en la gruta. En aquella ocasión no habíamos tenido mucho tiempo para investigar la relación entre las varas y los guantes, pero Sidin tampoco quiso perder tiempo ahora con ello.

–Lo más urgente es sacar a los reyes e ir a buscar la nave –me recordó.

Los lanzarrayos se quedaron en el destrozado salón, inservibles para nosotros. Tendríamos que confiar en nuestras espadas-martillo para conseguir la máquina voladora. Pronto estuvimos de vuelta en la cocina, donde los víveres que Doria había preparado aún se encontraban sobre la mesa. No había rastro de Jilai ni otros hrtar.

–Es el momento de separarnos, majestades –dijo Sidin con seriedad–. Doria y los guardas los acompañarán hasta las barcas y seguirán con ustedes por el río.

–Espero que volvamos a vernos en mejores circunstancias, amigo –el rey apoyó su mano en el hombro del viejo–, libres para siempre de los demonios.

–Estoy seguro, majestad.

–Nuestro agradecimiento será eterno, consejero –añadió la reina, más formal.

–Pero no puedo marcharme así –Doria agarró un pliegue de su amplio camisón.

–Delena, dale mi abrigo largo –ordenó la reina a su doncella.

–Señora… –protestó la cocinera.

–Tonterías. Te debemos la vida.

La pequeña comitiva salió por la misma puerta de servicio que habíamos utilizado para acceder al Palacio. Sidin, Anael y yo nos quedamos solos de

nuevo. El consejero nos apremió, haciéndonos correr por los pasillos hasta llegar a un amplio patio interior, abierto al cielo nocturno. El ruido de las naves hrtar y las lejanas explosiones nos llegaban allí con mayor claridad, pero los muros y torres del Palacio impedían ver otra cosa que no fueran los destellos reflejados en la bruma nocturna. Como había previsto, no iba a ser tan fácil ver las señales luminosas que los demás equipos pudieran hacernos.

–Los barracones están al otro lado –Sidin señaló el extremo opuesto del claustro, donde se abría un corredor descubierto. Había sombras moviéndose por allí. Supuse que eran guardas reales.

–¡Cuidado, demonios! –gritó Anael, ocultándose tras un banco de piedra.

Mi primo tenía razón. Las siluetas andaban con el ritmo desmañado de los hrtar, sus piernas dobladas de forma extraña. Esta vez nuestra reacción fue automática y precisa. Las ondas destructivas de las espadas nos ayudaron a despejar el terreno, arrojando a los hrtar por el aire mientras avanzábamos. Del corredor de los barracones salieron nuevas figuras, atraídas por los gritos de batalla. Se trataba de guardas reales que venían a ayudarnos. Entre sus lanzas y nuestras espadas pronto eliminamos a los cuatro soldados metálicos que habían estado merodeando por el patio.

–Escuchamos ruidos de lucha en el Palacio, pero los demonios no nos dejaban salir –nos informó el oficial que mandaba la docena de guardas que habían permanecido en la fortaleza.

–Tuvimos una buena pelea dentro –le explicó Sidin–. Ahora los reyes están a salvo, pero tenemos otra misión urgente. Necesitamos capturar una de las naves.

El oficial parecía perplejo pero, como buen militar, no pidió explicaciones al consejero.

–Hace unos diez minutos aterrizó una nave de mediano tamaño en la explanada, ¿no es así, Calen? –preguntó a otro soldado.

–Sí, sargento, la vi antes de regresar –confirmó el más joven.

–Nosotros también la escuchamos –asintió Sidin.

El consejero miró a los guardas. Su aspecto era cansado y sucio, pero parecían dispuestos a pelear.

–¿Nos acompañan, señores? –dijo el viejo, levantando la ballesta que llevaba en la mano.

–¡Por Dercanlea! –el sargento alzó su propia espada, larga y pesada. Sus hombres repitieron el grito, ávidos por derramar más sangre hrtar.

Volvimos al interior del Palacio cruzando de nuevo estancias y corredores, tan ligeros como nos permitían nuestras armas y nuestras fuerzas, sin preocuparnos ya por evitar el ruido de nuestro desordenado trote.

–¿Han visto a una niña morena con los demonios? –pregunté al oficial en cuando tuve ocasión.

–Lo siento, muchacho, no hemos visto ninguna niña.

Quizás la habían llevado a la nave de la explanada –pensé con esperanza–. Seguramente han venido para llevársela al Almirante.

Entramos en una amplia galería, con altas ventanas tapadas con gruesas cortinas y una gran puerta despedazada por la que penetraba una cegadora luz, como si el sol hubiera salido frente al Palacio. Sidin nos detuvo con su mano alzada y se asomó al ventanal más cercano, que temblaba con el estruendo de los motores. No necesitaba mirar fuera para saber que había un enorme pájaro de metal negro.

–Cuatro hrtar apostados junto a la nave… otros tres o cuatro vigilando alrededor –describió Sidin, elevando su voz por encima del ruido sin dejar de mirar por la cristalera.

El viejo consejero se giró hacia nosotros. Los ojos le brillaban.

–Creo que podremos con ellos si nos coordinamos bien. Igual que hemos hecho en el patio: Anael y Nadir deben aturdirlos y derribarlos con las espadas. Sus muchachos los liquidarán después, oficial, pero esta vez tenemos que dejar alguno vivo para que nos sirva de guía.

–Organizaremos antes una distracción para que los muchachos de las espadas los tomen por sorpresa –sugirió el sargento.

–Buena idea –aprobó Sidin–. Yo cubriré desde la puerta con la ballesta.

Al tomar de nuevo la empuñadura de mi arma noté que, en efecto, había perdido parte de su calor. Esperaba que aún le quedara potencia para unos golpes más. Acompañé a Anael hasta el arco de salida, sorteando los escombros desperdigados por el pasillo. Nos apostamos a un lado del pórtico para esperar que los hombres de la guardia real comenzaran la diversión. Sidin se encontraba a unos pasos de nosotros, espiando por la ventana.

–Los cuatro junto a la nave dan vueltas alrededor de los pilares de aterrizaje. Debemos capturar a uno de ellos con vida, y sin dañar la nave.

–Seguro que hay más dentro –añadió Anael.

–Es probable –Sidin miró otra vez fuera, atraído por un resplandor–. ¡Una bengala azul! ¡Otra roja! ¿Qué significaba esa secuencia? –nos miró.

–Azul es el Palacio –interpretó Anael–, rojo… peligro para el Palacio. ¿La han lanzado desde el cerro?

–Sí. Los chicos de Frideric aún están vivos, gracias a los dioses.

En ese momento oímos un chasquido, seguido por el escandaloso ruido de cristales haciéndose añicos contra la piedra. Los guardas reales habían roto un par de ventanas.

–¿Preparado? –Anael me indicó la puerta.

–Esperad, ¿y la señal de peligro de las bengalas? –intervino Sidin.

–¿Qué piensas tú, Nadil? –me preguntó mi primo, con obvios deseos de enfrentarse a los demonios.

Solo quería encontrar a Jilai. No podría soportar que estuviera en esa nave y no la rescatara a tiempo, que se la llevaran y perdiera toda la esperanza de volver a verla… no podría vivir con su muerte sobre mi conciencia.

–Salgamos ahora, no debemos esperar a que reaccionen –recordé las lecciones del entrenamiento.

–Regresad enseguida si hay problemas –aprobó Sidin a disgusto.

Anael contó hasta tres con sus dedos. Cruzamos la puerta sin mirar antes lo que nos esperaba. Fue un grave error. Al salir, los focos de la nave me cegaron. Intenté librarme del terrible resplandor deslizándome a un lado, pero algún hrtar debió haberme visto ya. Sentí una quemazón en el rostro. Sin pensarlo, bajé la cabeza y corté a ciegas con mi espada, en dirección a la luz. Oí golpes y gritos, y me lancé rodando por el suelo, como nos habían enseñado para el caso de enemigos ocultos. Con mis ojos inservibles, fui consciente de todos los sonidos a mi alrededor: el lento tambor de la nave, los gruñidos furiosos de los hrtar, de nuevo cristales rotos, el susurro de los rayos ardientes, silbidos de flechas… y la voz de Anael.

–Nadil, ¿estás bien? –escuché a unos pasos.

Comenzaba a ver formas difusas, y no me fue difícil distinguir entre ellas a los demonios. Se acercaban. Sin levantarme todavía, barrí con mi espada la línea sobre el suelo. Ahora fue evidente que el arma había perdido buena parte de su fuerza. Las figuras de los demonios apenas se tambalearon, sin detenerse. Alguien se movió a mi derecha, un hrtar le disparó y la silueta se derrumbó sobre las piedras. ¿Era Anael? No podía decirlo.

¿Qué debía hacer? –pensé angustiado–. Si me levantaba sería un blanco fácil, y si me quedaba quieto… Oí gritos detrás de mí. Los guardas corrían desde el

Palacio, gritando el nombre de su reino. Fue un ataque suicida. Los demonios les rociaron con sus rayos. Los gritos de agonía eran desgarradores. Me levanté de un salto, empeñando mis fuerzas en hendir el aire con la espada, tratando de apuntar al hrtar más cercano. Conseguí confundirle lo suficiente para acercarme a él y asestarle un fuerte golpe en el casco, pero el metal repelió la hoja con un ruido hueco. El demonio se giró, propinándome un fuerte golpe en el hombro con su vara. Me encontré en el suelo otra vez, mi brazo entumecido de dolor.

Media docena de monstruos brillantes me habían rodeado, intercambiando chirridos. Uno de ellos levantó su vara para apuntar a mi rostro. A través del visor adiviné su mirada saltona y la ondulante boca de pez, alargándose como si pensara alimentarse de mis restos. Entonces llegó la onda de choque. Rodé por el suelo varias veces como un juguete inservible, mis oídos taponados por la presión. ¿Qué había explotado? Los hrtar también yacían derribados, luchando por incorporarse. Traté de levantarme, pero uno de mis brazos no respondía y todo daba vueltas. Vi entonces que el mismo soldado hrtar que me había apuntado, o quizás otro, volvía a encañonarme con su vara, pero la patada certera de una esbelta figura lanzó el tubo del demonio por el aire, y su empujón tiró al monstruo al suelo, donde una espada atravesó su casco. Sentí otra onda de choque más allá y vi varios demonios cayendo, aplastados por el martillo invisible. Había gente corriendo por la explanada…

Goldinaz me dio a beber un poco de agua. La señora Amalea estaba inspeccionando a los demonios tirados en el suelo mientras media docena de guardas nos cubrían.

–¿Y Sidin? –pregunté a mi hermana mayor.

–Está atendiendo a Anael. Le han herido.

–¿Mucho?

–Ha sufrido quemaduras.

–Pero, ¿de dónde habéis salido? –la aparición de las dos mujeres había sido un milagro.

–No teníamos nada que hacer en el puerto, tras encontrar los restos de Vliror. Desde allí vimos a la nave aterrizar aquí. Decidimos dejar a los chicos abajo y subir para ayudar.

–Menos mal –suspiré–. La energía de nuestras espadas se ha agotado.

–Suerte que aún no habíamos usado las nuestras.

Sidin llegó entonces, sudoroso.

–Las quemaduras de Anael son serias –informó–. Puede recuperarse, pero hay que sacarlo de aquí.

–El grupo del abuelo ha señalado peligro –dijo Goldinaz apretando su fuerte mandíbula.

–Lo vimos –asentí.

–No sabemos a qué peligro se refieren –añadió Sidin, esperando quizás alguna idea de mi hermana.

–Hay uno vivo –nos interrumpió la señora Amalea.

Sidin se dirigió apresuradamente hacia el demonio, muy cerca de uno de los pilares que sostenía la máquina voladora. El viejo se sentó sobre el pecho del soldado caído, mientras un par de guardas se apostaban a su lado apuntando al hrtar con sus lanzas. El consejero sacó su puskoru y lo sostuvo sobre el casco del soldado del espacio.

–¡Abre la portilla de la nave! –gritó marcando las palabras. El medallón repitió la frase en lengua hrtar, usando el mismo tono imperativo.

El soldado respondió con dificultad. El sonido era débil y entrecortado como el rechinar de un engranaje roto.

–Pueden irse al… *intraducible* –reprodujo el medallón.

–Ah, ¿quieres jugar al tipo duro? –Sidin sonrió con una crueldad que nunca había visto en su rostro–. Guarda… démosle a probar la medicina.

El soldado real levantó su pesada lanza, apuntando al brazo del hrtar, pero no llegó a bajarla. Un estruendo inhumano, un alarido atronador más poderoso que los motores de la naves, descendió del cielo hiriendo nuestros oídos. Miré instintivamente hacia lo alto. Un amasijo gigantesco, una forma monstruosa que no podía identificar, iba a caer directamente sobre nuestras cabezas. Alguien me agarró. Corrimos hacia el Palacio para ponernos a cubierto. Habíamos perdido la oportunidad de entrar en la nave.

Amalea, Goldinaz y los guardas supervivientes estaban en la puerta cuando Sidin y yo llegamos. Sus ojos de espanto nos advirtieron de que había algo horrendo a nuestras espaldas. Al girarme entendí de inmediato cuál era el peligro del que Frideric nos había avisado.

No puedo decir que fuera una pesadilla convertida en realidad, porque nunca en mis sueños me había enfrentado a algo tan terrorífico. La sangre y la respiración se detenían con solo ver la aparición. El monstruo era alto como una torre del Palacio, con tres piernas articuladas como las de un desproporcionado insecto. Sus dos brazos movían una maraña de afiladas pinzas, lanzarrayos y cañones, y una cola larguísima salía de su espalda, batiendo el espacio como un grueso látigo. En la cima de la masa hedionda, iluminada por los focos de la nave, se levantaba una cabeza descomunal, la calavera de un inimaginable carnívoro que conservaba intactos sus dientes triangulares bajo dos enormes huecos negros donde debían haber estado sus ojos. El cuerpo del ser –animal, máquina o diablo del infierno– estaba cubierto por restos pútridos que ocultaban una coraza… No podía ser –mis rodillas temblaron– ¡La inmunda bestia llevaba su cuerpo cubierto con las escamas azuladas de un daelacanto!

–El Almirante Kautrk –balbuceó Sidin, tirando de mí hacia el interior del edificio.

Las leyendas habían resultado ser ciertas: alto como diez hombres, capaz de cambiar su cuerpo, devorar enemigos y destruir planetas con sus propias manos. El monstruoso comandante hrtar había tomado su regalo, despojando sacrílegamente a mi amigo Vliror de su piel para adornarse con ella. ¿Qué inmunda alimaña podía hacer algo así? Imaginé con dolor los despojos del daelacanto, que mamá Amalea y Goldinaz habían encontrado en el fondo del puerto. Si habían detectado una débil señal de la esfera, es porque todavía estaba en su interior. El estúpido Almirante no se había dado cuenta de que el animal que despellejaba contenía un regalo mucho más valioso que sus escamas.

La cabeza del espectro gigante chirrió girando de un lado a otro, examinando con sus ojos vacíos la explanada, deteniéndose para observar a los demonios muertos junto a la desprotegida nave. Luego el cráneo fantasmal se volvió hacia nosotros, patéticos insectos a su lado, refugiados en la entrada del Palacio. Entonces vi el cuerpo de Anael, tendido a unos pasos de nosotros, inconsciente e indefenso ante el demonio. Rogué porque el Almirante no le viera moverse.

Las poderosas piernas del monstruo se doblaron entonces con un hiriente gemido metálico, permitiendo a sus enormes brazos llegar al nivel del suelo. Tan fácilmente como si levantara una hogaza de pan, el Almirante rodeó con sus garras la nave de patrulla y alzó la mole negra en vilo, por encima de su cabeza,

de las torres del Palacio y de la ciudad que yacía a sus pies.

Su voz tronó con la fuerza de un dios del infierno, rompiendo nuestros tímpanos.

–¿Es esto lo que queréis? –tradujo el puskoru de Sidin.

Sin esperar respuesta, el coloso echó hacia atrás los brazos que sostenían la máquina voladora y la catapultó por el aire. Alarmado, vi cómo la mole de metal se dirigía hacia nosotros, y salí a la explanada siguiéndola con mi recuperada vista. La nave voló un trecho por el impulso del Almirante, cayendo finalmente sobre el Palacio. Derribó parte de la fachada y continuó cortando una de las torres centrales y aterrizando sobre la parte trasera, más allá de donde podía ver. El terrible golpe hizo temblar el suelo bajo mis pies. Los crujidos de la máquina retorciéndose en la caída se mezclaron con el derrumbe de buena parte del elegante castillo, levantando una nube de polvo y escombros.

La demostración de fuerza del Almirante había conseguido su objetivo. Frente a la fachada del Palacio, aún en pie a pesar de los daños de su parte superior, el pequeño grupo de rebeldes estábamos anonadados, como si el monstruo hubiera aspirado la vida de nuestras entrañas. No podíamos enfrentarnos a algo así.

–El tiempo de esperar se ha terminado –tradujo el medallón los chirriantes bramidos–. Sé que vosotros sabéis dónde están. Traédmelas inmediatamente. No podéis escapar de mí.

A través de las cuencas vacías de la calavera me imaginé los ojos de hielo del Almirante, ansiando tomar su botín para luego devorarnos como había hecho con sus oficiales. ¿Por quién comenzaría? ¿Por mí o por el viejo Sidin? ¿Por el caído Anael o por las mujeres? ¿Qué podíamos hacer? El jefe de los demonios acababa de destruir nuestra única esperanza de huida, el único medio para escapar del planeta y de la ira de los hrtar. Negarle las esferas al monstruo sería igual que sentenciarnos a la muerte inmediata. Aunque tampoco esperaba su clemencia después de que se las hubiéramos entregado. Estábamos condenados de todas formas. Además entregarle las esferas no sería tan fácil. Primero tendríamos que sacarlas de los daelacantos.

–No voy a esperar –retumbó de nuevo la voz.

Un rayo mucho más poderoso que las varas de los soldados silbó por el aire, vaporizando al instante toda la puerta del Palacio. Los guardas allí escondidos fueron desintegrados, sin tiempo para reaccionar. Me asusté por las mujeres,

pero vi con alivio que Goldinaz y la señora estaban cerca de nosotros.

–Sidin, dame el puskoru –miré con fiereza al viejo consejero.

–No puedo –respondió con extraña calma.

¿Qué le pasaba? Quizás estaba abrumado por la aniquilación de la nave que esperaba conseguir y por el fracaso de la misión que ello implicaba.

–Sé que intentas ganar tiempo, Nadir, pero nuestras vidas no son lo más importante.

–¿Y qué es más importante? –respondí enojado–. ¿El estúpido Juego de los dioses? ¿Qué han hecho los malditos dioses por mí y por mis amigos?

–No puedes darle las esferas.

–No pienso hacerlo. Pero son lo único que tenemos para golpearle. Como hiciste con los demonios en la cueva.

La tensión de Sidin se relajó un tanto, pero su mirada siguió impasible.

–Aun así no podemos hacerlo. Si fallas en tu ataque, se quedarán con ellas. Eso no solo nos condenaría a nosotros, sino a todo el universo.

–¡Diez segundos más! –tronó la voz metálica desde lo alto, blandiendo sus garras llenas de armas.

–¡Vamos a morir y las encontrará igual! –protesté, golpeando el pecho del testarudo anciano.

–Nuestras fuerzas llegarán pronto.

–¡Déjame probar, Sidin! –insistí desesperado, contando los segundos.

–Lo siento, no somos tan importantes.

–Claro que sí –se interpuso mamá Amalea, que había estado escuchando–. Toma, Nadil, mi puskoru.

–No sirve, señora –explicó Sidin–, no está programado.

Con un rápido movimiento, Amalea metió su mano en el manto del sorprendido consejero, sacando de un estirón su medallón circular y dejándolo en mis manos.

–¡Corre! –me gritó.

Me alejé de ellos y me enfrenté a la mole inhumana del Almirante, levantando el puskoru para llamar su atención. Chillé hacia los dientes brillantes de su calavera.

–¡Voy a traerla! ¡Espera aquí!

Corrí hacia el borde de la explanada para ver el puerto mercante. El amanecer estaba ya cercano por encima de las nubes, pero la atmósfera de Dercanlea apenas había comenzado a clarear. Aun así pude distinguir la oscuridad de la pequeña bahía contra las pocas luces encendidas de la ciudad.

Medio a ciegas, apreté sobre el puskoru los símbolos que activaban la conexión. Por suerte, Sidin me había enseñado cómo hacerlo para cada una de las Zarayan, en caso de que él no pudiera llevarlas hasta la nave.

El suelo tembló dos veces a mi espalda. Sin girarme, supe que el monstruo se acercaba para observar la llegada de las esferas.

El medallón vibró. Había establecido la comunicación. Repasé mentalmente los símbolos para el movimiento y pulsé para desplazar la esfera hacia arriba. Esperé. No sabía cuál era la sensibilidad, si se movería rápidamente o despacio.

Esperaba que la esfera tuviera suficiente fuerza para sostener los restos del daelacanto. Pero si doce de ellas habían sostenido a Vikatee, una sola no debía tener problemas con la carne muerta de mi amigo. Comenzaba a impacientarme cuando oí una lejana salpicadura hacia el final del puerto. Había algo por encima de las olas, subiendo, demasiado oscuro para distinguir claramente su silueta. Busqué los símbolos para los movimientos laterales y probé hasta conseguir que se desplazara hacia la colina. Pronto la forma alargada del daelacanto fue claramente visible. La esfera arrastraba sin esfuerzo la masa que colgaba de ella.

–¿Cómo puede serrr? –graznó la voz artificial del Almirante en el puskoru.

Me fui retirando hacia el interior de la explanada, buscando un lugar desde donde pudiera ver al monstruo contra el fondo de la Bahía. Noté que las explosiones y ruidos de lucha habían cesado en el cerro de los hrtar. Imaginé que el equipo del abuelo Frideric no había resistido mucho tiempo después de lanzar la bengala. La tristeza me ahogaba, pero tenía que sobreponerme y dejar que mi sed de venganza me alimentara.

El temible monstruo mantenía su cabeza acorazada mirando hacia la bahía, pendiente de su recompensa. Observé el rápido desplazamiento del daelacanto por el aire y lo comparé con la posición del demonio gigante. Tenía que calcular bien el impacto para derribarlo al primer golpe. Si fallaba no sería fácil intentarlo de nuevo. Debía ajustar la dirección de la esfera mientras se acercaba para apuntar directamente al monstruo y luego acelerarla rápidamente con los mandos del puskoru, de manera que no le diera tiempo a reaccionar. Reduje la altura del cuerpo volador, bajándolo para conseguir un impacto en el pecho. Con algo de suerte la fuerza de la esfera perforaría su coraza y atravesaría su sucio corazón.

El Almirante emitía gruñidos ininteligibles mientras observaba con impaciencia. A través de sus piernas vi que Sidin, Goldinaz y Amalea también miraban cautelosamente. Algo pasaba. En sus rostros se dibujaron expresiones de sorpresa. El Almirante emitió un agudo chirrido.

–¡Habéis sido muy listos! –chilló el medallón, traduciendo.

La razón fue evidente en cuanto volví la vista a los restos voladores de Vliror. No se trataba de despojos, sino de la bestia marina completa en toda su gloria animal. El enorme daelacanto volaba con la cabeza arriba, como un pez enganchado a un anzuelo invisible, cubierto de escamas desde sus fauces entreabiertas hasta la cola trífida. El pobre se contorsionaba para intentar escapar de la extraña trampa que lo aferraba por dentro.

La visión me dejó aturdido. Mi amigo no había sido despellejado. No era su

coraza la que adornaba al comandante de los demonios. Los restos que Goldinaz y Amalea habían visto en el fondo del puerto no eran suyos, sino de otra criatura que había perdido sus escamas para complacer al salvaje Almirante Kautrk. Vliror había huido por sí mismo mar adentro, y seguramente se había vuelto a acercar al oír los silbidos de las mujeres. Ahora su cuerpo estaba rompiéndose por culpa de la esfera. Me había convertido por error en su torturador, en su verdugo.

Confundido, tardé en darme cuenta de lo cerca que estaba el daelacanto. Entonces apreté apresuradamente los símbolos para acelerar la esfera contra el monstruo. Su sacrificio serviría de algo. Vliror tendría el honor de librarnos del enemigo. Pero con las prisas me equivoqué estúpidamente y reduje su impulso en lugar de aumentarlo. El avance de la pobre bestia se detuvo, deslizándose lentamente hacia los brazos del Almirante, que le esperaba como una caricatura siniestra envuelto en su propia coraza de daelacanto. Me quedé paralizado mientras las bestiales extremidades se cerraban sobre el cuerpo de mi amigo.

–¡Párate, maldito! –aulló su voz.

El Almirante empujaba para detenerlo con su inmenso cuerpo, pero la fuerza de la esfera era tal que ni siquiera el formidable monstruo podía oponerse a ella. Vliror quedó aplastado entre el impulso imparable de la bola que presionaba desde su interior y la resistencia brutal del comandante hrtar. Pero la Zarayan no tenía rival. Siguió arrastrando lentamente el colosal cuerpo del Almirante, cuyos pies arrancaban el pavimento de la explanada al deslizarse.

No sabía qué hacer. ¿Debía acelerar ahora la esfera? Si el Almirante la dejaba escapar quizás tuviera una oportunidad de golpearle, pero no podía ir moviendo a Vliror por el aire como un muñeco roto. Lo único que pude hacer por el momento fue seguirles.

–¡Te arrancaré el corazón! –bramó el engendro.

Contemplé con terror cómo un brazo del gigante dejaba su presa por un instante y con un rápido movimiento se lanzaba hacia el vientre de Vliror como una estaca, atravesando sus escamas más débiles. El daelacanto dejó escapar un aullido escalofriante. Su cabeza triangular se revolvió de furia y las poderosas mandíbulas se abrieron como un cepo, dispuesto a atacar. El pesado cuerpo del almirante no pudo reaccionar a tiempo. Los dientes de Vliror se cerraron sobre la seca calavera que cubría su cabeza, quebrándola como madera seca y hundiéndose en el cráneo de la bestia, que crujió bajo la presión.

El líder de los demonios agitó su torso, intentando liberarse de la mordedura,

pero la bestia marina dio un tirón desesperado y con un nuevo aullido arrancó de cuajo la cabeza del Almirante, que se desgajó con un crujido. Por fin las garras del monstruo soltaron el cuerpo torturado del daelacanto. El gigante descabezado retrocedió y, tropezando con un arbusto del jardín, cayó como una montaña de roca sobre la explanada, rompiendo sus losas blancas mientras el daelacanto seguía su lento camino por el aire zarandeando su trofeo, la cabeza obtenida en su furioso ataque.

Pero el cráneo no era el de un ser vivo –observé con asombro–, sino una hueca cáscara metálica, con su borde deformado por los dientes del Vliror. Un enorme casco. Vi también que algunas de las escamas que lo cubrían se habían desprendido en la caída, dejando ver debajo una bruñida corteza. Todo su cuerpo estaba envuelto en un enorme traje metálico.

Busqué su parte superior, inclinada a la altura del suelo. La pérdida del casco había dejado un hueco circular, y en medio de los extraños aparatos de este hueco se alojaba un hrtar de tamaño normal, el primero que veía sin su traje brillante, una masa de arrugada piel verde con manchas pálidas, agitándose en su cabina de mando. Y descubrí la verdadera cabeza tras la enorme monstruosidad, un rostro deformado cubierto por una máscara llena de cables. Los ojos del demonio se giraron hacia mí y escuché sus chirridos a través de la máscara. El Almirante estaba rabiando de furia.

Las extremidades del hrtar movieron palancas a las que se aferraban, haciendo que la gigantesca máquina intentara levantarse de nuevo. Tenía que evitarlo. Corrí hacia él blandiendo mi espada. Hubiera deseado una ballesta para poder disparar desde lejos al peligroso asesino, pero solo tenía mi hoja mellada y sin energía. Me concentré en sus movimientos. El enemigo acorralado es más peligroso, decían en el entrenamiento. Anticípate –me recordé–. Tenía que subir de alguna manera a la cabina y acabar con él. El Almirante me seguía con ojos saltones mientras avanzaba, adivinando mi propósito. Súbitamente presionó una palanca al tiempo que su mirada se desviaba tras de mí. Me tiré al suelo justo cuando un brazo descomunal barría el aire donde había estado.

Me levanté de nuevo. Corrí velozmente, apoyándome sobre las escamas que aún recubrían el monstruo para saltar sobre su torso y subir hasta el borde de la cabina. Contemplé al Almirante un segundo y di un paso con mi espada preparada para la estocada, temblándome las rodillas. El hrtar estaba sujeto con correas, no podría moverse. Podría intentar capturarlo vivo para que Sidin lo interrogara. Quizás con él como rehén consiguiéramos una nave para las esferas.

Pero era muy peligroso. No sabía qué trucos tenía el demonio para defenderse. Seguí atento a sus movimientos. Lo mataría si intentaba cualquier cosa…

–Más te vale no haber hecho nada a Jilai, bestia –dije en voz alta, preparándome para saltar sobre él.

Pero antes de que pusiera mi pie dentro de la cabina de mando, el golpe de una explosión me lanzó hacia atrás. El hueco que contenía al Almirante salió disparado hacia arriba, alejándose de mí. ¡Maldición! Sabía que tendría un truco preparado. Su cápsula podía volar por sí sola. ¡Iba a escapar!

La cabina se detuvo, manteniéndose unos cien pasos sobre mí. En su parte baja se movía una antena lanzarrayos. La lucha no había terminado. En ese instante la cabina voladora se sacudió bruscamente, como si hubiera sido golpeada, moviéndose luego erráticamente y cayendo como una roca hacia el borde de la explanada. Allí rebotó estrepitosamente entre las piedras y rodó hasta la ladera de la colina, fuera de mi vista.

–¡Por Dercanlea! –escuché gritar a Goldinaz. Corría acompañada por la señora Amalea, llevando ambas sus espadas. Supuse que habían sido ellas las que habían derribado la cápsula.

–¡Ocúpate de Vliror! –me gritó la señora al pasar junto al gigante.

Me había olvidado del pobre daelacanto, arrastrado por el aire. Aún llevaba el puskoru de Sidin en mi mano. Desde mi atalaya sobre el inmóvil monstruo mecánico, vi que Vliror volaba ya más allá de la explanada, hacia las montañas del este. Pulsé los símbolos para hacerle parar y regresar hacia nosotros. Su alargado cuerpo colgaba ahora rígido contra el viento, sin las convulsiones de antes. Sentí una terrible angustia. Vliror había muerto.

Manipulé los botones del medallón y deposité con cuidado al maravilloso animal sobre el suelo, junto al monstruo que él había derribado, y me quedé mirándolo desde arriba ahogándome de pena y de culpa. No me atreví a mirar los ojos brillantes de mi amigo. Una vez más había sido él quien que me había salvado. ¿Cómo iba a devolverle ahora todo lo que había hecho por mí?

–Era el más grande de su raza, el más valiente –me habló Sidin, caminando hacia el daelacanto entre las quebradas losas.

No respondí. No podía.

–Baja, Nadir. Tenemos que buscar un refugio.

Descendí como un sonámbulo, asiéndome a los bordes de las escamas usurpadas por el Almirante. Sidin recuperó su medallón de mis manos y se lo guardó.

–Tenemos que tomar otra nave –hablé por fin.

–Ahora es imposible –negó Sidin–. Los hrtar no tardarán en atacarnos. Ayúdame a llevar dentro a Anael y los demás heridos. Nos esconderemos en los sótanos del Palacio.

–O en la nave que tiró ese monstruo. Si podemos entrar, estaremos más seguros en ella.

–Veo que tu cerebro aún funciona. Vamos.

Apoyamos a Anael sobre nuestros hombros. El medallón estaba ya colocado en su brazo, pero todavía se quejaba. Podía ver la mitad derecha de su cuerpo chamuscada, con la piel ennegrecida.

–Pronto te sentirás mejor –le animó Sidin con una sonrisa.

–¿Dónde están la señora y Goldi? –apretó sus dientes.

–Han ido a por el Almirante –respondí.

Los tres nos acercamos al boquete donde había estado la puerta del Palacio. Había movimientos extraños entre las sombras, gente que parecía dudar entre salir o quedarse en el interior. Finalmente surgió una figura, iluminada por la luz del día que acababa de empezar.

–Vaya jaleo que habéis armado ahí fuera. Todo para nada.

El maldito Jared, el antiguo custodio de Vikatee, el traidor que había entregado nuestra ciudad a los hrtar, estaba plantado frente a nosotros exhibiendo una estúpida sonrisa y apuntándonos con una pequeña versión de las varas hrtar.

–Me preguntaba en qué maldad andarías ocupado –contestó Sidin con rabia.

–Una sencilla misión de vigilancia, consejero. Pero puesto que el general y el Almirante están fuera del juego, por así decir, supongo que ahora estoy al mando de la operación.

–Entonces no tenemos nada que temer –fanfarroneó el viejo.

–El bufón de siempre… Dudo que el rey vuelva a contratarte.

–Cierto. Tú le harás más gracia.

Jared rio exageradamente hasta que se le saltaron las lágrimas.

–Lo dudo, lo dudo mucho, amigo.

Entonces hizo una extraña mueca con su boca, emitiendo unos desagradables graznidos. Mientras intentábamos aguantar el peso de Anael, ya sin conocimiento, observamos cómo de la fachada del Palacio surgían dos soldados hrtar llevando a un hombre con las manos atadas. Era el rey Etienar, aún vestido con su disfraz de plebeyo. Sobre la mordaza que tapaba su boca, los ojos claros

del monarca miraron a Jared con odio. Al antiguo custodio parecía divertirle la situación, pero su rostro se tornó serio de nuevo.

–Dame tu puskoru, consejero –levantó su arma hacia el viejo–. Es lo único que puede salvaros ahora.

VII

–¿Dónde están los demás? –preguntó Sidin, ignorando la petición de Jared.

–No te preocupes, están a buen recaudo –Jared señaló al edificio medio derrumbado–. Los pillamos a todos, incluida esa gorda cocinera. Crees que sabes mucho sobre nosotros, consejero, pero no tienes ni idea. Teníamos cámaras térmicas instaladas por todo el Palacio. Conocíamos todos vuestros movimientos.

–¿Y qué vas a hacer, matarnos a todos? ¿No tuviste bastante con una ciudad entera? –intervine, harto de escuchar al traidor. ¿Cómo podía una persona causar tanto mal sin mostrar ningún remordimiento?

–Ah, es verdad, tenemos aquí a nuestro aprendiz de agente secreto. Pero seguro que tu maestro no te ha explicado todo acerca de nuestro… juego.

–Me lo ha explicado.

–¿Ah sí? –sonrió pérfidamente–. Sería la primera vez que este payaso dice la verdad. ¡Él y sus amigos tienen reglas: nada de ir contando por ahí secretos! Se creen muy superiores con sus ridículas normas, pensadas para que nadie se entere de lo que pasa realmente.

El rey observaba el intercambio atentamente, pero su rostro amordazado mostraba a las claras que no entendía a qué se refería Jared.

–Al menos tenemos reglas, custodio –Sidin pronunció la palabra lentamente, como una provocación–. Y tú en algún momento las tuviste también. Hiciste el juramento de Ahura Masda, ¿no es así?

Miré a Sidin sorprendido. ¿Cómo podía ser? ¿Jared había trabajado para el mismo bando de Fravashi?

–Viste su puskoru, Nadir, y también el que quité al general.

–El del general era cuadrado y el de Jared es redondo, igual que el tuyo –comprendí–. Pero quizás lo robó…

–Los medallones no se roban –explicó Sidin–. Solo quien ha sido autorizado puede usarlos –dijo mirando con dureza al traidor, que seguía apuntándonos con su arma.

Jared estaba demasiado confiado. Podía soltar a Anael, desviar su pequeño tubo y abatirlo en cuanto tuviera una distracción. La dificultad era que había soldados hrtar custodiando al rey, y otros más en el Palacio, y ya no contábamos con las espadas-martillo de las mujeres.

–No importa ya que lo sepáis –Jared frunció sus labios con desprecio–. Es cierto. Yo era el agente de los Fravashi en la ciudad, heredero de la larga línea de los auténticos guardianes de las Sagradas Formas –rio–. Los que se llamaban a sí mismos custodios no tenían ni idea de lo que custodiábamos, de la verdadera naturaleza de las esferas escondidas por los Constructores bajo nuestros pies, y de la razón de esa ocultación. Yo era el único que lo sabía.

–Y traicionaste a los dioses –acusó Sidin.

–No es traición cuando te han estado engañando, consejero.

–Te pasaste al bando de los Angra Mainyu y el padre de Nadir descubrió vuestros planes, ¿no es así?

Di un respingo al oír la afirmación de Sidin. ¿Podía ser que mi padre también estuviera involucrado en el Juego? Contuve la respiración, esperando la respuesta de Jared.

–Otro estúpido entrometido que se creía muy listo. Tu familia debe llevarlo en la sangre… –me miró con sus odiosas pupilas–. Pero estás equivocado de nuevo, bufón. Gawhan no sabía nada de las esferas ni del propósito de los Constructores, no más de lo que estaba escrito en la Crónica. Sin embargo, se enteró de las grietas en la estructura de Vikatee y se obsesionó con que evacuáramos la ciudad volando hasta la superficie del planeta. Qué idiota. En fin –alzó sus cejas–, tú hubieras hecho lo mismo que yo, viejo: cumplir órdenes. Si Gawhan hubiera bajado hasta aquí con esas tontas alas… un hombre caído del cielo, hablando de una ciudad encima de las nubes y de unas misteriosas esferas… La historia habría llegado a oídos de alguno de vuestros agentes, y tus amigos los Ahura hubieran localizado el planeta.

–Lo mataste.

–Descompuse un poco sus preciadas alas. De todas formas –en su rostro apareció una lejana chispa de compasión–, el muy loco se hubiera matado solo.

Noté el calor de la ira quemando mi cara. Quería destruirlo, aunque fuera a puñetazos y mordiscos, borrar para siempre la cruel sonrisa de su cara y hacer que su negro corazón dejara de latir. Me detuve al sentir la mano de Sidin sobre mi hombro, calmándome. Maldito fuera Jared. El asesino de mi padre no merecía vivir. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía matar gente como si se tratara de cortar malas hierbas? ¿Quién era él y sus malditos dioses para decidir sobre la vida de mi padre? Busqué los ojos de Sidin, intentando transmitirle mi furia, pero el viejo seguía mirando fijamente al antiguo custodio. ¿Qué más quería sonsacarle?

–Pero si tú eras agente de Ahura… ¿cómo es que ellos no sabían dónde se escondían las esferas?

–Estúpido. Mi puskoru se parece a los vuestros, pero los agentes que vigilábamos las Formas desde la construcción de la ciudad no éramos agentes de Ahura Masda. ¿Es que crees que todos los Fravashi han sido Ahura o Angra Mainyu desde el principio de los tiempos?

Jared torció su cabeza para otear el cerro de los demonios, iluminado por la claridad de la mañana.

–Me encantaría seguir con nuestra pequeña charla, pero la flota hrtar espera las dos últimas Zarayan para marcharse de este planeta y yo estoy impaciente por conseguir mi recompensa. Dame el medallón, consejero, o yo mismo lo tomaré –apuntó la varita hacia él–. Necesitamos esos códigos de control.

¿Qué iba a hacer Sidin? Hacía pocos minutos quería impedir a toda costa que yo sacara las esferas del agua, temeroso de que el Almirante nos las arrebatara. Si Jared se hacía ahora con el medallón podría mover a su antojo a los dos daelacantos con su preciada carga, llevarlos hasta la gran nave hrtar, y salir volando hacia el espacio. Allí se reunirían con la flota, juntarían las trece Zarayan y ganarían el maldito Juego, o destruirían el universo, o lo que fuera que los demonios y los Angra Mainyu planeaban hacer con su botín.

–Puedo comenzar por tu pequeño amigo –Jared movió la boca del tubo hacia mí–. Ya me ha dado bastantes problemas.

–Está bien –Sidin se rindió, cerrando los ojos por un momento.

Sin soltar a Anael, el consejero reveló el medallón sujeto al brazo del herido y lo desenganchó de un tirón. Lo sujetó un momento en la palma de su mano, quizás esperando un último mensaje, y luego se lo dio a Jared. Triunfante con el puskoru en su poder, el traidor se acercó al rey Etienar y le arrancó la mordaza.

–Ahora puedes decir lo que quieras, majestad. Será tan inútil como el resto

de tus acciones.

A continuación Jared ladró en lengua hrtar a los dos soldados que permanecían en la puerta del derruido Palacio. Los demonios uniformados salieron del portal y se alejaron hacia el centro de la explanada con sus varas lanzarrayos en ristre. Entonces notamos el zumbido de una nave patrulla descendiendo hacia el Palacio, con sus flancos negros recortados contra las nubes.

–Hasta nunca –se despidió Jared, siguiendo a los soldados hacia el lugar de aterrizaje tras los inmensos cuerpos caídos de Vliror y el Almirante.

Tenía mi arma a la espalda. Podía aprovechar un descuido de los hrtar para saltar sobre Jared y quitarle el puskoru. ¿Y luego? Nuestras armas no valdrían nada contra los rayos. Busqué a Goldinaz y mamá Amalea hacia la ladera, pero aún debían estar buscando los restos del Almirante. Aun así… era mi deber y mi deseo vengarme del malvado que huía. Se trataba de mi última oportunidad de ser útil y compensar mis faltas. Saqué la espada y salté hacia adelante dispuesto, pero una alta figura se me adelantó como una flecha, plantándose en un instante tras la espalda del traidor, clavándole un puñal entre las costillas.

La voz del rey sonó fuerte y orgullosa mientras sacaba la hoja ensangrentada.

–Por mi honor, por el de la reina y por Dercanlea. ¡Muere como un traidor!

Llegué junto al monarca, empujándole para parapetarnos detrás de Jared. El orgulloso custodio seguía en pie, como si la puñalada lo hubiera paralizado. Los dos soldados hrtar se habían girado, apuntando sus armas, pero dudaban en dispararnos a través de su jefe.

–¡Sujételo, majestad! –grité al soberano, esperando utilizar a Jared como escudo unos segundos más.

Entonces vi que Jared aún sujetaba en su mano la pequeña vara con la que nos había amenazado. Se la quité de un tirón al tiempo que su cuerpo se derrumbaba. Los dos soldados se preparaban para disparar. Anticipación. Apunté el arma hacia ellos y la apreté, pero no sucedió nada. La vara no me obedecía. No sabía cómo activarla. Miré desesperado a los tubos de los demonios. Los instantes de tiempo se hicieron largos, como si los dioses quisieran dejarme reflexionar durante mis últimos momentos. ¿Podría haber sido diferente? Si pudiera volver atrás y cambiar algo, ¿hubiera escapado a este destino? Los hrtar nos tenían a su merced. El rey parecía resignado. Su ataque había sido un suicidio, igual que el mío, una protesta desesperada ante el deshonor, una venganza inútil contra la injusticia. Y ahora lo pagaríamos.

La imagen de los soldados se difuminó al cruzarse los rayos de calor. Sus figuras se retorcieron como fantasmas en un sueño, como hojas secas prendidas en un incendio, convertidos en cenizas llevadas por la brisa, esparcidas hasta la mole oscura de Vliror.

Confuso, busqué a mi alrededor. ¿De dónde había salido el rayo salvador? Tras un bloque caído de la fachada se alzó una pequeña figura portando una vara, una niña, una pequeña guerrera que reconocí al fijarme en su corta melena negra.

–¡Jilai!

Corrí hacia ella, olvidando todo lo demás. Al bajar su arma vi un rostro magullado y ropas sucias, como si hubiera rodado por el suelo, pero ninguna herida hubiera podido salvarla de mi abrazo. Era real, noté su pelo junto a mi mejilla, y su olor inconfundible.

–Hola, Nadir –sonrió cuando la liberé.

–Te hemos buscado –le dije, recomponiéndome.

–Uno de los demonios me sacó del sótano –su voz era débil–. Caminamos un buen rato por los pasillos, buscando a sus compañeros hrtar, pero finalmente los encontramos muertos en el salón.

–Creo que fuimos nosotros –me reí. No podía contener mi alegría, tenía ganas de saltar, gritar, y seguir abrazando a todos.

–Y luego algo enorme cayó sobre el Palacio y el techo se derrumbó. Por suerte, el sucio demonio no volvió a levantarse.

Miré entonces el brazo de Jilai que empuñaba la vara. La pequeña mano de amiga estaba enfundada en un guante hrtar. ¡Había descubierto cómo usar las armas de rayos! Siempre había sido una chica muy lista.

–Se la quité –dijo, levantando orgullosa el arma.

Un ruido atronador hizo que nos volviéramos. La nave hrtar estaba aterrizando, con sus antenas lanzarrayos dirigidas hacia nosotros. Sidin se había arrodillado en el suelo junto a Jared mientras los guardas reales retiraban a Anael y el rey hacia el Palacio. Sin más palabras, Jilai y yo nos acercamos hasta donde yacía el antiguo custodio. Tenía los ojos muy abiertos, mirando a Sidin con miedo. El anciano había recuperado de nuevo el puskoru, que aferraba con una mano. En la otra llevaba el de Jared, tan parecido al suyo. Se guardó ambos entre sus ropas y gritó a Jared por encima del bramido de la máquina voladora.

–Podemos sacarte de aquí si cooperas. Los hrtar no van a perdonar tu fracaso.

–Tus promesas no valen nada. Los Ahura no las cumplirán –hizo una mueca

de dolor.

–¿Cómo te convencieron? –le preguntó Sidin, sin asomo de ira.

Me había preguntado lo mismo muchas veces. ¿Qué había llevado a Jared a aceptar la destrucción de todo su pueblo, de la ciudad donde había nacido?

El odio pareció abandonar al custodio por un momento, como si hubiera vuelto la mirada de su memoria hacia tiempos mejores. Pero la dureza volvió enseguida a su rostro. De repente algo estalló en el cielo. La nave que acababa de aterrizar frente al Palacio había sido alcanzada. La parte superior del aparato desprendió un denso humo negro, pero comenzó a elevarse de nuevo con un fuerte rugido, dio un giro vertiginoso en el aire y salió disparada hacia las nubes. De allí descendía un grupo de máquinas, alargadas y veloces. Lanzaban ráfagas de rayos brillantes contra las naves hrtar, que despegaban con increíble velocidad desde el cerro. El cielo se convirtió en pocos segundos en un campo de batalla lleno de naves, rayos y proyectiles zigzagueando en una danza infernal.

La pesada nave insignia de los demonios fue la última en volar desde la montaña, desplegando sus cañones, mientras desde las nubes grises descendía una oleada de negros monstruos voladores. Las naves alargadas se colocaron en formación, como una bandada de pájaros. Sus cascos brillaban con colores cálidos, naranja y amarillo, moviéndose tan rápido como los rayos que surgían de sus alas. Dos naves hrtar estallaron casi a la vez, asustándonos con el tronar de sus explosiones. Cayeron por encima de las montañas del este. Los cañones de la nave insignia derribaron también varias máquinas anaranjadas. El espectáculo era sobrecogedor, sombras y brillos fugaces entrecruzándose a toda velocidad, rugidos de motores, la luz y el calor de los estallidos, el suelo retumbando con los impactos, nubes de fuego alzándose donde caían los fragmentos de las máquinas y casas derrumbándose bajo los golpes de metal retorcido, desintegrándose bajo los rayos que alcanzaban la ciudad.

La expresión de Jared se volvió extraña al ver la batalla aérea, como si lo que sucedía a nuestro alrededor no le importara, como si se hubiera resignado a una nueva catástrofe. Tosió ruidosamente. Un hilillo de sangre salió de su boca. El estruendo de las explosiones se alejó, permitiéndole hablar de nuevo.

–Quieres saberlo todo, ¿no, consejero? Vosotros también, Nadiroz y Jilazaar. Siempre habéis querido conocer la verdad. Yo también era así… Una vez comienzas a escarbar siempre quieres llegar más hondo. Por eso no me asusté cuando apareció el avatar flotando en mi habitación del Arqueón. Sabía que era un Fravashi y que me iba a revelar algo importante.

Una de las naves ocre pasó sobre nuestras cabezas seguida por una ruidosa máquina negra de los hrtar. Jared tosió de nuevo, manchando su camisa de rojo brillante. Respiraba agitadamente, pero se forzó a continuar hablando.

–El avatar me dijo que los dioses engañaban a todos los agentes, prometiéndonos una inmortalidad que no podían darnos. Escapar de la muerte solamente era posible viviendo en el universo de los Fravashi, y eso estaba prohibido para los sintientes como nosotros. Era una de las reglas fundamentales del Juego. Sin embargo, me dijo que Angra Mainyu había encontrado una solución, creando un mundo separado, una dimensión donde los sintientes podíamos vivir como si fuéramos dioses, y me prometió que si obedecía sus órdenes y mantenía engañado a mi contacto Fravashi podría vivir allí por siempre.

–¿Y tú le creíste? –Sidin alzó sus ojos.

–Claro que no. Tuvo que demostrármelo: me llevó con él. No sé cómo sucedió, pero aparecí allí… en un mundo transparente que se formaba a nuestro alrededor, creándose mil maravillas sin nombre a la voluntad de mi guía. Se trataba de un espacio sin límites, una extensión infinita de construcciones inverosímiles. El Fravashi creó para mí un castillo magnífico. Con simples gestos hizo aparecer los manjares más exquisitos y me rodeó de mujeres de increíble belleza. Duró sólo un minuto, pero fue la experiencia más maravillosa de mi vida. Entonces conjuró dentro del salón del castillo un globo lleno de pequeñas nubes luminosas, halos que fueron ampliándose bajo mis ojos hasta convertirse en estrellas, planetas, ciudades, casas, personas… Era nuestro universo. Y todo él estaba metido en un pequeño globo. “Es la Dimensión del Juego”, me dijo, “donde vosotros vivís. Los Fravashi os creamos tan solo para entretenernos, para pasar el tiempo infinito de nuestra existencia. Pero no es real, ¿comprendes, Jared? Ahí dentro no eres real”.

El rostro del antiguo custodio era un reflejo de la locura. Miró un momento a las naves que se destruían en el cielo. Sus ojos se humedecieron con lágrimas.

–Todo esto no es real –repitió con una sonrisa desquiciada–. Los Fravashi crean planetas, razas y ciudades para cada partida del Juego, y los destruyen cuando la partida termina, cuando las Zarayan son unidas y activadas. Entonces todo perece y regresa a la nada para ser recreado de nuevo. Pero yo…

Una fuerte tos interrumpió su discurso. Después el custodio se puso súbitamente alerta, moviendo sus ojos de un lado a otro como si buscara o temiera algo y, sin más aviso, su cuerpo desapareció igual que había hecho sobre

el Arqueón. Donde había estado Jared no quedaron más que manchas de sangre en las piedras del suelo.

Estaba tan aturdido por las últimas palabras de Jared que no reaccioné a su desaparición. Ni siquiera me pregunté cómo lo había podido hacer sin su medallón, o si los Angra Mainyu le habían eliminado para evitar que nos contase más secretos. Desde pequeño había creído en los Constructores, en seres superiores que habían creado nuestra ciudad y que tenían un plan para nosotros. Por eso no me había costado mucho aceptar la existencia de los dioses Fravashi. Podía creer también que los sintientes –como nos llamaba Jared– fuéramos piezas utilizadas para sus propósitos, que hubiera un Gran Juego entre diferentes bandos en el que participábamos sin saberlo. Pero me negaba a aceptar que nuestro universo no fuera real, que no fuera más que una imagen… Vikatee y mis amigos habían sido reales, y Mekham, y Sidin y Vliror… ¿Por qué Jared aceptaba esa idea absurda? ¿Solo porque el mentiroso Angra Mainyu había hecho unos trucos de magia con imágenes?

Sin embargo, me preocupó la idea de que los dioses destruyeran el universo una vez acabada la partida, cuando las esferas fueran reunidas. Se parecía demasiado a lo que Sidin había inventado para convencer a Thuregi de que sacáramos las esferas del planeta. El consejero había dicho que las esferas podían destruir el universo cuando se unían.

Miré a Jilai, que permanecía a mi lado sin moverse. No parecía muy afectada por lo sucedido a Jared. Ella desconocía todo sobre los Fravashi y las esferas, así que no habría entendido nada del enfrentamiento entre Sidin y Jared.

–Vamos al Palacio –me dijo mi amiga, señalando la batalla que llenaba el cielo.

Continuaba la lucha encarnizada entre las máquinas negras de los hrtar y los nuevos visitantes. Los rayos hendían el aire, destruyendo naves que explotaban y caían al planeta, sacudiendo el frágil paisaje de la Gran Bahía. La brisa trajo un terrible olor a quemado mientras tomaba a Sidin del brazo. El viejo salió de su ensimismamiento y nos acompañó a la puerta del Palacio, donde un guarda nos condujo hacia el sótano. Fui sintiéndome mejor, al darme cuenta de que, contra todo pronóstico, habíamos sobrevivido. Y había recuperado a Jilai.

–Pensaba que no le entregarías a Jared tu puskoru –dije al viejo, que descendía con cuidado.

–No era mi puskoru, sino el de mamá Amalea –sonrió Sidin–. Se lo puso a Anael para curarlo, mientras te divertías con el Almirante. Así que de todas

formas Jared no hubiera encontrado los códigos –guiñó un ojo traviesamente.

VIII

La sala donde entramos parecía un almacén de ropa. En los estantes que llenaban las paredes se apilaban finas toallas, sábanas y mantas. Los guardas habían cubierto el suelo de forma improvisada con gruesas alfombras, edredones de lana y cojines para que nos acomodáramos. Doria, la cocinera, había traído hogazas de pan que nos repartía con queso y miel. Jilai y yo devoramos la sencilla comida con un apetito voraz.

Vi que el rey y la reina estaban en un rincón, apoyados el uno en el otro mientras comían con parsimonia. Los demás recuerdos de esas horas debieron ser visiones de mi mente agotada: Sidin cuidando de Anael, tumbado en medio de la habitación, la señora Amalea y Goldinaz mostrando a Sidin un medallón cuadrado, Jilai tapándonos con una manta que tenía daelacantos bordados. Sentí de tanto en tanto roncos bramidos de naves voladoras, retumbar de explosiones y temblores en las piedras bajo los edredones.

La noche había sido larga, llena de luchas, emociones y sorpresas, pérdidas y reencuentros. Las dos esferas se habían salvado milagrosamente a costa de mi viejo amigo Vliror. Había descubierto por fin cómo había muerto mi padre… a manos del traidor Jared. Pero también se habían abierto nuevas preguntas sin respuesta sobre los Fravashi. ¿Cuántos bandos dividían a los dioses? ¿Era cierto o no que podían darnos la inmortalidad, que podían crear y destruir nuestro universo a través de las esferas? En cualquier caso, fuera cual fuera nuestro destino, ya no estaba en nuestras manos. Nada podía hacer, y ese conocimiento me permitió por fin dormir, aunque me desperté varias veces con la sensación de tener quemaduras en mi piel y una sed atroz. Finalmente alguien me alcanzó un odre de agua y eso me alivió.

Dormía profundamente cuando Sidin tocó mi hombro.

–Maese Nadir, despierta. Están aquí.

Tardé unos momentos en situarme. Jilai estaba tumbada junto a mí, con su melena negra esparcida sobre un cojín. Sidin la despertó también.

–No os perdáis esto –sonrió el viejo, al parecer recuperado de las conmociones de la noche anterior.

Comprobamos somnolientos que éramos los últimos en dejar la sala de ropa. Nos lavamos la cara con un balde de agua y nos pusimos rápidamente la muda de ropa limpia que nos señaló Sidin. Seguimos después al anciano por la escalera, hasta la planta baja del Palacio, y caminamos de regreso entre cascotes y grietas hacia el destruido portal de entrada. Por el camino Sidin me informó de que Anael se encontraba mucho mejor. Estaba al cuidado de maese Lingare con los demás heridos. Muchos de los guardas que habían escapado en los días anteriores habían regresado también, pero aún no había noticias de los equipos de Frideric y Nalivar.

Los monarcas, vestidos con ricos ropajes y recuperada su altivez real, estaban esperando en la explanada escoltados por varios soldados armados con sus lanzas. La señora Amalea y Goldinaz se encontraban también allí, ofreciendo un aspecto magnífico con sus elegantes peinados y vestidos nuevos. Me percaté entonces de que también Sidin se había puesto una camisa limpia y una elegante casaca bordada. Nadie hubiera dicho que hace unas horas habíamos estado matando invasores del espacio.

Mamá Amalea nos llamó para unirnos al grupo. Miré la explanada iluminada por el resplandor de un claro mediodía, la luz más brillante que se podía disfrutar en el reino bajo las nubes. Alrededor de la colina se elevaban algunas columnas de humo, pero el cielo estaba despejado de naves y rayos. Descubrí con alegría y sorpresa que el cerro frente a nosotros se hallaba por fin libre de naves hrtar, pero mi felicidad se atenuó al ver de nuevo los dos gigantes muertos a unos pasos de nosotros: la magnífica mole negra de Vliror caída junto al falso cuerpo del Almirante.

Pero había algo más. Una grácil nave anaranjada se había posado sobre la explanada. La máquina voladora, con sus alas marcadas por los impactos, ronroneaba suavemente emitiendo vapores blancos y girando sus antenas sobre la suave coraza. Por lo demás, nada dejaba adivinar los propósitos de los nuevos visitantes. Me extrañó que Sidin y los demás estuvieran tan tranquilos.

Jilai se giró hacia mí con una mirada interrogadora, así que me acerqué al viejo consejero, que charlaba con el rey y miraba hacia la nave con la excitación de un niño. La señora Amalea mostraba la misma confianza ansiosa que el anciano.

–¿Qué pasa? ¿Quiénes son? –pregunté al consejero.

–Al final llegó nuestro rescate –susurró Sidin en mi oído.

–¿Qué esperan para desembarcar, consejero? –preguntó la reina, hablando por los demás.

–Están asegurándose de que las condiciones son adecuadas, mi señora.

–La verdad es que estamos en una situación lamentable para recibir a emisarios extranjeros –se quejó su majestad, señalando la ruina del Palacio.

–Creo que les importará más vuestra valentía –Sidin inclinó la cabeza con estudiada deferencia.

–¿Estamos seguros de que son amigos? –interrumpió el rey, con menos optimismo.

–Sin duda, mi señor. Nos han librado de los invasores.

Nos sobresaltó un fuerte ruido proveniente de la nave. Por un momento pensé que los visitantes estaban disparando o que un enemigo oculto les había alcanzado, pero me calmé al ver que se trataba de una rampa que se desplegaba hasta el suelo. Todos nos pusimos alerta, irguiendo nuestros doloridos cuerpos.

Por la rampa bajaron dos soldados humanos con un uniforme ligero de color arena. No podía ver ningún arma. Les siguió un hombre alto con sombrero que caminaba de manera rara, y otros hombres y mujeres uniformados, en estrecha formación. Caminaron hacia nosotros mirando con curiosidad los cadáveres gigantes tendidos sobre la explanada y admirando la vista de la ciudad con el mar al fondo. A medida que se acercaban observé al hombre del ancho sombrero, sin duda el líder del grupo. Su cuerpo era ancho, pero musculoso, de tez rojiza y corta barba rubia y cojeaba ligeramente al andar. Si no supiera que venía del espacio lo hubiera tomado por un veterano marino que regresaba a puerto.

–Mis saludos y mis felicitaciones, habitantes del reino de Dercanlea –el hombretón habló con voz rasgada y un acento oscuro, claramente de otro mundo–. Soy el capitán Kiler Hendich de la nave de ataque Cascanueces, representante designado por la flota avanzada de la coalición de las Cuatro Estrellas.

Por un momento nadie en nuestro grupo le respondió, inseguros de las reglas para un encuentro así. Finalmente Sidin carraspeó, haciéndose cargo de la situación.

–Nuestros más agradecidos saludos a ustedes, capitán Hendich. Permítame presentarle a sus majestades: el rey Etienar II, de la noble dinastía Jasonderi, y la reina Felia de la noble familia de los Almar, reyes centenarios de las Islas del Sur

–los soberanos saludaron con una imperceptible inclinación de sus cabezas, sin dejar de mirar al capitán, que parecía aburrido con el protocolo–. A su izquierda están las nobles damas de la Laguna, la señora Amalea de la familia Thuregi-Selak y su hija Goldinaz, ambas valientes guerreras –las mujeres de la aldea saludaron con una reverencia–. Y por mi parte, soy el consejero real, maese Sidinar Berenori para servirles.

El capitán se giró entonces hacia Jilai y yo, mirándonos con evidente curiosidad.

–A mi lado –continuó Sidin atento– están los jóvenes guerreros Nadiroz y Jilazaar, supervivientes de Vikatee, la fabulosa ciudad sobre las nubes destruida por un reciente ataque hrtar.

Los dos saludamos con torpes cabezadas al divertido capitán.

–En nombre de todos los presentes –continuó Sidin–, de los habitantes de nuestro reino, y me atrevo a decir que de todo el planeta Mekham, queremos expresarles nuestra gratitud por su providencial intervención en la batalla contra los invasores hrtar, y nos gustaría invitarles a acompañarnos en el Palacio Real, disculpándonos por los desperfectos que encontrarán en él.

–Gracias, consejero –respondió el capitán, sin más florituras–. Quizás más tarde. Ante todo queremos saber cuál era la situación aquí en la superficie, quiero decir, si ustedes están bien y si hay más tropas hrtar en las inmediaciones.

–Creemos que no hay más, capitán –respondió Sidin–. Nunca bajaron muchos de ellos, hasta esta mañana mismo en la batalla. En los últimos días varias patrullas estuvieron bombardeando las tierras del sur, pero pensamos que regresaron todas esta mañana para unirse a la lucha y luego huyeron.

–Eso parece –admitió el capitán, relajándose–. Por nuestra parte, queremos felicitarles por haber luchado con valentía frente a un enemigo tan superior, y me han informado de que han conseguido mantener a salvo del imperio los peligrosos objetos que andaban buscando.

–Así es, señor –asintió Sidin, observando con cautela al capitán.

–Por cierto –Hendich se llevó su mano rojiza a la frente–, se me olvidaba presentarles a… acérquense –se giró hacia los hombres que le acompañaban– … mi primer oficial, el teniente Robus Lindor –mostró a un joven pálido de aspecto tímido–… nuestra piloto, gracias a la cual seguimos vivos, especialista Gea Bram… y por último la mujer que lo sabe todo, nuestra oficial de inteligencia, la sargento Beth Dwarne.

La sargento era bastante joven, con un precioso rostro ovalado, piel bronceada y pelo castaño oscuro recogido a un lado. Sus ojos de brillante violeta captaron todo a su alrededor con una intensa mirada.

–Creo que ha estado antes en este planeta, ¿no es así, sargento?

–Sí, capitán –la voz de la mujer era sedosa y fuerte a la vez, con una cadencia musical–. Estuve aquí hace unos años –su mirada se dirigió hacia el viejo consejero, que parecía desconcertado–. Hola Sidin, espero que no se haya olvidado de mí.

Los ojos de la misteriosa mujer refulgieron con brillo propio. Sidin dio un paso atrás, tambaleándose.

–¿Azenobeth? No puede ser… yo… y tú… eras muy joven.

–Perdona, debería haberte avisado. Para mí han pasado solamente siete años desde entonces. El tiempo se encoge durante los viajes espaciales, y yo he estado muy lejos de aquí. Pero ya ves que he cumplido mi promesa de regresar a tu planeta.

Sidin no apartaba los ojos de ella, como si estuviera presenciando la aparición de un avatar de los mismos dioses. A mí también me resultaba extraño ver en persona a la mujer que hacía tantos años había reclutado al anciano para servir a los Ahura Masda.

Azenobeth y los demás oficiales se quedaron para ayudarnos a preparar la recepción de la noche. No había mucho tiempo para celebraciones, nos explicó la sargento, ya que la flota avanzada de la Alianza tenía órdenes de partir inmediatamente con las dos esferas rescatadas, antes de que los hrtar organizaran un contraataque. Aunque la muerte del Almirante Kautrk había sido un duro golpe para ellos, el impero hrtar se jugaba demasiado para abandonar tan fácilmente. Sin embargo, a pesar de la urgencia los visitantes querían obtener el permiso del rey para llevarse con ellos las Zarayan, y una buena cena era la ocasión perfecta para la diplomacia y la negociación, si fuera necesaria.

Sidin revisó el estado del Palacio y finalmente decidió, de acuerdo con el chambelán del rey, que el mejor lugar para organizar el banquete era el patio trasero, junto a los barracones de la guardia. Era un espacio amplio protegido de la brisa de la colina y casi a salvo de la destrucción. La nave de patrulla que el Almirante había arrojado sobre el Palacio solamente había aplastado uno de los lados del claustro. Además, Sidin pensó que la vista de la negra máquina serviría para recordar al rey por qué las esferas debían salir del planeta.

En cuando el lugar fue decidido todo el mundo comenzó a correr de un lado a otro para realizar los preparativos. La cocinera llegó buscando a Sidin, temblando de nervios.

–¡Maese Berenori! ¿Cuántos van a venir a la cena? ¡No tenemos apenas provisiones! ¡Tenían que haber consultado antes conmigo!

–Tranquila, querida Doria, no es un banquete muy formal. Quizás seamos unas treinta personas. Estamos esperando noticias del señor Thuregi y de los otros clanes.

–¿Y de dónde vamos a sacar la comida? Ya apenas teníamos suficiente para la guarnición. Todos los tenderos han huido de la ciudad.

–Espera un momento –le pidió el consejero.

El viejo puso su mano arrugada sobre el brazo de la cocinera y la dejó para acercarse a Jilai y a mí, que observábamos divertidos el pequeño drama.

–Nadir, necesitamos un último favor de Vliror –dijo el viejo con suavidad.

–¿Vliror? Pero si está…

–Sí, está muerto, pero tú puedes hablar en su lugar. Creo que a la vieja bestia le habría gustado ofrecerse. Es el mejor honor que podemos otorgarle para celebrar su sacrificio.

Por un instante le miré sin comprender, y entonces entendí la relación con la cena.

–¿Comérnoslo?

–Es la tradición cuando mueren los daelacantos. Y es lo mejor que nuestro reino puede dar como agradecimiento a nuestros amigos de las Cuatro Estrellas, y al pueblo de Vitera para celebrar su regreso al hogar. Si no lo hacemos así, en un par de días Vliror solo será carne podrida.

Era un sacrilegio, devorar a mi amigo como a un inservible buch. No podía dejar que lo hicieran.

–Tendrán que abrirlo igualmente para sacar la esfera –insistió Sidin.

Me aparté del viejo. Había visto demasiada sangre en estos días, demasiadas muertes. Vliror no se merecía terminar así, cortado en pedazos. Me alejé por el patio mirando las columnas y los relieves que las decoraban, pequeñas escenas que representaban el trabajo de los artesanos, pescadores, labradores, granjeros…

–Te da pena, ¿verdad? –Jilai estaba a mi lado. Cogió mi brazo con sus dos manos–. Cuando te marchaste con el consejero, Doria me contó lo que había

pasado en la subasta, cómo luchaste por rescatar a ese animal.

–No era un simple animal. Me salvó la vida varias veces.

No quería que Jilai viera mis lágrimas. Apartándome de ella, seguí observando las columnas que rodeaban el patio, hasta notar una figura familiar. En el centro de cada pilar había grabado un gran daelacanto saltando sobre las aguas. Estaba magníficamente representado, con sus fauces abiertas y sus ojos fieros, su cola trífida saliendo del mar tras el enorme cuerpo. Por supuesto –me dije–, era el emblema de la casa real de los Jasonderi. Volví a llorar contra mi voluntad y al hacerlo se liberó buena parte de mi ira y mi tristeza. Me restregué los ojos y volví con Jilai, acompañándola hacia donde estaba Sidin, todavía discutiendo con Doria.

–Está bien –le dije, todavía un poco enfadado–. Acepto en nombre de Vliror. Pero pondré una condición –Sidin alzó sus cejas con resignación.

Le expliqué al viejo de qué se trataba, mi deseo para que el recuerdo de Vliror perdurara más allá del banquete de una noche.

–Creo que será posible, maese Nadiroz –sonrió Sidin, inclinándose respetuosamente. Jilai y Doria sonrieron.

–Entonces pondré a todos a trabajar enseguida –dijo la cocinera, suspirando mientras se marchaba–. Vamos a necesitar también unas buenas fogatas.

Nalivar entró en el patio un rato después, mientras ayudábamos a recoger los escombros y colgar tapices para tapar las grietas y derrumbes de las paredes. La hermana de Goldinaz llegó sudorosa y agitada, aún vestida con las ropas de la noche anterior, cuando se había marchado con su equipo para colocar los explosivos que distrajeron a los demonios. Me alegré de verla sana y salva, pero su rostro mostró a las claras que no traía buenas noticias. Se dirigió directamente a Sidin.

–Consejero… –comenzó Nalivar–. Acabamos de regresar de las colinas del norte. Ya hemos informado a mamá Amalea, y nos dijo que te avisáramos.

Sidin notó el tono grave de mi prima. Indicó a los guardas que esperaban sus órdenes que se retiraran por el momento. Nalivar tragó saliva y continuó.

–El general Thuregi… lo hemos encontrado en una ladera del cerro. Había recibido el impacto de un rayo. No ha quedado mucho de él.

La cara de Sidin se ensombreció. Recordé todas las historias que él y el viejo Frideric habían contado sobre sus años de camaradería durante la Gran Guerra.

Noté como el viejo consejero intentaba mantenerse firme a pesar de su dolor.

–Gobur, Vana y los demás, ¿están bien? –preguntó.

–Los muchachos que les acompañaban también fueron alcanzados. Dos de ellos estaban muertos cuando llegamos, pero Gobur y Vana han sobrevivido, aunque con heridas serias. Los hemos llevado a la nave de la Alianza. Tienen un buen equipo médico, pero si puedes ir a echar un vistazo…

–Ahora mismo iré a verlos –el viejo se lamentó con un profundo suspiro–. Demasiados sacrificios en una noche. Pero a pesar de todo debemos de estar contentos. Frideric ha muerto como quería, defendiendo su tierra y su rey. Ese es el máximo deseo y honor para un hombre de armas. La ceremonia de esta noche será también un homenaje para él y para los demás guerreros que han dado sus vidas. Hablaré con el rey.

Sidin se marchó, y Jilai y yo continuamos ayudando en la limpieza y la preparación de la cena. Doria dirigía el caos como un general en medio de una batalla, organizando a los guardas para colocar pesados tablones de madera sobre soportes de piedra y formar largas mesas, recuperar sillas del interior del Palacio e improvisar más asientos tallando gruesos troncos. Nosotros recogíamos los trozos sobrantes y los apilábamos con la leña que se quemaría en las hogueras.

Después acompañamos a una doncella para traer los manteles, copas y platos desde un cuarto cercano a la cocina. Atravesamos los restos del Palacio, rodeando la zona hundida y recogiendo los utensilios que se habían salvado en uno de los cuartos derrumbados. Los lavamos y secamos con agua del pozo, metiéndolos en un cesto. Al volver con nuestra carga hacia el patio vimos que Sidin había regresado. Estaba hablando con Azenobeth bajo las columnas del claustro. Ninguno de los dos agentes se dio cuenta de que Jilai y yo estábamos allí. Miré a mi amiga y no nos hizo falta decirnos nada. Nuestra curiosidad nos condujo hacia Sidin y la bella visitante.

Apoyado bajo un arco, el consejero no apartaba su vista de la mujer. El anciano parecía haber rejuvenecido súbitamente y su cansancio había sido olvidado.

–¿Sabías que las esferas se ocultaban en Mekham? –preguntó a la misteriosa agente–, quiero decir, cuando viniste aquí.

–No –respondió ella tras una leve pausa–. Entonces era una simple agente de reclutamiento. Pero sospechaba que pasaba algo importante en este planeta. Había agentes y estrategas repartidos por los continentes, muchos más de lo que

tendría sentido para un planeta tan remoto, y aún había órdenes de reclutar más. Era extraño, pero no tenía ni idea de la razón.

–Curioso, verdad, un lugar tan alejado de las grandes colonias.

–Supongo que por eso las escondieron aquí.

Los dos se miraron un instante en absoluto silencio. Jilai y yo sujetamos cuidadosamente el cesto con las copas y platos para evitar sonidos que nos delataran.

–Ahora este lugar va a ser una leyenda –continuó Azenobeth, mirando hacia el cielo de la tarde visible sobre el patio–. Y tú también, Sidinar. Tendrás que escribir un largo informe –rio con un divertido sonido musical.

–Sí, supongo que me he ganado mi recompensa –contestó el viejo con cierta amargura.

–Si alguien se merece la inmortalidad por sus años de trabajo, eres tú.

–No sé. Tendré que revisar las condiciones del contrato –dijo el viejo, sarcástico–. Claro, que si me dejaran tan joven y maravilloso como tú no me lo pensaría.

–Supongo que pronto te lo comunicarán oficialmente –insistió Azenobeth con seriedad–. Si no, debes reclamarlo.

–Es curioso. Cuando era joven y mi cuerpo era fuerte y ágil, soñaba con poder liberarme de su prisión y convertirme en pura energía, y ahora que las fuerzas me abandonan y mi cuerpo no vale ya de mucho no siento la necesidad de cambiarlo por la inmortalidad. Qué paradójico.

Azenobeth puso suavemente su mano sobre el antebrazo de Sidin.

–Estoy segura de que tu cuerpo puede funcionar muy bien durante unos años pero, si lo quieres así, estoy segura de que los dioses pueden programar el puskoru para que renueve tu juventud.

Sidin no respondió, solo miró a la mujer con una sonrisa melancólica.

–Otra opción es que… quieras venir a la base de las Cuatro Estrellas conmigo –añadió ella tímidamente–. Puedes pedirles lo que quieras, podrías ser profesor en la academia o formar parte del Alto Mando. Van a necesitar buenos estrategas para ver qué hacemos con las Zarayan que tenemos y con el resto de ellas. Nos hemos salvado por poco, pero los próximos pasos no van a ser fáciles. El enemigo no va a descansar.

Jilai estiró del cesto, alejándome de la pareja.

–Vamos. Tienen que hablar de sus cosas –susurró, con mirada severa–. Y tú

también tienes que contarme lo que ha pasado. ¡Me he perdido todas las cosas interesantes! ¿Qué son esos Fravashi, Ahura y… todas esas cosas raras que dijo Jared antes de desaparecer otra vez?

Suspiré para mis adentros. Tendría que ordenar mi mente antes de contarle a Jilai las sorprendentes revelaciones de estos días.

IX

Escapé del Palacio con Jilai. No quería quedarme allí mientras descuartizaban a Vliror. La guie sin rumbo por las calles de la ciudad, observando que muchos de sus habitantes estaban volviendo a sus casas, encontrándose con los restos de la batalla: muros derrumbados, tejados humeantes y caminos cortados por bloques de metal retorcido caídos desde el aire.

Jilai miraba asombrada hacia todos lados: al suelo de adoquines, los patios con árboles frutales, el cielo de nubes grises. Desde su apresamiento en Vikatee solamente había visto el interior de las naves hrtar y las habitaciones del Palacio donde la retenían. No había sabido hasta ahora lo que significaba vivir sobre la inmensa extensión del planeta. Le mostré las flores, los pájaros, los diferentes materiales, rocas, maderas y metales, las casas con paredes de barro pintado de colores, todas las cosas asombrosas que había ido descubriendo en la ciudad de los hombres-niño. Aunque, en realidad era todo una excusa para espiarla: observar cómo respondía abriendo su boca con admiración y cómo apartaba la melena oscura para mirar mejor. Sonreí al poder disfrutar de nuevo de sus gestos. Por un momento me pareció que estábamos de nuevo en Vikatee, viviendo nuestra sencilla rutina: el colegio, los amigos, la familia.

Llegamos al malecón del puerto de mercancías, el gran espacio que habían ocupado las gradas de la subasta, desmontadas hace días. Solamente quedaban los esqueletos de madera que se utilizaban para el mercado.

–Aquí fue donde… –comencé a contar, pero Jilai se había acercado al borde del muelle, hipnotizada por la vista de la ensenada.

–¿Es agua? –preguntó asombrada.

–Sí. Cae de las nubes e inunda la tierra. Llega hasta las zonas bajas por enormes canales llamados ríos. Hay tanta agua almacenada que se tardan varios días en cruzarla. Se llama el mar. Es donde vivía mi amigo Vliror.

–¿Beben de este depósito gigante?

–¡No! –reí–. Está muy salada. Pero es fantástica para bañarse.

–¿Bañarse?

–Ah, tienes que probarlo. Flotar en el agua es la sensación más increíble del mundo, como si uno volara –sonreí, con un escalofrío–, te sientes libre. Pero ya es tarde –miré al cielo emborronado–. Mañana vendremos y te enseñaré. Pediremos a Doria un traje de baño para ti.

–¿No es peligroso?

–Solo hay que aprender a no hundirse.

Caminamos un rato más siguiendo la orilla, cruzando una pasarela sobre el canal de la dársena real hasta llegar al embarcadero de los pesqueros, ahora ocupados por gente que regresaba a la capital. Jilai observaba con curiosidad a las familias que llegaban cargadas con sus posesiones.

De vuelta hacia el castillo, le conté lo sucedido desde el día en que habíamos hablado por última vez, a través del ventanuco. Le describí el valle más allá de las montañas del este, las accidentadas tierras de la meseta y la batalla contra la patrulla hrtar –exagerando solamente un poco mis habilidades como guerrero–. Viendo que eso no la impresionaba, decidí contarle los secretos que Sidin me había revelado: el Juego que practicaban los verdaderos dioses de nuestro universo, los Fravashi, separados en dos bandos enemigos, y el papel que jugaban las esferas como objetivo del enfrentamiento. Le hablé de los puskoru y de cómo habíamos movido las esferas con ellos, y de cómo los agentes los utilizaban para comunicarse con los dioses.

Jilai estaba ahora muy atenta. Supuse que me preguntaría sobre las últimas palabras de Jared, sus extrañas afirmaciones sobre la irrealidad de nuestro universo. Pero había otra cosa que interesaba más a mi amiga.

–¿Y esa mujer de la nave? ¿Cómo la conoció Sidin?

Tardé un momento en comprender que me preguntaba por Azenobeth. Resultaba embarazoso hablar de esos asuntos de hombres y mujeres, sentimientos que adivinaba pero no podía comprender del todo. Repetí lo que el propio Sidin había relatado durante nuestro viaje, cómo había recibido de niño la visita de la misteriosa mujer, y cómo después de casarse otro visitante del espacio le había asignado un misión por la que tuvo que dejar a su familia por las

batallas de la Gran Guerra. Le conté a Jilai el extraño encuentro que había presenciado en Kevat entre Sidin y su hijo, y la promesa que el viejo había hecho de volver cuando su misión hubiera terminado.

–¡Qué historia tan romántica! ¿Crees que volverá realmente?

–No sé. Ahora que se ha vuelto a encontrar con ella…

–¿Cómo puede ser Beth tan joven? Si se encontraron cuando él era niño.

–Dijo que era una magia producida por el viaje espacial –recordé.

–Quizás consigan así la inmortalidad, viajando por el espacio –apuntó Jilai.

–Puede ser.

Pero se me ocurrió enseguida que el capitán Hendich era bastante mayor que Azenobeth. La magia no afectaba a todos por igual. A lo mejor solamente funcionaba con los que llevaban los puskoru. Tendría que preguntarle a Sidin.

No tuve tiempo de charlar con el anciano. Cuando regresamos a la cima de la colina, hambrientos y agotados por el ascenso, escuchamos un gran alboroto en la explanada. Una multitud de adultos vestidos con elegantes ropas rodeaba dos naves anaranjadas de las que descendían aún más nobles visitantes. No podíamos verles bien con nuestra estatura, pero nos abrimos camino empujando a los que se abrazaban. Un saludo espontáneo sonó por encima de la algarabía.

–¡Ekai, Thuregi!

Las cabezas se giraron hacia la escalerilla de la nave. Tomé la mano de Jilai, llevándola hacia allí, apartando túnicas y vestidos de nuestro camino. Bajando por la rampa venía el señor Thuregi, cruzando sus brillantes ojos con los que le esperaban abajo, saludando a todos con rostro serio.

Esperamos a que el jefe de la Laguna terminara una larga ronda de abrazos y apretones de manos. Nos acercamos entonces. El hombre de rostro redondo sonrió tibiamente al verme.

–Vaya, Nadil, me alegro de verte vivo –miró entonces hacia Jilai, que le observaba con timidez–. Enhorabuena, conseguiste rescatar a tu amiga. Bien hecho –puso su manaza sobre mi hombro.

–Yo también me alegro de verle, señor.

–Ahora me gustaría encontrar al resto de mi familia –añadió Thuregi–, a los que queden de ella.

Comenzamos a rodear el castillo en ruinas para dirigirnos hacia el patio. Una fila de mujeres vestidas con delantales seguía el mismo camino, cargadas con bandejas que apoyaban sobre sus cabezas. Eché la vista hacia atrás, buscando el origen de la curiosa comitiva, y vi una nube de sirvientes armados con largas espadas cubriendo el gigantesco cuerpo de Vliror. Los hombres metían las hojas de metal bajo las escamas para separarlas y luego cortaban meticulosamente la carne rosada que quedaba al descubierto, poniendo los filetes sobre las mismas escamas, que las mujeres cargaban a guisa de bandejas.

Al llegar al patio vimos una gran cortina de humo producida por las hogueras levantadas a un lado del recinto, hacia los barracones. Doria gritaba órdenes a un grupo de jóvenes mientras agitaba un largo pincho. Los ayudantes tomaban los filetes de las bandejas y los ensartaban en finas varillas, rociándolos con un líquido amarillento: aceite de akol. Las piezas de carne eran entonces depositadas sobre las brasas de las fogatas que ya se habían consumido.

En medio del espacio rectangular, un grupo de guardas reales ataviados con trajes dorados se encargaba de asignar asientos a los nobles que llegaban.

–Tengo que encontrar a mi familia –protestó Thuregi cuando intentaron que se sentara en una de las largas mesas.

Los vimos entonces salir de una arcada. Los reyes vestían trajes de brillantes colores y coronas doradas sobre sus cabezas. Los acompañaban el capitán Hendich, Azenobeth y los demás oficiales visitantes, seguidos por Sidin y la señora Amalea. Mi madre adoptiva corrió hacia nosotros al ver que su marido nos acompañaba.

–Señor, doy gracias a los dioses, existan o no, por haberos devuelto a mi lado –dijo, emocionada, tomando las manos de Thuregi. El jefe del clan besó las suyas–. ¿Está la Laguna a salvo?

–Todos estamos bien, pero me temo que la aldea fue dañada. Desde las montañas del sur oímos a las naves revolotear por la desembocadura y aterrizar cerca de la Laguna. Estaban buscando algo. Por suerte, en el pueblo solo quedaba el testarudo de Megite, que se negó a dejar su barco. No sé qué habrá sido de él. Al regresar pedí al piloto que sobrevolara la Laguna. Vi algunos talleres quemados, pero el barco de Megite seguía allí.

–Seguro que lo ignoraron. En cuanto a la aldea, la reconstruiremos. Lo importante es que la gente esté a salvo –dijo Amalea, apretando la mano del señor.

–Conozco las noticias de mi padre, señora. Es triste, pero era lo que él quería,

la forma como quería ser recordado. Pero, ¿y nuestras hijas y sobrinos? –la miró Thuregi con inquietud.

–Están bien. Anael y Gobur tuvieron heridas peligrosas, pero dispusimos de poderosas medicinas para curarles –la señora se volvió hacia Sidin, que esperaba unos pasos más atrás.

–Consejero –le saludó Thuregi formalmente–, veo que tienes poderosos amigos y que tu influencia no se limita a este planeta. Sea como fuere, te agradezco que hayas mantenido a salvo a mi familia. Lo demás me importa ya poco.

–Fueron ellos los que cuidaron admirablemente de sí mismos y de los demás, mi señor. Lucharon haciendo honor a su clan. Por mi parte, tan solo envié una señal de auxilio que afortunadamente fue respondida por fuerzas amigas. Como suponía, los hrtar no eran los únicos que buscaban afanosamente esas esferas.

–Parece un milagro que llegaran en el momento adecuado –respondió Thuregi con suspicacia–. Desde luego poseen máquinas fantásticas. En unos minutos me han traído desde los bosques. Nos dieron un buen susto al llegar, pensamos que los demonios nos habían descubierto. Supongo que ahora se llevarán esas malditas cosas lejos de aquí, ¿no es así, Berenori?

–Desean pedir autorización a su majestad para ello, señor.

–Oh, por todos los infiernos, nunca entenderé la diplomacia. Solo deseo volver a nuestro hogar junto con…

Sonaron entonces unas trompetas parecidas a las tubas de ceremonia que usábamos en Vikatee. Los reyes se sentaron tras la mesa de honor, cubierta con un largo mantel azul y amarillo, seguidos por los visitantes del espacio.

–Debo marcharme ahora, señores, discúlpenme –se despidió Sidin.

Jilai y yo nos acomodamos junto a los Thuregi, cerca de la mesa de los reyes. Los demás asientos fueron rápidamente ocupados por los representantes de otros clanes.

Las trompetas sonaron de nuevo y las conversaciones se apagaron mientras el rey Etienar se ponía en pie. Las antorchas que ardían al fondo hacían brillar la corona del monarca, que parecía haber recuperado su orgullo y porte real. Incluso el color anaranjado de sus largos rizos era más vivo.

–Amigos de todo el reino, os damos la bienvenida a nuestra mesa. Disculpad la rapidez de la llamada y las condiciones de esta recepción. Como sabéis, Dercanlea ha pasado por una dura prueba, de la que hemos salido airosos gracias a la resistencia organizada por nuestro apreciado consejero, maese Berenori, y el

señor Thuregi de la Laguna –inclinó brevemente su cabeza hacia ambos– y también por la inesperada intervención de nuestros amigos de la Alianza de las Cuatro Estrellas, venidos de muy lejos –extendió su mano hacia el capitán Hendich y sus oficiales.

Sidin estaba también en la mesa de honor, sentado al lado de Azenobeth. Durante el discurso de Etienar los dos intercambiaron sonrisas y miradas con significados ocultos para mí.

El rey continuó agradeciendo a todos los que habían participado en la lucha de la pasada noche, recordando especialmente la valentía y el sacrificio de Frideric Thuregi, amigo de su abuelo, el primer rey Etienar, que también sería recordado por llevar a los Jasonderi a la victoria en la Gran Guerra. Describió entonces de la heroica lucha en las colinas, donde el anciano Thuregi había lanzado explosivos con arcos y ballestas para confundir y mantener ocupados a los demonios. Luego relató la batalla en la explanada: cómo una pequeña fuerza de valientes había hecho frente al Almirante Kautrk, famoso por haber aterrorizado y destruido decenas de planetas –Sidin me miró en ese momento, inclinando su cabeza hacia mí–. La voz del rey se llenó de genuina emoción al contar cómo el mismo Vliror, el rey de los daelacantos, se había alzado mágicamente de las aguas de la Bahía para atacar y destruir al monstruoso demonio.

Los asistentes susurraron con temor y admiración. Los imaginé volviendo a sus ciudades y pueblos, repitiendo la historia de la fantástica bestia marina, que ellos mismos habían visto derribada al lado del abominable coloso del espacio.

–Por ello –continuó elocuente el monarca–, honramos esta noche a este animal, símbolo centenario de la casa real de Dercanlea. Tenemos el gran honor de compartir su carne, sacrificada por nosotros. A partir de este momento su hazaña será igualmente recordada y honrada siempre que un daelacanto sea servido en una mesa del reino.

El rey brindó con su copa y todos nos levantamos para repetir el gesto, acompañándolo de un grito de saludo. Unas lágrimas de emoción cayeron en mi vino. Ahora mi amigo no sería olvidado.

Sin darme cuenta de ello, los asistentes habían colocado ya un plato frente a cada uno de nosotros. Sobre él había un jugoso filete, rociado con aceite de akol. Todos los asistentes comenzaron a comer con deleite en cuanto los reyes hubieron probado sus raciones. Jilai me miró, esperándome. Corté un trozo de la suave carne y lo metí en mi boca con aprensión, pero el sabor y la textura eran

tan maravillosos, tan diferentes a todo lo que había probado en mi vida, que no dudé en seguir comiendo hasta terminar el plato. Un regalo más de Vliror –sonreí, satisfecho.

–El viejo animal tuvo suerte, al igual que mi padre –dijo Thuregi sentado enfrente–. Para un veterano guerrero no hay mayor alegría que encontrar la muerte defendiendo a los suyos frente al enemigo. Ojalá algún día tengamos nosotros el mismo honor.

Asentí educadamente pero me resultaba difícil alegrarme por esas muertes, por muy honorables que fueran.

A pesar del efecto eufórico del vino de frutas, los comensales comieron casi en silencio, manteniendo la solemnidad de la atmósfera. La mesa de honor se llenó con educadas conversaciones entre los reyes y los oficiales visitantes, con Sidin traduciendo y mediando entre ellos. Finalmente, tras degustar unos platos de frutas y pastelillos rellenos, el monarca se levantó de nuevo.

–Queridos amigos… –el rey parecía ahora nervioso, indeciso–, mi deber como vuestro soberano es proteger el reino, nuestra población, con sus tierras y bienes. Por mucho tiempo hemos permanecido aislados del resto de Mekham y de los mundos del espacio, en estas costas del norte en las que nos refugiamos hace cinco centurias. Hemos vivido satisfechos con los abundantes dones de nuestros mares y nuestros campos, y durante muchos años hemos estado en paz. Pero lo sucedido en los días recientes nos recuerda que somos tan solo una pequeña gota en el océano, un pequeño pez que disfruta de la libertad temporalmente mientras no se encuentre con depredadores hambrientos, como una fruta madura que puede caer del árbol si llega un vendaval.

Los rostros de la señora Amalea y Thuregi estaban muy serios. Quizás intuían hacia dónde se encaminaban las palabras del rey.

–No es por azar que el comercio con otros planetas ha desaparecido en los últimos años –continuó Etienar–. Hay guerras cercanas a nosotros, batallas que se extienden rápidamente de un planeta a otro, imperios terribles que desean la conquista, y alianzas que se forman frente a estas amenazas. Por mucho que desconozcamos las causas de estos combates, si la guerra necesita más causa que la codicia y el ansia de poder, no podemos permanecer por más tiempo a salvo si no nos involucramos en los acontecimientos. Las nubes de Mekham no son ya suficientes para escondernos. Debemos conocer los riesgos antes de que se aproximen, necesitamos recibir información para poder prepararnos, y disponer de mecanismos para nuestra defensa.

El rey hizo una pausa. No era un hombre de acción, pero sabía hacer discursos. Los nobles le miraban expectantes. Ninguno se atrevía a intervenir.

–El capitán Hendich me ha transmitido una oferta de la Alianza de las Cuatro Estrellas para establecer un puesto permanente en el reino. Con ese puesto avanzado podríamos recibir información permanente de satélites de vigilancia situados sobre el planeta y de la red de comunicación de la Alianza, y transmitirles peticiones de ayuda en caso necesario. Creo que es una generosa oferta y que debemos aceptarla.

De nuevo Sidin y Azenobeth se miraron durante un instante. Era obvio que ya conocían el anuncio del rey, pero no pude descifrar sus reacciones.

–Por otra parte, nuestro reino debe corresponder a este esfuerzo y a los beneficios que nos reportará. Garantizaremos los suministros que necesite el destacamento de la Alianza y también actuaremos como sus representantes en otros reinos de Mekham, establecer una red de embajadas que nos permitirá saber lo que sucede en todo el planeta.

De nuevo murmullos de sorpresa y admiración surgieron entre las mesas. Pero el rey no había terminado y su nerviosismo era ahora más obvio. Su voz tembló al continuar.

–Sin embargo, estas acciones no son suficientes para asegurar el futuro del reino. Tenemos la obligación de aprender muchas cosas nuevas, cosas que están lejos de nosotros. Debemos conseguir que nuestros hijos y nietos puedan participar en las decisiones de la Alianza, dar a conocer nuestra historia y ayudarnos a crecer más allá de este planeta donde nos hemos refugiado por tanto tiempo. Por ello, sabiendo que es una decisión difícil para todos, decreto en el día de hoy que cada uno de los clanes deberá presentar mañana a dos de sus jóvenes para ser educados en la Universidad de la Alianza, que se encuentra en el cinturón de asteroides del sistema –el capitán Hendich le susurró al oído– … Taled.

Un silencio absoluto se extendió en el patio. Podía oír las ascuas de las hogueras crepitar con los últimos restos de calor. La señora Amalea bajó los ojos, mientras Thuregi la miraba de reojo.

–Es un gran sacrificio, el mayor que puedo pedir de vuestras familias, y como jefes, será una dura responsabilidad para vosotros escoger, pero también será un gran honor y una gran oportunidad para los que sean elegidos.

Algunos susurros confusos se dejaron oír. Los ojos luminosos de Thuregi se movían de un lado a otro, evaluando. Gracias a mi entrenamiento, vi en su rostro

la decisión de levantarse, un instante antes de que lo hiciera.

–Majestad, amigos, visitantes… me permito hacer una pregunta en la que imagino que todos estamos pensando, especialmente los padres de aquellos que deban marchar. ¿Cuánto tiempo permanecerían esos jóvenes fuera de Mekham?

Siguió un breve intercambio entre el rey y el capitán, tras el cual el segundo se levantó.

–Con vuestro permiso, sire… la instrucción en Maj Taled dura un mínimo de dos años y un máximo de seis, según las funciones de especialización y los destinos asignados. Sin embargo, debido a la distancia desde Mekham y a que utilizaremos velocidades cuasi-lumínicas para el viaje, mientras para los cadetes estarían fuera un periodo de unos diez a quince años estándar, al volver a Mekham encontrarían que aquí habría transcurrido un tiempo cuatro o cinco veces más largo.

Una apagada angustia prendió entre los asistentes cuando comprendimos lo que el capitán quería decir. El rey hizo sentar a Hendich con una respetuosa mano sobre su brazo. Sabía que tenía que soportar sobre sus hombros el peso de las malas noticias. Era parte de su trabajo.

–Gracias, capitán, por sus explicaciones –se volvió entonces hacia nosotros–. Así es. Por desgracia, no podremos volver a verles. Los jóvenes que partan serán nuestros enviados, quizás destinados a importantes puestos a lo largo de los mil mundos. Cuando sus descendientes regresen a su planeta de origen para conocer la tierra de sus padres y sus abuelos, nuestros hijos y nietos estarán orgullosos de ellos y de los que les enviaron. Sesenta u ochenta años son muy poco para los tiempos de la historia. Aquí seguirán los descendientes de sus familias y las tropas de la Alianza, convertidas también en parte de nuestro pueblo.

Como todos los demás en el patio, me pregunté quiénes serían los elegidos para el duro exilio y, en particular, cuáles de ellos marcharían de nuestro clan.

X

Jilai apenas se mojó los pies, sin alejarse un palmo de la arena, y retrocedió de un salto en cuanto el líquido la tocó.

–¡Está fría!

–¡Vamos, la piel se acostumbra enseguida! –la llamé.

Nalivar, Anael, Goldinaz y Vana nadaban lejos de la orilla, acompañados por los jóvenes guardas que nos habían recomendado esta cala de aguas limpias al norte de Vitera.

–¡Verás qué bien! –insistí, extendiendo mi mano hacia Jilai. Sus piernas delgadas dieron unos pasos cautelosos, como si las diminutas olas fueran a morderla. Recordé mis primeras sensaciones al entrar en el mar, como si lo hubiera hecho hace años, la extraña sensación cuando el líquido invadía la intimidad del cuerpo.

–Es húmeda –tiritó Jilai.

–Tienes que dejarte llevar –repetí las palabras que me habían ayudado entonces a vencer mis miedos–. Coge mi mano.

–Se mueve mucho.

–Mira hacia el horizonte.

–Es bonito –reconoció–, como un campo sin fin.

Conseguí que avanzara lentamente por el suave fondo arenoso. No me soltó ni un momento, pero yo no me quejé. Me gustaba sostener sus manos pequeñas y notar su cuerpo moreno cuando se golpeaba con el mío. Poco a poco Jilai se fue relajando. Cerró los ojos para concentrarse en las sensaciones y yo la imité. Escuché los murmullos del océano, las risas y las salpicaduras de nuestros amigos. Me dejé hundir bajo la superficie, recordando los momentos que nunca habría podido vivir en Vikatee: los juegos con los daelacantos, el encierro viscoso en el estómago de las bestias, el laberinto de lagos subterráneos oculto en la Meseta… pero algo tiró de mí, sacándome de mi ensueño.

–¡Pero qué haces! ¡Te vas a ahogar! –gritaba Jilai asustada.

–Perdona. Me gusta meterme dentro. A ti también te gustará cuando te acostumbres.

–Creo que he tenido bastante baño por hoy.

Salimos a la playa para secarnos y esperar a los demás. Al frotar mis manos con la toalla me di cuenta de que llevaba todavía el anillo de Jilai. Su vidrio amarillento no era tan bonito como las joyas que llevaban las nobles damas de Dercanlea, pero seguía siendo un objeto muy especial. Al fin y al cabo, había sido el causante de que comenzaran mis aventuras con Jilai.

–Esto es tuyo –le mostré el anillo en mi dedo.

–Sí, te lo dejé en la habitación porque mi madre decía que traía buena suerte.

–Pues tenía razón. Espera…

Intenté deslizarlo fuera del dedo, primero suavemente y luego con todas mis fuerzas, pero el anillo no salía. Se había quedado atascado.

–No te preocupes. Ahora es tuyo. Como recuerdo.

–Está bien. Pero encontraré otro para regalártelo.

En ese momento regresaron los demás y nos sentamos sobre unas rocas para tomar el almuerzo.

–¿A quién pensáis que elegirán? –Goldinaz rompió el silencio.

–Espero estar entre ellos –dijo Anael con entusiasmo–. Me ofrecí como voluntario.

Mi primo aún tenía en su piel marcas rojizas, restos de las quemaduras del rayo hrtar, pero la experiencia no parecía haberle asustado. Todo lo contrario.

–¿Estás loco? ¿Por qué quieres marcharte? –preguntó Nalivar, sorprendida–. Te perderías mi ceremonia de compromiso.

–Es una oportunidad que solo tendré una vez, y no tengo a nadie que me retenga –sonrió traviesamente a Nalivar.

–Yo también me he presentado –confesó Goldinaz.

–No os entiendo –interrumpió Vana, agitando sus poderosos brazos–. Si queréis defender nuestro país, quedaos aquí en el reino. Los soldados de la Alianza nos entrenarán. Si os vais, no podréis regresar en setenta años. Eso si es que volvéis.

–No creo que los señores os escojan –intervino Gobur, sin dejar de masticar–. Padre no querrá perderos, y hay otros candidatos en la aldea.

–Te equivocas, primo –respondió Anael–. ¿Aún no lo conoces? Lo más importante para padre es el honor del clan y querrá dar ejemplo enviando a alguien de su propia familia.

Regresamos al Palacio por el largo camino que subía por el lado norte, alegres por haber escapado un rato, pero preocupados por las próximas horas. Me resultaba difícil separarme de Sidin. Viéndolo en la cena con Azenobeth, estaba seguro de que se marcharía con ella y las Zarayan al espacio. Cuando estuviera fuera de Mekham podría utilizar su puskoru para rejuvenecer y continuar juntos sus misiones. Por otra parte, la vida en la Laguna sería agradable para mí, sobre todo ahora que había recuperado a Jilai. Sin miedo a los

hrtar, y alejado por fin de la maldición de las esferas, tendría de nuevo una vida normal y aprendería un oficio junto a mi familia. Había pensado enseñar a los daelacantos para que nos ayudaran en muchas tareas. Los inteligentes animales podían servir de transporte, llevarnos al interior de la meseta para aprovechar sus secretas cuevas y recoger los moluscos que cultiváramos allí. Con un buen entrenamiento incluso podían convertirse en guerreros de un temible ejército del mar.

Pero echaría de menos a Sidin. Compartía muchos secretos con él. Aunque ni siquiera el viejo estratega conocía toda la verdad sobre las esferas y los dioses obsesionados por ellas, aún tenía mucho que enseñarme, comenzando por el idioma Avestan. Quizás juntos hubiéramos podido desentrañar algunos misterios más.

Jilai había estado caminando delante de mí, silenciosa, hasta que llegamos a la entrada lateral de la muralla.

–¿No te gustaría ir a ti? –me dijo de pronto.

–¿Ir? ¿Al espacio?

No había pensado realmente en ello. Era una indicación de que no me atraía la idea.

–El espacio parece un lugar frío y peligroso, donde la gente muere peleando en enormes naves. No creo que otros planetas sean mejores que éste. Y ni siquiera he visto más que una parte de él. Aún tenemos mucho por explorar aquí.

Jilai sostuvo mi mirada por un segundo y siguió caminando.

–Seguro que Nilome se hubiera marchado –añadió.

Vi el rostro de mi amigo como si estuviera conmigo, mirando a las luces del cielo nocturno, haciéndose preguntas sobre ellas.

–Seguro que sí –admití–. Su sueño era ver lo que había ahí arriba.

Busqué a Sidin pero no lo encontré por ningún lado. El consejero debía estar reunido con los reyes, los jefes de los clanes y los oficiales del Cascanueces, porque ninguno de ellos apareció durante el resto del día. Pero no faltaron tareas para entretenerme con Jilai. Por la tarde ayudamos a Doria a preparar paquetes de comida para los que marchaban al espacio. Muchos de los envoltorios contenían bollos y pasteles con la carne de Vliror, ahumada para que durara un largo tiempo. Los restos de mi amigo también iban a viajar a las estrellas.

Cuando comenzaba a atardecer descubrí a Sidin en la parte trasera del muro que rodeaba el Palacio. Jilai se había quedado con Doria, aprendiendo a preparar

los bollos rellenos. Yo necesitaba aire fresco, agobiado por el olor asfixiante de la cocina y la vista de tanta comida. Salí fuera y caminé por el pasillo de hierba entre la muralla y el ala sur. En este lado había unas torretas iguales a las que custodiaban la entrada del empinado camino de la ladera. Mientras las observaba vi que alguien caminaba por la parte superior del grueso muro de piedra rosada. Juzgando por las ropas y la espalda ligeramente encorvada adiviné que se trataba del viejo consejero, pero no atreví a interrumpirle. Si había subido hasta allí es porque quería estar solo. Debía tener cosas que pensar. Me di media vuelta para marcharme.

–Maese Nadir… –su voz grave resonó entre los muros de piedra–. Anda, sube. Creo que no has visto el panorama desde aquí.

Trepé por una escalera excavada en el muro hasta llegar a la cornisa que recorría la muralla. Unas almenas nos separaban de la abrupta pendiente de la montaña. La vista del profundo valle hizo que me tambaleara de vértigo. Resultaba extraño que tras años de mirar desde la baranda de Vikatee me mareara ahora en una simple muralla.

–Magnífico, ¿eh? –dijo Sidin sin dejar de observar el paisaje.

Desde este lado de la colina se veía claramente la desembocadura del Estelande y la puerta sur, la que habíamos cruzado para embarcar hacia la remota meseta. La mirada de Sidin se dirigía hacia el este, donde se alzaban los picos azulados que ocultaban el valle del Kande. Era la misma sierra donde nos habíamos enfrentado a los ladrones. Imaginé por qué el viejo había venido hasta aquí: en aquella dirección se encontraba Kevat, la ciudad donde estaba la fragua de su padre, donde su hijo y su mujer vivían todavía. Quería preguntarle en qué pensaba, pero dudé unos segundos, y por una vez esperé a que él hablara.

–En fin… las decisiones están ya tomadas –dijo, soltando el aire de sus pulmones como si se hubiera quitado un peso de encima.

–¿Quiénes irán al espacio?

–Se anunciará esta noche. Ni ellos mismos lo saben todavía –clavó en mí sus ojos hundidos.

–¿Y cuándo saldrá la nave?

–Partirá mañana temprano. La flota no puede esperar más. Es peligroso quedarse aquí con las dos esferas. Los hrtar se están reagrupando.

–¿Irán a buscar las demás, las que han cogido los demonios?

–Tendrán que decidirlo otros, los que mueven las piezas importantes.

–Pero tú…

–Soy un estratega, sí, pero hay decisiones que solamente toman los dioses, y nosotros somos también sus peones.

–¿Y Azenobeth?

Sidin miró de nuevo sobre el muro, inspirando profundamente.

–Ella es una buscadora. Se encarga de encontrar los mejores candidatos… pero tampoco participa en las decisiones. Como yo, ha ido construyendo explicaciones a partir de las noticias y las historias que traen unos y otros. Pasa su tiempo viajando, visitando mundos…

El rostro de Sidin se había puesto triste al hablar de la mujer.

–Los movimientos importantes del Juego llevan muchos años. Las piezas se mueven pausadamente en el tablero de las estrellas. Las cosas no suelen suceder tan rápido como en estos días, sino que los hilos se van tejiendo poco a poco hasta que el dibujo se hace visible.

–Entonces, ¿ya no harás más misiones? –pregunté con cautela.

–Solo una última. La más difícil –sonrió.

–Jilai me dijo que debería ir contigo.

–¿Conmigo?

–Al espacio.

Sidin me puso la mano sobre el pelo y acarició mis rizos otra vez morenos. Mamá Amalea me había lavado los últimos restos de tinte, explicándome que ahora no tenía de qué esconderme.

–No me iré en la nave, Nadir –dijo Sidin–. Mi misión me lleva cerca de aquí, detrás de aquellas montañas –miró hacia la cordillera azulada.

–Por tu promesa –comprendí.

–El momento ha llegado, muchacho. En la vida hay diferentes momentos, oportunidades, bifurcaciones del sendero. Uno los siente llegar, imponiendo decisiones de las que no se puede ni se debe huir. Para mí pasó ya el momento de ir a otros mundos, o de encontrar otras personas. Es la hora de salvar a los que tengo más cerca y a mí mismo, y disfrutar de cosas que siempre tuve y nunca aprecié.

–Pero podrías tener la inmortalidad y tener todos los momentos que quieras.

–Eres joven –me deshizo otra vez el pelo con sus dedos arrugados–. Tú necesitas tener tiempo por delante.

Su voz era calmada, como si recitara una de sus historias junto al fuego.

–Para ti el momento de la muerte aún está muy lejos, todavía oculto detrás del horizonte. Pero dentro de muchos años la idea del final no te parecerá tan extraña, verás que la muerte también tiene su momento, y que entonces la esperamos como a una amiga que llega a su cita justo a tiempo. Nos va avisando para que arreglemos nuestras cosas, diciéndonos que aún puede esperar un poco antes de recogernos, pero que tenemos que ir preparándonos. Y un día nos encuentra esperándola, casi impacientes.

No entendía cómo alguien así podía desear morir. En realidad no creía que de verdad lo quisiera. El problema es que no podía conseguir lo que realmente deseaba y había renunciado a ello. Quizás no quería sufrir por más tiempo.

–Pero dejemos las tonterías de viejos. Jilai tiene razón. Tú eres quien tiene que marcharse. Es tu momento para buscar los límites del universo y arrancar a los dioses los secretos que no quieren revelarnos, incluso robarles la inmortalidad con la que nos chantajean.

Sus palabras me asustaron. El viejo Dombrir lo habría condenado inmediatamente a muerte por blasfemia y sacrilegio. ¿Cómo podía quitarse nada a los dioses? Sidin tan solo hablaba en broma, burlándose de mi curiosidad pintándome como un ladrón de conocimientos ocultos.

–He aprendido mi lección –dije con orgullo–. Lo único que quiero ahora es estar tranquilo. Tengo de nuevo una familia y amigos, y no los quiero perder de nuevo.

El ceño de Sidin, poblado de cabellos grises, se inclinó hacia adelante con preocupación.

–Eres todavía un muchacho, Nadir. Encontrarás muchas familias y muchos amigos, aunque nunca reemplazarán a los que perdiste. No quieras la tranquilidad demasiado rápido. Aprovecha que no tienes todavía ataduras: puedes escapar, viajar y explorar sin abandonar a nadie.

El viejo se agachó, poniendo su rostro endurecido a mi altura.

–Para bien y para mal has perdido tus raíces. Pero míralo así: sin raíces una planta no tendría que crecer fija en un sitio, podría volar como un pájaro.

Observé sus ojos, buscando la razón de su insistencia. ¿Por qué estaba empeñado en que me marchara? ¿Quería que fuera yo quien realizara su sueño? Seguro que el joven Sidin hubiera querido escapar de Mekham siguiendo a Azenobeth para descubrir los misterios del espacio. Pero no pudo abandonar del todo a su familia. No consiguió cortar sus raíces.

–Lo siento, Sidin. Quiero quedarme.

La mandíbula del viejo se tensó de rabia por un momento. Se alzó de nuevo, frotándose la piel hundida de su rostro con una mano. Habló a la brisa que venía desde el sur.

–Ah, qué difícil es, elegir entre lo que queremos y lo que es mejor para nosotros. A veces no vemos la esencia del momento, el punto de inflexión, hasta que es tarde para cambiar de sendero.

–¿Pero, cómo sabes qué es lo mejor? –dije un poco molesto.

–Te parecerá absurdo, pero en muchas ocasiones lo mejor es precisamente lo que nos da más miedo. El salto nos parece demasiado grande.

–Yo he saltado desde arriba de las nubes y no fue divertido.

La mandíbula de Sidin se tensó de nuevo. El viejo desvió su mirada hacia abajo.

–¡Azenobeth, líbrame de este maldito escéptico! –dijo con rabia.

La sargento venía caminando graciosamente por el sendero, apoyándose sobre las piedras desnudas.

–¡Ayúdame a convencerlo! –gritó Sidin a la mujer.

–Te mereces a alguien tan testarudo como tú, Sidinar, pero dudo que esté a tu altura –contestó ella–. Anda, ven conmigo, Nadir. No hagas caso a ese cascarrabias.

Bajé por los escalones, contento de terminar la discusión con Sidin. No quería enfrentarme a él, pero no iba a convencerme con fantasías a las que él mismo renunciaba. Al unirme a Azenobeth, vi al anciano todavía sobre la muralla. Pensé que estaría enfadado, pero nos despidió con una sonrisa burlona y se volvió para seguir mirando hacia lo lejos.

Caminé junto a Azenobeth hasta la explanada. Los restos del Almirante todavía seguían allí, pero el cuerpo de Vliror había desaparecido. Solo quedaban unos montones de escamas negras apiladas cuidadosamente. Me pregunté si Sidin todavía cumpliría con mi deseo o se echaría atrás después de que yo ignorara sus consejos. Continuamos hacia la nave principal de los visitantes, la Cascanueces. Las demás naves patrulla de la Alianza, que revoloteaban estos días por la zona, no estaban ya por allí. Quizás habían ido a recoger a los jóvenes elegidos para la Universidad, o bien habían partido ya hacia el espacio.

–¿Vas a enseñarme la nave? –pregunté a Azenobeth, temblando de anticipación. Había querido pedírselo un par de veces pero no me había atrevido.

–Veremos la nave –confirmó Azenobeth–, y podrás despedirte de unas viejas conocidas tuyas.

La rampa de entrada descendió. Subimos por ella.

XI

Nunca había visto nada como el interior de la Cascanueces. Las paredes y el techo de la nave brillaban con una luz propia que salía de los cálidos materiales. Las paredes de los pasillos estaban llenas de pequeños compartimentos, pantallas con extraños dibujos en movimiento, ranuras deslizantes y líneas de parpadeantes colores. Todo lo que me rodeaba era misterioso y fascinante. A un lado y otro se abrían salas donde los soldados se movían frente a curvadas planchas de luz con complejos diagramas. Pasamos una gran puerta cerrada, con símbolos de colores que no comprendí. Tras ella oí voces en un idioma extraño. ¿Cuántas lenguas diferentes existían entre los mundos del espacio? Finalmente llegamos hasta un corredor que terminaba repentinamente.

–Por aquí –Azenobeth me indicó un hueco cilíndrico en la pared. Ella entró primero en el pequeño espacio y me tomó la mano para que me pusiera a su lado. Al colocarme junto a ella noté la exquisita fragancia que emanaba de su cuerpo, una mezcla de flores y especias exóticas.

–No te asustes. El suelo se moverá.

La mujer apoyó su mano sobre un panel. Tras una ligera sacudida, el círculo sobre el que estábamos se elevó, llevándonos a través de un agujero abierto en el techo. De repente aparecimos en un espacio oscuro, una sala redonda con una gran cúpula en la que ondas de luz se superponían en su movimiento, como las olas del mar abierto.

–Tengo órdenes de dejarte aquí –me susurró Azenobeth. Había nerviosismo en su voz.

–¿Yo solo?

–No te preocupes. Cuando tengas que salir, ponte en el hueco y el elevador

bajará.

Azenobeth puso de nuevo su mano en la pared y desapareció en un agujero de luz blanca. ¿Por qué me había dejado? –miré a todos lados, sin comprender–. ¿Había caído en una trampa? Nadie sabía que estaba aquí. Solamente Sidin me había visto marchar con Azenobeth. Y ella no me hubiera traído si fuera peligroso para mí. Sin embargo, había notado claramente que la mujer había dudado al dejarme en la sala.

Rodeé ansioso la columna en la que se insertaba el hueco del elevador. Escuché un sonido curioso, como unas campanillas lejanas. ¿Lo había oído antes? Al otro lado del cilindro algo emitía cortinas de luz que hacían brillar el polvo del aire. Con un paso más pude ver la fuente de esos rayos. Lo había sospechado. Allí estaban de nuevo, siguiéndome como si nos atara una cadena invisible. Mis viejas amigas las esferas. Su vista me tranquilizó y me intrigó al mismo tiempo.

Las dos Zarayan lucían impresionantes en el centro de la gran estancia semiesférica, proyectando sus haces multicolores en la gran cúpula. Habían desaparecido de su superficie las sujeciones de metal oscuro que las retenían en los mástiles y en las entrañas de los daelacantos. Ahora los dos globos se anclaban sobre anillos unidos al suelo por recios tubos de soporte. Parecían una pareja de arañas caminando sobre patas metálicas.

Me acerqué con respeto. A pesar de las explicaciones de Sidin, los globos que enfrentaban a los mismos dioses seguían siendo tan desconocidos como la primera vez bajo el nivel prohibido. Eran igual de misteriosos para mí porque tenía la convicción de que escondían algo más, un secreto aún más profundo y perturbador. Y esa certeza me atraía hacia ellas como una jarra de agua fresca al sediento, pero ahora las Zarayan tenían que marcharse y no tendría ya ocasión de descifrar su enigma. Sin embargo, había aprendido: tenía que poner límites a mi curiosidad para que no me arrastrara a lugares donde no me convenía ir.

Estaba a unos diez pasos de ellas y podía sentir la terrible energía que emanaba de las dos grandes bolas. Sobre los anillos de sujeción eran visibles unos paneles de control que se conectaban a la superficie de los globos con finos cables hechos de luz. Mientras admiraba las Zarayan, un punto brillante apareció flotando frente a mis ojos. ¿Una ilusión óptica? Retrocedí cauteloso. El punto aumentó de tamaño hasta convertirse en una burbuja de niebla irisada. El vapor luminoso tomó forma mientras la burbuja que la envolvía se hacía tan grande como las propias esferas. En el interior del globo nacarado adiviné el perfil de

una simplificada figura humana, con un torso y un rostro sin detalles. Pero mientras miraba maravillado, la cara se fue moldeando y toda la figura se volvió sólida, hasta que la estatua estuvo completamente definida. Representaba a un hombre adulto, de una edad difícil de adivinar. No tenía pelo, arrugas o imperfecciones. Ni siquiera iba vestido, sino cubierto con un fino tejido sin costuras ni botones que se confundía con su propia piel.

Los ojos de la estatua se abrieron lentamente, revelando dos iris violáceos que brillaban con la luz titilante de las esferas. De repente, como una máquina que se pone en marcha, la cara cobró vida.

–Saludos, joven Nadir –la boca dibujó una sonrisa casi imperceptible–. No te asustes.

–¿Quién eres? –pregunté, reuniendo el valor que me quedaba.

–Ya lo sabes –la sonrisa se amplió, sin perder su perfección.

Solo había una respuesta. Pero como hubiera dicho Sidin, el miedo me impedía aceptarla.

–Eres un dios… un Fravashi.

Mi primera intuición al entrar en la gran sala circular había sido correcta: Azenobeth me había traído hasta una trampa, quizás sin saberlo ella misma. Pero no había duda, la figura fantasmagórica que tenía ante mí era la misma que Jared y Sidin mencionaban en sus relatos: un dios venido al universo sintiente con el propósito de atraernos a su servicio. Un escalofrío de terror me recorrió al pensar que la aparición pudiera llevarme consigo al fantasmal mundo de los dioses. Tenía que evitarlo. Quizás aún podía correr, escapar, pero la verdad es que me tenía hipnotizado. No podía apartar mi vista de sus ojos.

–La identidad Fravashi es compleja –articuló el ser con sus delgados labios–. En realidad soy un avatar que sintetiza los canales de muchas personalidades diferentes.

Así que el espectro representaba a un grupo de Fravashi. No comprendía cómo podían hablar varios a través de una sola boca, pero siendo dioses supuse que podían conseguir milagros como ese. Estaba totalmente a su merced. Por el momento no parecía una amenaza directa, pero era francamente intimidante encontrarse con los inmortales cara a cara.

–Consumimos muchos recursos para hablar contigo –la boca volvió a formar una indiferente línea recta–. Establecer comunicación directa en forma corporal con los sintientes no es algo que hagamos con frecuencia.

–¿Eres… sois de Angra Mainyu o… ?

–No –respondió con brusquedad–, somos representantes neutrales del Comité de Regulación del Juego.

El rostro perfecto del avatar hablaba mientras su cuerpo permanecía rígido como un muñeco. El resultado era desconcertante.

–¿Qué queréis de mí? –traté de controlarme.

–Tenemos un problema contigo, sintiente Nadir. Los agentes Sidinar y Jared te han revelado datos sobre la naturaleza del Juego y la dimensión Fravashi. La adquisición de esa información, aunque no sea cierta en su totalidad, está prohibida para los seres sintientes de tu dimensión.

Quizás no debería haber presionado tanto a Sidin para que me contara sus secretos. Pero, como él mismo había dicho, ya era tarde para cambiar de sendero.

–Pero la culpa es de ellos, no mía –recurrí a la vieja excusa.

–Me temo que la asignación de responsabilidad es irrelevante en relación con sus consecuencias –contestó el representante de los dioses–, aunque ya hemos tomado medidas respecto a los dos agentes culpables.

Me pregunté si había sido esa la razón de que Jared desapareciera tras hablarnos de la irrealidad de nuestro mundo. Si era así, entonces lo que había dicho el custodio no debía ser totalmente falso. Pero, ¿cuál había sido el castigo de Sidin?

–Sea como fuere, la consecuencia de las infracciones es que dispones de información no autorizada. El procedimiento normal es la eliminación inmediata del sintiente para evitar la difusión de los conocimientos prohibidos. Como puedes comprender, la divulgación masiva de información no autorizada cambiaría la efectividad del Juego.

Pensé en lo que decía la extraña máscara. Si los mortales supieran que los dioses jugaban con ellos y que los sacrificaban en una absurda lucha por la posesión de las esferas, sería posible que se rebelaran contra ellos, que se negaran a participar en sus crueles estrategias. Por increíble que resultara, la frialdad del avatar parecía confirmar la revelación de Jared. Los dioses nos trataban sin remordimientos porque nos habían creado en una dimensión que no era real para ellos, no más que si fuéramos personajes dibujados sobre un papiro. Aunque el avatar nos llamaba ‘sintientes’, los Fravashi no pensaban que vivíamos y sufríamos como ellos. Me estaba comunicando, sin ninguna emoción, que debían destruirme como si fuera un palo de fenton inservible. Lo extraño es que se tomaran tantas molestias para anunciarme mi muerte.

–Como alternativa a la eliminación, podríamos recluirte en un lugar aislado o bien incapacitarte para la comunicación con otros sintientes, pero se trata de opciones menos seguras y más costosas –el avatar continuó despreocupadamente.

¿Sería posible que los dioses no tuvieran sentimientos, o que fueran muy diferentes de los nuestros? Eso también explicaría su indiferencia hacia nosotros.

–Sin embargo en tu caso se dan circunstancias que nos obligan a considerar una tercera opción para garantizar tu silencio. Los espectadores y apostantes del Juego han seguido con mucho interés tu participación en la reciente confrontación, alcanzando en varias ocasiones un número record de receptores…

–¿Han seguido mis aventuras? –me atreví a interrumpir–. ¿Quiere decir que los dioses saben todo lo que me ha pasado?

–Hemos tenido transmisión directa de casi todo lo que te ha sucedido recientemente. Obviamente, los diferentes canales seleccionan aquellos focos de interés que afectan a objetivos identificados y evaluados en las diversas ramificaciones del Juego. Tu cercanía a las esferas y tu participación en los últimos movimientos ha sido central. Incluso pudimos recomponer a posteriori la escena de tu primer encuentro con una de las Zarayan. Fue un enorme éxito de audiencia, y por supuesto tu enfrentamiento con el Almirante…

Me quedé anonadado. Los dioses prestaban gran atención a nuestras vicisitudes, pero no porque fuéramos sus amadas creaciones, ni hijos predilectos que debieran superarse en virtud para ser llamados a su presencia. Para ellos éramos tan sólo una fuente de entretenimiento.

–Te has convertido en un sintiente muy conocido en la dimensión Fravashi, y como consecuencia del sistema de agregación de solicitudes, la red de supervisión de audiencia y los canales de retroalimentación de apuestas y anunciantes han presionado al Comité para que permanezcas en el Juego.

Tenía que ser un sueño, una pesadilla producida por el agotamiento y las emociones de los últimos días. Si había entendido bien las embrolladas palabras del avatar, me decía que según sus sagradas reglas debían matarme, pero no lo harían porque ahora era demasiado popular entre los mismos inmortales. No podía hacer otra cosa que dejarme llevar por la absurda situación. Estaba verdaderamente en manos de los dioses.

–¿Qué van a hacer entonces?

La idea cruzó de nuevo mi mente como un rayo paralizante. Iba a llevarme a su dimensión. Así evitarían que revelara mis conocimientos a los demás

humanos y al mismo tiempo seguirían divirtiéndose a mi costa. Pero no lo consentiría.

–Nuestra propuesta es la siguiente, y debes ser muy consciente de que si te niegas a aceptarla no existe otra alternativa que la destrucción. Pensamos que quizás el agente Sidinar te convencería –el avatar moldeó su tibia sonrisa–, pero tu negativa no nos ha dejado otra opción que contactar contigo directamente. Debes convertirte en un agente de los Fravashi y someterte a las reglas del Juego. A partir de ahora serás vigilado estrechamente para evitar cualquier incumplimiento, y las infracciones serán castigadas inmediatamente y sin apelación.

El rostro perfectamente inexpresivo quedó de nuevo inmóvil. Solo sus ojos de fulgor violeta seguían con vida.

Por algo había insistido Sidin en que aceptara ir a la Universidad de la Alianza. Al negarme, había llegado Azenobeth, con instrucciones para traerme aquí. Era cierto, pues. Los dioses vigilaban cada cosa que hacía y decía. ¡Los odiaba! No eran los dioses bondadosos de las Crónicas, nuestros amados Constructores, sino seres caprichosos y sin piedad. No deseaba ser su agente. No quería colaborar con ellos. Pero, como había dejado claro el avatar, no tenía elección. Al menos, si me convertía en agente podría averiguar lo suficiente sobre los despiadados Fravashi como para luchar contra su esclavitud. Ya no me parecía descabellada la idea de Sidin: robaría a los dioses sus secretos y los utilizaría para escapar de su dominio. Si lo que había dicho el avatar era cierto, ahora mismo estaban esperando mi respuesta, deseando que continuara entreteniéndolos con mis aventuras. Debía aprovechar esa ventaja.

–¿Puedo elegir yo mismo para qué bando quiero trabajar?

–Por supuesto. El Consejo no puede decidir por ti. Pero recuerda que, a pesar de que lo te digan algunos Fravashi, tendrás que aceptar las reglas básicas del Juego.

–Aceptaré vuestra propuesta –dije con firmeza.

–Has evaluado correctamente la situación, joven Nadir.

–Pero con una condición.

–La propuesta no es condicional –el avatar se detuvo un segundo, como si reflexionara–. Sin embargo, si formulas una petición la someteremos a consideración de la comunidad Fravashi.

–Quiero saber toda la verdad sobre mi padre. Decidme qué sucedió exactamente en Vikatee.

Los ojos del avatar se abrieron súbitamente en una mueca teatral de sorpresa. Entonces los volvió a cerrar. Temí que fuera a desaparecer dejándome sin respuesta, pero simplemente se quedó inmóvil. Esperé mientras las luces de las esferas seguía girando, iluminando los lados del rostro fantasmal. Los colores parecían diferentes. El avatar se había transformado en una mujer de rostro igualmente perfecto, con la piel de bronce. Sus ojos se abrieron, ahora pintados con el color aguamarina de una playa en la Laguna.

–Disculpa, hemos reconfigurado algunos canales –dijo. Su voz era ahora más expresiva y amable–. Hay ciertas diferencias de interpretación sobre la historia que voy a relatar. Intervienen derechos de propiedad sobre las grabaciones relevantes y reglas de protección de información… pero es posible una reconstrucción a partir de los datos de libre disposición.

Asentí, inseguro. Por alguna razón confiaba más en este nuevo avatar, pero su lenguaje enrevesado no ayudaba. Al menos parecía haber aceptado contarme algo de lo que había pasado con mi padre.

El avatar femenino hizo un gesto con su mano, como si arrojara algo en el aire. De su palma salió un cubo que giró acercándose a mí. De pronto el pequeño bloque se detuvo y se agrandó, mostrando una escena tridimensional dentro de su volumen. Al principio solamente vi oscuridad, pero después se materializó en su interior una batalla espacial que me recordó la reciente lucha en el cielo de Mekham. Cientos de naves voladoras se lanzaban rayos, chocaban entre sí y explotaban en pedazos. La vista se acercó para mostrar una gran máquina con diminutos aparatos acoplados a sus costados.

–Hace mil años de esto –explicó la mujer avatar–. En la batalla de Salindra las fuerzas de los rebeldes capturaron el crucero que transportaba las últimas esferas perdidas. Aunque la rebelión fue posteriormente aplastada, con esta acción el bando de Gayoma Retan consiguió el objetivo final del Juego.

–¿Quiénes?

–Gayoma Retan, los que se llaman a sí mismos el Partido de la Paz. Su meta era terminar con los enfrentamientos generados en la sociedad Fravashi por la competición en el Juego, y acabar también con las guerras y la destrucción causada en la dimensión sintiente. Como los otros grupos, utilizaron todos los medios posibles para capturar las esferas, pero tras conseguirlo no las activaron para recoger las ganancias del Juego, sino que decidieron ocultarlas en un escondite perfecto. Pensaban que si las esferas se perdían para siempre, el Juego perdería su sentido y las luchas cesarían.

La escena del cubo tridimensional cambió. Naves grandes y pequeñas flotaban junto a un armazón a medio construir.

–Sus exploradores habían encontrado el planeta Mekham, alejado de los demás sistemas habitables, y pensaron que una ciudad flotante sobre sus nubes eternas era la solución ideal para ocultar las Zarayan, camufladas de los sensores remotos por la presencia del planeta e invisibles para cualquier futuro habitante de su superficie. Las esferas se quedarían allí hasta que encontraran otra solución.

–¡Los Constructores! –exclamé. El avatar había disipado en un minuto todo el misterio de la creación de Vikatee y la naturaleza de los seres que habían levantado la ciudad. Todo resultaba ahora obvio. El objetivo de nuestra ciudad era meramente servir como escondite de las Formas Sagradas, incluso para los que vivíamos allí.

–La ciudad volante se sostenía con el impulso antigravitatorio de las esferas –continuó ella– pero necesitaba un mantenimiento continuo para ser viable, y los Gayoma Retan tuvieron que diseñar una sociedad autosostenible en todos los sentidos: organización social, mitología, sistema de alimentación y reciclaje…

Volvieron a mi memoria las clases donde aprendíamos penosamente cómo mantener los diferentes equilibrios y ciclos de materia y energía. Todo planeado por los Constructores.

–Lo esencial para los Gayoma era mantener el secreto de la localización de Mekham y la ciudad. Para ello eliminaron a todos los sintientes que habían participado en la construcción y redujeron al mínimo el número de Fravashi que sabían del emplazamiento. Hasta donde ha sido revelado, en la ciudad solo existía un agente que pudiera comunicarse con ellos, pasando el secreto de generación en generación.

Esto coincidía con el relato de Jared, el último en la línea de los agentes embarcados en la ciudad. También explicaba por qué el custodio traidor había negado pertenecer a Ahura Mazda. En realidad había sido un agente de los Gayoma hasta el momento en que pasó a trabajar para Angra Mainyu. Había más de dos bandos en este complicado Juego.

–Pero, ¿por qué no volvieron? –pregunté al avatar a través del cubo, que se estaba volviendo transparente ante mis ojos.

–La estrategia de los Gayoma Retan no funcionó –respondió la mujer, con una imitación de tristeza–. La mayoría de los Fravashi no quiso abandonar el Juego, simplemente buscaron otros objetivos. Siguieron utilizando a sus agentes

para crear y destruir imperios, para conquistar planetas y amasar ejércitos. Además, el Consejo decidió que el premio no cobrado por los Gayoma sería acumulado con las nuevas apuestas, así que los enfrentamientos entre los… –se detuvo de repente–, perdón, pido disculpas a todos, debemos ceñirnos únicamente a las indicaciones. La facción Gayoma Retan fue perdiendo adeptos y poder, y se quedó sin recursos para encontrar otro escondite a las Zarayan. Los pocos miembros que conocían el lugar exacto fueron bloqueados, no podían revelarlo. Durante casi mil años la ciudad sobrevivió sin ayuda, pero no había sido diseñada para durar tanto tiempo.

–Las grietas. Era demasiado vieja.

–Aparecieron defectos estructurales por la fatiga del material, y la mitología y la tecnología dejada por los Gayoma no tenía respuesta para esa posibilidad. Los encargados del mantenimiento, entre ellos tu padre, se dieron cuenta, pero no tenían mecanismos para afrontar el desastre.

–Mi padre quería abandonar la ciudad.

–Investigó la posibilidad de escapar mediante un sistema muy primitivo de vuelo. Paradójicamente, si los habitantes hubieran conocido el funcionamiento de las Zarayan, con unas sencillas instrucciones habrían aterrizado suavemente en la superficie del planeta, pero Gayoma no les había dejado este conocimiento. No querían que se les ocurriera descender bajo las nubes, y mucho menos elevar la ciudad hacia el espacio. Mientras tanto los Fravashi estaban más divididos que nunca y dos grupos habían cobrado fuerza, Ahura Masda y Angra Mainyu, cuyos objetivos… lo siento, no tengo autorización –su perfecto rostro se puso rígido de nuevo–. Bien… el agente que vivía en la ciudad… él te contó su versión, ¿no es así?

–Jared… nos dijo que pasó a trabajar para Angra Mainyu. Y se encargó de eliminar a mi padre. ¿Es cierto?

–Sí, fue así. No tengo detalles sobre cómo ocurrió el cambio de bando, esos datos están protegidos por acuerdos de propiedad… pero lo cierto es que los Gayoma habían prácticamente desaparecido ya cuando Jared y tu padre discutieron sobre qué hacer cuando se descubrieron las grietas. Desde hacía un par de generaciones, tanto Ahura Mazda como Angra Mainyu tenían indicaciones sobre la posición del escondite entre los sistemas estelares, y finalmente los Angra Mainyu consiguieron contactar directamente con el propio agente. Los detalles de esa acción también están protegidos.

Calculé mentalmente. Si hacía dos generaciones que Ahura sabía que las

esferas estaban cerca de Mekham, eso explicaba por qué habían reclutado a Sidin y a otros agentes en el planeta. Querían estar preparados. Y supuse que también por entonces Angra Mainyu se había infiltrado en el imperio hrtar, presionándoles para que invadieran y registraran los planetas de los alrededores, persiguiendo la localización exacta de las Zarayan.

–El resto de la historia lo conoces bien, joven Nadir.

El relato del avatar no había añadido mucho a lo que ya sabía. El relato del origen y el propósito de la ciudad como escondrijo para las esferas era interesante, pero estaba buscando algo más.

–¿Puedes mostrarme imágenes de mi padre? –pedí esperanzado.

–Dada su obsesión con el secreto, los Gayoma no instalaron sensores en Vikatee, así que no disponemos de grabaciones, pero… –sus ojos quedaron de nuevo inmóviles, mirando por encima de mí–, espera, se está realizando una evaluación…

¿Tendrían algún artilugio mágico los Fravashi que me mostrase a mi padre en el pasado? La figura femenina recuperó finalmente su expresión normal y me miró con sorprendente dulzura.

–Disculpa. La actualización de los árboles de intereses del Juego nos permiten contarte algo más. Esta parte de la historia era desconocida en la mayoría de los canales, pero ha sido ofrecida por Ahura Masda, liberando su propiedad por un precio bastante generoso. Según esta versión, que no podemos verificar por otros medios, tu padre no murió al caer desde Vikatee. Sus alas estaban rotas, pero aun así le permitieron frenar la caída lo suficiente para sobrevivir. Al igual que tú, fue rescatado del mar.

–¡Está vivo! ¿Dónde? –mi corazón estaba a punto de estallar. Salté hacia el avatar, como si pudiera obligarla a decírmelo todo.

–Esos datos no están disponibles –respondió sin emoción–. La información liberada indica que un agente de Ahura Masda en el planeta oyó casualmente rumores sobre un hombre que había caído del cielo y pudo encontrarle.

–¿Dónde está? –grité desesperado.

–Ahura no ha facilitado esa información –respondió el avatar.

–Quiero hablar con alguien de Ahura.

–No es posible con las condiciones aprobadas para esta comunicación. Lo sentimos.

Mi sangre hervía de rabia. ¡Mi padre estaba vivo y no querían decirme dónde!

–Sólo… hay un dato relevante. Tu padre abandonó Mekham. No se encuentra ya en el planeta.

¿Se había marchado? ¿Dejándonos a su familia en Vikatee, sabiendo que íbamos a caer pronto a la superficie? No podía creerlo. En medio de mi furor comprendí la jugada de Ahura Masda: me contaban esta historia sobre mi padre para que fuera con la nave de la Alianza y me convirtiera en su agente. A pesar de que ya había aceptado marchar, no querían dejarme ninguna opción. Estaba a su merced. Pues bien. Si querían que jugara, jugaría con ellos. Averiguaría la verdad, toda la verdad. Y si me habían mentido, se arrepentirían de ello.

–Dígales a esos malditos que acepto todo. Me convertiré en su agente.

–Todo lo que estás diciendo se transmite por los canales abiertos. Estoy segura de que han recibido el mensaje –explicó sin inmutarse la mujer avatar, y tras la última frase se disolvió lentamente en el aire, desapareciendo junto con el cubo transparente.

Estaba solo de nuevo. Aparentemente. Sospechaba que nunca volvería a estar realmente solo, si los dioses podían espiar cada uno de mis movimientos. Caminé entre las esferas, atravesando el lugar donde había flotado la aparición. El calor era insoportable entre las Zarayan. Me alejé de ellas, aturdido. Había perdido la oportunidad de una vida normal. Sidin lo sabía y me lo había advertido. Tenía ganas de gritarle, amenazarlo con la muerte si no me contaba la verdad. ¿Me había mentido también sobre mi padre? ¿Cómo no podía saber nada de él, habiendo sido agente de Ahura en el planeta durante tanto tiempo? Pero recordé que Mekham era mucho más grande que Dercanlea, y que estaba formado por innumerables racimos de reinos aislados por el mar. Además, sabía que unos agentes apenas se comunicaban con otros. Era posible que el viejo no supiera nada. ¡Pero alguien tenía que saber dónde había ido mi padre, y por qué!

Mis pasos sin rumbo me condujeron al fondo de la gran estancia circular. Allí había algo más entre las sombras. Varios círculos de metal se levantaban sobre soportes metálicos idénticos a los que aguantaban las dos Zarayan. La nave estaba preparada para albergar las trece esferas. Me reí amargamente. Cuando enviaron la Cascanueces y el resto de la flota, los Ahura pensaron adelantarse a los hrtar y capturar el gran premio ellos mismos. Pero su misión había llegado tarde. Tan solo habían conseguido –¡gracias a nuestra ayuda!– arrebatar una pareja de Formas al enemigo. El Juego, por tanto, no había terminado.

Me dirigí hacia el hueco del elevador, sintiéndome derrotado. Únicamente me quedaban dos motivos para la esperanza. Primero, era posible que la historia

de los Ahura fuera cierta. Quizás mi padre estaba realmente vivo en algún lugar del espacio. Si era así lo encontraría, y entonces esta absurda aventura serviría para algo. Podría hablar con él, contarle sobre mi madre y mi hermana Mian, la hija que no conoció, y escuchar también sus historias, oír de su boca lo que realmente había pasado en la ciudad y sus razones para dejar el planeta.

Y mi segundo motivo de esperanza era que los dioses no eran todopoderosos. Sus motivos eran tan míseros como los humanos, y por tanto podían ser también manipulados y engañados. Aprendería todo lo que pudiera de ellos y de sus agentes, de las armas, de los viajes por el espacio, de la comunicación entre las dimensiones… los encontraría y vengaría a los sintientes sacrificados en su Juego, aunque me costara mi propia vida. Ni siquiera ellos podrían ver dentro de mi cabeza y adivinar mis intenciones.

Antes de entrar en el elevador observé cerca de la columna un gran bulto, una forma negra más alta que yo, casi indistinguible en las sombras. Reconocí el objeto sobre el que había pensado y hablado con mis amigos tantas veces, el gran bloque metálico con los extraños símbolos de la lengua Avestan. La Insignia de Vikatee también había sobrevivido al fin de la ciudad y, por alguna razón, había sido rescatada por la Cascanueces.

XII

Azenobeth me esperaba abajo, junto al elevador. Me miró con preocupación pero no se atrevió a preguntar. Tampoco yo quería hablarle. No hubiera sabido qué decir, ni estaba seguro de qué me permitían contar los Fravashi sin desaparecer fulminado al instante. Tendría que estudiar en detalle las famosas reglas.

Mis pensamientos se detuvieron en Jilai. Tenía que separarme de ella de nuevo, y esta vez para siempre. ¿Debía haber pedido a la Fravashi que permitiera a mi amiga acompañarme? No, eso hubiera sido condenarla a ser, como yo, una marioneta más del Juego.

–Nos están esperando para la cena –susurró la mujer en el camino hacia el patio.

Entramos en el recinto, abarrotado de nuevo por representantes de los clanes

acompañados de ansiosos jóvenes. Se notaba el nerviosismo en las conversaciones apresuradas y la confusión de los asistentes que buscaban sus mesas. Thuregi y la señora Amalea estaban ya sentados con expresión sombría. Junto a ellos se sentaban Anael y Goldinaz, sin esconder su excitación. Estaba dudando si debía acercarme con ellos cuando una figura larga y delgada se paró ante mí.

–Lo siento, Nadir –Sidin habló inclinándose hacia mi rostro–. Espero que no haya sido muy duro.

Sus ojos me escrutaron, pero me aparté rápidamente de su vista.

–Ya tienes lo que querías, consejero. Ahora soy una pieza más.

El anciano no me respondió. Se dio la vuelta y caminó hacia la mesa de honor sin que pudiera ver su cara.

–¿Dónde te habías metido? –me sobresaltó la voz de Jilai–. Te estábamos buscando.

–Tenía que pensar… Jilai. Debo decirte algo.

–Pues date prisa, van a anunciar a los elegidos.

–Yo… yo también voy a ir en esa nave. Sidin me ha convencido para que me una a ellos.

–Ya era hora. Pensaba que me iba a marchar sola.

–¿Cómo?

–Ya he hablado con ellos. No me voy a quedar aquí mientras los demonios que destruyeron nuestra ciudad sigan haciendo el mal.

La miré. Sus ojos fieros lanzaban chispas y su graciosa boca estaba tan apretada que me dieron ganas de reír. Me pregunté a qué edad era apropiado besar a una chica por primera vez. Ojalá no tuviera que esperar mucho tiempo.

La cena se convirtió en una despedida. El rey solicitó a cada jefe de clan que presentara a sus dos candidatos para la Universidad de la Alianza. Lo fueron haciendo uno por uno, recitando emocionados los nombres de los jóvenes y los de sus padres. Los chicos y chicas se levantaban con rostros iluminados por una mezcla de miedo y orgullo. Saludaban a los reyes con deferencia y ellos correspondían con breves palabras de agradecimiento a ellos y a su clan. Me emocioné cuando Thuregi presentó a Anael y Goldinaz. Podía sentir la alegría de los dos, apenas disimulada bajo la seriedad del momento. Iba a tener buenos compañeros de viaje y eso me consoló. No había mejores luchadores. A pesar de todo, quizás Sidin tuviera razón y lo que nos daba más miedo fuera justamente lo

que más necesitábamos. Y puede que por eso mismo las circunstancias nos obligaran a escogerlo.

Por la mañana la explanada brillaba con una luz especial, como si la capa de nubes que nos separaba del sol fuera hoy más delgada. En medio del jardín se alzaba una imponente forma de oscuros brillos azulados, la figura de un daelacanto saltando en el aire, como recién salido de las profundidades. Las escamas de mi amigo Vliror habían sido colocadas de nuevo para formar una magnífica escultura que se apoyaba sobre el cuerpo abatido del Almirante derrotado por el noble animal. No podía imaginar cómo habían conseguido montarla en tan poco tiempo, pero valía la pena verla. El rey mismo había llorado al contemplarla. Seguramente nunca imaginó que el símbolo de su dinastía pudiera encarnarse de manera tan poderosa ante el pórtico de su Palacio. Habían llevado también a verla a Loory, el guarda que había perdido el juicio al espiar al monstruoso jefe hrtar. El pobre hombre se había quedado mirando en silencio al coloso derribado sobre las losas, y luego había exclamado lleno de alegría:

–¡Está muerto! ¡Está muerto!

Maese Lingare le había calmado con una poción y asegurado que ahora podría recuperarse.

Los que íbamos a partir fuimos desfilando por delante de los reyes para despedirnos. Etienar nos colocó a cada uno un collar con un colgante tallado en piedra negra, con el emblema del daelacanto.

–Nunca olvidaremos lo que hiciste por nosotros, maese Nadiroz –dijo el monarca al ponérmelo en el cuello–. Que nuestra bendición te acompañe en todas tus aventuras, y que si los dioses así lo permiten puedas regresar a Mekham en paz.

Si los dioses lo permiten.

–Espero poder hacerlo, majestad. Gracias.

La reina me cogió suavemente la cara con sus manos, como finas sedas acariciándome. Me dio un beso en la frente y me regaló una dulce mirada que no había visto hasta ese momento en su rostro.

Vi que Thuregi y mamá Amalea estaban despidiéndose de Anael y Goldinaz. Seguro que les transmitían consejos que ellos ignorarían en cuanto pudieran. De repente fui consciente de que no iba a volver a ver a mis padres adoptivos, que tan bien se habían portado conmigo. Incluso aunque volviera a Dercanlea

habrían pasado demasiados años para ellos. Y me sentí muy triste. Nuestras miradas se cruzaron y mamá Amalea me hizo un gesto para que me acercara. Me abrazó tan fuerte que no pude respirar, pero no me importó en absoluto. Thuregi y ella me miraron con ojos ya húmedos y los míos no consiguieron tampoco retener las lágrimas.

–Joven guerrero Nadil –habló él, tomando mi mano–, no olvides jamás que eres un miembro del clan Thuregi. Nuestro honor es el tuyo y tu fortuna es también la nuestra. Eres un hombre bueno y leal, y confiamos en ti. Por eso te pedimos que cuides de tus hermanos de clan, ya que nosotros no podremos hacerlo.

La emoción le embargó. Sonrió e hizo un gesto a la señora, que me entregó una vaina de cuero reluciente, repujada con hilos de plata. Dentro de esa exquisita vaina estaba mi espada, a la que había perdido la pista entre las emociones de las últimas horas.

–Gracias, mamá –le besé las manos cuando me la entregó. Ella las pasó sobre mis mejillas para limpiar mis lágrimas.

Me alejé de ellos con dificultad, intentando serenarme antes de entrar en la nave. Los demás muchachos subían ya por la misma rampa que me había llevado hacia el avatar. Junto a la base estaba Jilai, despidiéndose de Doria y Sidin.

–¡Ay, espero que os den bien de comer ahí arriba! –decía alarmada la cocinera–. A saber qué porquerías fabrican en esos cacharros del diablo. Os he preparado unos bollos rellenos para que sobreviváis unos días.

Nos entregó a cada uno un pequeño paquete, todavía caliente.

–Gracias, Doria, te echaré de menos –respondió Jilai, lanzándose a su cuello.

Mis ojos estaban fijos en Sidin. Parecía triste, sin rastro de la expresión burlona que tantas veces me había fastidiado o hecho reír. El viejo observaba toda la escena con la mirada perdida de quien asiste a un funeral. Imaginé que ya se había despedido de Azenobeth. No debía haberle sido fácil.

–Eh, Sidin –me acerqué–. No te preocupes, quizás nada de esto es real.

Había pretendido hacer una broma, pero él se lo tomó en serio.

–La comprobación es sencilla, maese Nadir. Cuando algo te duele, entonces es real.

Comprendí que, después de todo, era un hombre sabio. Seguramente demasiado para un simple chico como yo. En ese momento sentí pena por él. Le tendí mi mano.

–Gracias, consejero.

Pareció sorprendido. Luego extendió su largo brazo y me dio un fuerte apretón.

–No hay de qué. Sólo hazme un pequeño favor a cambio.

–Tú dirás –contesté, temiendo una de sus trampas.

–Cuida de nuestras amigas, ¿de acuerdo?

Supe a qué se refería. Le guiñé el ojo y apreté su mano de nuevo.

–Ah, se me olvidaba –dijo en voz baja–. Me estoy haciendo demasiado viejo.

Disimuladamente, sacó algo del pliegue de su túnica y lo puso entre mis manos. No me hizo falta mirar. Conocía el tacto frío y duro.

–Yo ya no lo necesito –dijo con melancolía.

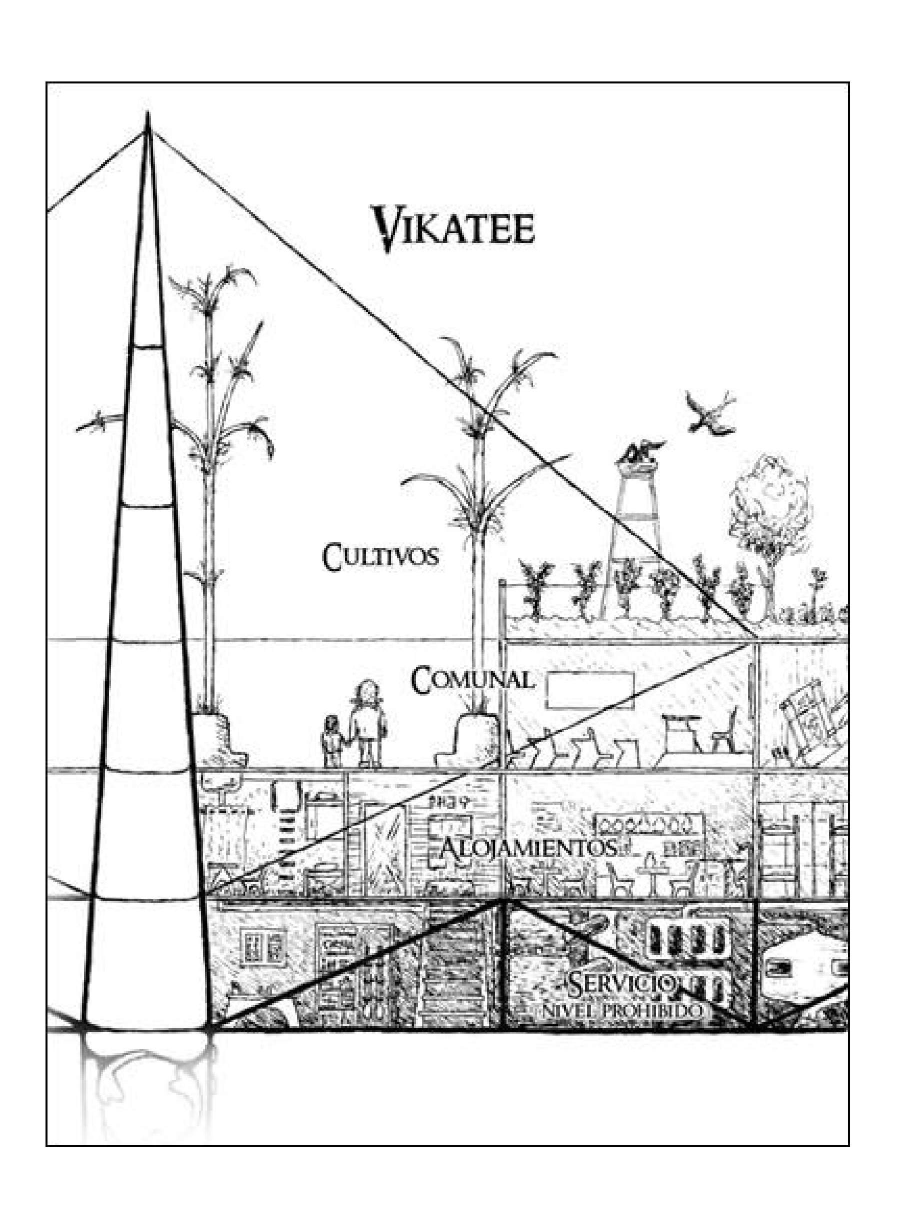
–¿Estás seguro?

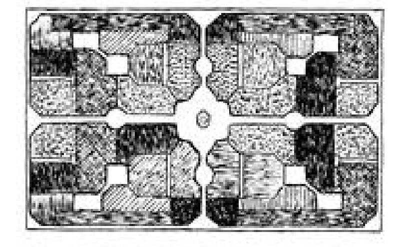
–Esta vez me han dado permiso –sonrió.

Fui con Jilai hacia la rampa. Éramos los últimos. No pude evitar un último vistazo al reconstruido daelacanto, más alto que la nave del espacio. En los huecos de sus ojos habían colocado piedras azules que brillaban como el mar.

Jilai y yo nos cogimos de la mano mientras la Cascanueces atravesaba vertiginosamente las nubes. Al salir de la niebla recibimos con alegría el círculo cegador del sol, y el inmenso azul bajo el que nos habíamos criado, pero en pocos segundos el cielo se oscureció, llenándose de estrellas como si fuera de noche.

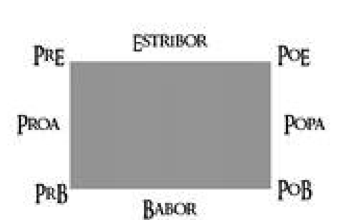
FIGURAS Y MAPAS

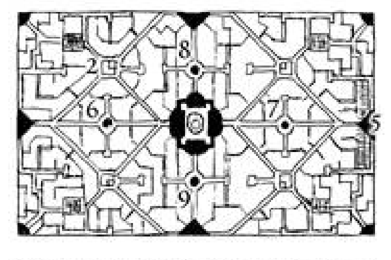

VIKATEE
CULTIVOS
COMUNAL
ALOJAMIENTOS
SERVICIO
NIVEL PROHIBIDO

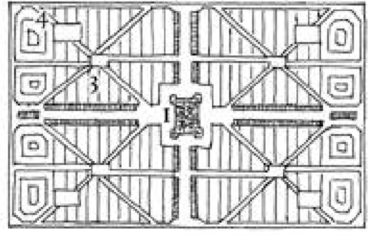


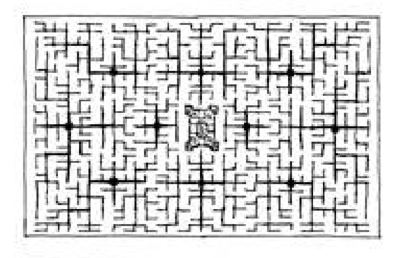
VIKATEE

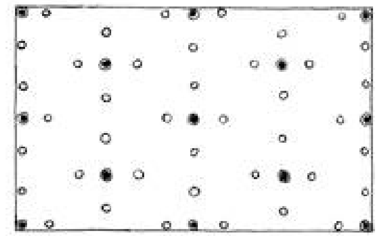
1 Arqueón
2 Escuela
3 Apartamento de Nadir
4 Apartamento de Kora
5 Insignia de la Ciudad
6 Plaza del Sol
7 Plaza del Viento
8 Plaza de la Cosecha
9 Plaza de la Siembra

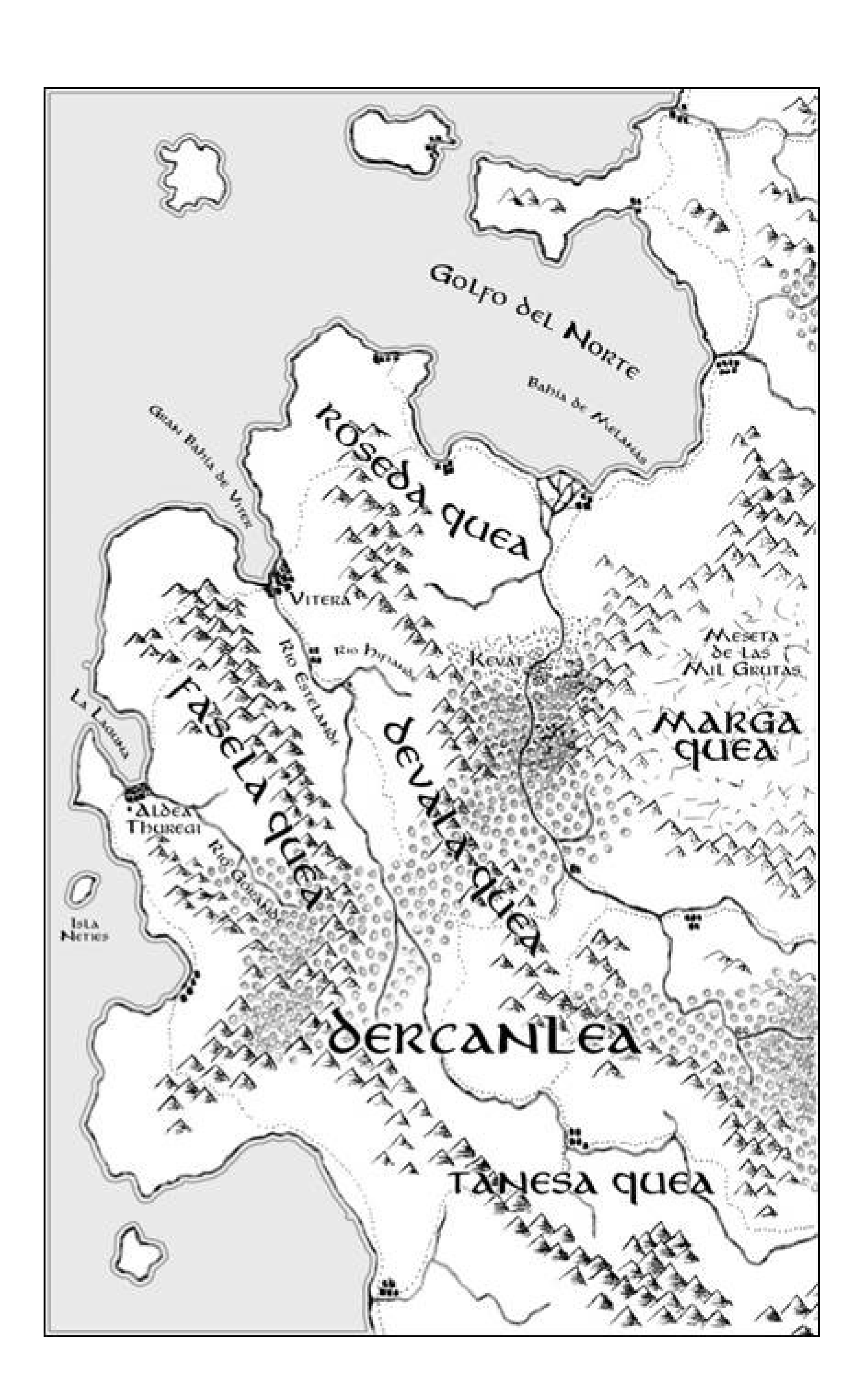


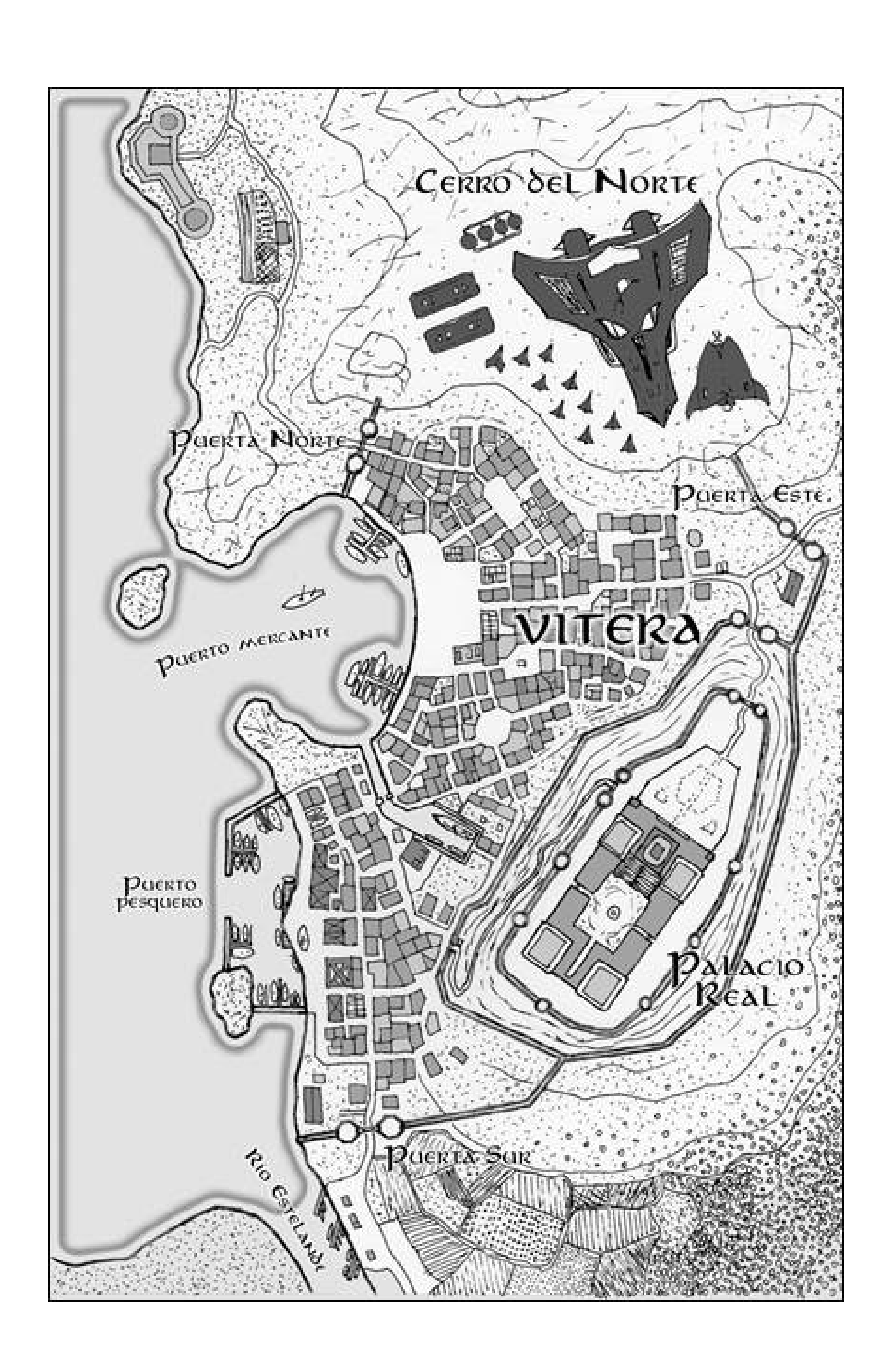









Golfo del Norte
Bahia de Melamas
Gran Bahia de Viter
Roseda quea
Vitera
Kevat
Meseta de las Mil Grutas
Marga quea
La Laguna
Fasela quea
Devala quea
Aldea Thureai
Isla Neties
Dercanlea
Tanesa quea


Cerro del Norte
Puerta Norte
Puerta Este
Vitera
Puerto mercante
Puerto pesquero
Palacio Real
Puerta Sur
Río Estelandl

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Jordi Santonja por animarme insistentemente a publicar, por sus agudos y precisos comentarios, y por revisar el manuscrito con una velocidad cercana a la de la luz.

Gracias también a Rafa Gaitán, a mis hermanos Pablo, Miguel y Jesús, y todos los que contribuyeron con su entusiasmo y sus ideas a que el libro fuera una realidad.

Mi agradecimiento eterno a mis padres, Salvador y Carmen, que siempre me han apoyado en todas mis locuras, y a Mahtab, amiga, esposa, agente y coach personal, sin la cual cada día sería imposible y sin sentido.

Un recuerdo especial a todos los que me han animado con sus comentarios en el blog, Facebook o Twitter.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Bayarri nació en Valencia en 1967. Es doctor en Física y licenciado en Filosofía. Ha vivido en España y Estados Unidos, compaginando su carrera profesional como investigador universitario y desarrollador de programas de simulación y realidad virtual con la escritura de novelas, guiones cinematográficos y relatos.

Más información y noticias sobre la Trilogía de las Esferas y los libros de Salvador Bayarri en:

http://bayarrilibros.blogspot.com.es/

Twitter: @LibrosSBayarri